

Petros Márkaris
SUICIDIO
PERFECTO



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Tras haber sobrevivido al disparo recibido mientras resolvía su anterior caso (Defensa cerrada), el comisario Jaritos arrastra una aburridísima existencia de convaleciente lejos del ajetreo policial. Una noche, mientras ve pasar las noticias por el odiado televisor, una escena lo arranca de cuajo de la mediocre monotonía en que ha caído: en medio de una entrevista, un célebre empresario griego saca una pistola y comete un acto que deja pasmados a todos los televidentes. ¿Por qué un hombre de negocios tan discreto y bien considerado realiza una acción tan espectacular? El instinto del viejo sabueso despierta y Jaritos se pone en movimiento. Aunque está de baja y otra persona ha ocupado su despacho en las dependencias de la policía, el olfato del comisario es insustituible para esclarecer un caso cuyas repercusiones aumentan cada día.

Las pesquisas de Jaritos nos llevarán por la Atenas olímpica, donde se percibe la corrupción inmobiliaria y la modernización creciente convive con el café al más puro estilo griego.

L≡**LIBROS**

Petros Márkaris

Suicidio perfecto
Kostas Jaritos - 03



... nuestra primera mirada, nuestra primera caricia, nuestro primer abrazo,
nuestro primer día de colegio, nuestro primer profesor,
nuestro primer amigo, nuestro primer amor, nuestro primer beso,
nuestro primer día de trabajo, nuestra primera vez,
nuestro primer hijo, nuestro primer libro...

gracias a todos por haber creado este sitio especial

gracias a todos por hacernos más libres

gracias a todos por este primer año de EPL

EDICIÓN CONMEMORATIVA

WWW.EPUBLIBRE.ORG

*Alles was im Subjekt ist,
ist im Objekt, und noch etwas
mehr; alles was im Objekt ist,
ist im Subjekt, und
noch etwas mehr.*

GOETHE

*Lo que está en el sujeto,
está en el objeto, y algo más;
lo que está en el objeto,
está en el sujeto, y algo más.*

GOETHE

A la memoria de la señora Tasula

El gato, sentado en el banco de enfrente, me mira. Siempre me lo encuentro aquí por las tardes, acurrucado sobre el respaldo. Los primeros días me observaba con recelo, dispuesto a salir huyendo si intentaba acercarme. Cuando se aseguró de que no le prestaba la menor atención, dejó de incomodarse por mi presencia. Fue así como entablamos una relación de buena vecindad. Él nunca ocupa mi banco, y yo, las pocas veces que llego primero, respeto el suyo y se lo dejo libre. Es un gato de esos que andan por los tejados, aunque no tiene el tradicional color anaranjado que caracteriza a los callejeros. Su pelaje, gris y negro, presenta un dibujo parecido al de los trajes de pata de gallo que llevamos en los bailes del cuerpo o en los funerales. Para las bodas nos vestimos de negro.

Adriani, sentada a mi lado en el banco, está haciendo punto. Desde aquella noche fatídica en que se me ocurrió la brillante idea de proteger con mi pecho a Elena Kustas de la bala que disparó su hijastro Makis, mi vida ha cambiado radicalmente. Primero me tuvieron ocho horas en el quirófano, después pasé seis semanas en el hospital y ahora me quedan todavía dos meses de baja laboral. Mis relaciones con el Departamento de Homicidios se han interrumpido hasta nueva orden. No me he pasado por allí ni una vez desde que salí del hospital. Mis dos ayudantes, Vlasópulos y Dermitzakis, me visitaban día sí, día no, al principio; después dejaron de venir y se limitaron a llamar por teléfono y, al final, cortaron toda comunicación. Guikas sólo fue a verme una vez. Apareció acompañado por el secretario general del ministerio, que no me profesa gran simpatía, aunque aquel día se deshizo en sonrisas y alabanzas por mi valentía. Al final, Adriani tomó las riendas de mi vida, y desde entonces yo no hago más que arrastrarme de la casa al parque y del dormitorio a la sala de estar, como un palestino sometido a arresto domiciliario por los israelíes.

—¿Qué hay para cenar?

No es que me importe demasiado. No he recuperado el apetito, y cada bocado se me atraganta. Saco el tema para romper un poco la monotonía.

—Te he preparado pollo hervido y una sopa de estrellitas.

—¿Otra vez pollo? Anteayer también cené pollo.

—Te hace bien.

—¿Qué bien me hace, Adriani? Tengo una herida de bala en el pecho, no una

úlceras de estómago.

—Es un buen reconstituyente, sé lo que me digo —asegura en un tono que no admite discusión, sin siquiera molestarse en levantar la vista de la labor.

Suspiro y recuerdo con nostalgia mis días en la unidad de cuidados intensivos, cuando el horario de visitas se limitaba a una hora por la mañana y otra por la tarde, y al menos me dejaban en paz el resto del tiempo. Cada uno de los nueve días que pasé allí, entre una pared blanca y dos cortinas también blancas, se repetía la misma ceremonia. Primero llegaba Adriani.

—¿Cómo te encuentras hoy, Costas? —me preguntaba con una sonrisa temblorosa como la llama de una vela.

Yo reaccionaba ante aquella oleada de desdicha que invadía mi intimidad mostrándome más animado de lo que realmente estaba.

—Estupendo. No sé por qué me tienen aquí, me siento muy bien —respondía, aunque en realidad me sentía mucho más seguro allí que en cualquier otro sitio.

Un gesto de tristeza contenida y un movimiento casi imperceptible de la cabeza expresaban el convencimiento de Adriani de que nadie escapa a su destino. Después ella se sentaba en la única silla, me tomaba la mano y fijaba la mirada en mí. Cuando se iba, media hora después, me dejaba con la muñeca dormida por la inmovilidad y con la convicción de que estiraría la pata en menos de doce horas.

Si la actitud de Adriani me empujaba a afirmar que me encontraba muy bien, Katerina, mi hija, me impulsaba a lo contrario. Ella llegaba jovial y resplandeciente.

—¡Te felicito, estás como un roble! —exclamaba—. Cada día te veo mejor.

—¿Dónde ves la mejoría? —replicaba yo, indignado—. Estoy hecho polvo. Me duele el pecho, me siento exhausto y sólo quiero dormir.

Por toda respuesta, me plantaba un beso cálido en la mejilla y me abrazaba tan fuerte que el dolor de mi herida se agudizaba.

Por último, se presentaba Eleni, mi cuñada. Había venido casi a nado de la isla donde vive en cuanto Adriani le comunicó que me habían trasladado al hospital, medio muerto.

Eleni es de esas personas que pretenden animarte contándote las desgracias ajenas. Se ponía, pues, a hablarme de todos sus familiares enfermos, desde su hija, que padecía una alergia y debía elegir con cuidado la comida y la ropa, y su marido hipertenso, que vivía con las pastillas en el bolsillo, hasta su suegra, a quien una fractura de cadera había dejado postrada, y a quien Eleni y su cuñada limpiaban el culo por turnos, pasando por un primo lejano que había sufrido un accidente de moto y llevaba tres meses en el hospital sin saber si volvería a caminar, pobre hombre. Al final, me escupía la moraleja a la cara:

—Ya ves, deberías dar gracias a Dios —decía, y acto seguido se marchaba.

Sin embargo, cuando terminaba la visita de media hora de Adriani y las de

quince minutos de Katerina y de Eleni, disponía de todo el tiempo para mí hasta la tarde. En la unidad reinaba el silencio, las enfermeras realizaban sus tareas con discreción extrema y, en general, nadie me molestaba.

El gato abre la boca como un pozo y bosteza majestuosamente. Por lo visto mi presencia le aburre. No me extraña; también yo me aburro de mí mismo.

—¿Qué te parece si nos marchamos?— sugiero a Adriani sin saber muy bien por qué, pues en casa se está igual de mal.

—Quedémonos un poco más. El aire libre te sienta bien.

—A lo mejor viene Fanis...

—No creo. Que yo sepa, hoy está de guardia.

No es que me urja que me reconozca un médico; sencillamente me lo paso bien con el novio de mi hija, Fanis Uzunidis. Mi amistad con Fanis ha seguido un proceso inverso al de la bolsa de Atenas. Mientras los valores tocaban techo y empezaban a bajar, nuestra relación llegó a su punto más bajo y luego comenzó a mejorar. Lo conocí como cardiólogo de guardia una noche que me internaron en el Hospital Estatal con un amago de infarto. Me cayó bien, porque siempre sonreía y bromeaba conmigo. Luego supe que se había liado con mi hija y me enfurecí. Al final, en deferencia a Katerina, acabé aceptando la idea de su relación, aunque él seguía inspirándome recelo. No lograba ahuyentar la sensación de que había traicionado mi confianza, y todo aquel que ha pasado por las escuelas de la policía está obsesionado con la traición. En cuidados intensivos lo noté más cercano a mí, y no precisamente por razones médicas. Siempre aparecía a eso de las doce, un poco antes de la comida, invariablemente con la sonrisa en los labios. Y cada vez me llamaba algo distinto, desde el «¿Cómo estamos, señor comisario?», y el «¿Cómo va mi futuro suegro?», hasta el irónicamente enfático «¡Papá!». Esto ocurría tres o cuatro veces al día y también por la noche, cuando estaba de guardia; intentaba indagar con disimulo cómo me sentía y si necesitaba algo. Me enteré de ello por boca de las enfermeras que, de vez en cuando, me confiaban: «Tenemos que cuidar bien de usted: Si no, el doctor Uzunidis nos reñirá».

Las cosas se torcieron en el momento en que me sacaron de cuidados intensivos. Ese mismo día Adriani se instaló permanentemente en mi habitación, resuelta a controlarlo todo. Como yo era un policía herido en acto de servicio, por un lado, y como mi hija salía con Fanis, por otro, los médicos se consideraron obligados a informar a mi mujer cada día de la evolución de mi salud, de los fármacos que me administraban y de los pequeños problemas que surgían en mi estado postoperatorio. A partir del tercer día, se quedó en la habitación durante la visita de los médicos y lo comentaba todo con ellos. Si yo me atrevía a expresar una opinión, a quejarme de dolores o de un tirón en la espalda, por ejemplo, ella me cortaba enseñuida: «Déjalo en mis manos, Costas. Tú no sabes de estas cosas».

Los médicos la aguantaban por consideración a Fanis, yo estaba demasiado débil para plantarle cara, y las enfermeras la odiaban pero no se atrevían a demostrarlo. Finalmente, Katerina decidió hablar con ella. Adriani rompió a llorar, desconsolada.

—Si no me creéis capaz de cuidar de mi marido, contratad a una enfermera particular y dejad que me vaya a casa.

El llanto intimidó a Katerina a tal punto que me abandonó a su merced.

—Hace fresco, ponte la chaqueta. —Extrae del bolso la chaqueta que tejíó para mí y me la pasa.

—Deja, no tengo frío.

—Sí que tienes frío, Costas. Yo sé lo que me digo.

El gato se levanta, se despereza y salta alegremente al suelo. Me echa una última mirada, da media vuelta y se aleja con la cola tiesa como la antena de un coche patrulla.

Tomo la chaqueta y me la pongo.

Fanis desmiente a Adriani. Llega a las siete, cuando estoy leyendo el periódico de la tarde. Es otra de las novedades de mi vida posthospitalaria: antes los diccionarios monopolizaban mi interés en la lectura, ahora he incluido los periódicos, para combatir el aburrimiento. Empiezo por el diario de la mañana, que me trae a casa Adriani, y luego hojeo mis diccionarios; cuando salgo por la tarde a pasear compro la edición vespertina y releo las noticias, idénticas, como calcadas con papel carbón; al final las veo por tercera vez en la televisión, por si se me ha escapado algo. Los médicos advierten siempre sobre los efectos secundarios de la intervención, que resultan ridículos si los comparamos con los de la convalecencia: el hastío insoportable y la inmovilidad paralizante.

Fanis me pilla absorto como un autista, leyendo los artículos menores de las páginas financieras. Todavía llevo la chaqueta que Adriani me obligó a ponerme en el parque, no porque tenga frío sino porque he alcanzado tal punto de apatía que no distingo el frío del calor. Soy capaz de dormir con la chaqueta si no viene Adriani a quitármela.

Fanis se planta delante de mí con una sonrisa.

—¿Te apetece dar una vuelta?

—¿No estabas de guardia? —pregunto, apartando la vista del diario.

—Me he puesto de acuerdo con un colega. Le venía mejor encargarse de mi turno de hoy.

Dejo el periódico y me levanto.

—¡No lleguéis tarde para la cena! —grita Adriani desde la cocina—. Costas tiene que cenar a las nueve.

—¿Por qué? ¿Qué pasará si cena a las diez? —pregunta Fanis con una carcajada.

Adriani asoma la nariz por la puerta de la cocina.

—Fanis, tú eres médico. ¿Crees que es bueno que se acueste con la barriga llena ahora que está convaleciente?

—Con las comidas que tú le preparas, dormiría como un niño aunque cenara a medianoche.

—Vámonos, ya es tarde —lo apremio, porque temo que Adriani empiece a poner objeciones y nos quedemos sin paseo.

Antes, en cuanto llegaba Fanis, ella interrumpía su trabajo para hacerle compañía. Ahora le abre la puerta y desaparece en la cocina. Ve en general con malos ojos a cualquiera que viene a casa, porque teme que le arrebaten su dominio absoluto sobre mí. Con Fanis se muestra retraída y recelosa, debido a su condición de médico y a la consiguiente imprevisibilidad de sus reacciones.

—¿Por qué llevas chaqueta? ¿Tienes frío? —me pregunta Fanis.

—No.

—Quítatela, hace calor en la calle. Vas a sudar a mares.

Sigo su recomendación. Mi mujer me la pone, mi médico me la quita, y yo obedezco.

—Vamos hacia la costa, a respirar un poco de aire del mar —propone Fanis y tuerce en la calle Ymitú para enfilar Vuliagmenis.

Hay poco tráfico y todos conducen sin prisas. Desde que trasladaron el aeropuerto a Spata, la avenida Vuliagmenis suele estar despejada. Fanis avanza calle Alimu abajo y sale a la avenida Poseidón. Todo el mundo ha venido al mar y la gente se agolpa en el espacio de metro y medio entre la calzada y el parapeto de piedra que bordea la playa. El resto de la acera está tomado por hindúes, paquistaníes, egipcios y sudaneses que venden bolsos, billeteras, convertidores de euros, monederos para los céntimos, prismáticos, relojes, despertadores y flores de plástico sobre sus mantas extendidas. Acucillados, los vendedores charlan entre sí, ya que los transeúntes no prestan la menor atención a sus mercancías.

Es junio, aún no se han desatado los calores fuertes y noto la brisa de Saronikós en la cara. Muchos bañistas chapotean en el agua, otros juegan con raquetas en la arena, mientras algunos de esos veleros que se hunden, giran y reemergen por el otro lado y navegan por la bahía de Fáliro. Cierro los párpados e intento borrar de mi mente la sopa de estrellitas con pollo, que sin duda me provocará arcadas, los dos meses de autismo en forma de baja que me quedan por delante, y el gato que mañana por la tarde me estará esperando en el lugar de siempre, en el parque... Trato de pensar en otra cosa pero no lo consigo.

—Tienes que salir del círculo vicioso de la convalecencia.

La voz de Fanis me despierta y abro los ojos. Hemos dejado atrás Kalamaki y nos dirigimos a Helinikó. Fanis sigue hablando con la mirada fija en la carretera.

—Sabes muy bien que al principio no nos llevábamos muy bien. Tú me tenías por un medicucho frío y engreído, yo te tenía por un poli cenizo y cascarrabias, resentido conmigo por seducir a su hija. Aun así, te prefería a la masa informe en que te has convertido.

Distraído por el esfuerzo de rescatarme de mi apatía, se ve obligado a dar un volantazo para esquivar un Ford descapotable en el que viaja una pareja. El tipo que conduce lleva los pelos de punta, a la moda, como si se le hubiese aparecido

Drácula. La chica luce un aro en la nariz.

El tipo con la cabeza erizada nos alcanza en el semáforo. Viene dispuesto a echar la bronca a Fanis cuando se fija en el adhesivo del colegio de médicos, pegado en el parabrisas.

—¿Eres un matasanos? ¡Debí imaginarlo! —grita triunfalmente—. Alguien que conduce así sólo puede ser médico o mujer.

—¿Por qué, qué pasa con las mujeres, Juanito? —se indigna la chica que va a su lado.

—Nada, muñeca. Sólo que cuando os ponéis al volante, sois un peligro.

—Pero ¿qué dices? ¿Es un peligro tu mamá, a la que llamas cinco veces al día para oír su dulce voz?

La chica está tan furiosa que le tiembla la anilla de la nariz. Abre la puerta del descapotable, baja del coche y la cierra de golpe.

—¡Vuelve aquí, Maggie! ¿Adónde crees que vas, joder?

Como si no lo hubiera oído, la joven sortea varios vehículos hasta llegar a la acera de enfrente.

—¡Ha sido por tu culpa, carnicero! —chilla el tipo a Fanis.

—No soy cirujano —responde él riéndose—. Soy cardiólogo y, si sigues así, te va a dar un infarto.

Pero el tipo no le hace caso. El semáforo está en verde y él avanza a diez por hora, tocando el claxon como un poseso para que la chica regrese al coche, mientras los conductores de atrás le exigen a bocinazos que arranque de una vez.

Fanis se desternilla. Yo observo la escena en silencio, y él repara en mi displicencia.

—¿Ves? Normalmente, te habrías cabreado con el tipo y conmigo, por tomármelo a risa. Ahora te deja indiferente. Mis felicitaciones a la señora Adriani. No la creía capaz de atarte tan corto.

Se detiene delante de las instalaciones deportivas de San Cosme. Termina de aparcar, muy serio, se vuelve hacia mí. Anochece, y apenas distingo sus rasgos dentro del coche.

—Katerina piensa dejar temporalmente el doctorado para venir a Atenas —me suelta.

—¿Por qué?

—Para ocuparse de tu recuperación. No quiere que acabemos recogiendo lo que quede de ti con una cucharilla. —Hace una breve pausa sin dejar de mirarme—. Le aseguré que no es necesario. Eres un hombre fuerte; sólo falta que te pongas las pilas.

—¿Por eso querías dar una vuelta conmigo? ¿Para hablarme de Katerina?

—Por eso y porque no tiene sentido cambiar la tutela de la madre por los cuidados de la hija. Es a ti a quien corresponde reaccionar. —Calla por un momento, como sopesando lo que va a decirme—. Si sigues así, no podrás volver

al servicio. Necesitarás prolongar la baja.

—¡Ni en broma! —Por primera vez, mi voz no suena muerta.

—Katerina se encuentra en un momento crucial de su tesis. —Se corta de nuevo, teme hablar más de la cuenta y molestarme—. No le conviene dejarla a medias ahora. Yo no puedo impedirselo. Sólo tú...

Como no obtiene respuesta, se dispone a encender el motor.

—Sois todos muy buenos —murmuro, y él se queda inmóvil con la mano en las llaves—. Mi mujer, siempre pendiente de mí, y tú, que te desvives por animarme, y mi hija, que quiere interrumpir su doctorado para venir a cuidarme. Pero ¿por qué me siento tan mal, a pesar de todo esto?

—Porque no nos mandas al cuerno para hacer lo que te dé la gana. Esto es lo que trato de decirte.

Ahora sí gira la llave, y el coche se pone en marcha. Se despidе delante de la puerta de mi casa. No lo invito a subir, porque sé que es su hora de llamar a Katerina.

La mesa de la cocina está puesta para mí.

—¿Qué tal el paseo? —pregunta Adriani.

—Bien. Hemos ido hasta San Cosme.

—Es verano; el paseo marítimo está muy concurrido. Cuando te encuentres un poco mejor, te sacaré a pasear por la mañana. —Capto el mensaje perfectamente. Ella decidirá cuándo me encontraré mejor, y ella me sacará a pasear—. Siéntate, te serviré la sopita.

—No quiero sopa. Fuera hace calor, la gente se baña en el mar y tú me das sopa de estrellitas para cenar.

—Porque tienes que ponerte bien, Costas. Es bueno para tu recuperación.

—¿Qué médico de mierda ha dicho eso? —Sé que no lo ha prescrito médico alguno; la terapia es de su invención.

Por toda respuesta, Adriani se lleva el plato hondo, lo llena de sopa y añade un muslo de pollo. Después lo deposita delante de mí en la mesa.

—Si quieres, te lo comes. Yo he cumplido con mi deber —declara y me deja solo en la cocina.

Me agarro de los cantos de la mesa para incorporarme y cantarle las cuarenta, pero las rodillas me flaquean de repente. Mi cólera se desinfla como un tensiómetro, las fuerzas me abandonan y desfallezco. Me siento a la mesa, tomo una rebanada de pan, la corto en pedazos y los echo en la sopa, como los viejos. Al tercer bocado dejo la cuchara en el plato y salgo de la cocina.

Estoy sentado en el sofá, al lado de Adriani, mirando la televisión. En la pantalla aparece la famosa presentadora de televisión, Aspasia Komi, que una vez por semana entrevista a diversos políticos, empresarios y algún que otro futbolista o levantador de pesas, y ella lanza denuncias, airea escándalos y, al final, despide a sus invitados con una gran sonrisa. Antes yo despreciaba este tipo de programas, que me ahuyentaban del televisor. Ahora los desprecio y los veo, como nueve de cada diez griegos en la actualidad.

Komi está sentada en un cómodo sillón, frente a Iásonas Favieros, un cincuentón bien conservado, arrellanado en otro sillón de aspecto no menos cómodo. Si no fuera del dominio público que ha amasado una fortuna en los últimos veinte años, sin duda muchos lo tomarían por un roquero trasnochado de los años setenta que ha olvidado afeitarse la barba y cambiarse de pantalón. Es dueño de una gran constructora que opera en todos los países balcánicos y se encarga de una parte importante de las obras para los Juegos Olímpicos, pero lleva tejanos desteñidos y una americana llena de arrugas.

Komi lo acosa a preguntas acerca de las acusaciones de que dichas obras no estarán terminadas a tiempo, pero Favieros no parece inquietarse en absoluto.

—No son más que habladurías sin fundamento, señora Komi —responde—. Los asuntos de este tipo mueven mucho dinero y despiertan un gran interés, y Grecia es un país insignificante desde el punto de vista empresarial. Por mucho que discrepe, debo reconocer que es normal que la competencia intente muchas veces desprestigiar al adversario o, incluso, acabar con él.

—¿Me asegura entonces que las obras se terminarán a tiempo para los Juegos Olímpicos?

—No —replica Favieros sonriendo, seguro de sí mismo—. Le aseguro que terminarán mucho antes.

—Acaba de asumir un compromiso frente a nuestros telespectadores, señor Favieros. —Komi se vuelve hacia la cámara con el rostro resplandeciente de satisfacción.

—Desde luego —contesta Favieros imperturbable.

—Ya veremos dónde estarás tú cuando hagamos el ridículo delante de los extranjeros —refunfuña Adriani, que considera todas las promesas fraudulentas.

Quizá tenga razón, pero Favieros ha zanjado el tema con su compromiso público, de modo que Komi empieza a buscar otro caballo de batalla.

—No obstante, señor Favieros, en los círculos empresariales muchos se hacen la misma pregunta —prosigue—: ¿Cómo pudo usted crear, partiendo de cero y en apenas quince años, una empresa tan importante para lo que es habitual en Grecia?

—Lo que ocurre es que muy pronto comprendí dos realidades —explica él sin titubear—. En primer lugar, si limitaba mis actividades al territorio griego, mis empresas estarían condenadas a subsistir. Por eso me abrí a los Balcanes. Actualmente operamos, tanto directamente como a través de empresas filiales, en toda el área balcánica, incluso en Kosovo. Además, supe aprovechar la tradicional relación de amistad que une a Grecia con algunos países árabes.

—¿Y la otra realidad?

—Que un empresario no debe tener complejos. Realizamos buena parte de nuestras obras en colaboración con otras empresas europeas, mucho mayores que la nuestra. Le aseguro, señora Komi, que jamás he temido que nos absorban.

—Por lo visto usted supo aprovechar antes que otros los secretos de la globalización, señor Favieros.

Favieros se echa a reír.

—Conocía los secretos de la globalización mucho antes de la globalización.

—¡Qué me dice! ¡Es todo un pionero! ¿Cómo los descubrió?

Komi sonríe con gracia, como queriendo anticiparse a la broma que va a oír.

—Gracias al internacionalismo de izquierdas, señora Komi. La globalización es la última etapa del internacionalismo. Le sugiero que lea el Manifiesto Comunista.

Mientras que hasta este momento se mostraba relajado y abierto, de pronto distingo en su voz cierto deje de orgullo teñido de provocación. La sonrisa en los labios de Komi se ha convertido en una mueca de perplejidad. No sabe qué es el internacionalismo, no conoce el Manifiesto Comunista y no entiende de qué están hablando. Pero es una periodista experta y se repone rápidamente. Se inclina hacia delante y clava en él los ojos.

—Tal vez usted lo llame internacionalismo y Manifiesto Comunista, señor Favieros, pero otros lo llaman contactos con el partido gobernante —le dice en tono melifluo—. Y hablan de sus relaciones con ciertos ministros.

—No sólo con el partido gobernante sino con todos los partidos. ¿Sabe de algún empresario que no cultive contactos políticos, señora Komi?

—No estamos hablando de simples contactos sino de relaciones personales muy estrechas. Hace dos días le vieron comer con un ministro del gobierno en un restaurante de moda.

—¿Insinúa que conspirábamos en público, y en un restaurante muy conocido, para colmo? —Favieros suelta una risotada. De repente, se pone serio—. No

olvide que conozco a muchos de los ministros del actual gobierno desde la época de la junta militar, cuando éramos estudiantes.

—No son pocos los que afirman que el crecimiento vertiginoso de sus empresas se debe a la simpatía de la que goza entre miembros del gobierno — señala Komi—. Tal vez por haber luchado juntos contra la dictadura —añade, mordaz

—El éxito de mis empresas se debe a una buena planificación, a unas buenas inversiones y al trabajo duro, señora Komi —asevera Favieros con gravedad—. Esto quedará demostrado más allá de toda duda, y muy pronto, además. —Pone énfasis en la última frase, como si fuera a demostrarlo enseguida.

Komi abre una carpeta que tiene sobre el regazo, extrae un documento y se lo entrega a Favieros.

—¿Reconoce esta carta? —pregunta—. Es una protesta firmada por cinco sociedades constructoras y dirigida al Ministerio de Obras Públicas. Protestan por la anulación del concurso para la construcción de tres nudos viarios y la decisión de repetirlo, sólo para conceder a su empresa la oportunidad de presentarse, puesto que no estaba preparada para la primera convocatoria.

Favieros echa un vistazo al documento y levanta la cabeza lentamente.

—Sí, algo había oído de eso, pero no lo había leído.

—Como ve, se trata de acusaciones muy concretas. ¿Tienen algún fundamento?

—Responderé a su pregunta —dice Favieros con serenidad.

Su mano se dirige lentamente al bolsillo interior de su americana. Komi, asida a los brazos del sillón, fija la mirada en Favieros y espera. Con su actitud pretende transmitir la tensión a los espectadores, pero el tufillo a falso me llega desde la avenida del Mediterráneo, donde se encuentran los estudios.

Favieros retira la mano del bolsillo pero no saca un papel ni un pañuelo con el que enjugarse el sudor. La mano de Favieros empuña una pequeña pistola tipo Beretta, con la que apunta a Komi.

—¡Virgen María, la va a matar! —chilla Adrianí, levantándose de un salto.

Komi contempla la pistola, hipnotizada. No sé si la paraliza el terror o la fascinación que ejercen las armas sobre sus víctimas, fenómeno que he podido comprobar en incontables ocasiones. Cuando sale del trance momentáneo intenta ponerse de pie, aterrorizada, pero sus rodillas no obedecen y se desploma en el sillón. Abre la boca para decir algo, pero su lengua se alía con las rodillas y se niega a obedecerla.

—Señor Favieros —lo llama alguien desde fuera de la pantalla, con una voz que intenta ser tranquilizadora pero que está temblando de miedo—. Señor Favieros, guárdese el arma en el bolsillo... Se lo suplico... Estamos en el aire, señor Favieros.

Favieros no le hace caso. Sigue encañonando a Komi con la pistola.

—¡Vamos a publicidad! ¡Poned los anuncios! —grita la misma persona desde detrás de las cámaras.

—¡Nada de anuncios! —La voz que interviene ahora es categórica, no admite objeciones—. Seguimos en el aire. ¡Aquí mando yo!

—¡Señor Valsamakis! —protesta la primera voz—. ¡Acabaremos en la cárcel!

—¿Cuántas veces se presentan oportunidades como esta, inútil? ¿Quieres pasar el resto de tu vida realizando informativos y concursos televisivos o prefieres tener a la CNN de rodillas, suplicándote? ¡Contéstame! ¿Qué prefieres?

—¡Patroclo, un primer plano de Favieros! ¡Quiero un primer plano de Favieros! —grita el realizador.

—¡Aspasia, habla con él! ¡Estás en el aire, habla con él! —ordena la voz de mando.

Komi no se esfuerza en absoluto por disimular el pánico.

—Señor Favieros —farfulla—. No... por favor...

Mientras Patroclo hace zum en el rostro de Favieros, este realiza tres movimientos sucesivos y muy rápidos. Se apunta a sí mismo con el arma, se mete el cañón en la boca y aprieta el gatillo. El disparo resuena a la vez que el grito de Komi. Un chorro rojo brota de la cabeza de Favieros, y sus sesos se desparraman sobre el fondo del escenario, que figura una enorme pecera llena de peces de colores. El cuerpo de Favieros cae hacia delante, como si se hubiese quedado dormido en el sillón.

Komi, de pie, retrocede casi imperceptiblemente hacia la salida del plató, pero la voz de mando le para los pies.

—¡Quédate en tu puesto, Aspasia! —brama—. ¡Piensa que estamos haciendo historia! ¡El primer suicidio televisado en directo! —Komi vacila por un instante y después se vuelve hacia la cámara, porque la enfoca en primer plano, pero también para apartar la vista de Favieros.

A mi lado, Adriani se ha cubierto la cara con las manos y se mece adelante y atrás como las plañideras.

—No, Dios mío... No, Dios mío... —gime.

—¡Aspasia, habla a la cámara! —atruena la voz de mando.

—¡Miltos, un primer plano de Aspasia! —ruge el realizador.

—Queridos telespectadores —suen a la voz de Aspasia pero, en lugar de su rostro, se ve en la pantalla una imagen borrosa, manchada de sangre y salpicaduras.

—¡Miltos, limpia el objetivo! ¡No tengo imagen! —grita el realizador.

—¿Con qué quieres que lo limpie?

—¡Con la manga, con lo que sea! Quiero imagen.

—¿Quién es el gilipollas que ha dejado abiertos los micros? ¡Carta de ajuste!

Dejan de oírse las voces y el sonido, y en la parte inferior derecha de la

pantalla aparece un letrero: « Estas imágenes no están trucadas» .

—¡Apágala! —exclama Adriani, indignada—. ¡Estas imágenes no están trucadas! ¡No tienen escrúpulos!

—Ya la apago —respondo—, pero prepárate: nos enseñarán el suicidio en todos los canales durante al menos una semana, como si fuera una película de estreno.

—¿Y a este cómo se le habrá pasado por la cabeza suicidarse delante de las cámaras?

—El alma humana es insondable.

Recurro a esta respuesta vaga porque, si empezamos a discutir, la retahíla de tonterías será interminable.

—Ya todo se considera un espectáculo. Hasta el suicidio.

A veces, Adriani pone el dedo en la llaga, sin darse cuenta. ¿Por qué razón escenificaría su suicidio en público un empresario de la talla de Iásonas Favieros? Por otra parte, quizá no era eso lo que se proponía y había tomado la decisión de matarse sobre la marcha. ¿Qué otra intención podía albergar, sin embargo? ¿Asesinar a Komi? Se lo merecía, aunque seguro que Favieros no veía tanto la televisión como para que esa muñeca rubia y embutida en lamé, como una bolsa de peladillas, despertase sus instintos asesinos.

También existe la posibilidad de que quisiera lanzar una advertencia a sus competidores y enemigos. Y la pistola ¿para qué? ¿Los amenazaría con una pistola a través de las cámaras? Hace mucho que no investigo, estoy desentrenado y sólo se me ocurren bobadas.

Otra noche sin dormir. El insomnio es mi gran tormento. Temo el instante en que apagaré la luz. Según Fanis, esto les ocurre a muchos convalecientes, y recomienda que tome medio Tavor una hora antes de acostarme. Yo me niego a tomar siquiera un cuarto, porque, si te enganchas a los somníferos, ya nadie te quita la adicción. Así que paso la mitad de la noche con los ojos como platos, revolviéndome en la cama.

Mi insomnio de anoche, sin embargo, no presentaba los síntomas acostumbrados: no estaba nervioso, contando del mil al uno, ni me entraron ganas de hacer mi recorrido nocturno de la cocina a la sala de estar y de allí a la terraza. Al contrario, cada vez que me entraba el sueño, me lavaba la cara para despejarme. Me reconcomía la obsesión de comprender qué había impulsado a Iásonas Favieros a suicidarse ante las cámaras. Un suicidio privado, en casa o en el despacho, no me habría extrañado mucho. Los negocios no marchaban bien, padecía problemas psicológicos, su mujer lo engañaba con otro, estaba a punto de estallar un gran escándalo y prefirió la muerte al oprobio. Su voluntad de matarse en público es lo que me confunde. ¿Por qué en público? ¿Por qué Iásonas Favieros quiso convertir su muerte en un espectáculo? La gente como él detesta los alborotos y se mueve a resguardo de las miradas del público, en despachos cubiertos de gruesas moquetas, que ahogan el ruido de las pisadas. ¿Y, de repente, un hombre así provoca la subida de las acciones de la emisora con su propia muerte? La posibilidad de que se hubiese vuelto loco queda descartada. Había acudido a la entrevista con la pistola junto a la billetera. Por lo tanto, el suicidio público obedecía a un propósito determinado, quería decir algo.

Adrián dormía a mi lado con sus ronquidos sordos y continuos como el sonido de una cisterna que no acaba de llenarse. Normalmente, me pone tan nervioso que tengo que morder la almohada para contenerme, pero anoche casi no la oía. Por primera vez en muchos días, devoraba las horas nocturnas como caramelos y no quería que terminaran.

Desde hace un mes, levantarme de la cama por la mañana supone un esfuerzo titánico. Pienso en el día que me espera, en el programa de austeridad, sin novedades ni desviaciones, y mis pies se niegan a tocar la alfombra tendida junto a la cama. Hoy me siento contento y relajado, porque me lo estoy pasando

bien. Tengo los diccionarios desparramados alrededor y paso de uno al otro. Encuentro la mejor definición en la página 33 del Dimitrakos:

«Suicida: 1. Se aplica al que se suicida; el que muere de su propia mano. 2. Se aplica al que corre riesgos excesivos, así como a sus ideas, sus actos, etc» .

—¿Te pasa algo? —Adriani asoma la cabeza por la puerta entornada y me observa, inquieta.

—No, estoy muy bien.

—¿Por qué no te levantas?

—Estoy haciendo el vago...

—No te encontrarás mal, ¿verdad?

—No. Tampoco estoy agotado de tanto trabajar.

Me mira, sorprendida de mi tono sarcástico, que últimamente había remitido, junto con los síntomas postoperatorios. Lo cierto es que yo también me pregunto a qué se debe mi inesperada mejoría. ¿Al lavado de cerebro que me practicó ayer Uzunidis? ¿O al suicidio público de Favieros? A este último, sin duda. Algo no encaja en este suicidio, algo que me corroe desde el instante en que vi sus sesos aplastados contra la enorme pecera del decorado, algo que hizo emerger al policía medio ahogado y sin aliento que hay en mí. Gilipolleces, pensaba cada vez que mis reflexiones llegaban a este punto. Me monto películas para matar el tedio. En el fondo, sin embargo, sabía que no es así. El componente teatral del suicidio de Favieros no pegaba con nada, y eso me molestaba.

Odio remolonear en la cama. Hace tiempo me provocaba un sentimiento de culpabilidad, porque me parecía que robaba horas del servicio. En mi situación actual, me hace sentir peor aún. Me levanto y empiezo a vestirme, sin dejar de pensar en Favieros. Sólo cuando ya estoy vestido me percató de que, por primera vez en meses, me he puesto traje y corbata. Me miro en el espejo de la puerta del viejo armario ropero. Me devuelve la imagen de un policía, y esta confirmación me sienta bien. Lo único que desentona es la sombra de barba en mi jeta. Un rostro bien afeitado constituye una especie de certificado de salud y capacidad laboral. La barba, en cambio, denota enfermedad, jubilación o desempleo. A lo largo de los dos últimos meses he pertenecido a la segunda categoría y me rasuraba cada tres días. Es la primera vez que hago un tímido intento de afeitado diario; para eso me quito la chaqueta y voy al cuarto de baño. Cuando termino me pongo de nuevo la americana y dejo los diccionarios desparramados en la cama. Es uno de los pocos privilegios que me ha concedido Adriani después de mi percance: no estoy obligado a ordenar nada, ni siquiera mis diccionarios, aunque los detesta y siempre me pegaba la bronca cuando los dejaba por ahí. Ahora no dice nada, porque, según ella, no conviene que me canse mientras dure mi convalecencia. A pesar de todo, suelo recogerlos yo mismo, porque Adriani los guarda de cualquier manera, a su antojo, como si así se vengara de ellos.

Está sentada a la mesa de la cocina, pelando unos calabacines. Levanta la cabeza distraída, segura de verme en pijama. Se queda inmóvil y con los ojos desencajados, contemplando la versión trajeada de mí mismo como si se tratara de un fantasma del pasado.

—¿Adónde vas?

—A comprar los periódicos.

—¿Te has puesto el traje para comprar periódicos?

—En realidad, habría debido ponerme el uniforme, como si fuera a desfilar, pero he decidido dejarlo correr. No hace falta exagerar.

Se le cruzan los cables y, en lugar de echar el calabacín en la cacerola con el agua, lo tira a la basura. Salgo de casa y cierro de un portazo, para despertarla ahora que no estoy.

Cuando se abren las puertas del ascensor en la planta baja me topo con la señora Prelati.

—Qué alegría, señor Jaritos —exclama con entusiasmo—. Por fin, el policia que conocemos de siempre.

Me dispongo a plantarle un beso, sin importarme las consecuencias, previsibles e imprevisibles, cuando recuerdo la antipatía mutua entre Adrianí y la Prelati. Tal vez su comentario encierre una pulla contra mi mujer, que desde hace tiempo no me deja salir solo de casa.

Mis sospechas se disipan cuando el del quiosco me recibe con tanto entusiasmo como Prelati.

—Ya era hora, comisario. Enhorabuena —grita—. Tiene mejor aspecto que nunca. ¿Por qué será?

—Los periódicos.

—¿A cuál le toca el turno?

Lo pregunta porque compro un diario diferente cada día, bien para variar, bien para constatar que todos me aburren por igual; todavía no estoy seguro.

—A todos, excepto los deportivos.

Me mira estupefacto pero enseguida se le ilumina el rostro.

—El suicidio, ¿eh? —pregunta, feliz de haber encontrado la respuesta al enigma.

—Sí. ¿Por qué, sabes algo?

—¡No, por Dios! —responde con el pavor instintivo del ciudadano que no quiere líos—. Por lo poco que he visto, tampoco saben los periódicos.

Me da la enhorabuena una vez más y mete los diarios en una enorme bolsa de plástico. Bajo por la calle Aronis y llego a la plazoleta de San Lázaro. Al lado hay un viejo café reconvertido en cafetería. Elijo una mesilla en la sombra y saco el fajo de periódicos de la bolsa de plástico. El camarero, un cincuentón aburrido, se me planta delante con un escueto «dígame». Pido un café griego *ma non troppo* con azúcar y recibo una mirada torva que equivale a una

imprecación silenciosa, probablemente porque mi elección devuelve la cafetería a la categoría de café.

Todos los periódicos destacan el suicidio de Favieros en primera plana. Sólo varían los titulares. «Trágico suicidio de Iásonas Favieros» y «Misterioso suicidio delante de las cámaras», proclaman los más serios. A partir de ahí, la cosa empeora: desde el «Espectacular suicidio de Favieros» hasta el «Suicidio en exclusiva» y el «Gran Hermano sangriento». En todas las portadas aparece una foto, seleccionada también de acuerdo con criterios distintos. El diario más serio publica una imagen de Favieros estrechando la mano del primer ministro. Otros dos lo muestran con el cañón de la pistola en la boca. Los más amarillistas optaron por una foto de Favieros muerto y la pecera ensangrentada.

Sorbo el café griego, que está aguado, y leo los reportajes uno tras otro. Están llenos de incógnitas y suposiciones, es decir, nadie sabe nada y todos aventuran conjeturas arriesgadas. Un periódico sostiene que Favieros atravesaba grandes dificultades económicas y estaba al borde de la quiebra. Otro, que padecía una enfermedad incurable que lo empujó a poner fin a su vida de ese modo espectacular. Un diario de izquierdas analiza a fondo los graves problemas psicológicos que afligían a Favieros desde que la policía militar lo torturó durante la dictadura. Incluye una entrevista a cierto psiquiatra, que siempre salta a la palestra en ocasiones como esta, presenta impresionantes perfiles psicológicos del asesino o de la víctima y te hace pensar en lo que se pierde el FBI al no contar con sus servicios. Otro periódico, el que menciona al Gran Hermano en el titular, plantea la hipótesis de una enfermedad incurable que moviese a Favieros a pactar con el canal de televisión la emisión en directo de su suicidio desde sus estudios, para cobrar una cuantiosa suma de dinero y dejársela a su familia. Finalmente, una de esas publicaciones de nuevo cuño que semejan fotonovelas insinuaba que Favieros era homosexual y que se había volado la cabeza para librarse de un chantaje.

Ellos no saben más que yo, pienso. En otras palabras, no saben nada. Consulto mi reloj. He estado más de dos horas sumido en la lectura de la prensa, y hace rato que ha pasado la hora de la comida en mi sanatorio particular. Dejo en la mesa los dos euros y medio que me cobran por un café tamaño dedal y me encamino de regreso a casa. Ya he recorrido la mitad de la calle Aronis en dirección contraria cuando, de pronto, se me ocurre llamar a Sotirópulos, un periodista que me martiriza desde hace años y con el que me une una relación de amor y odio, sobre todo de odio. Compró una tarjeta en el quiosco y marco el número de Información, para pedir el teléfono de la cadena de televisión donde trabaja Sotirópulos.

—¡Qué sorpresa, comisario! —Hace años que suprimió el «señor»—.
¡Cuánto tiempo! ¿Te encuentras bien?

—Digamos que sí. Todo es relativo.

—¿Cuándo te veremos?

—Me quedan dos meses de baja.

—¡Me has matado! —resopla, decepcionado—. Ese tal Yanutsos, tu sustituto, nos trae locos. Hay que sacarle las palabras con sacacorchos.

Rompo a reír, satisfecho.

—Os lo tenéis merecido. A mí me acusabais de guardarme información.

—Él no lo hace para no mostrar todas sus cartas, sino porque es incapaz de hilvanar dos frases seguidas. Anota sus declaraciones en un bloc y nos las lee, sin comas ni puntos.

Casi se me cae el auricular de la mano.

—¿Guikas permite que Yanutsos haga declaraciones a la prensa? —pregunto, estupefacto. Guikas, el director de los cuerpos de seguridad, cuida sus informes más que su cartera y no los confía a cualquiera. A mí me encargaba que los escribiera, y él se los aprendía de memoria y los recitaba a los reporteros. Y ahora resulta que ha entregado la cartera a ese idiota de Yanutsos, que lleva el chaleco antibalas del revés, como una camisa de fuerza.

—Dicen las malas lenguas que lo hace a propósito —comenta Sotirópulos entre carcajadas—. Lo odia tanto, que le hace silabear las declaraciones, para ponerlo en evidencia.

Lo creo capaz.

—Me gustaría hacerte una pregunta, Sotirópulos. Por interés personal solamente. ¿Qué sabes del suicidio de Favieros?

—Nada. —La respuesta es inmediata y categórica—. Nadie sabe nada. Estamos a oscuras. Quizá la familia esté enterada de algo, pero mantienen la boca cerrada.

—¿Y lo que dicen los periódicos?

—¿Acerca de sus problemas económicos, psicológicos y demás? Pamplinas, comisario. Nosotros, los periodistas, cuando no disponemos de datos, echamos el anzuelo para ver si pescamos algo. Generalmente, pescamos zapatos, bolsas de plástico y desechos varios. A este ritmo, a la historia de Favieros le queda un día de vida, como mucho, porque no tenemos nada que escribir sobre el tema.

Le doy las gracias y él contesta, riéndose, que aguarda mi reincorporación al servicio con las ansias de un enamorado.

Adriani no me oye entrar en casa, porque está hablando por teléfono con mi hija.

—¿No ves que lleva tres horas dando tumbos por la calle? —se lamenta. Está clarísimo que se refiere a mí, de modo que tengo todo el derecho a escuchar la conversación.

» Tres horas, Katerina. ¿Lo entiendes? —Su voz destila angustia—. Sin decirme adonde iba. Abrió la puerta y se marchó. —Calla para escuchar la respuesta de Katerina y prosigue en un tono más impaciente—: ¿Que qué le

puede pasar? ¡Estarás de broma! ¡Puede haberse mareado y desmayado en plena calle! ¡A lo mejor se lo han llevado al hospital! Cuántas veces le he dicho que se compre un móvil, pero no quiere ni oír hablar de ello. —Hace otra pausa y la interrumpe con brusquedad—: ¡Claro, la culpa es mía, otra vez! ¡Soy yo quien lo agobia y no le da un respiro! —Está indignada y, cuando Adriani está indignada, no deja a nadie meter baza—. ¡Qué Fanis ni qué Fanis! ¡Fanis no está aquí todos los días, para ver cómo he rescatado a un hombre del borde de la muerte! ¡Debería llamar a la policía para que salgan a buscarlo! ¡Hace tres horas que se ha ido y no sé dónde está!

—Estoy aquí —anuncio desde la puerta de la sala.

Se sobresalta porque no me había oído entrar, y una expresión de alivio se le dibuja en la cara.

—Aquí está tu padre, por quien preguntabas —le comunica a Katerina con toda naturalidad y me pasa el auricular—: Es tu hija.

—¿Cómo está mi niña?

—Yo estoy bien. Mamá, no tanto. La has vuelto loca, ha estado a punto de salir a pegar carteles con tu foto —me dice, divertida.

—Lo sé. Ya se hará a la idea.

Sigue un breve silencio.

—¿Significa eso que tu conversación con Fanis ha surtido efecto? —pregunta con alegría.

—Sí. Y también el suicidio.

—¿Qué suicidio?

—El de Favieros. Anoche, en la televisión. De repente, me removió todo por dentro.

Katerina echa a reír.

—No deja de ser macabro pero, generalmente, las conmociones dan resultado. —Se pone seria—. Mamá lo hace porque te quiere. No te vayas al otro extremo —me advierte.

—¡No te preocupes! Recuperaremos nuestra rutina habitual.

Intercambiamos besos telefónicos y cuelgo. Adriani se ha ido a la cocina para preparar algo de comer. Antes de seguirla hago una parada en el dormitorio para recoger el *Diccionario hermenéutico de términos hipocráticos*, de Apostolidis, que Katerina me regaló cuando me hospitalizaron por el amago de infarto.

Busco la voz «sanar» y me dirijo a la cocina. La mesa está puesta, y la comida servida. Calabacines hervidos, los que estuvo pelando por la mañana, y tres hamburguesas. Me acerco a ella, diccionario en mano, y le leo la definición:

—«Sanar: curarse por completo, restablecerse. “Los enfermos sanan gracias a la medicina”». Página cuarenta y uno. Yo estoy entre los que menciona Hipócrates —añado—. Me siento tan sano, que pienso pedir el alta y volver al

departamento.

—¡Costas, por Dios, no tomemos decisiones tan precipitadas! —Por un lado, me suplica aterrorizada; por otro, me recuerda que la decisión la tomaremos juntos, no yo por mi cuenta—. Además, te retienen un pastón para la Seguridad Social. Y ahora que tienes la oportunidad de recuperar una parte de lo que te han robado a lo largo de tantos años, quieres regalárselo.

Sonríe triunfalmente, porque ha dado con el argumento que convencería a cualquier griego de la modernidad. El griego que no piensa que el Estado le roba y no se cree en el deber de desquitarse, o está loco o no es griego.

Ahora que ya me he librado del asedio, coqueteo con la idea de cancelar mi cita vespertina con el gato. Pero me lo pienso mejor y llego a la conclusión de que si evito los enfrentamientos frontales y me embarco en una guerra de guerrillas quizá logre vencerla.

Quince minutos antes de la hora a la que siempre salimos, percibo la sombra de Adrianí a mi espalda.

—¿No vamos de paseo hoy?

Levanto la vista del diccionario de Dimitrakos y le dedico una sonrisa taimada.

—Sólo si me prometes hacer tomates rellenos mañana.

—Con mucho gusto, aunque temo que se te indigesten, Costas.

—¿Ya vuelves a las andadas? Te he dicho un millón de veces que tengo una herida en el pecho, no una úlcera de estómago, y tú, erre que erre.

Reflexiona por un momento y encuentra la solución ideal, que le permite salvar la cara.

—De acuerdo, les pondré menos cebolla para que sean más ligeros.

Descubro alborozado que mi táctica funciona, y ahora el gato está sentado frente a mí, mirándome con la expresión altiva que mi presencia suele inspirarle. Me levanto lentamente, finjo desperezarme y me acerco a él. Este movimiento inesperado le sorprende porque rompe todos nuestros acuerdos. Se incorpora, por si acaso, y me observa con inquietud. Al ver que sigo aproximándome sin inmutarme, salta a tiempo del banco y se aleja como un gran señor, con la cola en alto, antes de arrancar a correr, despavorido. A partir de ahora, como mínimo, estará alerta cuando me vea y me libraré de su arrogancia.

Adrianí, inmersa en la lectura de los periódicos que compré esta mañana, no se ha percatado de nada.

—¡Sí, claro, se suicidó porque tenía problemas económicos! —espeta en un momento dado.

—¿Te parece improbable? —pregunto y vuelvo a sentarme a su lado.

—Pero ¿en qué país vives? —me suelta, como si acabara de repatriarme de una de las exrepúblicas soviéticas—. Aunque hubiese ido directo a la quiebra, sólo habría salido perjudicada su empresa. Él tenía su fortuna personal bien

guardada en un banco de Suiza, no te quepa duda.

—¿Por qué en Suiza?

—Porque como no pertenece a la Unión Europea, no pueden seguir el rastro del dinero depositado en sus bancos.

La miro estupefacto.

—Adriani, ¿por qué no vas tú al Departamento y yo me quedo en casa a preparar tomates rellenos?

—¿Ves todo lo que se aprende de la televisión? —comenta con una sonrisa de satisfacción—. El único que no aprende eres tú, porque te aburres.

—¿Hablan de estas cosas por la tele?

—¿Estás de broma? ¡Por algo dicen que la televisión es una ventana al mundo! Es toda una escuela.

«Una puerta se abre, otra se cierra», cantaba Sotiría Belu durante cuarenta interminables años y, al final, han triunfado las ventanas.

—Vámonos, va a llover —señala Adriani.

Levanto la cabeza y, entre las copas de los árboles, atisbo un cielo cubierto de nubarrones. Las primeras gotas gruesas nos pillan a la salida del parque. No hay ni un soplo de viento, y la lluvia cae a raudales, formando una densa cortina, como las de las barberías, que no te dejan ver más allá de diez metros. Al borde de la acera nos detenemos ante un torrente de agua. Han bastado cinco minutos para que la calle Cónonos se transforme en un afluente de la calle Filolau, convertida a su vez en un río de corriente imparable.

—¿Cómo vamos a cruzar? —pregunto a Adriani—. Esto es intransitable.

Me agarra de la mano y me conduce hasta la entrada de un bloque de pisos.

—Espera, ahora vuelvo —dice y corre hacia el supermercado, a tres porterías de distancia.

Me pregunto si piensa comprar un bote hinchable pero al poco sale con un fajo de bolsas de plástico vacías.

—Levanta el pie —me indica y me lo enfunda en una bolsa, que me sujeta al tobillo con una goma elástica, como si estuviera empaquetando un pollo. Vence mi resistencia con un «¡estáte quieto, yo sé lo que hago!» y, pasa a la otra pierna.

—Estás loca si piensas que voy a vadear el río con bolsas de plástico a modo de aletas —protesto.

—¡No serás el único! ¡Mira alrededor de ti!

Y señala a una mujer que está atravesando el afluente con una bolsa en la cabeza y otras dos en cada pie.

—Agradece que yo haya tomado la precaución de traer un paraguas —se vanagloria Adriani.

La escena disipa mis reservas y en un minuto cruzamos a la acera de enfrente, dos gatos con botas luchando por evitar que los arrastre la corriente.

A pesar del paraguas y de las bolsas de plástico, quedamos empapados y, una vez en casa, nos quitamos la ropa y nos damos frías de alcohol. Entretanto, la lluvia ha cesado tan repentinamente como se desató, y el cielo de occidente aparece despejado y rojo como la sangre.

Esta es la hora más tediosa de mi rutina cotidiana, porque no sé en qué ocuparla. Por la mañana, entre la hora del café, que estiro hasta las diez, la prensa y los diccionarios, consigo matar el tiempo hasta el mediodía. Después de comer echo una siesta. Nunca duermo de verdad pero cierro los ojos y aprieto los párpados durante un par de horas, para pasar por dormido. Luego toca mi cita con el gato. Desde que vuelvo a casa, se abre un agujero negro imposible de tapar hasta la hora del telediario. Hojeo los diccionarios pero pronto desisto. Después tomo el periódico, pero ya me lo he leído de arriba abajo. Queda el crucigrama, que me irrita más, porque soy un inepto. Por no hablar de lo humillante que resulta comprobar mi incapacidad para encontrar la palabra adecuada después de tantos años de estudio de los diccionarios. Tras el tercer intento, arrojo el periódico de la cama a la puerta o del salón al recibidor, según donde esté sentado, aunque el día siguiente empiezo el mismo ritual a la misma hora, como buen masoquista.

Lo mismo ocurre ahora. Miro las casillas y me entran ganas de jugar a los barcos, como en el colegio, porque no acierto una sola palabra. Diez minutos después, lanzo exasperado el diario al recibidor.

—Pero ¿por qué te devanas los sesos, si no se te da bien? —suenan en la cocina la voz de Adrián, el ojo vigilante que todo lo ve y todo lo sabe.

Me consuela pensar que, gracias al diluvio, habrá novedades en el informativo y nos mostrarán riadas, sótanos inundados y cubos llenos de fango, pero mi alegría no tarda en esfumarse, ya que el chaparrón de la tarde apenas duró media horita. Cuando llegaron las unidades móviles, los ríos callejeros se habían secado. Me resigno a ver por tercera vez las mismas noticias que leí en las ediciones matinal y vespertina de la prensa, cuando el telediario cede el paso bruscamente a un corte publicitario.

—¿Ahora ponen anuncios en medio del informativo? —se extraña Adrián—. ¡Son unos sinvergüenzas!

Mi primera reacción es levantarme y salir de la sala. Esperar a que terminen los anuncios para escuchar unas noticias que ya conozco me parece excesivo. Pero cuando intento pensar en otra cosa que hacer, no se me ocurre nada, así que me siento de nuevo. Para variar, mi paciencia se ve recompensada, los anuncios se interrumpen tan bruscamente como habían empezado, y aparece la presentadora del telediario. Sostiene un papel en la mano y mira a la cámara, perpleja.

—Señores telespectadores, hemos recibido hace apenas unos minutos una llamada anónima en los estudios. Una voz desconocida que afirmaba hablar en

nombre de la Organización Nacional Helénica Filipo el Macedonio ha declarado que dicha organización asume la responsabilidad del suicidio del empresario Iásonas Favieros. Estas son las palabras textuales del desconocido: «Favieros no se suicidó; lo suicidamos. Las razones por las que lo empujamos a la muerte quedan recogidas en un comunicado que hemos dejado en el contenedor más próximo a la entrada de los estudios» .

La presentadora hace una breve pausa, siempre con la vista al frente.

—La información proporcionada por el interlocutor desconocido ha resultado ser cierta, señoras y señores. Hemos hallado el comunicado en el contenedor de basura, junto a la entrada de la emisora. Aquí está. —Levanta hacia la cámara el trozo de papel, una hoja tamaño DIN A-4 con un logotipo que representa la famosa efigie del padre de Alejandro Magno, con su casco. Debajo y con gruesas letras negras se lee:

ORGANIZACIÓN NACIONAL HELÉNICA FILIPO EL MACEDONIO

Siguen varios párrafos en un tipo de letra más pequeña. Hasta yo noto claramente que tanto el logotipo como el escrito fueron creados e impresos por ordenador.

La presentadora empieza a leer el comunicado, mientras el texto desfila por la mitad inferior de la pantalla, lo que divide a los espectadores en dos categorías: los sordos y los analfabetos.

Comunicamos al pueblo de Grecia que ayer indujimos al suicidio al empresario Iásonas Favieros. La Organización Nacional Helénica Filipo el Macedonio condenó a Iásonas Favieros a muerte por emplear en sus construcciones mano de obra exclusivamente extranjera: albaneses, búlgaros, serbios y rumanos, así como numerosos africanos y asiáticos. Con estas actividades, el comunista e internacionalista Iásonas Favieros minaba sistemáticamente los fundamentos de la Nación. En primer lugar, porque al contratar a obreros de los Balcanes, Asia y África, contribuía al aumento del desempleo entre los griegos y, por lo tanto, al debilitamiento del tejido nacional en favor de los inmigrantes. En segundo lugar, por fomentar, de ese modo, la permanencia indefinida de los extranjeros en Grecia y la erosión gradual de la Nación por razas ajenas, que empujan sistemáticamente a los helenos a la marginación y, dentro de una década, los habrán dejado en minoría en su propia tierra. En tercer lugar, porque al pagar a obreros extranjeros salarios ridículos acumulaba fabulosos beneficios, sin dar un céntimo a los desempleados griegos y a sus familias.

Propusimos a Iásonas Favieros la solución de su retiro voluntario advirtiéndole que, en caso de no llevarlo a efecto, ejecutaríamos, uno tras otro, a todos los miembros de su familia.

Hacemos un llamamiento a todos aquellos que contratan a obreros extranjeros en Grecia para que los despidan en el plazo de una semana y contraten en su lugar a trabajadores griegos. De lo contrario, correrán la suerte de Iásonas Favieros y habrán de elegir entre el retiro voluntario o la ejecución.

Exigimos a las autoridades que expulsen a todos los extranjeros del territorio griego en el plazo de un mes. En caso contrario, ejecutaremos a tantos extranjeros cada día, que ellos mismos decidirán marcharse.

¡Para que las naciones a la deriva dejen de hollar el suelo de nuestra patria!

¡Para que el aumento del paro deje de dar de comer a nuestros enemigos!

Grecia pertenece a los griegos, y los griegos la quieren limpia y exclusivamente suya.

¡El que tenga oídos, que oiga!

ORGANIZACIÓN NACIONAL HELÉNICA FILIPO EL
MACEDONIO

La presentadora aparta los ojos del texto.

—Este es el contenido del comunicado, señoras y señores —dice—. El original ya ha sido enviado a las fuerzas de seguridad.

Miro la pantalla anonadado. De todas las posibles causas del suicidio de Iásonas Favieros, esta es la única que no me había pasado por la cabeza. Contemplo la idea de llamar a Sotirópulos para preguntarle si se le había ocurrido a él pero la descarto enseguida.

Por la noche sueño, no con Filipo el Macedonio sino con *Bucéfalo*. Es un caballo blanco de crin abundante. De pie en medio de un prado, levanta la cabeza hacia el cielo como un gallo que, en lugar de cantar, relincha.

Al parecer Dios quiere a los periodistas, independientemente de su carácter. Si no, no se explica cómo, cada vez que una noticia está a punto de perderse en el olvido, cae el maná del cielo y la resucita de sus cenizas. En esta ocasión, el maná del cielo se llama Organización Nacional Helénica Filipo el Macedonio y da un vuelco completo a la situación, sin que, en realidad, cambie uno solo de sus elementos. Porque este cuento de los nacionalistas que incitaron —según ellos— a Favieros a suicidarse en público por contratar trabajadores balcánicos y tercermundistas en sus obras, no se sostiene ni como cuento de hadas, lo que, por otra parte, estaría muy acorde con los nacionalistas. Sin embargo, ha desatado los vientos de Eolo y dado pie a un aluvión de teorías, puntos de vista y suposiciones, así como a todo tipo de chismes y habladurías que proporcionarán material de debate a los reporteros y a sus colegas ventanícolas durante al menos diez días. Sólo Dios podía crear esta magnífica combinación que permite que todo parezca distinto sin que haya cambiado nada, y sólo en un lugar como Grecia.

La otra cosa que no logro quitarme de la cabeza es el nombre de la organización. Organización Nacional Helénica Filipo el Macedonio. ¿De qué me suena este nombre? Por mucho que lo intento, no consigo recordar. Pero lo he oído en otro sitio.

Resuelve el enigma la llamada de Katerina, que está impaciente por discutir las noticias referentes al suicidio de Favieros.

—¿Crees de verdad que lo obligaron a suicidarse?—me pregunta.

—Me parece muy improbable. Por otro lado, Favieros se suicidó públicamente. Habría que investigar el porqué. Hay una laguna en esto.

—Estoy de acuerdo. No creo que tengan fundamento las teorías sobre problemas económicos, una enfermedad incurable, etcétera.

—No me refiero a esto.

—¿Entonces?

—¿Por qué se mató en público? No encuentro una explicación lógica para ello.

—¿Qué insinúas? —inquire—. ¿Que ordenaron a Favieros, que se trataba de tú a tú con el primer ministro y todos los miembros del gobierno, que fuera a los estudios, se metiera en la boca el cañón de una pistola y se volara la tapa de los

sesos?

—¿No te parece raro que lo hiciera?

—Claro que sí, pero ¿cómo iba a dejarse intimidar por una organización de tres al cuarto como Filipo el Macedonio?

—¿Habías oído hablar de ella? —pregunto asombrado.

—¡Pero, papá...! Si son esos payasos que colapsan cada año el centro de Salónica para celebrar el aniversario de Alejandro Magno.

Claro, pienso, son ellos. Recuerdo que los colegas de Salónica se ponían hechos una furia porque un puñado de manifestantes se las ingeniaba para sembrar el caos.

—Dime, Katerina, ¿se puede hablar de responsabilidad criminal en casos como este?

—Se les puede acusar de inducción al suicidio, pero ¿a quién vas a perseguir?

—A los líderes de la organización.

—¡Menuda organización! —espeta Katerina con desprecio—. Diez alelados y otros veinte que se les unen para pasar el rato. ¿Sabes cuál ha sido su manifestación más multitudinaria?

—No. ¿Cuál?

—Cuando se congregaron delante del Club de Oficiales de las Fuerzas Armadas para protestar porque en las actas de un simposio científico se afirmaba que Filipo II de Macedonia era homosexual y mantenía relaciones con Pausanias, uno de sus generales.

Colgamos el teléfono entre carcajadas, pero lo cierto es que la conversación me ha dado que pensar. ¿Cómo se entiende que una organización que asoma la patita una vez al año para cortar la tarta de cumpleaños de Alejandro Magno convenza a Favieros para que se suicide? ¿En razón de la amenaza de matar a su familia si se negaba? No le habría costado nada enviarlos a todos a los Alpes, a pasar el resto de su vida de vacaciones.

Todo esto me lleva a la única conclusión posible: que el suicidio de Favieros obedecía a otras causas, de momento desconocidas, y que el grupúsculo de nacionalistas aprovechó la ocasión para darse publicidad. Si bien esta hipótesis es, probablemente, la más razonable, no me aclara en absoluto las auténticas motivaciones que impulsaron a Favieros a pegarse un tiro en público. Me temo que me seguirá obsesionando la palabra «público» hasta que encuentre una explicación convincente.

Sé muy bien que todas estas reflexiones no se traducirán en ningún resultado práctico, y que, en el fondo, no son más que una especie de crucigrama que me monto yo solito para intentar resolverlo, pero lo prefiero mil veces al crucigrama de los periódicos, que me crispera los nervios desde la primera palabra.

Si quiero averiguar algo no me queda más remedio —otra vez— que recurrir a la prensa escrita. Decido acercarme al quiosco y, al pasar por delante de la

cocina, veo que Adriani está rellenando tomates y pimientos.

—Aún no los has metido en el horno, y ya huelen —le digo, riéndome.

—Muy bien, pero te advierto que no quedarán muy sabrosos, porque he puesto poca cebolla. No me salgas después con que están sosos.

Los tomates rellenos la tienen acomplejada desde que rivalizaba en habilidades culinarias con mi madre, y tiembla ante la posibilidad de un fracaso.

—No está mal, para empezar —digo para tranquilizarla.

Si alguien me preguntara por qué en lugar de torcer a la derecha en la calle Aronis para dirigirme al quiosco de periódicos, doblé a la izquierda en Nikiforidis para salir a la calle Formionos, no sabría qué contestarle. Tampoco sé muy bien qué me pasó por la cabeza cuando detuve un taxi y le indiqué al conductor:

—A la avenida Alexandras, a la jefatura de policía.

En cuanto bajo del taxi, sin embargo, y cruzo el semáforo del Hospital Oncológico, empiezan a despertarse mis reflejos. Decido evitar la tercera planta, donde está mi despacho. No me apetece abrir la puerta y encontrarme a Yanutsos sentado en mi silla, ojeando las *Noticias de Tricala*. Treinta años en Atenas y el único diario que lee sigue siendo el periódico de su pueblo.

El guardia de la entrada se dispone a preguntar por mi nombre, pero mi jeta le resulta familiar y vacila.

—Comisario Jaritos, subo a la dirección general —me identifico para sacarlo del apuro. Quiere ponerse de pie pero lo detengo—. Estoy de baja. Sobran las formalidades.

El ascensor conserva sus vicios de siempre y me hace esperar diez minutos antes de concederme el honor de recibirme. Rezo para no toparme con mis ayudantes, Vlasópulos y Dermitzakis, y mucho menos con Yanutsos. Por suerte, el ascensor sube de un tirón y me deja en la quinta planta.

Me gustaría haber traído una cámara para fotografiar la expresión de Kula al verme. La manera de saber si realmente caes bien a alguien es apareciendo de improviso, después de una larga enfermedad o ausencia. Entonces leerás en su cara, como en un barómetro, si te ha echado en falta. La cara de Kula resplandece mientras ella se pone de pie de un salto y exclama con voz chillona de la emoción:

—¡Señor Jaritos!

Se abalanza sobre mí, me abraza y me estampa un beso en cada mejilla, para que no haya favoritismos. Kula siempre me ha tratado con simpatía, aunque yo, el poli receloso, pensaba que fingía. Hoy debo reconocer que he sido injusto con ella. Tal como me mira, rubia, guapa y con una sonrisa de oreja a oreja, se me ocurre que si hubiera venido antes, sin duda, me habría levantado el ánimo gracias a sus besos.

—¡No sabe cuánto me alegro de verle! —asegura alborozada—. No sabe cuánto le he echado de menos.

—¿Sí? Pues no fuiste a verme en el hospital —la reconvengo, con voz de enamorado que se queja porque su amada no lo cuida lo suficiente.

—Tiene razón. —De repente, está azorada y no encuentra las palabras adecuadas—. Verá... pues... No nos conocemos mucho y no me parecía bien presentarme allí, de repente, delante de su mujer... y de su hija... Se sabría aquí, en jefatura, y eso daría que hablar...

—¿Qué dices, Kula? ¿Quién hablaría?

—No faltan las lenguas viperinas...

—¿Y qué dirían?

Sacude la cabeza con gesto fatalista.

—Ay, señor Jaritos. Usted es un inocente. Parece venido de otro planeta.

No sé si debo alegrarme o lamentarme de mi suerte.

—Pero veo que está muy bien —comenta para cambiar de tema—. Fuerte, sano, rejuvenecido... ¿Cuándo volverá al trabajo?

—Me quedan dos meses de baja.

—Le envidio. Procure disfrutarla.

—¿Está en su despacho? ¿Puedo pasar a saludar?

—Desde luego, no hace falta que le anuncie. No va a interrumpir nada importante.

Sólo después de entrar en el despacho de Guikas descubro que Kula no hablaba por hablar. Guikas está sentado detrás de su escritorio, que mide tres metros de largo, es curvo y recuerda la pista de un hipódromo. Frente a él, ocupando el sillón donde solía arrellanarme yo, está Yanutos. Es un hombre de cuarenta y cinco años, alto, delgado y linfático, que nunca se quita el uniforme, porque cuando va de paisano semeja un vendedor ambulante de costureros. Me lo he buscado. Debí hacer primero una escala en el despacho de mis ayudantes para indagar su paradero.

—Bienvenido —dice Guikas al verme—. ¿Qué te trae por aquí?

—He pasado a saludar.

—Si nos echas de menos, significa que te encuentras bien. Siéntate.

Yanutos no se toma la molestia de darme los buenos días; me mira con expresión molesta y preocupada a la vez. Opto por mostrarle mi indiferencia y centro la vista en Guikas.

—¿Cómo te va? —me pregunta él.

—Me aburro —respondo con sinceridad y Guikas sonríe.

—¿Todavía no has aprendido a jugar a las cartas? —bromea Yanutos desde el sillón de enfrente.

—Leo los periódicos, salgo a pasear, veo la televisión... Qué más puedo hacer. —Mi contestación va dirigida a Guikas; Yanutos ya no cuenta para nada

— ¿Cómo os va a vosotros por aquí?

—La rutina de siempre, ya sabes.

—¿El suicidio de Favieros no ha roto la rutina? —inquiero candorosamente para calibrar su reacción, pero él no se inmuta.

—El nuevo éxito de la televisión.

—¿Y esa organización que alega haberlo empujado al suicidio?

—¡Bueno! —interviene otra vez Yanutsos—. Cuando yo estaba en la antiterrorista, si nos hubiéramos tomado en serio esas chorradas, no habríamos dado abasto.

Cuando estabas en la antiterrorista jugabais a las cartas, pienso pero mantengo la boca cerrada para no cabrear a Guikas.

—Un desconocido ha llamado a un periódico para decir que el comunicado no es de «Filipo el Macedonio», sino un mero intento de provocación —me informa Guikas seriamente.

—A pesar de todo, algo no encaja.

—¿Qué?

—El suicidio en público. ¿Por qué querría suicidarse delante de las cámaras?

Guikas se encoge de hombros.

—¿Qué esperas, que tengan lógica los actos de un hombre que ha decidido poner fin a su vida?

—A los hombres como Favieros no les gusta la publicidad —insisto—. Siempre actúan con discreción. Por eso me llama la atención.

—Oye, Jaritos —salta Yanutsos de nuevo—. Nos alegramos de verte y de que estés bien, pero el señor director y yo estábamos en medio de una reunión de trabajo muy importante, y nos has interrumpido.

No me da tiempo de sorprenderme de su desfachatez, porque advierto que Guikas se levanta, como si estuviera aguardando la señal, y me tiende la mano.

—Celebro que estés mejor, Costas —dice—. Déjate caer por aquí otro día y charlamos.

Me están echando, pienso. Tienen prisa por deshacerse de mí. Estrecho la mano de Guikas, giro sobre los talones y salgo del despacho sin decir palabra.

—¿En qué categoría incluyes a Yanutsos? —pregunto a Kula para desquitarme.

—En la de los brutos y los cobardes —responde de inmediato—. No sólo se comporta como un burro sino que trata de cargarme sus errores, y comete unos diez al día.

—Un poco de paciencia, Kula. Son dos meses, ya pasarán.

—¡Y cuanto antes mejor! —ríe.

A pesar de los comentarios de Kula, sigo enfurecido. Me planto en la calle Dimitsanas, delante del hospital de San Sabas, a esperar a que aparezca un taxi, pese a que para pillar uno en Atenas a las dos de la tarde se necesita un máster.

Yo sólo terminé la primaria, de modo que me los quitan delante de las narices antes de que pueda hacer una seña al conductor. Cuando, por fin, consigo parar un taxi estoy a punto de estallar. En cuanto me acomodo en el asiento delantero descubro que me ha tocado la norma, es decir, un taxista melómano que siempre pone la radio a todo volumen. Mis nervios se desmoronan en la esquina de Mijalakopulu con Spiru Merkurs, cuando una voz femenina empieza a cantar: «Nos lo pasamos muy bien, y eso me aterriza».

—¡Apaga este chisme y toca el claxon, a ver si nos abrimos camino! —le exige al conductor.

Vuelve la cabeza y me observa con esa expresión soberbia que caracteriza a los taxistas.

—¿Por qué, está enfermo? No me lo parece.

Le estampo mi carné de policía en las napias.

—Soy policía y estoy de servicio. Tu radio interfiere con mi busca. Apágala y pega unos cuantos bocinazos, o te entrego al primer guardia urbano que encontremos y te retiro la licencia durante, al menos, seis meses.

Obedece sin más comentarios. Empieza a conducir como un kamikaze, y llegamos a la esquina con Aristocles en un par de minutos. Le pregunto qué le debo.

—Paga la casa, señor comisario. Mejor déme su nombre —pide, como si quisiera invitarme a un helado—. Nunca se sabe, podría necesitarlo alguna vez.

Dejo tres euros encima del asiento, me bajo y cierro de un portazo.

—¿Dónde has estado todas estas horas? —pregunta Adriani, inquieta.

—En la plaza de Omonia. Echaba de menos a los rusos y los pónticos.

Al fijarse en mi expresión, se percata de que más vale no discutir.

—Ven a comer —se limita a murmurar.

En cuanto pruebo los tomates rellenos, mis nervios se relajan y mi cólera se desvanece, como por arte de magia.

—¡Benditas sean tus manos, Adriani! Hoy me has hecho el mejor regalo —afirmo entusiasmado.

—Vamos, no me mientas. Les falta cebolla, y a te lo dije.

Tomo el segundo bocado y lo retengo en la boca, para delicia de mi paladar. Nos faltan tantas cosas, que la cebolla es lo de menos, pienso.

Estoy sentado en una cabina de lujo. No en uno de los barcos que recorren el sur del mar Egeo sino en la salita de los médicos de guardia del departamento de cardiología del Hospital General del Estado, cuyas dimensiones y equipamiento no difieren mucho de los de una cabina de lujo. Estoy esperando a que me entreguen los resultados de mis análisis, a que Adriani termine con las formalidades y a que me examine el cirujano. Es mi recompensa por haber accedido a someterme a un reconocimiento: yo me quedo tranquilo en la cabina de lujo mientras Adriani se ocupa de los trámites. No me pasa absolutamente nada, yo lo sé, los médicos lo saben, hasta las enfermeras lo saben. Hace semanas que me quitaron los puntos, la herida ha cicatrizado por completo y sólo me duele un poco con los cambios del tiempo. Adriani, sin embargo, insiste en que me haga un chequeo, con la esperanza de que los médicos detecten algún agujerito todavía abierto, lo que le permitiría prolongar su dominio sobre mí, aprovechándose de que aún no me he restablecido del todo.

Asoma la nariz por el resquicio de la puerta.

—Estamos listos, Costas. Ya podemos irnos.

La salita de los médicos de guardia se encuentra en el tercer piso, mientras que el ambulatorio está en la planta baja del edificio de enfrente. Adriani pulsa el botón para llamar el ascensor.

—Deja, tendremos que esperar una hora —le digo y empiezo a bajar por la escalera, para demostrarle que estoy sanísimo y que no debe alimentar esperanzas.

Debido a la humedad insoportable, y al traje que vuelvo a llevar desde hace pocos días, con corbata, llego al ambulatorio con la ropa pegada al cuerpo. Llueva o haga sol, siempre acaba uno empapado. Vaya mierda de tiempo.

Nos reunimos con Fanis delante de la puerta del quirófano, y entramos para el chequeo ante la mirada escrutadora de la plebe con carné de la seguridad social, que se presenta a las seis de la mañana, con la esperanza de conseguir un número para visitarse a las dos de la tarde.

—¿Qué nos pasa, señor comisario? ¿Alguna molestia? —inquire Eucarpidis, el encargado de Cirugía A.

—No, doctor, qué va —interviene mi portavoz oficial—. Gracias a Dios, nos

encontramos muy bien, pero pensamos que no estaría de más hacernos unos análisis.

Instituyó este plural en mi primer día de hospitalización, como si hubiésemos sufrido la herida en sociedad. Me desnudo de la cintura para arriba y me tiendo en la camilla. Eucarpidis echa un vistazo superficial, sin tocar siquiera la cicatriz.

—Está muy bien —dictamina, satisfecho—. Y sus análisis son muy buenos. La cifra de leucocitos es correcta, la de plaquetas, también. Hemos terminado, no hace falta que vuelva.

—Costas, ¿por qué no te haces un electrocardiograma, y a que estamos aquí? —sugiere Adriani dulcemente cuando salimos al pasillo.

Ya sé qué pretende. La revisión no ha arrojado los resultados que le convenían, así que quiere intentarlo con el electro. Estoy a punto de replicar con un «no» seco, pero me interrumpe la risa de Fanis.

—Ya te has hecho otros análisis, no pierdes nada con un electrocardiograma —asegura.

Me limito a asentir en silencio; me cuesta negarle nada al novio de mi hija.

Entramos en el ascensor para subir al departamento de cardiología con dos enfermeras algo agitadas que mantienen una conversación tensa.

—¿Estás segura? —pregunta una de ellas.

—Acabo de oírlo por la radio.

La primera se santigua.

—Que Dios nos ayude. El mundo se ha vuelto loco.

Bajamos en la segunda planta, y me quedo con la duda de qué es lo que han dicho por la radio. Que el mundo se ha vuelto loco y a lo sé. No necesito que nadie me lo anuncie.

—Tu corazón funciona como un reloj —asevera Fanis, satisfecho, después de estudiar el electro—. ¿Tienes todas tus medicinas?

—Se nos han acabado los diuréticos, Fanis. Anota también una cajita de sublinguales, Dios no quiera que los necesite —le ruega Adriani, que controla las existencias como si fuera mi encargada personal de almacén.

—Dos Frumil y un Pensordil para el comisario —indica Fanis a la enfermera.

Una cincuentona, que aguarda a que la atienda el otro cardiólogo, levanta la cabeza y me mira con curiosidad.

—Tiene suerte de estar en el hospital un día como hoy —comenta—. Sus colegas van de cabeza.

—¿Por qué? —pregunto, irritado. Siempre me molestan las personas que me dirigen la palabra sin conocerme.

—¿No se ha enterado todavía? Esa organización que decía haber provocado el suicidio de Favieros...

—¿Filipo el Macedonio?

—Esa misma. Anoche asesinaron a dos kurdos. Acaba de salir en las noticias.

Me vuelvo inmediatamente hacia Fanis.

—¿Dónde hay un televisor?

—En el bar.

—¿A qué vienen tantas prisas? —protesta Adriani—. Pasarán toda la semana repitiéndolo.

No le falta razón, pero yo no me aguanto. El bar se encuentra en medio de un pequeño parque con pinos. Está lleno. Pacientes en pijama, o camisión, acompañantes, médicos y enfermeras jóvenes se amontonan en las mesillas y a lo largo de las paredes para ver la televisión, sujeta a la pared a cierta altura. Llego en mitad de la declaración, cuyo texto ocupa media pantalla.

... Puesto que algunos no quisieron tomarse en serio nuestro comunicado referente al suicidio de Favieros, anoche nos vimos obligados a ejecutar a dos trabajadores extranjeros, empleados en las obras de Favieros, para demostrar a todos que no estamos bromeando. Hacemos un llamamiento general a la prudencia y a la seria consideración de nuestras reivindicaciones. De ahora en adelante, la responsabilidad recaerá sobre los dirigentes.

Las palabras se desvanecen de la pantalla, y la cámara empieza a bajar por una escalera estrecha, que conduce a un apartamento situado en un semisótano, poco mayor que un estudio, que contiene dos catres arrimados a las paredes, una mesa de fórmica y dos sillas de plástico. Dos sábanas blancas cubren sendos cuerpos humanos, tendidos en sus respectivas camas.

—Las víctimas, señoras y señores, son los dos kurdos que residían aquí, en el número 4 de la calle Frearíon, en el barrio de Ruf —informa la voz de la presentadora—. Ambos recibieron un disparo en el ojo derecho.

Mientras contemplo la imagen, se me agolpan las preguntas en la mente. ¿Cómo hemos pasado, en un lapso de pocos días, del suicidio de Favieros al asesinato de los kurdos? Y ¿por qué no se me quita de la cabeza que el suicidio en público constituye una señal de alarma que nadie escucha? Desde luego, ni Guikas ni ese inepto de Yanutsos. De repente, en medio de la conmoción, me invade cierto placer al pensar que ayer me miraban por encima del hombro y hoy se tiran de los pelos. No fueron capaces de reparar en el aspecto más llamativo de todo. Aun suponiendo que la organización nacionalista apareciera a posteriori para atribuirse una parte que no le correspondía en el suicidio de Favieros, eso no habría sido posible si Favieros no se hubiese matado ante las cámaras, y no habría habido necesidad de asesinar después a los dos kurdos para convencer a los escépticos.

¿Qué echa en falta cualquier poli en circunstancias como estas? Un coche patrulla. Tan ansioso estoy por disponer de uno, que dirijo la vista afuera,

convencido de que ya me está esperando. Pero no veo más que a un medicucho tonteando con una enfermera.

—Si llamamos un taxi, ¿cuánto tardaría en llegar?—le pregunto a Fanis.

Dos pares de ojos se clavan en mí, desorbitados. Los de Fanis a la diestra y los de Adriani a la siniestra, porque, de acuerdo con Dimitrakos, de la siniestra surgen los augurios siniestros.

—¿Para qué necesitas un taxi?—inquire Adriani con recelo.

—Quiero echar un vistazo a la escena del crimen.

—Estás de baja. ¿Lo has olvidado?

Su voz resuena como una campana, y la gente se vuelve hacia nosotros, extrañada. Evidentemente, mi emancipación gradual a lo largo de los últimos días la ha llevado hasta el límite, y está a punto de estallar. Tomo la iniciativa y salgo del bar para no armar un espectáculo.

—¿Puedes llamar a un taxi?—insisto, dirigiéndome a Fanis.

—Deja, ya te llevo yo. De todas formas, estoy aquí por ti. Hice el turno de noche y mi guardia ha terminado.

—Yo me voy a casa—declara Adriani categóricamente. Ha adoptado la expresión de una niñera estricta, que no propina una bofetada al chiquillo pero le da a entender que se han acabado los caramelos y las chokolatinas. Yo casi extrañaba esa expresión, y me divierte contemplarla de nuevo.

Fanis le rodea los hombros con el brazo, se la lleva aparte y le susurra al oído. Después la deja y me llama:

—Espera a que acerque el coche.

Adriani vuelve a mi lado aunque rehuye mi mirada. Yo, por otra parte, debería explicarle por qué quiero inspeccionar a los kurdos asesinados y el cuchitril en que vivían, pero no se me ocurre una explicación satisfactoria, ni siquiera para mí.

Fanis llega y detiene el coche delante de nosotros. Dejo que Adriani se siente a su lado. Intento imaginar de qué ha hablado con Fanis y si piensa acompañarme a la escena del crimen, en cuyo caso quedaré en ridículo, pero no me atrevo a preguntar; lo dejo en manos de la suerte.

Afortunadamente, Fanis se desvía de la avenida del Mediterráneo por Mijalakopulu y comprendo que vamos a dejarla en casa. Al llegar a la plaza de Pangrati, Adriani le pide que pare el coche.

—Déjame aquí, Fanis, querido. He de hacer unas compras.—Se apea sin despedirse. Acabamos de tener nuestro primer ríffirrafe en dos meses, pero a mí no me preocupa en absoluto. Al contrario, me alegro de reanudar la rutina.

—¿Qué le has dicho para que cambie de opinión?—pregunto a Fanis con curiosidad.

—Que, puesto que irías de todas formas, sería mejor que te acompañara tu médico. Te esperaré en el coche. La verdad es que esta historia me interesa a mí

también.

Interesa a todo el mundo menos a Guikas y a Yanutsos, pienso con amargura. Esta reflexión me obliga a confesarme que hay otra razón que me impulsa a visitar el escenario del crimen: la jeta que pondrá Yanutsos cuando me vea; él, que ayer, ni más ni menos, me echó del despacho de Guikas.

Enfilamos la avenida Amalias y pasamos por delante de los Jardines Nacionales. De pronto me entran remordimientos por utilizar a Fanis para satisfacer mis vicios policiales.

—Si quieres me bajo aquí y busco un taxi —le sugiero—. No has dormido, y ahora no te dejo descansar.

—Ya te lo he dicho, este asunto despierta mi curiosidad.

—Y la de Katerina. Anteayer tuvimos una larga conversación sobre organizaciones de extrema derecha.

Fanis rompe a reír.

—Voy a confesarte una cosa, pero no se lo comentes. Cada noche nos sentamos delante de la televisión, nos llamamos por teléfono y nos ponemos a analizar las distintas posibilidades. Uno, que no entiende nada, y la otra, que entiende a medias.

—¿Katerina es la que entiende a medias?

—Pues, sí. Al menos, ella estudia Derecho. ¿Qué va a saber un cardiólogo de esas cosas?

—¿Y por qué conmigo no habla de eso? —De nuevo siento una punzada, como cada vez que cobro conciencia de que ahora hay otro, más cercano a Katerina.

—Porque le da vergüenza —contesta Fanis.

—¿Vergüenza de qué?

—Del papá policía. Teme decir alguna bobada y quedar como una tonta.

Hemos tomado la calle Aquiles, que va cargada en dirección a Atenas, y torcemos por la avenida de Constantinopla. Frearion se encuentra calle arriba, a la izquierda, y Fanis gira en la esquina y aparca en la calle Basilio Magno.

—Te espero aquí.

—No tardaré mucho —le aseguro, convencido de que Yanutsos me despachará en un par de minutos.

El bloque de pisos es una construcción ilegal, de aquellas limitadas a dos plantas hasta que los propietarios untaron a la policía o a algún político para que les permitiera añadir un par de pisos más, alquilarlos y pagar la dote de la hija o los estudios del hijo. Como no vislumbro ni ambulancias ni furgonetas de la televisión, deduzco que los cadáveres ya han sido trasladados al depósito.

Bajando la escalera que conduce al semisótano, me topo con Diamandidis, de Identificación.

—¿Qué le trae por aquí, señor comisario? ¿Ha vuelto al trabajo? —pregunta,

como si mi presencia allí no le extrañara en absoluto.

—No, pero, como ves, intento pillarle de nuevo el tranquilo —respondo y, él suelta una carcajada—. ¿Qué pasa ahí abajo?

Se queda indeciso por un momento, como si quisiera confiarme algo, pero cambia de opinión.

—Baje y verá —contesta.

La puerta del apartamento está abierta y en el interior suenan voces. La vivienda consta de una única habitación, tal como aparecía por televisión, con un recoveco espacioso que hacía las veces de cocina y una puerta al lado, que debe de ser la del cuarto de baño.

Tal como suponía, ya se han llevado los cadáveres. En el centro de la habitación, Yanutos y el forense Markidis están encarados en actitud de gallos de pelea a punto de arremeter uno contra el otro.

—No pienso decirte ni una palabra —grita Markidis a Yanutos. Lo conozco desde hace años, y es la primera vez que lo veo perder los estribos—. Espera a recibir mi informe.

Más al fondo, mis dos ayudantes, Vlasópulos y Dermitzakis, de espaldas a los otros dos, fingen hablar para que no se note que están pendientes de la discusión.

De repente, todas las miradas se posan en mí, como si alguien les hubiera advertido de mi presencia. Yanutos abre los ojos como platos. Aún más desconcertante resulta el comportamiento de mis ayudantes. Me miran perplejos y no acaban de decidir si deben saludarme o no. Al final, optan por asentir con una sonrisa y se vuelven de nuevo hacia el fondo.

El más efusivo de todos es Markidis, que se acerca y me tiende la mano.

—Bienvenido —dice. Su semblante parece más afable que de costumbre, porque ha sustituido las gruesas gafas de toda la vida por unas ovaladas de fina montura metálica.

—¿A qué vienes? —me pregunta Yanutos—. Que yo sepa, todavía estás de baja y aquí no te necesitamos.

—He venido para que me repitas lo que me dijiste el otro día, en el despacho de Guikas —contesto con malicia.

—¿Qué te dije?

—Que si en la antiterrorista hubieseis tomado en serio todas esas chorradas, no habríais dado abasto. Y ahora vais de culo.

—Esto no tiene que ver con el comunicado. Es cosa de la mafia.

Los otros tres y a se han girado para presenciar la segunda pelea de gallos.

—¿Dónde les dispararon? —pregunto a Markidis. Ya sé dónde pero quiero oírlo de su boca.

—En el ojo. A los dos.

Me dirijo otra vez a Yanutos:

—La mafia no pierde el tiempo con esas filigranas. Les habría pegado cinco

o seis tiros y se habrían marchado.

—Tal vez tenían razones para este montaje.

—¿Qué razones podían darles esos pobres kurdos? ¿Sabes lo que cuesta escenificar una ejecución con un tiro en el ojo?

Echo un vistazo alrededor. Las escasas pertenencias de las víctimas están en su sitio y no hay señales de lucha.

—Dermitzakis, Vlasópulos, podéis iros —les indica Yanutsos a mis ayudantes—. Ya no os necesito.

Levanto la cabeza con curiosidad, para comprobar si piensan despedirse de mí, pero ellos aparentan estar inmersos en sus pensamientos y se van sin siquiera dirigirme una mirada. No me explico esta actitud y me pongo furioso, aunque intento disimular para seguir metiéndome con Yanutsos.

—Por lo que veo, no hay indicios de forcejeo —le señalo a Markidis.

—No. —Nos miramos, y Markidis asiente con la cabeza—. Tienes razón. Yo también lo he pensado.

—¿Qué habéis pensado? —tercia Yanutsos—. Quiero saberlo.

Markidis no considera necesario contestarle.

—Si les hubieran disparado en el pecho, en el vientre o en cualquier otra parte, diría que los sorprendieron y no tuvieron tiempo de reaccionar —le explico—. Pero lo del ojo requiere preparación, planificación. ¿Por qué no se resistieron y dejaron que se los cargaran sin más?

—Eran mafiosos. Se conocían.

—No te quedes con la idea de los mafiosos, porque a lo mejor te llevas una sorpresa —le aconsejo mientras me alejo hacia la puerta.

Markidis me alcanza en las escaleras.

—Oye, ¿de dónde ha salido este idiota? —pregunta indignado—. Vlasópulos y Dermitzakis solos lo harían mejor.

Prefiero no responder, para no mostrar la ojeriza que le he tomado.

—¿Cómo crees que lo hicieron? —inquiero.

—Con un spray. De esos que utilizan los chorizos para dormir a los propietarios y robarles sin problemas. Les pillaron dormidos, les echaron el spray y les pegaron un tiro en el ojo.

—¿Puedes demostrarlo?

Se lo piensa por un momento.

—Depende de la composición del producto. Con un poco de suerte, encontraremos un rastro en la orina.

Ya estamos en la calle y, de repente, caigo en la cuenta de que no se trata sólo de las gafas. Markidis parece haberse hecho un *lifting* en toda regla.

—Estás muy cambiado —le digo asombrado—. Has rejuvenecido.

Una sonrisa amplia le ilumina el rostro, que no había sonreído en diez años.

—Me preguntaba si lo notarías.

—¡Cómo no iba a notar! Es impresionante.

—Me he divorciado. Me he divorciado y voy a casarme con mi secretaria.

—¿Cuántos años llevabas casado? —pregunto sorprendido.

—Veinticinco.

—¿Y ahora te divorcias?

—Claro que se quedó con el piso que compré con los ahorros de toda una vida, pero no importa. —De repente, estalla—: Me siento vivo, Jaritos. Después de pasar tantos años aletargado como un zombi —afirma con la convicción de quien acaba de ver la luz.

Debe de ser así, a juzgar por su ropa. Markidis, que no se había cambiado de traje en una década, lleva ahora una americana verde oliva de cuadros rojos, pantalones negros, una camisa de color naranja y una corbata de estampados futuristas, que brilla a la luz del sol.

—¿Es tu futura esposa quien te elige la ropa? —aventuro y, al mismo tiempo, me percato de que mi mente ha salido del rodaje de la convalecencia y funciona a sus revoluciones normales.

—Se nota, ¿eh? —se jacta, henchido de orgullo—. Ropa ultramoderna. Así la llama Nitsa. El último grito de la moda.

«Ultramacabra» me parece un término más acertado. Ese traje está a tono con el depósito de cadáveres. Me trago el comentario y voy a encontrarme con Fanis.

El café del antro de la plaza de San Lázaro está aguado, el camarero es un malcarado por convicción, y yo, a pesar de todo, aterrizo aquí cada día con mi periódico. Quizá me haya conquistado la tranquilidad de la plazoleta, con sus dos viejecitas y sus tres albaneses en paro sentados en los bancos, aunque no descarto que se trate del consabido instinto helénico que siempre nos atrae hacia lo más irritante, para renegar después de nuestra suerte.

Mi mesa habitual está ocupada por tres jóvenes que toman café *frappé*. Me siento dos mesitas más allá, en la sombra, porque ha llegado una ola de calor repentina, y abro mi ejemplar de la prensa dominical. De su interior saco: una revista de temas varios, el suplemento de arte y cultura, una revista de moda, una guía de la programación televisiva, la sección de crucigramas, un anuncio que contiene una muestra de detergente para lavadoras, un anuncio que contiene una muestra de pasta de dientes, un anuncio de enjuague bucal y tres cupones para comprar a plazos y sin intereses. Lo meto todo en la bolsa de plástico que me facilita siempre el quiosquero, con el consejo «cuidado no se le desparrame el periódico, señor comisario», y me quedo con el cuerpo principal del diario, que consta de sólo dieciséis páginas. Lo hojeo rápidamente hasta llegar al artículo sobre el asesinato de los kurdos, cuando advierto que el camarero se acerca y, sin pronunciar palabra, deposita en la mesa la taza de café y se va. Me lo ha traído por iniciativa propia, sin que se lo haya pedido.

—Un momento —lo llamo y se vuelve—. ¿Cómo sabes que no quiero un *frappé* hoy?

Me dedica una mirada de aburrimiento y se encoge de hombros.

—Usted no es de esos que gastan más en domingo —dice y sigue su camino.

Estoy a punto de mandarlo al cuerno cuando reparo en la fotografía de la calle Frearón, inserta entre tres columnas dedicadas al asesinato. Me pongo a leer con avidez pero al cabo de unas líneas llego a la conclusión de que se trata de información rancia. Sólo en la tercera columna aparecen algunos datos nuevos, es decir, los nombres de los dos kurdos, que se llamaban Kamal Talali y Masud Fajar, y trabajaban, en efecto, en las obras que la empresa constructora de Favieros realiza en la Villa Olímpica. La única novedad proviene de las declaraciones del Markidis remozado, que confirman lo que ambos

sospechábamos desde el principio: los asesinos emplearon un aerosol narcótico para anestesiarse a sus víctimas y ejecutarlas sin problemas.

Leo por encima el resto del periódico pero no veo más que los análisis habituales de la política exterior, la interior y economía. Dejo junto al platillo el importe exacto del café pasado por agua y, a su lado, el diario con todos sus anexos.

Remonto la calle Aronis sin prisas, tratando de ahuyentar los pensamientos pecaminosos sobre los kurdos, Favieros y la Organización Nacional Helénica Filipo el Macedonio. Desde luego, me resulta más agradable pensar en la comida con Fanis, que se repite ya cada domingo con la regularidad de un consejo de ministros, salvo por los días en que le toca guardia en el hospital.

La puerta del piso se abre sola y yo me quedo con la llave en la mano. Adriani aparece en el umbral con expresión inquieta y me cierra el paso. Da la impresión de que estaba pendiente de oír el ascensor para correr a abrirme.

—¿Qué pasa? —pregunto con la voz entrecortada, porque no puedo evitar imaginarme lo peor: que algo le ha ocurrido a Katerina y que Fanis ha venido a comunicárnoslo.

En vez de responder, sale al rellano, me acerca la boca al oído y musita en tono indignado:

—Esa manía tuya de no tener un móvil... Cuánta razón tenía mi madre: los que tienen los párpados caídos, son cabezotas de nacimiento.

Es cierto que heredó de su madre este método de disección del carácter. Según mi suegra, las personas de ojos rasgados son taimadas, y las de nariz puntiaguda, tacañas y mezquinas, mientras que las de napias ganchudas corresponden a un talante insaciable y libidinoso. Inculcó esta teoría a Adriani, aunque mi suegra no guardaba relación ni parentesco alguno con Lombrozos, cuyos ensayos estudiábamos en criminología.

—¿Qué pasa? —repite y recibo otro siseo en el oído.

—¡Entra y verás!

Entro en la sala de estar y me transformo en estatua de sal. Él está sentado en el sillón que forma un ángulo con el televisor pero, en cuanto me ve, se levanta de un salto. Nos quedamos mirándonos sin mover un músculo. Él espera que yo empiece a hablar, y a mí no se me ocurre nada que decir, porque es la primera vez que Guikas viene a mi casa. Estupefacto, sin apartar la vista de él, intento despejar dos incógnitas: a qué se debe su visita en domingo y qué clase de bienvenida debo dispensarle. ¿Me limito a las frías gentilezas formales, o me deshago en aspavientos de falso entusiasmo?

Por fin, me decanto por una solución intermedia.

—¡Vaya, se ha acordado de nosotros después de tanto tiempo! —suena como una queja indirecta porque no fue a verme cuando yacía en mi lecho de doliente.

—En primer lugar, he venido para disculparme por el modo en que te traté el

otro día, en mi despacho.

Temo que cualquier cosa que diga suene falsa, de manera que opto por no abrir la boca. Además, ese « en primer lugar » anuncia una continuación. Aguardo, pues.

Mi silencio lo obliga a proseguir.

—Yo no quería a Yanutos, me obligaron a aceptarlo —confiesa—. No pude hacer nada, tiene un buen enchufe.

—Así se explica cómo llegó a la antiterrorista.

Guikas se echa a reír.

—Los de la brigada buscaban el modo de deshacerse de él. Por eso acabó en mi jefatura.

No tengo motivos para no creerle, porque todo lo que me cuenta concuerda con la información que Sotirópulos me comunicó por teléfono. Adriani sale de la cocina con una taza de café en una bandeja. La deposita en la mesilla al lado de Guikas, responde a su « gracias » con un « no hay de qué » y se retira.

—Me han dicho que pasaste por el apartamento donde asesinaron a los dos kurdos.

Fija los ojos en mí, esta vez esperando una respuesta. Me encojo de hombros.

—Las viejas costumbres nunca mueren —contesto vagamente.

—Me gustaría conocer tu opinión.

—No espere gran cosa pero, desde luego, no es obra de la mafia, como piensa Yanutos. Los narcotizaron con un spray y les metieron una bala en el ojo. Los mafiosos descargan sus pistolas y se marchan. Esto apesta a ejecución a diez kilómetros de distancia y es cosa de la brigada antiterrorista.

—Yanutos reclama el caso con uñas y con dientes. —Menea la cabeza imperceptiblemente y exhala un suspiro—. Este asunto no me gusta, Costas. No me gusta en absoluto.

—¿Qué asunto? ¿El de los kurdos?

—¡No! El del suicidio de Favieros. Algo no encaja. Aunque hubiese decidido quitarse la vida, Favieros lo habría hecho con discreción. Nunca delante de las cámaras.

Descubro, casi con alivio, que su táctica no ha cambiado. Sigue exponiéndome mis propias ideas como si fueran suyas.

—Anteayer, en su despacho, no opinaba lo mismo —replico para llevarle la contraria.

—Porque no quería que Yanutos supiese lo que pienso. Tengo un plan, aunque no sé cómo ponerlo en práctica.

Me callo de nuevo, en esta ocasión para escuchar sus problemas organizativos.

—Oficialmente, no puedo ordenar la investigación de la muerte de Favieros. No cabe duda de que se suicidó, y esos casos no competen a la policía. Por esto

no descubrí mis cartas delante de Yanutsos.

Sonrí, a pesar mío.

—No parece que confie demasiado en él.

—No confío en él en absoluto —responde de forma tajante—. Cuando te vi anteayer, tuve una idea. O mucho me equivoco o te quedan dos meses de baja.

—No se equivoca.

Guarda silencio por un momento y me mira. Luego empieza a hablar despacio, como midiendo sus palabras:

—¿Qué te parecería investigar discretamente el caso Favieros? Tratar de averiguar qué motivos hay detrás de su suicidio. —Hace una pausa antes de agregar—: A fin de cuentas, te servirá para matar el tiempo.

Tardo un rato en digerir lo que acaba de sugerirme. ¿Quién iba a creer que Guikas sería mi libertador, el que me sacaría del tedio de la convalecencia para reincorporarme al juego? Al mismo tiempo, intento disimular mi alegría y no mostrar que me aferré a su propuesta como a una tabla de salvación, porque, si se da cuenta, me lo hará pagar durante los próximos diez años.

—No sé qué decirle —respondo con aire disgustado—. La verdad es que estas semanas de descanso me vienen como anillo al dedo. Ya sabe que no he pedido demasiadas bajas en mi carrera, y esta es una oportunidad para descansar. —Concluyo con una sonrisa, para afianzar mi posición, y espero a que insista para ceder poco a poco.

Me observa como si pretendiera trazar mi perfil, tal como le enseñaron durante los seis meses que estudió con el FBI. Yo persisto en mi sonrisa de refuerzo.

—Yanutsos se queda —suelta de pronto.

Con esto logra desconcertarme y tomar las riendas de la situación.

—Se queda, ¿dónde? —pregunto como un gilipollas.

—Su ingreso en el Departamento de Homicidios no es provisional. Con el pretexto de tu traumatismo grave y de tu baja prolongada, pretenden trasladarte a un departamento menos ajetreado, y Yanutsos ocupará tu puesto.

De repente, me viene a la mente con toda nitidez la actitud de mis ayudantes en el apartamento de los kurdos. Por eso me evitaban. Se ha divulgado la noticia de que Yanutsos vino para sustituirme, y se guardan las espaldas para no meterse en líos.

—Tiene un buen enchufe, ya te lo he dicho, y no puedo hacer nada —prosigue Guikas—. Pero, si investigas el suicidio de Favieros, podré decirles «miren, Jaritos ha vuelto a resolver el caso, sin él las cosas no marchan», y no se atreverán a apoyarlo.

Y yo haciéndome el difícil y el remolón. Tal como están las cosas, Guikas capitalizará por partida doble este favor.

—¿Y si no resuelvo el caso? —Rezo por que mi voz no delate mi agonía y mi

temor.

—Lo resolverás. —La respuesta es categórica y no revela el menor asomo de duda—. Hay algo turbio en este asunto, y sólo tú eres capaz de descubrirlo.

—¿Por qué sólo yo?

—Porque eres terco y cabezota. —Su sinceridad me desarma. Tras una breve pausa continúa, un tanto incómodo—: Por desgracia no está en mi mano asignarte a ninguno de tus dos ayudantes, ni al otro, el de Dirección. Si lo hiciera, todos se olerían nuestro plan y me pondría en evidencia.

No le falta razón, pero ¿cómo dar abasto yo solo?

—Puedo enviarte a Kula. Es la única persona en la que confío ciegamente. Diremos que su padre está enfermo de muerte y le concederé permiso para que «lo cuide».

—¿Y usted? —inquiero asombrado—. Kula es su mano derecha.

Se encoge de hombros.

—Ya me apañaré con la izquierda por un tiempo —contesta simplemente.

—De acuerdo —accedo, aunque la angustia de un posible fracaso empaña la alegría de mi misión. Mi cargo está en juego.

Ahora que ha conseguido mi consentimiento, se pone de pie aliviado y con una gran sonrisa. Lo sigo con la vista, preguntándome quién de los dos prevalecerá en nuestro enfrentamiento futuro: él, que me restregará por las narices el haberme ayudado a recuperar mi puesto, o yo, que le recordaré que lo ayudé a librarse de Yanutsos.

Ya hemos llegado a la puerta cuando, de pronto, en un gesto de afabilidad sin precedentes, me da unas palmaditas en el hombro en lugar de estrecharme la mano.

—Te he echado de menos, Costas —reconoce—. Te he echado mucho de menos.

Quisiera decirle que también yo le he echado de menos, pero esto no significa gran cosa, porque yo echo de menos todo menos mi casa. Por lo tanto, Guikas queda incluido, aunque como uno más del montón, no como alguien con nombre y apellido.

—¡De eso ni hablar! —exclama Adrianí poco después, cuando nos sentamos a la mesa con Fanis para comer cochinito asado con patatas al limón—. Ni por asomo vas a conducir ese trasto en tu estado de debilidad.

El trasto no es otro que mi Mirafiori, que hasta el momento ha conseguido librarse de todos los planes de renovación y celebra, tímida y modestamente, sus treinta años de servicio. Adrianí se ha avenido a que trabaje con Kula, que tendrá que soportarla todo el día, pero el Mirafiori se le indigesta como postre.

—No lo conduciré yo, sino Kula —respondo para tranquilizarla.

—Ni hablar —ruge de nuevo—. Es imposible que nadie más que tú sepa conducir ese cacharro.

—A decir verdad, estoy de acuerdo con ella —interviene Fanis, que se está divirtiendo de lo lindo—. ¿Por qué no te compras un coche nuevo? Con las facilidades de pago que ofrecen ahora, empezarás a pagar dentro de un año, como mínimo.

—No pienso separarme de mi Mirafiori. Aún aguanta. —Aunque lo afirmo categóricamente, no estoy seguro de que arranque después de pasar dos meses sin moverse de delante de la casa.

—Estupendo —grita Adriani—. ¡Pero si te pasa algo, yo me iré con mi hija a Salónica, y a ti que te lleve Kula al hospital! —Tan nerviosa está, que corta el cochinitillo en pedacitos, como si fuera a dar de comer al nieto que no tiene.

Prolongación: continuación o parte que prolonga. Arist. ZI, 515b, 6: *prolongación de los nervios*. Sor. 1/71, *la prolongación del ombligo del embrión*.

» Principio: inicio, origen del concepto abstracto del ser. Plat. Rep., 377a, *principio de las obras excelsas*. 2) En sentido concreto, salida, origen, punto de partida. Tucíd. 1,128, *principio de todas las cosas creó*. Prov., *de mal principio, mal fin resulta* .

Una pregunta me atormenta durante toda la noche: la misión que me ha encomendado Guikas ¿representa un nuevo principio o sólo constituye la prolongación del viejo estado de cosas? Oficialmente, sigo siendo el jefe del Departamento de Homicidios, que está de baja médica. El encargo de Guikas no supone ni un cambio ni una subversión de lo establecido. Se trata, simplemente, de la prolongación del ombligo del embrión, como diría Dimitrakos. Me siento como un agente del fisco que, por las tardes, lleva bajo mano la contabilidad de unos amigos para ganarse unos cuartos con los queirse de vacaciones.

Por otro lado, no hay garantía de que conserve la jefatura del Departamento de Homicidios. En primer lugar, porque el suicidio constituye un acto que no beneficia más que al suicida. En segundo y peor lugar, aunque consiga demostrar que lo blanco es negro y arañar algunas ventajas para mí de la muerte de Favieros, Yanutsos, entretanto, se habrá apoltronado en mi silla y, agarrado a los apoyabrazos de escay, llenos de agujeros, pondrá todos los medios para que nadie lo mueva de allí. En este caso, el trabajo que me ha encargado Guikas representará un nuevo comienzo, con todas las características del «mal principio» que invariablemente desemboca en un mal fin.

Amanece sin que haya encontrado la respuesta a la pregunta, y me levanto con la cabeza como un bombo. En última instancia, ante estos dilemas siempre acaba uno entre la espada y la pared, de modo que decido pelear, pese a las escasas probabilidades de éxito, antes que permitir que Yanutsos acabe conmigo sin oponer resistencia.

Kula llama por teléfono mientras estoy desayunando y me habla con frases crípticas:

—El paquete se lo entregaré mañana, señor Jaritos. Por desgracia, hoy no tengo tiempo. Quedan algunos detalles por ultimar. —Me recuerda a mi padre,

que en paz descanse, que se comunicaba en clave cuando quería indicar que había recibido órdenes de arriba. «Órdenes del Cejas», decía. Se refería a Karamanlis pero no quería que los demás lo supiesen. Sea como fuere, deduzco de sus palabras que Kula empezará a trabajar mañana. Entretanto, habré de arreglármelas y o solo, pues sería una lástima desperdiciar un día.

Tomo el último sorbo de café y me levanto. En la puerta tropiezo con Adriani, que regresa del supermercado.

—¿Vas a salir?

—Sí. No me esperes para comer. Quizá llegue tarde.

Cuando iba a trabajar con regularidad, esta aclaración resultaba innecesaria. Nunca comía en casa. Ahora que me pongo en marcha después de dos meses de baja, debo especificarlo, para que comprenda que volvemos a la rutina habitual.

—Ya entiendo. Zapatero a tus zapatos —farfulla y entra en casa.

Su cabreo está justificado, porque no le he hablado de la amenaza que supone Yanutos. Si se lo explicase, saltaría de alegría. Hace años que intenta persuadirme a pedir el traslado a un departamento más tranquilo, con horarios de trabajo normales. «Si de todas maneras no te ascienden, ¿por qué te matas trabajando?». Este es su argumento irrefutable, capaz de convencer a cualquier persona normal.

Decido hacer una visita a la residencia de Favieros. Estoy seguro de que a ninguno de mis compañeros se le ha ocurrido molestar a su familia por el suicidio, de modo que parece sensato empezar por allí. A través de la ventana de la televisión, la enciclopedia de nuestro tiempo, me he enterado de que la familia de Favieros vive en Porto Rafti, e intento trazar mentalmente la ruta más rápida hacia allí. No pienso pagar un taxi de mi bolsillo, y con el autobús corro el riesgo de llegar por la tarde, a la hora de la merienda. Al final, opto por una combinación de todos los medios de transporte público que ofrece Atenas: tomaré el trolebús hasta la plaza de Sintagma; de allí, el Metro hasta Defensa Nacional, y de Defensa Nacional a Porto Rafti, el autobús de línea.

Media hora después estoy subiendo las escaleras mecánicas para salir de aquella estación de Metro que semeja un mausoleo de mármol, con sus árboles de mentira plantados en el granito, sus anuncios imponentes y la música clásica de fondo que, por unos minutos, me hacen sentir europeo. Una vez en la superficie, tengo a la derecha el edificio del Ministerio de Comunicaciones y Transportes, a mi izquierda, el del Ministerio de Defensa y, frente a mí, una hilera de paradas y de gente que se apretuja, dispuesta a abrirse camino a patadas en cuanto aparezca un autobús, para subir primero y conseguir un asiento. De nuevo en Grecia, pienso y suspiro con alivio.

Mi autobús tarda unos treinta minutos en llegar y, por suerte, no necesito propinar patadas, porque es interurbano y hay asientos de sobra. La gorda sentada a mi lado sujeta una bolsa de plástico entre las piernas y lleva en el

regazo un paquete enorme, que descansa a medias encima de mí. Salvo por el embotellamiento que encontramos entre los estudios de la televisión nacional y La Cruz, el tráfico fluye con normalidad. Cuando ya estamos cerca de Porto Rafti, pregunto a la gorda si sabe dónde está la casa de Favieros. De repente, cinco o seis personas, hombres y mujeres, se agolpan contra las ventanillas para mostrarme el centro de interés de su pueblo.

—Apartaos, me ha preguntado a mí —les espeta la gorda para que respeten su prioridad. Espera hasta que el orden se restablece y se vuelve hacia mí—: Debe bajar en Yegos —me indica.

—¿Yegos? —pregunto extrañado.

—Es el supermercado. En la siguiente parada. Luego tuerza a la izquierda, hacia San Espiridón. Verá la casa en la curva, a la izquierda. Es una torre grandiosa, con un jardín enorme. Pródromo —le grita al conductor—, para en Yegos para que baje este señor.

Todos los pasajeros me miran con ojos inquisitivos. En el momento en que me dispongo a bajar, la gorda, incapaz de aguantarse más, formula la gran pregunta:

—¿Es usted periodista?

—Si fuera periodista... ¿vendría en autobús?

Mi respuesta la deja atónita.

—Disculpe —farfulla ruborizándose, como si la palabra « periodista » fuera un insulto.

Doblo a la izquierda y, unos quinientos metros más lejos, me topo con la casa. Es tal como la describió la gorda, si bien se quedó corta en su calificación del jardín, que debe de ocupar unas dos hectáreas de terreno en desnivel. En lo alto se yergue una mansión de dos plantas, rodeada de terrazas de diversos tamaños y una explanada delante, provista de mesas, sillas y sombrillas, todas ellas blancas; algo así como la cafetería privada de la familia de Favieros. El complejo está protegido por un muro, equipado con un circuito cerrado de televisión. Sólo se alcanza a vislumbrar el interior a través de la alta verja de entrada.

Un jardinero está regando el césped.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

Al oír mi voz, cierra el agua y se me acerca.

—Comisario Jaritos. Quisiera hablar con la señora Favieru o con uno de los hijos.

—No están —responde secamente.

—¿Cuándo volverán?

Se encoge de hombros.

—Se han ido con barco.

Su acento lo delata como extranjero aunque no suena albanés.

—¿Eres pónico? —pregunto.

—Sí. —Cuando no es una cosa, es la otra.

—¿Cuándo regresarán tus patronos?

—No lo sé. Preguntar señor Ba, arriba.

—Abre la puerta.

—No puedo. Llame timbre, abrirán arriba.

Sigo sus indicaciones y pulso el botón del timbre.

—¿Quiénes?

—Policía —anuncio.

Cuando tienes que habértelas con extranjeros, lo mejor es pronunciar la palabra mágica: «Policía». O te abren enseguida o te disparan. Lo segundo no resulta muy probable en la casa de Favieros y, efectivamente, los dos batientes de la verja empiezan a abrirse lentamente. Busco el cremallera que me subirá por la pendiente hasta la mansión pero no lo encuentro, así que me dirijo a las escaleras que ascienden por el lado izquierdo del jardín. A medio camino me quedo sin aliento, porque la inmovilización terapéutica que me impuso Adriani me ha dejado oxidado, y mis piernas echan a temblar al menor esfuerzo.

Fue inteligente, ese Favieros, pienso mientras asciendo. No quiso construirse una casa en Ekali, para que nadie pudiera acusarlo de venderse al sistema y de haberse convertido en un tiburón más, sino que la edificó en Porto Rafti, conservando así su perfil progresista y, de paso, comprando el terreno a precio de saldo, teniendo en cuenta su extensión.

Arriba, en la explanada-cafetería privada, me recibe un hombre bajo y moreno, de procedencia asiática.

—¿Qué desea? —pregunta con voz de falsete.

—¿Tú eres Ba?

—Soy *mister* Barwan, el mayordomo —contesta con solemnidad y repite su pregunta—: ¿Qué desea?

Mira por dónde, Favieros, con su aspecto informal, su barba, y sus chaquetas y tejanos arrugados, contaba con los servicios de un mayordomo. Claro que a lo mejor el tailandés se presenta siempre así para aumentar su prestigio.

—¿Qué desea? —inquire otra vez, quizás interesado en demostrarme su perseverancia asiática.

—¿Tus patronos no están en casa?

—No. La señora Favieru, la señorita Favieru y el señor Favieros, *júnior* se fueron con el yate después del entierro.

—¿Cuándo volverán?

—Lo ignoro.

Pese a su acento extranjero, habla el griego correctamente, como si llevara incorporado un libro de gramática que le indica dónde va el predicado, dónde el verbo y dónde el complemento. Por un momento, pienso en preguntarle cómo ponerme en contacto con la mujer de Favieros, pero enseguida lo descarto,

porque temo que se alarme y llame a la policía para averiguar de qué se trata, en cuyo caso, mi misión secreta se iría al garete. Decido limitarme a interrogar al personal de la casa, y ya veremos.

—Me gustaría hacerle algunas preguntas.

—No puedo responder. No estoy autorizado.

Paso por alto su negación y prosigo:

—¿Notó usted algún cambio en el señor Favieros últimamente? ¿Se mostraba preocupado o malhumorado?

—No puedo responder. No estoy autorizado.

—No le pido que me revele ningún secreto. Sólo que me diga si le parecía alterado o nervioso, pongamos por caso.

—No puedo responder. No estoy autorizado.

Alargo la mano, lo agarro del brazo y empiezo a arrastrarle conmigo.

—¿Adónde me lleva? —balbuce sorprendido—. Tengo la tarjeta de residencia, permiso de trabajo, cotizo a la seguridad social. No soy *illegal*.

Vaya, una palabra que no conoce en griego.

—Te llevo a jefatura para interrogarte —contesto tranquilamente—. Y, si no puedes responder porque no estás autorizado, te encerraremos en una celda hasta que regresen tus patronos y te den autorización.

—El señor Favieros no había cambiado —dice, repentinamente servicial—. Se comportaba como siempre.

Sigo asiéndole el brazo, para no perder el contacto.

—¿Quizá cambiara otra cosa? ¿Sus horarios, por ejemplo? ¿No empezó a llegar tarde por las noches?

—Llegaba a eso de las once u once y media. ¿Más tarde? No, pero... —añade y calla de pronto, como si hubiese recordado algo.

—Pero ¿qué?

—Se marchaba más tarde por la mañana. Alrededor de las diez.

—¿A qué hora se iba normalmente?

—A las ocho y media... o a las nueve.

¿Qué cabe inferir de esto? Ni idea. Quizá sólo estuviera cansado y necesitara dormir más.

—¿Quién está en la casa ahora, aparte de ti?

—Dos criadas. Tania y Nina.

—Llámalas. Quiero hablar con ellas.

Se acerca a la puerta de la terraza y grita sus nombres. Al instante, aparecen dos rubias, una de ellas, altísima, la otra, de estatura media; ambas llevan uniformes de color azul celeste y delantales blancos, y proclaman a voz en cuello ser de Ucrania. Si Favieros empleaba en su casa a la mitad de las tribus representadas en la ONU, sabe Dios a qué gente contrataba en sus empresas.

Hago a las ucranianas las mismas preguntas que formulé al tailandés y

obtengo las mismas respuestas. Esto, al menos a primera vista, significa que no se operaron cambios en Favieros que llamaran la atención a su personal doméstico.

—¿A qué hora salía para ir al trabajo el señor Favieros últimamente? —pregunto a las criadas.

—¡Ya se lo he dicho! Alrededor de las diez —interviene el mayordomo, molesto al comprobar que pongo en tela de juicio sus palabras delante de sus subordinadas.

—Trabajar aquí —agrega la de estatura media.

—¿Cómo lo sabes? —suelta el mayordomo en tono agresivo.

—*Io barrer piso arriba y ver* —repite la ucraniana—. Trabajar *computer*.

—Enséñame dónde —le pido. No es que espere descubrir algo importante, pero esto me brinda la oportunidad de echar un vistazo al resto de la casa.

La ucraniana me conduce a través de un salón con piso de mármol y con pocos muebles, muy modernos. Subimos una escalera interior hasta el primer piso, donde me abre una puerta en la pared de enfrente, situada ligeramente a la derecha. El despacho es espacioso y, a través de una gran cristalera, se domina el jardín. También aquí el mobiliario es mínimo: el escritorio, un sillón al fondo y otros dos sillones delante. Dos de las paredes están recubiertas de libros. Encima del escritorio destaca una gigantesca pantalla de ordenador, que bosteza en negro. La superficie del mueble me recuerda la del escritorio de Guikas: ordenada, impecable, sin un solo papel encima. Paseo la mirada por los libros de los estantes y descubro que Favieros se quedó estancado a medio camino entre el partido comunista tradicional y el eurocomunismo. Volúmenes de historia y filosofía, una gran edición de las obras completas de Marx y Engels en inglés, distintos ejemplares sobre la historia del movimiento obrero y comunista, y muchos libros de economía. Ni carpetas archivadoras ni sobres.

Desciendo por la escalera interior y advierto que el tailandés me aguarda en el último escalón, como un cancerbero. La ucraniana alta se ha ido y la de estatura media se ha quedado en el primer piso. Me dirijo a la cafetería particular con el tailandés pisándome los talones. No se convence de mis intenciones de partir sino hasta que me ve bajar los escalones.

El jardinero sigue regando el césped.

—¿Favieros no tenía chófer? —inquiero cuando llego a su lado.

—No. Él mismo conducía. Una Beba cabrio.

—¿Qué Beba? —pregunto extrañado.

—Una BMW —responde y me dedica una mirada de desprecio por mi ignorancia.

Texto. Son casi las doce cuando llego al final del recorrido del interurbano de Porto Rafti. Ya que no voy a casa a comer, dispongo de tiempo para emprender una segunda excursión, esta vez a las obras de Favieros en la Villa Olímpica. Pregunto al jefe de estación de dónde salen los autobuses que van a la localidad periférica de Tracios y Macedonios, y él me mira como si le hubiese preguntado cómo llegar a los fiordos noruegos.

—Prueba en la plaza Vazis —me recomienda—. Todas las rutas tercermundistas salen de allí.

Camino de Vazis mi estómago empieza a gruñir, y caigo en la cuenta de que he pasado de la convalecencia al trabajo sin formalizar oficialmente mi regreso. En la calle Aristotelus paso por un puesto de *suvlakis* y pido dos, completos y con pita. Como de pie, inclinado hacia delante para no mancharme con las salsas, y al fin me siento totalmente reincorporado a la vida laboral. No me preocupa particularmente que mi aliento huela a ajo cuando hable con los constructores.

Los autobuses para Tracios y Macedonios salen, efectivamente, de la plaza Vazis, pero el que está estacionado delante de la parada tiene las puertas y las ventanillas cerradas. El conductor charla animadamente con el jefe de estación, y no nos prestan la menor atención.

—¿Falta mucho para que salga? —pregunta una mujer mayor al conductor.

—Esperen, vendrá otro —barbota él, cortante.

El otro autobús aparece veinte minutos más tarde, cuando hay cincuenta pasajeros esperando en la cola. Me alegro de no haber olvidado todas las técnicas antidisturbios que aprendí en la academia, pues me resultan útiles para acceder al vehículo y a un asiento.

El autobús arranca pero se detiene cada veinte metros a causa de los semáforos y los atascos. Por no hablar de las paradas para recoger y descargar pasajeros. A la altura del Molino Rojo, los párpados se me cierran y me quedo dormido. Percibo confusamente, como un zumbido, las voces de la gente que me rodea, y sueño que me encuentro de nuevo en la cama del hospital, dolorido, enchufado y con mascarilla de oxígeno. Abro los ojos y vislumbro a Adriani, agachada sobre mí. «¿Por qué me habré casado contigo? —espeta enfurecida—. ¡No me has dado más que angustias y amarguras! Ni que fueras nadie

importante. ¡Un poli! ¡Menuda ganga!».

Me despierta un frenazo brusco y no sé dónde estoy.

—¿Hemos llegado? —pregunto al de al lado, como si él supiera adónde me dirijo.

—La siguiente parada es la última —me indica, y suspiro con alivio.

No sé dónde está exactamente la Villa Olímpica, así que tomo un taxi para ahorrarme la búsqueda.

—¿Adónde? —farfulla el conductor cuando me siento a su lado.

—A la Villa Olímpica.

Frena tan bruscamente como había arrancado y me abre la puerta.

—Ni hablar —dice—. Acabo de volver de allí. Casi me dejo el chasis en los baches y los escombros. Búscate a otro. Yo ya he pasado por el aro.

Es el tercer taxi el que me deja, finalmente, en los límites de la Villa Olímpica con el mundo exterior. De cerca, presenta un aspecto menos maquillado que en los folletos del Organismo de Viviendas Sociales que animan a participar en el sorteo de uno de los pisos que albergarán a diez mil atenienses cuando terminen los Juegos Olímpicos. Cuando Adriani hojeó el folleto sus ojos relampaguearon, pero le corté las alas enseguida. En primer lugar, porque yo no resistiría la pesadilla cotidiana de conducir desde Tracios y Macedonios hasta Ambelókipi y viceversa y, en segundo lugar, porque la administración griega está en deuda con más de diez mil pardillos que han picado, y nosotros nos quedaríamos con las ganas. Visto el panorama de cerca, tengo que dar la razón al taxista. Más de la mitad de las viviendas se encuentran en estado embrionario, y las calles brillan por su ausencia. Es el imperio de los baches, los cascotes y las excavaciones.

Pregunto a un camionero por las oficinas de la constructora Erige S. A. Señala unas casas tricolor a unos cien metros de distancia, con los cantos pintados de ocre, las paredes, de rosa y los balcones, de añil.

Las oficinas de la obra están en una caravana, detrás de los edificios. Entro sin llamar y me topo con dos hombres, un joven que debe rondar los treinta, sentado tras uno de los dos escritorios, y otro, de unos cuarenta y cinco, de pie; ambos discuten acaloradamente. Reparán en mi presencia pero no me hacen el menor caso. Seguramente me confunden con algún proveedor que viene a venderles ladrillos o cemento armado, y me dejan esperando.

—No me cargarás con el muerto a mí —espeta el cuarentón al joven—. No soy yo quien elige a los obreros, sino vosotros. Yo empleo a los que me mandáis.

—¿No puedes dedicarte un par de días a la zona tres? —pregunta el otro en tono conciliador.

El cuarentón le echa una mirada de absoluto desprecio.

—Si le dedico un par de días, retrasaré la instalación de la red. Venís de la Politécnica a la obra y creéis que las cosas funcionan como en las aulas.

Sin una palabra más, se da la vuelta y sale del despacho, dejando la puerta de la caravana abierta a sus espaldas. El joven desvía la mirada hacia mí.

—¿Sí? —pregunta cansinamente.

—Comisario Jaritos.

Se sorprende, porque esperaba un proveedor y le ha salido un pasma. Se levanta enseguida y cierra la puerta. Luego se queda de pie delante de su escritorio, con la vista fija en mí.

—¿Es por los kurdos?

En silencio, agradezco que me facilite las cosas de entrada.

—¿Habíais recibido amenazas de la organización nacionalista que se atribuyó la autoría de las muertes? ¿Os exigieron alguna vez que despidierais a los obreros extranjeros que trabajaban en la obra?

Obtengo una respuesta categórica:

—Nunca. Oímos el nombre de la organización por primera vez en la televisión.

—¿Sabes si tu jefe recibía amenazas? ¿Lo notaste inquieto o asustado últimamente?

Reflexiona un poco.

—Inquieto y asustado, no... —titubea, aunque es evidente que quiere añadir algo más.

—Pero...

Vuelve a pensar.

—Triste... Un poco distraído.

—¿Tenía motivos para estar triste?

Se encoge de hombros.

—Qué puedo decirle... No sé si tenía motivos personales. En cuanto a los profesionales..., ¿de qué iba a preocuparse? Le servían las adjudicaciones en bandeja...

—¿No te dio en ningún momento la impresión de encontrarse al borde del suicidio?

—Al contrario. Estaba afable y sonriente, como siempre. —Hace una pequeña pausa antes de agregar—: Favieros mantenía muy buenas relaciones con el personal. No sólo con nosotros, los arquitectos técnicos, sino también con los obreros. Si alguien tenía un problema, iba a hablar con Favieros, que le buscaba una solución. Se interesaba por todos, y todos lo querían. De acuerdo, tal vez era pura fachada, pero, todo hay que decirlo, la ayuda era real.

—¿No observaste ningún cambio en su comportamiento?

—No, excepto el que acabo de mencionar... Parecía un poco abatido... Ensimismado. Aunque ignoro la razón.

—¿Dónde trabajaban los dos kurdos?

—En alcantarillado. Con Karanikas, el encargado que estaba aquí cuando

usted llegó. —A duras penas disimula su rabia hacia el cuarentón.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Debería estar entre la segunda y la tercera fila de casas, según se sale de la caravana.

Sus palabras confirman el testimonio del servicio doméstico de Porto Rafti. Nada había cambiado, aparentemente, en la conducta de Favieros. Sin embargo, si llegó al suicidio fue porque recibió, efectivamente, amenazas de la organización nacionalista Filipo el Macedonio o porque atravesaba serias dificultades en su vida personal.

Entre la segunda y la tercera fila de casas, me topo con un grupo de obreros hablando con Karanikas.

—Comisario Jaritos —me identifico al llegar a su lado.

—¿Vienen por oleadas? —suelta mordazmente, mientras leo en sus ojos que le encantaría echarme a patadas de allí.

—¿A qué te refieres?

—Hace unos días vinieron dos colegas suyos y nos hicieron perder toda una jornada de trabajo. Ahora aparece usted, y sospecho que nos hará perder medio día más. ¿Van a venir otros?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Crees que te debo alguna explicación? —Se percató de que se ha pasado de la raya e intenta controlarse—. ¿Qué tipo de personas eran los dos kurdos?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Yo me enteré de sus nombres por la televisión.

—¿No trabajaban aquí? —inquiero sorprendido.

—Trabajaban aquí, pero tienen unos nombres tan raros, que los olvidas en cuanto te los dicen. Es más fácil llamarlos « eh, albanés, búlgaro, kurdo... » o lo que sean.

—¿Tenéis a muchos extranjeros en la obra?

La expresión irónica reaparece.

—Cómo se lo diría... No entiendo por qué no construimos las instalaciones olímpicas directamente en Albania, en Bulgaria o en el Kurdistán. Sería más sencillo. Si nos han dado las Olimpiadas para darles trabajo a ellos.

—Vamos, exageras. ¡Vais diciendo estas cosas en público e hincháis las cabezas de unos cuantos gilipollas!

—¿Sabe cuántos griegos hay en la obra? Dos aparejadores y cuatro encargados, un total de seis. El resto viene de los Balcanes y del Tercer Mundo. —De repente, estalla—: ¡Somos idiotas y nos toman el pelo! ¿Por qué no reaccionan los desempleados griegos, vienen aquí y lo hacen todo añicos? Los únicos que han movido un dedo han sido esos... guerreros macedonios.

—¿Te refieres a la organización Filipo el Macedonio?

—Esos mismos. Si el Macedonio es su líder, serán guerreros macedonios, digo yo.

—De modo que estás de acuerdo con lo que sostienen en su comunicado sobre el suicidio de Favieros.

Me mira y esboza una sonrisa taimada.

—No ponga palabras en mi boca —me recrimina con socarronería, como si me leyera el pensamiento—. Yo no sé qué dice el comunicado. Sólo sé que tengo que habérmelas con albaneses, búlgaros, kurdos y árabes. Son ellos los que construyen la Villa Olímpica, a su imagen y semejanza. ¿Qué se puede esperar de unos obreros que se han pasado la vida mezclando paja con barro para construir sus chozas?

Le clavo los ojos y él me sostiene la mirada, porque está convencido de sus palabras y no se avergüenza.

—Favieros no te caía demasiado bien —aventuro.

Se encoge de hombros con indiferencia.

—La vida es como la natación —responde—. Unos nadan en la pasta, otros nadan en aguas profundas y otros nadan en la mierda. Favieros nadaba en la pasta. No sé si se suicidó o lo suicidaron, si se quitó la vida porque tenía remordimientos, o simplemente porque le dio por ahí. Ni lo sé ni me quita el sueño. Yo me ocupo de mi trabajo y estoy contento de nadar en aguas profundas, porque el día de mañana le darán mi puesto a un encargado de Koritsá y entonces nadaré en la mierda.

Da nuestra conversación por terminada y corre a supervisar las obras en la red de alcantarillado, que posiblemente será la piscina de su futuro.

II

A las nueve suena el timbre. Yo estoy tomando mi café de la mañana mientras busco en el diccionario la voz « lavado », porque me interesa ver cómo define la expresión « lavado de cerebro ». No encuentro nada ya que, obviamente, en 1955, cuando se publicó el diccionario de Dimitrakos, el lavado de cerebro no preocupaba a nadie, mientras que hoy esta técnica ha llegado hasta nuestro dormitorio, donde anoche Adriani me lavó el cerebro a fondo porque llegué tarde y porque he vuelto a las andadas, porque es una vergüenza que Guikas me manipule de esta manera y me empuje a interrumpir mi periodo de baja, y porque en dos días voy a echar por tierra lo que a ella le costó dos meses conseguir, y porque...

—¡Vamos!

El grito llega de la puerta de entrada, cortante y autoritario. Es como si de golpe hubiese vuelto a mis primeros años en el cuerpo, cuando a la voz de « ¡Jaritos! », me ponía firmes, presto a recibir órdenes sin demora.

—¡Tu nueva ayudante!

La puerta se ha abierto de par en par. Justo delante está aparcada una pequeña furgoneta. De la puerta central sale Kula con un monitor de ordenador entre los brazos. La sigue un joven de unos veintidós años, cargado con el ordenador propiamente dicho.

—Déjalo, Spiros, y ve a buscar la mesilla —le dice Kula.

Recibo dos sorpresas a la vez y no sé a cuál de las dos conceder prioridad. En primer lugar, no esperaba que Kula apareciera con un ordenador y, en segundo lugar, esta no es la Kula que conozco. Lleva tejanos y camiseta, se ha recogido el pelo en una cola de caballo y su aspecto dista mucho del de la modelo uniformada que solía darme los buenos días en la antesala del despacho de Guikas. Tiene pinta de estudiante o de joven empleada de una empresa.

Me recupero de la segunda sorpresa y me centro en la primera.

—¿Qué ven mis ojos, Kula? ¿El director te ha dado un ordenador?

Ella rompe a reír.

—¡Pero qué dice, señor Jaritos! ¿Quién me iba a dar un ordenador? Es de mi primo, Spiros, que estudia informática. Le sobra uno y me lo ha dejado.

El Spiros en cuestión llega con la mesilla.

—Déjala, ya me ocupo yo —le indica Kula con dulzura—. Te presento al comisario Jaritos.

El joven me lanza una mirada torva y masculla un «hola» desganado. Luego se dirige a la furgoneta. Salta a la vista que los polis no le caen bien. Kula lo sigue con los ojos y suelta una carcajada.

—Es hijo de la hermana de mi madre —explica—. Me costó mucho ganármelo porque soy policía. —Señala el ordenador y la mesilla—. ¿Cree que encontraremos un lugar para estas cosas?

—¿Para qué necesitamos un ordenador, Kula?

—¡Me toma el pelo! Se supone que jugamos a los detectives geniales, pero no contamos con informes, declaraciones, ni archivos. ¿Cómo va recordar los hechos y los testimonios de tantas personas?

No le falta razón, pero no sé cómo convencer a Adriani de que nos haga un hueco donde colocar el ordenador. Si de ella dependiese, lo instalaría en el altillo.

La encuentro en la cocina, fregando los platos y las tazas del desayuno.

—¿Dónde podemos poner un ordenador que necesitaremos para el trabajo? —pregunto.

Se seca las manos con la toalla y se dirige a toda prisa a la sala de estar. Sin decir palabra, empuja a la derecha el sillón de madera tallada con el cojín bordado que heredó de su madre y desplaza a la izquierda la estantería con el jarrón que yo heredaré de la mía, dejando espacio suficiente para la mesilla con el ordenador. Luego emprende el camino de regreso a la cocina pero en la puerta se topa con Kula, que está esperándola con una sonrisa tímida.

—Buenos días, señora Jaritu. Soy Kula —la saluda.

—Buenos días, hija mía.

La forma de la boca de Adriani es indicativa de la buena o mala impresión que le causa alguien. Si le cae bien, le dedica una sonrisa con la boca en su tamaño natural. Si no le inspira confianza, frunce los labios. Cuanto peor le cae alguien, más se contrae su boca. En el caso de Kula, sus labios casi han desaparecido por completo.

Kula sigue sonriéndole como si no hubiese reparado en su expresión, pero yo estoy indignado. No es culpa de la muchacha que yo haya decidido volver al trabajo. Mientras ella instala el ordenador, yo le hablo de mis visitas a la casa y a las obras de Favieros. Cuando le informo de que últimamente él llegaba tarde al despacho porque trabajaba en casa con su ordenador, interrumpe lo que está haciendo y se vuelve hacia mí.

—¿Cómo podríamos conseguir echar un vistazo a su ordenador? —pregunta.

—No creo que el mayordomo nos lo permita antes de que regrese la familia. Pero ¿qué puede contener el ordenador de Favieros, aparte de sus planos y los estudios del terreno?

—Nunca se sabe, señor Jaritos. La informática ha avanzado tanto que, si uno

busca bien y en los lugares adecuados, puede reconstruir la biografía entera de un usuario, Desde sus intereses personales y profesionales hasta los juegos que le gustan y con quiénes suele chatear o intercambiar mensajes de correo electrónico. A veces salen a la luz las cosas más inverosímiles.

Todo esto me parece exagerado, pero no perdemos nada por echar una ojeada. Antes, sin embargo, debo pasar por las oficinas de Erige S. A. para conocer al resto de los colaboradores íntimos de Favieros. No espero descubrir nada sensacional, sólo pretendo averiguar qué atmósfera reina después del retiro voluntario del fundador y propietario de la empresa.

Kula ya ha encendido el ordenador y está ocupada explorándolo. La dejo en ello y voy a pedir las llaves del Mirafiori a Adriani. Estoy decidido a mantener mi promesa y permitir que lo conduzca Kula, para no tirar demasiado de la cuerda.

Adriani está preparando *dolmadakia*, albóndigas envueltas en hojas de parra, y se encuentra en la fase del relleno. Me oye entrar en la cocina pero no se da la vuelta.

—¿Me dejas las llaves del Mirafiori? —pregunto en tono conciliador y añado —: Kula conducirá.

—Las tienes tú.

—No las tengo. Después del accidente te las entregaron a ti, junto con mi ropa y todo lo demás.

—Te las he devuelto.

—No me las has devuelto, y yo tampoco te las había pedido, porque no he necesitado el coche desde entonces.

—Te las devolví pero no te acuerdas.

Empiezo a cabrearme, porque sé lo que pretende. Quiere incluir las llaves en la categoría de objetos perdidos, para impedir que me lleve el Mirafiori. Consigo poner freno a mi ira y le digo con mucha calma:

—De acuerdo, llamaré al concesionario de Fiat para que manden un cerrajero a abrir el coche y a hacerme copias de las llaves. La broma nos saldrá en unos trescientos euros, porque es un modelo antiguo, y cuestan una fortuna.

Echa el *dolmadakia* a medio terminar en la olla y sale de la cocina. Vuelve a los dos minutos con las llaves del Mirafiori en la mano.

—¡Aquí las tienes! ¡Las habías metido en el armario, debajo de tu ropa interior, y no te acuerdas! —espeta y las tira encima de la mesa.

Me maldigo a mí mismo por no haberla seguido al dormitorio. La habría pillado in fraganti sacando las llaves de su escondite y ahora no estaría acusándome a mí, aprovechando que no dispongo de pruebas para desmentirla.

Recojo las llaves y salgo de la cocina sin despedirme. Kula ha apagado el ordenador y me está esperando.

—Nos vamos —digo y le explico que pasaremos por las oficinas de Favieros.

Se detiene por un instante en el umbral de la sala de estar y luego, en lugar de seguirme, va directa a la cocina.

—¿Está haciendo *dolmadakia*? —pregunta a Adriani en tono admirativo—. ¿Querrá enseñarme a envolverlos? ¡A mí siempre se me deshacen!

Sigue una breve pausa y después oigo la voz de Adriani:

—Te enseñaré, no es nada del otro mundo —responde, como diciéndole: « ¡No es posible que seas tan inútil! ». Pero Kula no se deja amedrentar.

—¿Sabe? Desde que murió mi madre yo le hago la comida a mi padre. Le encantan los *dolmadakia* pero, cada vez que se los preparo, el pobre tiene que comerse el relleno fuera de las hojas de parra.

Adriani ha levantado los ojos y la observa. Aunque su semblante no ha cambiado, yo, que la conozco, sé que aprecia el hecho de que Kula cuide de su padre.

—Siéntate un día a mi lado y te enseñaré —le propone y esboza una sonrisa, algo ácida, aunque con la boca un poco más relajada.

Entrego a Kula las llaves del Mirafiori, que está aparcado en la esquina de Aronis con Protesilao.

—Conducirás tú —le anuncio—. Adriani ha vetado mi vuelta al volante.

Se le escapa una risita.

—No se preocupe, conduzco muy bien.

Las puertas del coche se abren sin problemas, pero la buena voluntad del Mirafiori no va más allá. Cuando Kula intenta arrancar el motor, petardea un poco y se apaga. Al cuarto intento da un par de sacudidas que casi nos lanzan contra el parabrisas y se pone en marcha con un gemido.

Las oficinas de Erige S. A. se encuentran en la calle Timoleón, cerca del Primer Cementerio. Me alegro de que no estén muy lejos de mi Otsa, porque así no hará falta forzar demasiado el Mirafiori después de dos meses de inmovilización. Mi alegría, sin embargo, dura poco. En la curva de la avenida Rey Constantino nos topamos con una muralla de coches. A raíz de las obras para los Juegos Olímpicos, Atenas se ha convertido en una especie de campo labrado; los conductores no se han provisto de tractores a tiempo y buscan salvación en aquellas calles que aún no han sido levantadas, ocasionando un auténtico colapso circulatorio. El guardia de tráfico apostado en la confluencia de Rey Constantino con la calle Rizaris gesticula agresivamente no porque vaya a conseguir que circulemos más deprisa sino porque está harto de nosotros y quiere perdernos de vista. Justo cuando empiezo a respirar aliviado porque el Mirafiori parece resistir nuestro avance milimétrico, se cala en el cruce de la calle Diakos. El semáforo se pone verde pero no hay quien se mueva. Los de atrás pitan como endemoniados, Kula se enerva porque sus intentos de arrancar ahogan el motor, y los conductores que logran adelantarnos nos hacen gestos obscenos para levantarnos el ánimo.

—Deja que pruebe yo —me ofrezco.

Mientras experimento trucos varios para encender el motor, un descapotable se detiene a mi lado. Sentado al volante va un joven con los pelos de punta y un cocodrilo en el polo. Antes almidonábamos las camisas, ahora almidonamos las greñas.

—¡Sólo te faltaba la tía buena, con ese trasto de coche! —me grita indignado —. Los que llevamos descapotable vamos solos. ¡La suerte que has tenido, viejales! —Pisa el acelerador y nos envuelve en las emisiones de su tubo de escape, para sofocarnos y desahogar su pena.

Agarro tal cabreo que olvido que estamos parados en el semáforo. Miro de reojo a Kula, que se esfuerza por mantener la seriedad pero fracasa y estalla en sonoras carcajadas.

—En momentos como este despierta en mí el poli malo y me entran ganas de arrestar al primero que pille —resoplo.

—Vamos, sea comprensivo.

—¿Qué quieres que comprenda?

—¿No se da cuenta? Lo ha abandonado su novia y se ha desquitado insultándole a usted.

Esta posibilidad ni se me había ocurrido. Me siento tan aliviado que giro la llave como si la estuviera acariciando y el Mirafiori arranca a la primera.

Esperaba encontrarme ante un complejo de oficinas moderno, de cemento oscuro y ventanas que no se abren, pero descubro un edificio neoclásico de tres plantas, recientemente restaurado. El complejo moderno se alza detrás. Al principio, tengo la impresión de que se trata de dos construcciones separadas pero, al echar un vistazo de soslayo, descubro un pequeño puente acristalado que comunica la neoclásica con la moderna. Las características de la sede de su empresa confirman que a Favieros le gustaba guardar las apariencias. A primera vista, no quería por vecinos a los peces gordos de Ekali, aunque en Porto Rafti se había edificado una casa propia de un pez gordo. A primera vista, prefería la arquitectura neoclásica a los complejos de oficinas modernos, pero detrás del neoclásico se erguía un complejo moderno. Llevaba trajes de Armani, aunque arrugados y sin corbata. Claro que a lo mejor su actitud obedecía al falso recato que muestran los de izquierdas ante el dinero, cubriéndolo con una hoja de higuera, no para ocultarlo a los demás sino para no verlo ellos mismos. O tal vez se debiera al síndrome de clandestinidad que padecen y que los impulsa a seguir jugando a policías y ladrones, por inercia.

Un retrato de Favieros, envuelto en crespón negro, domina el espacioso vestíbulo. Debajo hay un montón de ramos de flores. La recepcionista, una cincuentona simpática, va vestida con sencillez y sin maquillaje.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarles? —pregunta amablemente.

—Comisario Jaritos. Le presento a la agente Kula... —De repente, caigo en la cuenta de que no conozco su apellido y me encallo. Por suerte, ella interviene para sacarme del apuro.

—... Calafati. Angélica Calafati.

—Quisiéramos hablar con un responsable —añado con cortesía.

—¿Hay algún problema? —inquire ella inquieta. Ya ha sobrevenido una tragedia y ahora aguarda la siguiente con fatalismo.

—Ninguno en absoluto. Se trata de una formalidad. Comprenderá que, cuando se suicida un personaje tan famoso, especialmente si lo hace en público, la policía tiene la obligación de llevar a cabo una investigación formal para que el día de mañana no le recriminen su pasividad.

Rezo por que mi explicación resulte lo bastante convincente para que no se le

pase por la cabeza llamar a la policía.

—Siéntense un momento —nos indica y descuelga el teléfono.

Nos sentamos en los dos sillones metálicos colocados frente a su escritorio. El vestíbulo ha sido restaurado con una fidelidad escrupulosa. Un revestimiento de madera recubre la mitad inferior de las paredes, mientras que el resto está pintado de color rosa pálido. Los adornos del techo, que han recobrado su forma original, te hacen añorar una iluminación de velas o de lámparas de petróleo. Los muebles no difieren de los que se encuentran en todas las oficinas: sillones de metal, escritorios de metal y madera, ordenadores. Sin embargo, el contraste no molesta; quizá porque es tan discreto que queda absorbido por el neoclásico restaurado y se vuelve invisible.

La cincuentona cuelga el auricular.

—Les recibirá el señor Zamanis, nuestro director general. Sigán al señor Aristópulos. —Y señala a un joven en camisa de manga corta y corbata, que ha acudido al vestíbulo y nos espera.

Subimos a la tercera planta, cruzamos el puente de los suspiros y entramos en el complejo moderno. Aquí la decoración es sobria y no recuerda el siglo XIX. Cubículos con separadores de PVC puestos en fila, como pequeños escenarios de teatro. En el interior hombres y mujeres aporrean los teclados de sus ordenadores o bien hablan por sus teléfonos móviles.

Aristópulos nos conduce hacia la puerta del fondo, la única puerta en toda la planta. Antes los ricos vivían en edificios neoclásicos, y los pobres, en las chabolas. Ahora sólo los separa una puerta. Los actores en primera fila y el productor detrás de la puerta, eso es todo.

La cincuentona número dos que nos recibe lleva el cabello recogido y un pantalón y una blusa de lino blanco. Al igual que la primera, esta tampoco está maquillada. De pronto, se me ocurre que es su manera de guardar luto por Favieros, y la idea me gusta.

—Pasen, el señor Zamanis les espera —dice y añade enseguida—: ¿Podemos ofrecerles algo?

Rehúso cordialmente y Kula se apresura a seguir mi ejemplo.

Zamanis ronda la edad de Favieros, pero todo parecido se limita a esto. Favieros era de estatura mediana y vestía con informalidad llamativa; Zamanis es alto y está trajeado. Favieros lucía una cabellera espesa y barba de pocos días; Zamanis está afeitado y presenta una calva incipiente. Nos recibe de pie y me tiende la mano. Luego estrecha la de Kula aunque mecánicamente, sin mirarla, porque tiene los ojos puestos en mí.

—Confieso que su visita nos ha sorprendido un poco. —Enfatiza cada una de las palabras—. ¿A qué se debe este repentino interés de la policía en la tragedia que estamos viviendo?

—No es repentino —replico—. Simplemente, decidimos aguardar a que

pasaran los primeros días difíciles antes de molestarles. En todo caso, no es un asunto urgente, sino una mera formalidad.

—Pasemos, pues, a las formalidades. —Una vez que nos hemos sentado, empieza a disparar en tono categórico y cortante—: ¿Qué quieren saber? ¿Si me esperaba el suicidio de Iásonas? La respuesta es no. ¿Si él tenía motivos para suicidarse? No, sus asuntos marchaban viento en popa. ¿Si fueron los fachas quienes lo empujaron al suicidio? La respuesta de nuevo es no; ellos sólo han aprovechado la ocasión para darse publicidad. ¿Si alguna vez había imaginado que Iásonas llegaría a estar en boca de todos por su suicidio? Por cuarta vez, la respuesta es no. Ahora que ya he contestado a todas sus preguntas, déjenme seguir con mi trabajo. Las obras no esperan, y todo el peso ha recaído sobre mis hombros.

Kula no sabe si levantarse o permanecer en su asiento, y se vuelve hacia mí perpleja. Advierte que yo no me muevo y me imita.

—Le agradezco que nos haya ahorrado la molestia de hacerle las preguntas —digo educadamente y sin una pizca de ironía—. Pero no ha respondido a la pregunta de por qué se suicidó Iásonas Favieros.

Levanta las manos en un gesto de desesperación.

—No puedo —contesta con sinceridad—. Desde el instante en que fui testigo presencial de aquel horrendo espectáculo televisivo no he dejado de buscar una respuesta, pero no la encuentro.

—¿Considera imposible que lo chantajeara esa organización nacionalista?

Zamanis prorrumpe en carcajadas.

—Vamos, comisario. Si ocurriera algo así, yo sería el primero en enterarme y, desde luego, no se lo ocultaríamos a la policía. Piense que, si iban a chantajearnos por contratar trabajadores extranjeros, deberían chantajear también a todas las empresas constructoras de Grecia.

—¿Favieros tenía enemigos?

—Claro que los tenía. Como todos los contratistas de obras públicas. Vivimos en un mundo en que todos son enemigos de todos. Nuestros sueños al empezar eran distintos y hemos llegado a una situación imprevisible, pero no veo que esto le disguste demasiado a nadie.

—Poco antes del suicidio la presentadora mencionó sus contactos en el gobierno.

Zamanis se ríe de nuevo.

—¿Y qué? ¿Iba a suicidarse por ser objeto de favoritismos? Son los perjudicados los que se suicidan, comisario.

De repente, me invade el deseo de desistir. Yo mismo había llegado a conclusiones idénticas, irrefutables.

—¿Sufría problemas psicológicos?

Hago la pregunta ateniéndome únicamente a la lógica de que uno recurre a la

psicología cuando todo lo demás falla, pero es la primera vez que se quiebra la elocuencia de Zamanis.

—Me he preguntado lo mismo muchas veces desde entonces —confiesa pensativo—. El modo mismo en que se suicidó indica un trastorno psíquico. —Calla de nuevo y fija la vista en el portalápices que descansa encima de su escritorio, como si intentara ordenar sus pensamientos—. Iásonas había sufrido mucho, comisario. No sé si conoce su curriculum...

—No.

—Debería. —Me mira a los ojos, casi desafiante.

—¿Por qué?

—Porque fue uno de los líderes de la resistencia contra la Junta Militar. Sufrió torturas horribles en manos de la policía militar. Llegaron a temer por su vida y lo soltaron, para evitar la condena de los demás países. Todo aquello le causó traumas psíquicos..., trastornos ciclotímicos..., cambios de humor repentinos...

—¿Presentaba síntomas de este tipo antes del suicidio?

Zamanis reflexiona.

—Interpretándolos a posteriori, sí. Entonces no les di demasiada importancia.

—¿A qué se refiere?

—Se mostraba... ¿cómo describirlo?... algo distante, como si pensara en otras cosas. Lo dejó todo en mis manos y empezó a pasar mucho tiempo encerrado en su despacho. Entré en un par de ocasiones y lo encontré jugando en el ordenador.

—¿Cuánto tiempo antes del suicidio ocurrió esto?

—Una semana..., diez días como mucho.

—¿Podemos echar un vistazo a su ordenador? —pregunta Kula vacilante, casi tímidamente.

Por la mañana yo le había comentado que Favieros hacía lo mismo en su casa. Su asociación de los hechos me satisface, pero Zamanis le echa una mirada de ironía.

—¿Por qué? ¿Cree que los juegos de ordenador son los culpables del suicidio?

Aunque podría intervenir para bajarle los humos, dejo que Kula se las apañe sola, pues me interesa su reacción. Se pone roja como un tomate pero no se deja intimidar.

—Es increíble lo que uno puede descubrir en un ordenador. Hasta las cosas más inconcebibles.

Zamanis se encoge de hombros. Si bien el argumento de Kula no parece haberlo convencido, tampoco se lo discute.

—El despacho de Iásonas está en la misma planta, pero en el edificio viejo. Allí fundó su empresa y no quería desprenderse de él. Informaré a la señora Lefaki, su secretaria.

—Entre nosotros, ¿qué esperas encontrar en el ordenador? —pregunto a Kula en cuanto salimos al pasillo—. Ya lo ha dicho Zamanis. Jugaba al solitario.

Se detiene en medio del pasillo y me dirige una mirada de lástima.

—¿Sabe qué hago cuando tengo un documento confidencial en pantalla? Abro al mismo tiempo un juego de cartas. Cada vez que entra en el despacho algún indeseable, minimizo la ventana del documento y abro la del juego. Todos creen que me paso la jornada jugando, mientras que yo protejo así los documentos importantes de la vista de los curiosos.

Me ha desarmado, aunque yo nunca la he visto jugando a las cartas. Quizá porque no me incluye entre los indeseables o, lo que es más probable, porque nunca me fijo en el ordenador ni sé qué aparece en la pantalla.

Emprendemos el camino de regreso, esta vez sin escolta. En el edificio neoclásico reina una atmósfera diametralmente opuesta. Es como si entrásemos de pronto en una empresa de principios del siglo XX, dedicada a la importación y exportación de productos alimenticios. Una sala enorme, de aquellas que albergaban los bailes de disfraces de la vieja aristocracia, rodeada de puertas blancas, ocupa el centro de la planta. Las puertas están desprovistas de rótulos como el que mandó fijar Guikas en la de su despacho. Probablemente se trata de una decisión basada en criterios estéticos, pero esto nos obliga a probarlas todas hasta dar con el despacho de Favieros.

Allí nos topamos con la tercera cincuentona. Esta es alta y rubia, va vestida impecablemente y, por supuesto, sin maquillar.

—Adelante, comisario —dice en cuanto nos ve. Ella tampoco le presta la menor atención a Kula, lo que empieza a molestarme, porque me produce la impresión de que nos miran como a un camión y su remolque.

Lefaki abre una puerta a su derecha y nos hace pasar al despacho de Favieros. Kula se detiene en el umbral y se vuelve hacia mí, estupefacta. Mi propia sorpresa no es menor porque, de repente, nos encontramos en un despacho de abogado de los años cincuenta, con un sofá y sillones de piel negra, pesados cortinajes y un gigantesco escritorio de nogal. Los únicos objetos contemporáneos son la pantalla de ordenador y el teclado que hay encima del escritorio. Qué te parece, pienso, la decoración de la oficina difiere totalmente de la de la casa. Tampoco recuerda en absoluto a la de las oficinas de sus colaboradores. Estoy hecho un lío. Ya no sé quién era el auténtico Favieros.

Lefaki, que ha reparado en nuestra perplejidad, sonríe casi imperceptiblemente.

—Lo ha adivinado —dice—. Él mandó trasladar aquí el despacho de abogado de su padre.

Kula va directa al ordenador. Antes de encenderlo levanta la vista hacia Lefaki, como pidiéndole permiso.

—No hay problema —asegura ella—. El señor Zamanis ya me ha informado.

Dejo que Kula se aclare con el aparato y salgo del despacho con Lefaki. Ella

pasaba más horas que nadie con Favieros y está en condiciones de confirmar los testimonios del mayordomo tailandés y Zamanis.

—¿Había observado algún cambio en Iásonas Favieros últimamente? —pregunto.

Me responde con toda la espontaneidad de una persona que no abriga dudas acerca de lo que dice.

—Sí. Había cambiado en los últimos tiempos.

—¿De qué manera? ¿Podría explicármelo?

Reflexiona un momento para encontrar las palabras más acertadas.

—Tenía cambios de humor incomprensibles. Pasaba de la hiperactividad a la pasividad total. Tan pronto estallaba en cólera y se ponía a gritar sin motivo aparente, como se encerraba en sí mismo y daba instrucciones de que nadie lo molestara.

—¿No había sido siempre así?

—¿Iásonas? ¡Qué va, comisario! Él se mostraba siempre amable, sonriente y conciliador. Todos aquí lo llamábamos por su nombre de pila; si alguien le llamaba «señor Favieros» le echaba una bronca.

De repente prorrumpe en un llanto silencioso que se adivina más por las sacudidas de sus hombros que por las lágrimas.

—Perdone, pero cada vez que hablo de él, me viene a la mente aquella horrible escena de la televisión. —Se enjuga los ojos con el dorso de la mano—. Creo que seguiré viéndola hasta en la tumba, con los ojos cerrados.

—¿Qué hacía cuando se encerraba en su despacho? —inquiero para distraerla de su congoja.

—Se sentaba delante del ordenador. «Pero ¿qué haces tantas horas pegado a ese trasto?», le pregunté un día para tomarle el pelo. «¿Estás escribiendo una novela?». «Ya la he terminado y estoy revisando las correcciones», contestó muy serio.

Kula emerge del despacho.

—He terminado, señor comisario.

Nos despedimos de Lefaki y salimos de la oficina. En lugar de llamar el ascensor, prefiero bajar por las escaleras, para saborear un rato más la grandeza del XIX.

—Necesito uno de esos programas que sirven para recuperar los archivos eliminados —dice Kula mientras bajamos.

—¿Por qué?

—Porque no he encontrado nada. Y, como no me creo que Favieros jugara al solitario con el ordenador, pienso que acostumbraba a borrar los archivos a los que dedicaba tanto tiempo.

Su explicación me parece razonable.

—¿Dónde puedes encontrar uno de esos programas?

—Mi primo es un genio para esas cosas.

Ya estamos en la calle cuando, de pronto, se para en seco y me mira.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Adelante.

—¿Por qué Favieros empleaba a tantas cincuentonas en su empresa? ¿Por qué no contrataba a alguna chica joven, de esas que tanto necesitan encontrar trabajo?

—Porque él fichó a todas sus conocidas de la resistencia antifascista. —Al advertir la expresión desconcertada de Kula, añadió—: ¿Qué pasa? Los hijos de los policías tienen preferencia a la hora de ser admitidos en la academia. Los hijos de los militares tienen precedencia sobre los demás para ingresar en la Escuela de Cadetes. Y a la empresa de Favieros se incorporaban preferentemente los miembros de la resistencia. No hagas caso de lo que afirma Filipo el Macedonio. En Grecia cada uno cuida de los suyos.

No la veo muy convencida, pero no se atreve a contradecirme.

A última hora de la tarde llamo a Guikas a su casa para averiguar si hay noticias sobre el asesinato de los dos kurdos. No porque haya cambiado de opinión y ahora piense que su muerte guarda relación con el suicidio de Favieros, sino porque quizá la investigación de este crimen haya aportado algún dato que me resulte útil.

—Habrás de esperar sentado —me advierte Guikas.

—¿Por qué?

—Porque Yanutsos está buscando mafiosos.

—No fue un trabajo de la mafia —respondo categóricamente—. Se trata exactamente de lo que dijeron que es: una ejecución en manos de los nacionalistas de la organización Filipo el Macedonio.

—Díselo tú.

Estoy a punto de replicar que la tarea de reorientar la investigación le corresponde a él, pero me callo, porque sé que lo hace a propósito. Deja que Yanutsos meta la pata y cave su propia tumba.

—Aunque tal vez tenga noticias dentro de unos días.

—¿Cómo? ¿Convencerá a Yanutsos que investigue en otra parte?

—No, pero creo haber encontrado la manera de devolverlo a la brigada antiterrorista. ¿Qué novedades me cuentas tú?

Le hablo por encima de mis visitas a la casa, las obras y las oficinas de Favieros.

—¿O sea que no has descubierto nada fuera de lo común? —pregunta con incredulidad.

—Ya se lo he dicho: se mostraba distante, se enfadaba con facilidad y se encerraba a menudo en su despacho.

—¿Por qué? ¿Por qué busca aislarse un empresario como Favieros, que en circunstancias normales debería pasar el día entre contactos y reuniones? ¡A mí que me registren! —añade enfáticamente, al más puro estilo Guikas, cuyo único punto de referencia es él mismo. Acto seguido, sin embargo, plantea la misma pregunta que también me preocupa a mí—: ¿Qué le habrá ocurrido de extraordinario? ¿Por qué se apartaba del trato con los demás y se recluía en sí mismo un hombre que no atravesaba problemas personales ni profesionales?

Como no conozco la respuesta, me limito a proporcionarle otra información:

—Kula estuvo rebuscando en el ordenador de su despacho y me ha dicho que necesita realizar una búsqueda sistemática.

—Puedes confiar en ella, es un genio para esas cosas. —Hace una pequeña pausa y agrega—: Si alguien del entorno de Favieros quiere contactar con la policía, dale mi nombre y el de nadie más.

Cuelgo el teléfono y, como mínimo, me queda la satisfacción de que me ha ofrecido un bastón con el que abrirme paso en la oscuridad.

Adriani está sentada delante de la tele, viendo un concurso televisivo. No tengo ganas de oírla responder correctamente a todas las preguntas y lamentar los millones que ha perdido. Me dirijo al dormitorio en busca del Dimitrakos, pero suena el timbre de la puerta. Abro, y en el vano aparece Fanis, sonriente y con una bolsita en la mano. Me imagino que es un detalle para Adriani; muchas veces le hace pequeños obsequios para compensar las comidas que ella le prepara.

Sin embargo, estoy equivocado, porque me tiende la bolsita a mí.

—De parte de tu hija —dice.

—¿De Katerina?

—Sí, es un regalito.

Mi sorpresa va en aumento, porque Katerina no suele enviarme regalos de Salónica. Ella ahorra incluso en electricidad para no agravar mis gastos. Abro la bolsa enseguida y extraigo un libro de tapas llamativas y baratas, impresas en negro, blanco y rojo, que me recuerda a las ediciones de obras sobre la historia y las resoluciones del Partido Comunista. El título del libro reza: *Iásonas Favieros. De los calabozos de la policía militar a los parques de las bolsas internacionales*. El autor es un tal Minás Logarás, y el editor, un tal Sarantidis. Hojeo el ejemplar y veo que tiene trescientas veinte páginas.

No me extraña que haya quienes quieran aprovecharse de Favieros y de su espectacular suicidio. Lo que no alcanzo a entender es cómo ha sido capaz el autor de escribir y publicar una biografía de más de trescientas páginas sólo diez días después de la muerte de Favieros. Salvo que la tuviera ya lista y sólo le faltara sacarla a la luz. ¿Es una coincidencia? Tal vez sí, tal vez no.

—¿Cuándo salió este libro? —pregunto a Fanis.

—No lo sé, pero lo están promocionando.

—¿Cómo lo descubrió Katerina?

—Katerina no lee sólo diccionarios, como tú —ríe y me guiña el ojo.

—No gastes tu saliva, Fanis —interviene Adriani—. Costas se ocupa sólo de la letra menuda. Le ha dedicado su vida.

Menuda es la letra de los diccionarios que me gusta leer aunque, en este caso, ella emplea la expresión en su sentido más amplio, que incluye todas las menudencias, generalmente de carácter laboral, que ocupan mi tiempo y me apartan de su control.

Dejo pasar el comentario, porque no me apetece montar un número delante de Fanis. Aunque no me lo confieso ni a mí mismo, en el fondo no quiero que piense que los padres de Katerina se llevan como el perro y el gato.

Prefiero llamar a Katerina para darle las gracias.

—¿Cómo encontraste el libro? —pregunto.

—Vi un anuncio en el periódico y pensé que podría interesarte.

—Me interesa. Te lo agradezco.

—¿Cuántas páginas tiene?

—Por lo que he visto, unas trescientas.

Suelta una carcajada, como si le hubiese contado un chiste.

—Lo siento por ti —dice.

—¿Por qué?

—Porque no es el tipo de lectura que te gusta y sudarás tinta para terminarlo.

—Mira, me engañaré a mí mismo persuadiéndome de que es un informe oficial. También me aburren.

Katerina expresa la misma duda que me ha asaltado a mí:

—¿Cómo han podido escribir y publicar una biografía de trescientas páginas en los diez días que han pasado desde el suicidio de Favieros?

—Debían de tenerla lista y la llevaron a imprenta después del suicidio.

—En ese caso, su familia sabrá algo. Normalmente, el biógrafo entra en contacto con las personas sobre cuyas vidas escribe.

—¡Eres genial, Katerina! —exclamo con entusiasmo—. ¡Cómo no se me había ocurrido!

—¿Por qué crees que quiero ser fiscal? —comenta con una risita—. Dale un beso a mamá de mi parte —añade al despedirse.

—Tu hija te manda besos —grito a Adrián, que está charlando con Fanis.

Se levanta de un salto.

—No cuelgues, voy.

Los besos duran media hora, intercalados con todos los sucesos del día en Atenas y Salónica. Entretanto converso con Fanis, que encuentra muy sospechoso el asunto de la biografía y sostiene que el nombre del autor debe de ser un seudónimo.

—¿Por qué lo crees? —le pregunto.

—Porque, si fuera su nombre verdadero, ahora aparecería entrevistado en todos los canales. ¿Qué escritor perdería la oportunidad de dar publicidad gratuita a su obra? Este tal Logarás no asoma las narices por ninguna parte. ¿Te parece normal?

No, no me lo parece. La biografía, los comentarios de Katerina y las observaciones de Fanis han despertado mi curiosidad, y estoy ansioso por empezar la lectura. Fanis se marcha en torno a las once y media, Adrián se va a la cama y yo me acomodo en la sala de estar con el libro en las manos.

Por lo visto Logarás no disponía de demasiados datos relativos a la infancia de Favieros, porque despacha el tema en las primeras veinticinco páginas. Favieros nació en un edificio de la plaza Koliatsu, de padre abogado y madre maestra. Cursó la primaria y la secundaria en su barrio e ingresó en la Politécnica con una de las cinco mejores notas. A partir de ese momento, la vida estudiantil de Favieros no guarda secretos para Logarás: sabe que era un buen estudiante, conoce su círculo de amistades dentro y fuera de la facultad, sabe qué compañías frecuentaba. Favieros se contó entre los líderes del movimiento estudiantil antifascista y se incorporó muy pronto a la lucha contra la dictadura. La policía lo detuvo en el sesenta y nueve pero lo soltó a los seis meses. Fue detenido de nuevo en el setenta y dos, esta vez, por la policía militar. Logarás sabe cuánto lo torturaron, quiénes lo torturaron y hasta qué torturas le aplicaron. Es para preguntarse dónde recabó toda esta información, si no fue del propio Favieros. En todo caso, el libro traza el retrato de un joven ejemplar. Un estudiante excelente, un amigo querido por todos, un joven con conciencia política, en la primera línea de la lucha, que sufrió torturas espeluznantes y sobrevivió a la experiencia.

Justo cuando termino la parte referente a los años mozos de Favieros, aparece Adriani en camión y con los ojos legañosos.

—¿Estás bien de la cabeza? —me increpa—. ¿Sabes qué hora es?

—No.

—Son las tres.

—Ni me he dado cuenta. Con razón hay tanto silencio.

—¿Piensas pasar la noche en vela?

—No lo sé. Quiero terminar el libro que me envió Katerina.

Se santigua para que los malos espíritus no la sigan a la cama y vuelve a acostarse.

La vida estudiantil de Favieros termina, más o menos, a mitad del libro, y empieza su vida profesional, su ascenso en el mundo empresarial. Logarás no oculta que Favieros se benefició en gran medida de su amistad con ministros y demás miembros del gobierno.

Había compartido la lucha antifascista al menos con cuatro ministros y numerosos dirigentes del partido. Con su ayuda, conoció al resto del gabinete. Partió de la nada, con una pequeña empresa que construía aceras y realizaba obras menores de canalización del agua y, al cabo de tan sólo siete años, ya dirigía Erige S.A., más una fábrica de cemento y una compañía que manufacturaba tubos de amianto. Según su biógrafo, no obstante, al margen de sus relaciones con el partido en el poder, todo eso prosperó gracias al instinto de Favieros para los negocios, el buen rendimiento de sus empresas, las inversiones atrevidas que hacía de vez en cuando y su capacidad de elegir buenos colaboradores. La suya fue la primera constructora que se abrió a los Balcanes

tras la caída de los regímenes socialistas, y actualmente opera en todos los países vecinos. En esencia, Logarás corrobora las palabras que el propio Favieros pronunció poco antes de suicidarse. En lugar de ofrecer algún dato que clarifique este suicidio, la biografía confirma lo que ya sabíamos: que no tenía ningún motivo para suicidarse. En líneas generales, el libro canta las virtudes de Favieros.

Sólo hacia el final Logarás deja un pequeño margen de sospecha sobre negocios sucios. En dos párrafos escuetos, menciona una empresa con sede en el extranjero, muchas conexiones internacionales y unos objetivos un tanto turbios. No era más que una pequeña mancha en el expediente, por lo demás impecable, de Favieros, aunque Logarás pasa de puntillas sobre el tema de la empresa *off-shore*, es decir, radicada en un paraíso fiscal, y no ahonda en sus actividades. No deja de ser curioso, porque, en lo tocante a los demás asuntos, revela información de lo más íntima sobre la vida de Favieros. Me produce la sensación de que pretende proporcionar una pista sin seguirla él mismo.

Cierro el libro y consulto mi reloj. Son las cinco. Me pregunto si la empresa *off-shore* podría facilitarme alguna información. Mañana enviaré a Kula a las oficinas de Erige, a ver si averigua algo de Zamanis. Evidentemente, él se mosqueará cuando se entere de que seguimos investigando, pero no me importa. Si es necesario, le diré que hable con Guikas.

Al final, he pasado la noche en el sillón. No sé en qué momento se me cerraron los ojos, pero de pronto me he despertado para descubrir que el libro se me había caído al suelo. El sol se cuele caluroso por entre las rendijas de las persianas. Consulto mi reloj y me pongo de pie sobresaltado. Son las nueve, y Kula llegará de un momento a otro. Me lavo la cara mientras pienso en el siguiente paso. Debo empezar con la empresa *off-shore* de Favieros. Al menos en teoría, existe la pequeña esperanza de que la causa del suicidio resida en las actividades más o menos clandestinas de esta empresa. Es el único punto oscuro en su vida al que apunta Logarás y merece ser investigado. Me pregunto qué conviene más: consultar los archivos del Ministerio de Comercio o entrevistarme directamente con Zamanis. En los registros encontraré respuestas fácilmente, pero ¿qué información valiosa cabe extraer de una fría entrada en un registro? Recogerás los datos y luego habrás de recurrir a los colaboradores de Favieros, me digo. Al final, opto por una versión modificada de lo segundo: no acudiré en persona; mandaré a Kula. De este modo, parecerá que no le concedo demasiada importancia a la pesquisa y no despertaré sospechas. A continuación, mejor dicho, paralelamente, debo encontrar a Logarás, el biógrafo de Favieros. Esto no reviste mayor dificultad; basta con que haga una visita al editor del libro.

La cocina está vacía. Mi café me espera sobre la mesa, la taza tapada con el platillo para que no se enfríe. No bien he tomado el primer sorbo, Adriani llega del supermercado con su carrito de la compra.

—Buenos días. ¿Has dormido bien? —pregunta con voz meliflua.

—Pues no. Me quedé dormido en el sillón, sin darme cuenta.

—Mañana mismo encargaré una cama con clavos, como aquellas que usan los faquires, para que duermas más a gusto.

Me trago el sarcasmo y sigo tomando mi café, que ya está tibio, a pesar del platillo. En cuanto aparece Kula la guío a la sala de estar y empiezo a hablarle de la empresa *off-shore* de Favieros.

—Quiero que vuelvas a Erige, que hables con Zamanis o con su secretaria y que indagues todo lo que puedas de esa empresa. Dónde tiene su sede...

—No siga, ya entiendo —me corta tranquilamente.

—Si te ponen dificultades, diles que te envía Guikas. Ya he hablado con él.

—No hará falta. ¿Cómo ha sabido lo de la empresa *off-shore*?

Recojo la biografía de Favieros del suelo y se la muestro. Ella lee el título y emite un silbido de admiración.

—Qué rapidez —se admira—. Ni siquiera han esperado hasta después de las exequias.

Me divierte que asocie la publicación de la biografía con las exequias de Favieros.

—¿Quieres leerla?

Me mira aterrorizada.

—Dios me libre. ¡Estoy dispuesta a conducir su coche veinticuatro horas al día, pero no me pida que lea libros gordos!

Echo una ojeada a las primeras páginas y veo que la sede de Ediciones Sarantidis se encuentra en la calle Solomos, en Exarjia. Salimos juntos a la calle. Kula se dirige a su ciclomotor, aparcado delante de la casa. Se pone el casco, arranca el motor y se pone en marcha, mientras yo camino hacia la calle Ifikrates para tomar el trolebús a la plaza Omonia.

Hay una ola de calor y es el primer día ardoroso del verano. No sopla ni una brizna de viento, y a las diez de la mañana la temperatura ya resulta asfixiante. La dosis de aire contaminado aumenta a cada paso. El trolebús es de los viejos de color amarillo y desprovistos de aire acondicionado. En el asiento de delante va una gorda que no para de agitar un abanico. No sé si consigue refrescarse, lo que sí sé es que me manda su peste a sudor directamente a las narices. Antes de llegar a Omonia he decidido que es la última vez que circulo sin el Mirafiori.

Ediciones Sarantidis ocupa la primera planta de un viejo edificio de tres pisos y sin ascensor. La vieja puerta de hierro está cerrada. Llamo y entro en una sala espaciosa, más parecida a un almacén que a un vestíbulo, donde, en lugar de un escritorio, hay una vieja mesa de trabajo y tres sillas. Las paredes están recubiertas de una gran variedad de estantes, librerías y anaqueles, todos cargados de libros. Un pasaje estrecho conduce de la puerta a la mesa. El resto del suelo está atestado de paquetes con ejemplares de la recién editada biografía de Favieros. En la silla situada detrás de la mesa está sentado un hombre joven con barba y cabello largo hasta los hombros de aquellos que la policía detenía invariablemente después de los sucesos de la Politécnica, aunque no hubieran hecho nada. Está aporreando las teclas de un ordenador con la vista fija en la pantalla.

—¿Ediciones Sarantidis? —pregunto.

Aguarda hasta que la impresora se pone en marcha antes de responder:

—Yo mismo.

Saco un ejemplar del montón y se lo enseño:

—¿Dónde puedo encontrar a ese Logarás?

—¿Por qué? ¿Quiere pedirle un autógrafo? —me suelta con ironía.

—No. Quiero hacerle algunas preguntas. Comisario Jaritos.

En cuanto se entera de que soy policía, su expresión sardónica se torna agria.

—No tengo la menor idea de dónde para —me asegura—. Tampoco sabría señalarlo si nos lo cruzáramos por la calle. Nunca le he visto la cara.

—¿Cómo llegó a tus manos la biografía de Favieros?

—Por correo. Aparte del original, el sobre contenía una carta que decía que, si me interesaba el libro, él se pondría en contacto conmigo para ponernos de acuerdo en los detalles y decidir la fecha de publicación.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace unos tres meses.

—¿El sobre no presentaba la dirección del remitente?

—Ni dirección, ni número de teléfono fijo, ni móvil, ni nada. Al principio, no le di importancia. ¿Sabe?, hasta las editoriales pequeñas, como la mía, reciben uno o dos manuscritos por semana. Casi no me da tiempo de leerme los. Lo dejé a un lado hasta que tuviera un rato para echarle un vistazo. Un mes y medio después recibí otra carta, que me apremiaba a firmar el contrato si quería los derechos de publicación. Tuve que leer el libro en una noche y decidí editarlo.

—¿Qué te llevó a tomar la decisión? —pregunto, más por curiosidad que por otro motivo.

Se lo piensa un poco.

—Esta mezcla de antifascista y pez gordo. Pensé que se vendería bien y acerté. Aunque me puso una condición.

—¿Qué condición?

—Que él decidiría el momento de sacarlo a la luz.

—¿Y tú aceptaste?

—Con cierta reserva. Le contesté que decidiríamos entre los dos.

—¿Cómo enviaste el contrato a Logarás?

—Por correo certificado. A una dirección que aparecía en la segunda carta. La misma que figura en el contrato.

—¿Puedo verla?

En la pared detrás de él hay un estante con sobres y carpetas. Se vuelve y saca una carpeta.

En ese momento me viene a la mente un comentario que dejó caer Lefaki mientras Kula buscaba en el ordenador de Favieros: que en cierta ocasión le había preguntado si pasaba tantas horas delante del ordenador porque estaba escribiendo una novela, y él respondió que ya estaba terminada y la estaba corrigiendo. De pronto, se me ocurre que a lo mejor el propio Favieros escribió su biografía antes de suicidarse.

Sarantidis encuentra la dirección en la carpeta y me la apunta en el reverso de una hoja de calendario.

—¿Cuándo te avisó Logarás que podías publicar la biografía?

Rompe a reír.

—Nunca. ¿Cree que necesitaba avisarme? En cuanto vi el suicidio, hablé con la imprenta y ordené que se realizara el tiraje.

—¿Cuándo te llamó él, entonces? —insisto.

Reflexiona y expresa cierto desconcierto.

—Nunca llamó —responde—. Ahora que lo dice, caigo en la cuenta. Con las prisas de la publicación y las ventas lo había olvidado por completo.

Las palabras de Sarantidis confirman mi sospecha. Nunca llamó porque entretanto se había mudado al cementerio.

—¿Se vende mucho el libro? —pregunto.

Percibo un brillo en sus ojos.

—A este paso, el mes que viene me mudaré a un despacho y contrataré una secretaria.

Lástima, pienso. Los herederos de Favieros perderán una fuente de ingresos que se embolsará el editor.

De nuevo en la calle Solomos, leo la dirección anotada en la hoja del calendario: calle Niseas 12, en la plaza de Ática. El medio más rápido para llegar será el Metro, que he de tomar en la plaza de Omonia. Al cruzar la avenida Patisión rumbo a la plaza, miro hacia la Acrópolis, que domina el horizonte al otro extremo de la calle Eolo, pero no distingo nada. La Acrópolis ha desaparecido tras un velo blanquecino.

La única ventaja de viajar en Metro es que uno no aspira la polución y que por las ventanillas entra un poco de aire fresco hasta la estación de Ática, donde el recorrido deja de ser subterráneo. El quiosquero del vestíbulo me indica que Niseas, una calle pequeña que comunica la avenida de Sepolia con la de Constantinopla, está justo detrás de la estación.

La encuentro sin dificultades pero, en el momento de enfilarla, un intenso deseo de huir se apodera de mí. Se trata de un callejón estrecho y tenebroso, donde el sol únicamente debe de brillar al mediodía, cuando alcanza su cénit. Aquí no sólo se respira la contaminación sino que uno corre el riesgo de sufrir una apoplejía. Casi se necesita una botella de oxígeno.

Camino por la acera de los números pares. Paso por delante de tres casuchas de mala muerte y dos bloques de pisos baratos, cuyos balcones, en lugar de macetas, exhiben armarios, fregonas y tendederos. El número 12 corresponde a una casa vieja, con puerta de madera y postigos entornados y medio rotos. La pintura amarilla ha empezado a desteñirse. Me quedo mirándola por un momento. Estoy convencido de que aquí no vive ni Logarás ni el más mísero de los friegaplatos tamiles de Sri Lanka. A pesar de ello, con la fe descabellada que nace de la desesperación, me acerco y llamo a la puerta. No espero que nadie me abra pero golpeo de nuevo. A la tercera, la puerta se abre sola, arrastrando un trozo de papel que había en el suelo. Se trata de un aviso de correos,

probablemente del contrato que envió Sarantidis. Nadie se ha molestado en recogerlo.

Entro en la casa y miro alrededor. Muebles desvencijados y dispersos por el vestíbulo y las dos habitaciones, cortinas hechas jirones y desparramadas por el suelo, hedor y humedad. Hace más de veinte años que la casa no está habitada. Salgo y cierro la puerta a mis espaldas.

El número 10, a la derecha de la casa abandonada, es una construcción de dos plantas. No hay nombres junto a los timbres. ¿Para qué?, pienso. Cuando vives en sitios como este, nadie viene a buscarte. Llamo al primer timbre y la puerta se abre. En el umbral me espera una mujer enjuta de mediana edad.

—¿Sabe si alguien frecuenta la casa de al lado?—pregunto. Ella extiende los brazos a ambos lados de su cuerpo sin despegar los ojos de mí. No pesca una palabra de lo que digo.

Pruebo suerte con el segundo piso y ante mí aparece una musulmana que, con este calor, lleva la cabeza envuelta en un pañuelo. Ella tampoco entiende mi pregunta. Al tercer intento, me topo con una búlgara que conoce un par de palabras en griego:

—No —dice.

No tiene sentido que continúe investigando. Favieros eligió la casa a propósito, para que el cartero no encontrara a nadie a quien entregar el contrato. No había facilitado un número de teléfono, la dirección correspondía a una casa abandonada y nadie podía seguirle la pista.

Al llegar a la esquina con la calle Sepolia me detengo; aquí terminan mis pesquisas y se esfuman mis esperanzas de reincorporarme al Departamento de Homicidios. Favieros escribió su autobiografía y se retrató a sí mismo antes de pegarse un tiro. Los motivos que lo impulsaron a hacerlo no conciernen a nadie; lo único que importa es que nada sospechoso se oculta detrás del suicidio. Yo acabo con las manos vacías, como había vaticinado desde el principio, y Yanutsos se queda definitivamente con mi puesto.

La idea me asalta en el Metro, en el recorrido de vuelta a la plaza de Omonia. Es una ocurrencia desesperada, de aquellas que surgen cuando la lógica depone las armas y busca salvación en la sinrazón. En mi desesperación, pues, decido agarrarme de la empresa *off-shore* de Favieros, porque representa mi única esperanza de mantener abierto el caso. Por supuesto, habré de saltarme un poco las reglas. Debo guardar en secreto mi convicción de que la biografía de Favieros fue escrita por él mismo y, en cambio, llamar la atención sobre la posibilidad de que la causa de su suicidio radique en la empresa *off-shore*. Con un poco de suerte, si consigo descubrir negocios sucios, chanchullos y escándalos, recuperaré mi puesto. De acuerdo, esto compete a la policía fiscal, pero eso es un detalle insignificante; cuando estalle la bomba, todo quedará sepultado bajo los escombros. Sí, por otra parte, la compañía extranjera resulta estar limpia, cerraré la investigación y aquí no ha pasado nada, porque lo que tenía que pasar ya es historia.

La pequeña prórroga concedida a mi ilusión me alivia un poco, y regreso a casa, si no precisamente alegre, al menos de buen humor. Kula, en la cocina, recibe lecciones culinarias de Adriani.

—¿Qué has averiguado de la empresa *off-shore* de Favieros? —pregunto en mi más severo tono profesional.

—Enseguida se lo cuento.

—Enseguida, no. Primero hemos de terminar la comida —interviene Adriani y se vuelve hacia mí—: Lee tus diccionarios y ya te llamaré.

Estoy a punto de echar la bronca a Kula, recordarle que Guikas le dio permiso para que me ayudara y no para que aprendiera a cocinar *musakás* y albóndigas envueltas en hojas de parra. Pensándolo mejor, sin embargo, he de reconocer que la normalización de las relaciones entre Kula y Adriani me quita un peso de encima, de modo que más vale que cierre el pico para no dinamitar la tregua recién firmada. De todas maneras, no voy en busca de mis diccionarios sino que me dirijo a la sala de estar, donde me siento en actitud de espera, para dejar claro que el asunto es urgente y deben darse prisa.

Kula aparece al cabo de una media hora.

—Perdone, pero como no estaba en casa... —se disculpa.

—No importa. Dime qué has averiguado.

—Varias cosas relacionadas con las actividades de la empresa *off-shore*.

—¿Zamanis no te ha puesto trabas?

—No he hablado con Zamanis.

—¿Con quién has hablado? ¿Con Lefaki?

Kula esboza una sonrisa taimada.

—Mi padre solía decir: « Zapatero, a tus zapatos» .

—¿Y eso qué significa?

—Significa que yo no estoy a la altura de Lefaki ni de Zamanis. De modo que hablé con alguien más a mi medida.

—¿Y quién es este?

—Aristópulos. El joven que nos guió al despacho de Zamanis. ¿Se acuerda de él?

—Vagamente. ¿Qué sabía él de la empresa?

—Señor Jaritos, Aristópulos tiene tantas ansias de ascender que hace exactamente lo mismo que en el colegio. Allí se aprendía las lecciones de memoria para conseguir buenas notas, aquí se ha aprendido con pelos y señales la historia de Favieros y de sus empresas, para conseguir un ascenso. Me invitó a tomar un café y me lo contó todo.

—¿Qué es todo?

—Un momento; lo escribí en el ordenador para no olvidarme de nada.

Se acerca al ordenador, pulsa unas cuantas teclas y lee en voz alta:

—La empresa *off-shore* de Favieros se dedica a los terrenos.

—¿Otra constructora?

—No, es una inmobiliaria. Se llama... —Chapurrea el inglés más o menos como yo—: Balkan Prospect. Real Estate Agents. Tienen oficinas por toda Grecia y también en los Balcanes.

—¿Y qué venden?

—Parcelas, pisos, inmuebles... —Se interrumpe y me mira—: ¿No le parece extraño?

—¿El qué?

—¿Por qué transformaría Favieros su inmobiliaria en una empresa *off-shore*?

Elias no lo sabía.

—¿Quién es Elias?

—Es el nombre de pila de Aristópulos.

—¿Ahora lo llamamos por su nombre de pila? —me burlo para picarla.

Kula se encoge de hombros en un gesto fatalista.

—No se consigne nada sin dar algo a cambio. —Lo sé. Yo, que voy de íntegro por la vida, me he llevado más de una hostia—. Me ha pedido una cita —concluye Kula con picardía.

—¿Y has aceptado?

—Le he dicho que lo llamaría por teléfono. —Se echa a reír—. Ya sabe cómo son estas cosas. Le dices que lo llamarás por teléfono. En el momento mismo de despedirte olvidas el número y no te vuelve a la memoria hasta que tienes que pedirle otro favor.

—Yo te explicaré por qué transformó la empresa en *off-shore*, ya que Elias no lo sabe —digo para darle una lección—. Porque sus abogados y sus contables investigaron el asunto y descubrieron las ventajas de una *off-shore*. Seguramente, pagaría menos impuestos, estaría sometida a un control menor, y ve tú a saber qué más. ¿Tiene oficinas en Grecia, esta empresa?

—Sí. —Consulta otra vez el ordenador—. Calle de Eguialía 54, en el barrio Paraíso de Marusi. La directora es una tal Koralía Yanneli.

—A ver qué nos cuenta esta Yanneli.

Estoy seguro de que no nos contará mucho. Una señora que dirige una inmobiliaria nos indicará, como máximo, en qué partes de Atenas ha subido el precio de los pisos y dónde ha bajado. O nos hablará de la superficie edificable en un solar de Pangrati. Pero ¿qué puede desvelar del suicidio de Favieros? Si se hubiera lanzado al vacío desde uno de sus pisos, quizá su testimonio tendría algún interés. Pero él escenificó su suicidio ante las cámaras de la televisión. Qué sabrá de ello una agente inmobiliaria. Los augurios no se presentan muy favorables pero, ya que me he concedido un margen de respiro, decido probar suerte de todas maneras.

Adrianí nos alcanza en la puerta.

—Espera, tienes que llevarte tu parte del *musakás* —dice a Kula—. ¡Te lo has ganado! Lo hemos preparado juntas.

Kula se vuelve hacia mí, incómoda.

—Puedes irte a casa con la fiambrera —accedo—. Ya no te necesito. Nos veremos por la mañana.

El Mirafiori está aparcado en la plaza de Sulio. En cuanto salgo a la avenida Reina Sofía concluyo que habría debido esperar a que se pusiera el sol para subir al coche. Las ventanillas están abiertas y el aire caliente irrumpe impetuoso en el coche, mientras el sol abrasa el techo y me achicharra la cabeza. A la altura del Faro me topo con las obras del puente y empiezo a avanzar a paso de hormiga. Cuando me quedo en Atenas en verano reniego porque no aguanto el calor, cuando nos vamos de vacaciones, reniego porque no aguanto el ruido.

Tuerzo a la derecha en Francoiglesia, doblo de nuevo a la derecha y enfilo la calle Eguialía. El número 34 está cerca del Club de Hípica. Es uno de esos complejos de oficinas ultramodernos, todo vidrio y plantas de interior, que semejan peceras para peces de colores.

Las oficinas de Balkan Prospect están en la tercera planta. La entrada no me parece muy espectacular. Consiste en una sencilla puerta blanca con un pequeño rótulo, que sólo alcanzas a leer cuando te acercas: «Balkan Prospect. Real Estate

Agents». Y debajo, en griego: « Empresas inmobiliarias» .

La sencillez impera también dentro de las oficinas. El vestíbulo, no muy amplio, presenta un mobiliario sobrio: un escritorio con un ordenador y una salita para los clientes. Detrás del escritorio está sentada una secretaria de veinticinco años como máximo, vestida y maquillada con discreción. Por lo visto el luto no se hace extensivo a las empresas filiales de Favieros.

—Comisario Jaritos —me identifico—. Quisiera hablar con la señora Yanneli.

Me creía comprador y le he salido poli. Esto la desconcierta. Hace además de descolgar el teléfono para anunciarme pero cambia de opinión. Opta por levantarse y entrar en el despacho de Yanneli a través de una puerta situada a su derecha. Reaparece un minuto después y me invita a pasar.

Yanneli es la cuarta cincuentona que veo en las empresas de Favieros. Luce un conjunto azul y blanco y es morena, una auténtica belleza impresionante para su edad, aunque su rostro evidencia signos de cansancio. Me recibe con gran cordialidad, una sonrisa y un apretón de manos, luego ocupa su asiento y me mira sin pronunciar palabra.

—Se trata de una visita extraoficial, señora Yanneli —empiezo, a modo de introducción—. Estamos realizando una investigación rutinaria del suicidio de Iásonas Favieros. Sólo para averiguar qué pudo impulsarlo a morir de ese modo... ¿cómo lo diría?... tan espectacular.

—Me temo que ha venido al lugar equivocado, comisario —contesta ella amablemente y sin rastro de ironía.

—¿Por qué? ¿No es Balkan Prospect una de las empresas del grupo Favieros?

—Lo es, aunque Iásonas Favieros raras veces venía por aquí. Cuando quería algo, me convocaba a las oficinas de Erige, donde se encontraba su despacho. Por lo tanto, no tengo la menor idea de qué pudo inducirlo al suicidio ni era su estado de ánimo antes de cometerlo. Hacía meses que no lo veía.

—¿Cree posible que se quitara la vida por problemas económicos?

—Si he de juzgar por nuestra empresa, no —responde Yanneli sin reservas—. Ignoro en qué situación financiera se hallaban las demás empresas del grupo, pero considero improbable que se haya suicidado por motivos económicos.

—Ustedes son una empresa *off-shore*, ¿no es cierto? —pregunto para abordar el tema que me preocupa.

—Sí. Y mucho más importante de lo que refleja nuestra sede central.

—¿A qué se refiere?

—No parecemos importantes, debido a nuestro esquema de organización flexible. Todas las transacciones se efectúan a través de nuestras agencias locales, que empiezan en Atenas y llegan hasta la mayoría de los países balcánicos. Nosotros aquí no contamos más que con un asesor jurídico, encargado de la revisión final de los contratos, una pequeña contaduría, mi propio puesto y el de mi secretaria.

—¿Fue Favieros quien ideó esta organización flexible?

—Él ideó el esquema organizativo de todas sus empresas. Iásonas Favieros no tenía en gran estima a las empresas de consultoría. Pensaba que funcionaban según modelos estándar. Solía decir que para organizar bien una empresa es preciso amarla, saber cómo late su corazón.

—¿Su empresa también se dedica a la construcción?

—En determinados países balcánicos, que carecen de la infraestructura necesaria, hemos fundado compañías para construir pisos de viviendas. En Grecia nos ocupamos exclusivamente de la compraventa de bienes inmuebles.

Yanneli se muestra amable, incluso agradable, pero no me está revelando nada importante. Hago un último esfuerzo.

—Claro que nada de todo esto explica el suicidio.

Levanta las manos y las deja caer sobre el escritorio.

—Esto no puede explicarlo nadie, comisario.

—¿Qué pasará con las empresas ahora que el cerebro detrás de todo ello ya no existe?

Yanneli recupera la sonrisa.

—No se preocupe, están en buenas manos. No voy a hablar de mí, pero Xenofón Zamanis es un hombre muy capaz y conocía a Iásonas desde la universidad.

No me quedan preguntas que formularle, así que me pongo de pie. Ella me despide con la misma cordialidad con la que me recibió.

Cuando llego al Mirafiori no arranco enseguida sino que me quedo sentado tras el volante, intentando poner en orden mis pensamientos. A primera vista, no he averiguado nada nuevo, aunque esta organización flexible resulta ideal para que nadie detecte irregularidades, suponiendo que las haya. El rastro se pierde en el laberinto de agencias inmobiliarias. Basta que localice a la persona adecuada para indicarme dónde debo empezar a buscar.

Sotirópulos, sentado frente a mí, me observa. Estamos en el café Green Park, en la calle Mavromateon. La cadena donde trabaja se encuentra en Melisia, aunque también es socio de una empresa de relaciones públicas que tiene su sede en el Campo de Marte. Por eso me ha citado allí, al lado, lo que para mí supone el menor de dos males. Son las diez y media de la mañana. Sotirópulos bebe un sorbo de su ouzo, pendiente de que le abra mi corazón. Antes se acompañaba el ouzo con tapitas: rebanadas de pan con una rodaja de tomate, una oliva, un trozo de salchicha y media sardina. Cuantos más ouzos pedías, más abundantes eran las tapas hasta que, con la décima copa, te traían un plato entero. Ahora da lo mismo que pidas ouzo, whisky o coñac. Te sirven un platillo de cacahuets y avellanas, para mantener ocupadas tus mandíbulas.

La idea de hablar con Sotirópulos de la empresa *off-shore* de Favieros se me ocurrió mientras tomaba mi café de la mañana. Desde luego, él no es de esos que te hacen un favor sin esperar nada a cambio. Aunque ¿qué puede esperar de mí, habida cuenta de mi situación? Sí, contra todo pronóstico, recupero mi puesto, le pagaré en cuarenta y ocho cómodos plazos y sin intereses, como se paga todo hoy en día, desde los frigoríficos hasta los favores.

—Es la segunda vez que me preguntas acerca de Favieros —señala Sotirópulos—. La primera fue por teléfono, ahora, en directo. ¿Por qué te interesa tanto su suicidio?

—Por ninguna razón en concreto. Llámalo curiosidad personal —respondo lo más vagamente posible.

—¡Déjate de gilipolleces, comisario! —exclama, cabreado—. Por eso tú y yo nunca nos entendemos. Justo cuando empiezo a pensar «Jaritos es un tipo simpático, un buen poli», me sueltas una de tus chorradas y volvemos al principio.

—No te digo siempre la verdad, porque sé que te faltaría tiempo para divulgarla por televisión.

—Así que me cuentas bolas para cubrirte las espaldas. —Olvida su cabreo y se echa a reír—. Escucha, si hay algo en la información que me das que no deba difundir, no lo haré. Si lo hiciera, sé que perdería mi fuente de información, y no estoy tan loco para quemar los ases que tengo en la mano. Veamos, pues: ¿cuál

es la pega en el suicidio de Favieros?

Continúo observándolo, indeciso. Él saca su carné de identidad de la cartera y lo tira sobre la mesa.

—Te doy mi DNI en prenda —me dice—. ¿No es así como se hacían las cosas en el pasado? Si yo te prestaba algo y quería estar seguro de que me lo devolverías, me quedaba con tu carné de identidad. Guarda, pues, el mío hasta cerciorarte de que no voy a hacer público lo que me cuentas.

Su gesto vence mis últimas resistencias, y decido mostrarle mis cartas. En parte. Le devuelvo el carné y le confieso que estoy investigando el suicidio de Favieros extraoficialmente porque me parece que algo no encaja. Dejo a Guikas al margen y no menciono el nombre de Yanutsos. Como había previsto, Sotirópulos me especifica primero sus condiciones.

—De acuerdo, te contaré lo que sé y te mantendré al día de las cosas que vaya averiguando, pero si descubres algo importante, me lo darás en primicia. —Repara en mi expresión dudosa y añade—: ¿Por qué me miras así? Si tu investigación es extraoficial, no tienes por qué cumplir las normas de tu departamento. —Se ríe, como si acabara de ocurrírsele una idea divertida—: Si me aprietan, les diré que me he enterado por medio de Yanutsos.

No sabe que este es el argumento más convincente que podía esgrimir.

—¿Has leído la biografía de Favieros? —le pregunto.

Se encoge de hombros.

—No, y tampoco creo que me revelara nada nuevo. ¿Hay algún detalle de la vida de Favieros que yo no conozca?

—Entonces, háblame de su empresa *off-shore*, porque tengo la sensación de que algo huele mal.

Sotirópulos estalla en repentinas y sonoras carcajadas.

—No has descubierto nada, comisario. De lo contrario, no soportarías el hedor. Favieros estaba metido en todos los chanchullos habidos y por haber. Los concursos de obras públicas a los que se presentaba estaban todos amañados en su favor. Si en alguna ocasión descubría a posteriori que una obra le interesaba, el ministerio invalidaba la adjudicación ya realizada pretextando el incumplimiento de alguna formalidad y repetía el concurso, para que pudiera participar la empresa de Favieros. Cuando le interesaba presentarse a concursos internacionales, el gobierno ejercía presión para conseguirle lo que deseaba. Tenía cuentas en todos los bancos, y ellos no sólo no le ponían las cosas difíciles sino que le concedían nuevos préstamos sin aval. Bastaba una llamada telefónica para que girasen letras de cambio a su cargo por cualquier importe.

—¿Es cierto que mantenía relaciones estrechas con algunos ministros?

—¿Estrechas? Cada día, de lunes a sábado, almorzaba con un ministro, y los domingos, con el gabinete completo.

—Decía que eran amigos de la época de la dictadura.

—¿Cuál es la diferencia entre la Grecia anterior a la dictadura y la posterior a la junta?

—¡Que antes éramos un reino y ahora una república!

—Te equivocas. Antes de la dictadura, cuando te preguntaban dónde habías conocido a algún miembro del gobierno, decías « en la mili; hicimos juntos el servicio militar» . Después de la dictadura, dices « en los calabozos de la policía; estuvimos juntos en la resistencia» . El conocido de la mili garantizaba, como mucho, un empleo en la administración pública. El conocido de la resistencia te hace millonario en menos de cinco años.

—Si es así, me cuesta aún más comprender por qué fundó una empresa *off-shore* para sus negocios inmobiliarios.

—¿Negocios inmobiliarios? —repite, como si no me hubiera oído bien.

—Sí. Una red de agencias inmobiliarias que se extiende por todo Grecia y el área de los Balcanes.

—¿Estás seguro de que no son invenciones de su biógrafo? —pregunta Sotirópulos.

—La empresa *off-shore* se llama Balkan Prospect, tiene sus oficinas en la zona Paraíso de Marusi y la dirige una tal Koralía Yanneli.

—Me pillas con el culo al aire. Es la primera vez que oigo hablar de esto.

—Al final resultará que sí he descubierto algo referente a Favieros —comento con ironía.

Adopta el semblante de alguien que está repasando su agenda mental para localizar a la persona adecuada.

—Espera, pronto lo sabremos —dice. Saca el móvil y marca un número con agilidad de pianista—. Stazis, soy Sotirópulos. Oye, ¿te suena de algo el nombre de Koralía Yanneli? —Al parecer la respuesta es negativa, porque pasa a la siguiente pregunta—: ¿Y una agencia inmobiliaria llamada Balkan Prospect? Exacto, pertenecía a Favieros... Bien... Escucha, te voy a enviar a un policía amigo mío, el comisario Costas Jaritos, que quiere enterarse de algunas cosas. ¿De acuerdo?

Cuelga el teléfono y se vuelve hacia mí.

—Ese era Stazis Jorafás, el agente que me vendió el piso. Desde entonces somos amigos. Ve a verlo, te contará todo lo que sabe. Tiene su despacho en el número 25 de Karneadu, en Kolonaki.

Le prometo que estaremos en contacto y me marcho a entrevistarme con Jorafás. No tardo en llegar a Karneadu pero me paso media hora dando vueltas intentando encontrar aparcamiento en las dos manzanas que van de la calle Herodoto a la calle Plutarco. Al final, dejo el Mirafiori Herodoto arriba, cerca de Dexameni.

Las oficinas de la agencia inmobiliaria de Jorafás están en un viejo bloque de pisos de lujo de la década de los cincuenta, uno de aquellos que se construyeron

justo después de la guerra civil, cuando el progreso económico se consideraba sinónimo de expansión urbanística. Jorafás es un hombre bien vestido de unos cuarenta y cinco años. Me hace pasar a su despacho, le indica a su secretaria que no nos interrumpa y cierra la puerta.

Entro directamente en materia:

—El señor Sotirópulos ya le habrá explicado...

—Sí —me interrumpe. Se inclina por encima de su escritorio y acerca su cara a la mía, mientras sus ojos controlan la puerta—. Lo que voy a confiarle no debe salir de esta habitación, señor comisario —susurra—. Si lo ha de utilizar, no revele quién se lo ha contado.

—No se preocupe. Además...

Tampoco ahora me deja continuar.

—Escuche. Gozo de cierta reputación en el mundo inmobiliario y de una muy buena clientela. No me conviene enemistarme con un coloso como Balkan Prospect, del difunto Favieros.

—¿Tan importante es esta Balkan Prospect? —Todavía no consigo entender qué beneficio sacaba un pez gordo como Favieros de una actividad empresarial de poca monta como el negocio inmobiliario—. La directora mencionó una red de agencias.

Jorafás sonríe. Parece haberse relajado un poco.

—Es correcto. Se trata de una red, aunque no la encontrará bajo el nombre de Balkan Prospect.

—¿Por qué? ¿Hay otra empresa?

Se lo piensa antes de contestar y, al final, se decide a seguir adelante.

—La empresa de Favieros es nueva. Si no recuerdo mal, la fundó en 1995. Hace cinco años, hizo una entrada espectacular en el mundo de los negocios y empezó a comprar otras agencias, sin cambiar su nombre original. Actualmente, existe una red de agencias inmobiliarias que todavía llevan el nombre de su antiguo dueño, aunque son administradas por empleados de Balkan Prospect.

Los entresijos del sector inmobiliario representan un enigma para mí, y siento la necesidad de dejarlo claro:

—¿Está diciendo que en la acera de enfrente puede haber una agencia «Georgios» o «Sotirios» mientras que, en realidad, pertenece a Balkan Prospect?

Jorafás suelta una risotada.

—Por suerte, no en la acera de enfrente. A Balkan Prospect no le interesa Kolonaki.

—¿Qué le interesa?

—El área de Sepolia, la que se extiende a la izquierda de la avenida Ajarnón, pasada la estación de San Nicolás, o la de Liosia y Ano Liosia. Últimamente, también Oropós y Eleusina.

Me quedo mirándolo con cara de gilipollas, lo que no sorprende a Jorafás.

—¿Lo encuentra extraño? Yo también —admite con una sonrisa.

—No entiendo por qué Favieros querría comprar agencias inmobiliarias en esos barrios de mala muerte. Con su dinero habría podido establecer una red en Psijikó, Kifisiá o Ekali.

—¿Qué quiere que le diga? Una respuesta posible es que en estos barrios los negocios marchan bien y nadie quiere vender su agencia.

—Podría abrir la suya propia.

—Por lo visto no quería abrir la suya propia. Prefería permanecer en la sombra.

—¿Por qué?

Jorafás se encoge de hombros.

—No tengo ni idea.

Quizá lo sepa y no quiera contármelo porque cree que ya ha ido demasiado lejos.

—¿Podría facilitarme los nombres de algunas agencias inmobiliarias que pertenezcan a Balkan Prospect? —De nuevo percibo su incomodidad y advierto que se debate en la duda, por lo que añado—: Tiene mi palabra de que no lo nombraré. —Sigue mirándome, pensativo e incapaz de tomar una decisión—. El señor Sotirópulos le confirmará que yo no juego a dos bandas.

Como es lógico, la palabra de un cliente pesa más que la de un poli, y acaba convenciéndose. Saca un listín voluminoso del cajón de su escritorio y empieza a hojearlo. Se detiene en dos puntos distintos para anotar nombres y direcciones en un trozo de papel. Después cierra el listín y me tiende las anotaciones.

—Estoy seguro al cien por cien de que estas dos pertenecen a la empresa de Favieros. Una está en Sepolia, la otra, en Liosia.

Le doy las gracias y me levanto para irme. No tengo más preguntas que hacerle y, aunque las tuviera, él no contestaría. Ha llegado al límite de sus confidencias.

—Señor comisario —me llama cuando me dispongo a abrir la puerta—. Si quiere un consejo, no diga a estas agencias que está interesado en comprar o alquilar un piso.

—¿Por qué no?

—Porque no le creerán. Los griegos ni compramos ni alquilamos pisos en estos barrios. La única manera de atraer su atención consiste en asegurarle que quiere vender.

Le agradezco la recomendación y salgo del despacho. Emprendo la subida de la calle Herodoto con sentimientos encontrados. Por un lado, estoy satisfecho porque mi olfato no me ha traicionado. Cuando uno funda una empresa *off-shore* y comienza a comprar a saco agencias inmobiliarias en áreas deprimidas, sin cambiar el nombre original de las oficinas, no cabe duda de que hay gato

encerrado. Favieros no estaba tan loco como para tirar su dinero en agencias de barrios venidos a menos, donde el griego es una lengua extranjera. Por otro lado, esto pone en entredicho mi teoría de que fue el propio Favieros quien escribió su autobiografía. Si se trata, realmente, de un chanchullo, como sospecho, ¿por qué nos había de proporcionar pistas y mancillar su fama tras la muerte? Salvo que, por supuesto, considerase totalmente improbable que alguien se tomara la molestia de investigar su empresa *off-shore*.

El Mirafiori está aparcado a pleno sol. El asiento me recuerda la cazuela ardiente donde mi madre me sentaba para que se me pasara el estreñimiento. Al tocar el volante me abraso y lo suelto de golpe. El Mirafiori se desliza cuesta abajo sin control hacia el Toyota aparcado delante. ¡Verano de mierda!

La agencia inmobiliaria Georgios Iliacos que anotó Jorafás se encuentra en la plaza Pantazopulu, detrás de la estación del Peloponeso. Bajo por la calle Juliano con Kula en el asiento del copiloto. La llevo conmigo porque quizás haya que investigar un poco la zona después de hablar con el agente. El calor se ha propuesto fundir los metales; la nube de contaminación, mandarnos a todos al hospital; y el polvo, destrozar mi garganta a fuerza de toser.

Al enfilar la calle Diligianni, Kula, que hasta el momento había permanecido callada, se vuelve hacia mí y me pregunta:

—¿Cómo nos presentaremos al agente, señor Jaritos?

—Como policías. ¿Como qué, si no? ¿Como novios?

—No. Como padre e hija.

Me pilla por sorpresa y desacelero bruscamente. El conductor de atrás pita como un endemoniado, da gas a fondo y, en el momento de adelantar, me dedica un corte de manga desde detrás de la ventanilla cerrada, porque conduce un Toyota reluciente y con aire acondicionado.

—¿Cómo se te ha ocurrido esto? Casi nos matamos —le reprocho.

—Si podemos parar en algún lugar, se lo explicaré.

Giro el volante a la derecha y aparco entre un autocar de Novi Sand y otro de Prístina.

—Te escucho...

—Vamos a hablar con el agente porque usted cree que hay algo sospechoso, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Por qué iba a sincerarse el agente con dos polis que, además, lo visitan a título extraoficial? —Hace una pausa en espera de mi contestación. Como no se me ocurre ninguna, prosigue—: Imagínese ahora, por un momento, que somos padre e hija. Usted tiene un pisito aquí, en el barrio. Quiere venderlo, poner algo más de su bolsillo y comprarme un piso mejor, en un barrio más apropiado. El tipo verá al padre, verá a la hija, se olerá el negocio y se le soltará la lengua enseguida.

Su idea es simple, razonable y, con toda probabilidad, dará resultado.

—Bien pensado —la felicito, riendo—. Pero nos falta el piso.

—Mi tía, la hermana de mi padre, tenía un piso un poco más abajo, en la calle Monís Arkadiú. A decir verdad, no sé qué ha sido de él, pero tampoco lo sabrá el agente.

Tiene respuesta para todo y no me queda más que mostrarme de acuerdo. Dejamos la calle Siraku, tomamos Pantazopulu y rodeamos la plaza. Encontramos la agencia inmobiliaria poco antes de completar la vuelta, en la primera planta de un pequeño bloque de pisos.

El despacho ocupa dos habitaciones contiguas, separadas por una puerta corredera. Frente a la entrada está sentada una muchacha joven, incolora e inodora, que masca chicle y ordena el contenido de una carpeta. En la habitación contigua, un tipo de unos treinta y cinco, con camiseta de algodón, pantalón de lino y la cabeza afeitada contempla absorto la pantalla de un ordenador. Antes nos rapaban la cabeza cuando íbamos a la mili. Ahora nos la rasuramos después de licenciarnos. Reina un ambiente asfixiante, a pesar de los ventiladores de techo que giran en ambas estancias.

—Pasen —nos invita la muchacha, que interrumpe su trabajo con la carpeta pero no deja de masticar el chicle.

—Quisiéramos hablar con el señor Iliacos.

—El señor Iliacos se ha retirado del negocio —interviene el tipo, sonriente. Luego se levanta de su asiento y nos tiende la mano—: Megaritis. ¿En qué puedo servirles?

—Se trata de un inmueble... —empiezo a decir.

—¿Les apetece un café? —Me corta bruscamente, como si hubiese pasado por alto algo muy importante—. Hay soluble..., café griego... Un *frappé* sería lo más adecuado para este calor.

Yo me niego amablemente pero Kula acepta el convite.

—Un *frappé* con poco azúcar y leche estaría bien, gracias.

La miro de reojo. Se ha sentado con las piernas juntas y una sonrisa ingenua en los labios, como una virgen recatada e intimidada por la presencia de su padre. La secretaria se levanta con pereza y desaparece tras una puerta que sin duda conduce a la cocina.

—Se trata de un piso —vuelvo a empezar—. Me gustaría venderlo y comprar algo mejor para... Kula, en otro barrio.

Al oír la palabra «vender», Megaritis sacude la cabeza con aire fatalista y exhala un suspiro, como si no habláramos del deterioro del barrio de Sepolia sino de la caída del Imperio bizantino.

—¿Dónde se encuentra el piso, exactamente?

—En Monís Arkadiú —tercia Kula, temerosa de que se me haya olvidado la dirección—. Es un piso de tres habitaciones, de unos ochenta y cinco metros cuadrados.

Megaritis adopta la expresión de alguien que va a decir algo muy

desagradable y no sabe cómo dulcificarlo.

—En este barrio, señor mío, se está viviendo una auténtica tragedia. Gente humilde, hombres de familia, que en su momento consiguieron con mucho esfuerzo construir una casita o comprar un pisito, ahora ven que su valor cae en picado y venden a cualquier precio, porque hay una invasión de salvajes que ahuyentan a las personas de bien.

Mira por dónde, digo para mis adentros. En las obras, Favieros se erigía en el defensor de los refugiados y los extranjeros, mientras que sus empleados de las agencias inmobiliarias añoran los viejos barrios y las callecitas estrechas y maldicen a los inmigrantes, que han echado a perder nuestro sueño.

—Si los venden, significa que encuentran compradores —observa Kula.

—Al precio al que venden, cualquiera está dispuesto a comprar.

—¿Y de qué orden son esos precios? —pregunta Kula.

Megaritis suspira de nuevo.

—Me da vergüenza decírselo... Me da vergüenza.

—Díganoslo —insisto—. Así compartiremos la vergüenza.

—¿En Monís Arkadiú, ha dicho? ¿Es un piso o una casa?

—Un piso.

—¿De cuántos metros cuadrados?

—Ochenta y cinco. Tres habitaciones.

—Veamos. —Reflexiona un poco. Luego se dirige a mí—: Con mucha suerte conseguirá unos veintiséis mil euros —calcula—. Aunque lo más seguro es que le den veintitrés mil...

—¡Qué me dice, señor mío! —Kula se levanta de un salto y casi derrama su café *frappé*—. ¡Eso es lo que cuesta un permiso de ampliación de la superficie edificable!

Está fuera de sí, como si realmente quisiera vender un piso. Asiento con la cabeza mientras intento disimular mi sorpresa ante su reacción. Megaritis sonríe con tristeza.

—Los buenos tiempos han pasado, señorita. Ya a nadie le interesa ampliar la superficie edificable en estos barrios. Por eso la gente vende a cualquier precio. —Toma una tarjeta del escritorio y me la da con actitud apesadumbrada—. Qué más puedo decir... Piénsenlo y, si se deciden, aquí nos encontrarán... Llámenme para que vaya a ver el piso y me entreguen las llaves...

La piel de plátano nos la tira en la puerta, en el momento en que nos despedimos.

—Sea como fuere, le aconsejo que se den prisa. Los precios bajan día a día. Hoy el piso vale entre veintitrés y veintiséis mil euros, mañana podría valer veinte mil.

Kula no se digna mirarlo siquiera. Yo me muestro más conciliador.

—De acuerdo, nos lo pensaremos y, en todo caso, ya le llamaremos.

—¡Habrase visto! ¡Es una estafa! —estalla Kula ya en la calle—. ¡Veintiséis mil euros! ¡Con veintiséis mil euros no compras ni un estudio!

Me quedo parado en la acera, con la vista fija en ella. Ahora que hemos salido de la agencia, manifiesto abiertamente mi asombro.

—¿Cómo sabes tanto de precios de inmuebles, superficies edificables y demás?

Me lanza una mirada de tristeza fingida.

—Nunca le han importado mis asuntos —se lamenta—. ¿Ha olvidado que estaba prometida con un contratista?

Es cierto, se me había borrado de la mente el contratista que edificaba ilegalmente en Diónisos. Después de prometerse con Kula, empezó a invocar el nombre de Guikas cada vez que tenía problemas con la policía. Guikas se enteró, amenazó a Kula con transferirla, y ella le dio calabazas al contratista.

—¿Cómo crees que debemos proceder, tú que sabes tanto? —pregunto.

—Deje que dé una vuelta por el barrio y mañana se lo cuento —propone tímidamente.

—¿Por qué? ¿Qué es esto que quieres averiguar a solas y no podemos investigar juntos?

—A esa hora sólo hay mujeres en las casas. Y las mujeres se abren más a otras mujeres.

No estoy convencido de que obtenga mejores resultados sola pero leo en sus ojos sus ansias por probar, de modo que decido aceptar. A fin de cuentas, si fracasa, siempre resta la posibilidad de regresar mañana y completar la investigación discretamente.

—De acuerdo.

—Gracias —dice y su cara resplandece.

Me acompaña hasta el Mirafiori para recoger sus cosas. En el momento de despedirse, se agacha y me estampa un beso en la mejilla.

—¡Ya hemos terminado! Ahora no somos padre e hija —le recuerdo para tomarle el pelo.

—Usted es el único colega masculino que no me cree útil sólo para archivar papeles y preparar cafés —contesta muy seria.

La contemplo mientras se aleja a paso ligero y arranco el motor del Mirafiori.

Desde la tarde al calor se ha añadido la humedad, y la ropa se nos pega al cuerpo como un sello de correos. Fanis pasa a recogernos a las nueve para salir en busca de un poco de frescor, y terminamos en la terraza de la Taberna del Tío Zanasís, en una plazuela interior, paralela a la avenida de Pendeli. La descubrió hace apenas unos días con unos amigos y la encontró muy fresca. No se equivoca, porque a ratos sopla una brisa muy agradable. Por lo demás, es una de tantas viejas tabernas griegas, donde todavía sirven platos de verdura, judías pintas y crema de garbanzos.

A Adriani las judías le parecen « un poco » crudas, la crema de garbanzos « un poco » aguada y las hamburguesas, que ha pedido como plato principal, « un poco » duras. Añade la coetilla « un poco » en todo momento para paliar la aspereza de sus quejas y no ofender a Fanis, que nos ha invitado. Él, sin embargo, ya la conoce y se divierte con sus críticas.

—Te he traído aquí por el fresco de la terraza, señora Adriani. ¡Ya sé que tu cocina es de un nivel superior!

—Aunque, comparado con las asquerosidades con que quieren alimentarnos hoy en día, esta comida, al menos, resulta comestible —asevera Adriani, siempre generosa cuando su autoridad queda reconocida.

—Y comparado con el horno en que se ha convertido nuestra casa, este lugar es el paraíso —agrego, porque no me gusta rizar el rizo.

—Por la tarde da el sol, y la casa arde —explica Adriani.

—¿Por qué no instaláis aire acondicionado?

—No lo soporto, Fanis. Reseca el aire y me hace toser.

—Estás hablando de los aparatos viejos. Los nuevos no causan estos problemas.

—Díselo tú, porque a mí no me cree —comento.

Adriani no me hace caso y se dirige a Fanis:

—Sería tirar el dinero, hijo mío. Yo me arreglo muy bien con el ventilador. En cuanto a Costas, él ha vuelto a las andadas y se pasa el día en la calle. ¿Qué opinas? ¿Instalamos aire acondicionado en ese cacharro que conduce?

El calor me crispa los nervios, y cualquier pretexto me viene bien para desfogarme, pero me lo impide el barullo que, de repente, se desata entre los

comensales, que se levantan de las mesas de la terraza y entran corriendo en el establecimiento. Nosotros miramos alrededor sin entender qué está ocurriendo.

—Oye, ¿qué ha pasado? —pregunta Fanis a un camarero que se acerca cargado con una bandeja y tropieza con nuestra mesa, porque camina con la cabeza vuelta al interior de la taberna.

—Stefanakos se ha suicidado.

—¿Quién? ¿El diputado? —inquiero.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace un momento. En la televisión. Mientras le hacían una entrevista. ¡Igual que aquel contratista! ¿Cómo se llamaba?

Ya no recuerda el nombre de Favieros aunque ahora, gracias a Stefanakos, también él será rescatado del olvido. Porque, al igual que él, Lukás Stefanakos pertenecía a la generación de la Politécnica y tenía un largo historial de torturas sufridas en los calabozos de la policía militar. Sin embargo, él había permanecido fiel a la política, no se había pasado al sector empresarial y había llegado a ser uno de los diputados con mayor índice de popularidad. Cada mañana salía por la radio, cada noche, por la televisión y, entre una cosa y otra, acudía a sesiones en el Parlamento, donde todos lo temían, porque denunciaba sin rodeos los desmanes de todos los partidos, incluido el suyo. Hasta yo sabía que era el candidato más firme para suceder al actual presidente de su partido.

Las mesas han quedado prácticamente vacías y todo el mundo se ha agolpado dentro de la taberna, donde hay un televisor encendido en lo alto de la pared.

—¿Vamos a ver qué dicen? —propone Fanis.

—Prefiero verlo en casa, tranquilamente.

—Voy a pagar, porque no habrá camarero que se acuerde de traer la cuenta.

A diferencia de los carriles de subida de la avenida de Pendeli, los de bajada están vacíos, y sólo esporádicamente encontramos algún coche. Fanis hace ademán de encender la radio, pero lo detengo. Quiero ver la escena en la televisión sin haber oído antes las descripciones radiofónicas.

Delante de las tiendas que venden televisores en la plaza Duru se ha congregado una multitud que goza contemplando la misma imagen multiplicada por veinte en las diversas pantallas.

—¿Crees que guarda alguna relación con el suicidio de Favieros? —pregunta Fanis.

—Aún no sé cómo se ha suicidado ni cuáles han sido sus últimas palabras pero, a primera vista, eso parece.

—¿Qué puede mover a un político tan popular como Stefanakos a suicidarse?

—¿Qué fue lo que movió a Favieros?

—Tienes razón —admite Fanis. Voy sentado a su lado, mientras que Adriani

vía en el asiento trasero. Fanis me echa una mirada de soslayo mientras conduce—: ¿No has descubierto nada relacionado con Favieros?

—Nada sustancial.

—¿Ni siquiera en su biografía?

—Contiene alguna que otra alusión a una faceta turbia de su vida profesional, pero es muy pronto para saber si fue esta la causa de su suicidio.

—Si queréis mi opinión —tercia Adriani desde el asiento posterior—, la tele está detrás de todo esto.

—¿A qué te refieres? —se extraña Fanis.

—¿Has contado cuántos anuncios ponen cada vez que emiten la escena del suicidio? Y eso sin contar la publicidad durante los debates y demás programas informativos.

Me vuelvo hacia ella, estupefacto.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que la emisora los obliga a suicidarse para aumentar sus índices de audiencia? Para empezar: ¿cómo sabes que Stefanakos se ha quitado la vida en los mismos estudios?

—Espera y lo verás —responde sin inmutarse.

—¿Y cómo crees que los convence? —pregunta Fanis—. ¿Con dinero? Ninguno de los dos iba escaso de fondos.

—No sé cómo, pero puedo decirte una cosa: muchos han despreciado el dinero; la fama, nadie —afirma Adriani y nos deja sin palabras.

Interrumpo la conversación porque me resultaría imposible convencerla de lo contrario. Es recelosa de nacimiento. Cuando me suben el sueldo, está convencida de que me correspondía un aumento mayor. Cuando lee en los periódicos que el Metro estará terminado para las Olimpiadas, no le cabe duda de que, para agilizar el proceso, los contratistas han dejado de colocar la mitad de los pilares y que la obra se vendrá abajo en menos de tres meses. Si le comunico que se ha resuelto el conflicto de Chipre, sonrío y replica que, sin duda, los turcos untaron al primer ministro para conseguirlo. Lo que no entiendo es cómo puede el Cuerpo aceptar a hombres como Yanutsos cuando el país dispone de tamaño reserva de suspicacia.

Con el calor, todo el mundo ha salido a tomar el fresco y Fanis encuentra aparcamiento delante de la puerta de nuestro bloque. En cuanto entramos en el piso, todos corremos hacia el televisor. No tardamos en encontrar el canal correspondiente, gracias a las ventanas ya abiertas en pantalla. Es el mismo que eligió Favieros para suicidarse.

—¿Qué os decía? ¡Ahí lo tenéis! —se vanagloria Adriani.

Estoy a punto de estallar cuando suena el teléfono. Contesto y oigo la voz de Guikas.

—¿Lo has visto? —pregunta.

—No. Estaba fuera y he vuelto a casa enseguida al enterarme. Estoy

esperando que repitan la escena.

—Míralo y llámame.

Cuelgo el auricular y me planto de nuevo delante de la televisión. En la parte inferior de la pantalla, donde estaría el vestíbulo si fuera un edificio, aparece el presentador, sentado con dos colegas de Stefanakos, uno de su partido y otro de la oposición. Gente entra y sale por las ventanas de las plantas superiores. Los fijos y los temporales, a cual más vehemente, se deshacen en elogios hacia Lukás Stefanakos: que si era un diputado sagaz y agresivo, pero muy respetuoso con la ética parlamentaria. Que si combatía con pasión los proyectos de ley que defendían intereses particulares y que su muerte dejaba un enorme vacío en el Parlamento. A continuación, el presentador pasa al tema de la campaña recientemente emprendida por Stefanakos en defensa de los inmigrantes. Exigía que se impartiesen clases en su lengua natal en las escuelas y se les permitiese fundar asociaciones culturales para la conservación de su identidad. Las alabanzas empiezan a ceder su lugar a los reparos, porque nadie está de acuerdo con las posiciones de Stefanakos en este tema. El diputado de la oposición sostiene que a Stefanakos le gustaba generar polémica, porque así lograba mantenerse en el candelero. El diputado de su partido afirma que Stefanakos había manifestado últimamente su decepción por el giro conservador de la política en general. Los demás se aferran a este argumento y empiezan a preguntarse si había elegido ese programa en concreto para abandonar heroicamente el partido.

—Haremos una pequeña pausa antes de ver de nuevo la escena del suicidio, por si nos ofrece alguna pista —anuncia el presentador, que busca cualquier oportunidad para exhibir esas imágenes.

El debate queda interrumpido por la publicidad, que dura casi un cuarto de hora.

—¿Lo veis? ¡No termina nunca! —se jacta Adriani por segunda vez.

El realizador hace de las suyas y, en lugar de mostrarnos de nuevo al presentador, inmediatamente después de los anuncios pasa la grabación de la entrevista a Stefanakos, que aparentemente se desarrolló en su despacho. Es un despacho corriente, con muebles del montón, de los que se pueden comprar en cualquier tienda. Stefanakos está sentado detrás de su escritorio. A diferencia de Favieros, lleva traje y corbata. No sé si era tan hábil como aseguran sus colegas, pero su aspecto se me antoja más propio de un director de banco que de un diputado.

Enfrente se encuentra el periodista Yannis Kurtis, con una barba blanca a juego con su espesa cabellera. Sólo aparece en televisión en ocasiones muy especiales porque, a pesar de su pinta de Papá Noel, representa la artillería pesada de la emisora.

—¿No le parece que sus posiciones son demasiado avanzadas para la sociedad griega? —pregunta a Stefanakos.

—¿Qué posiciones, señor Kurtis?

—Las que defienden la introducción de la lengua albanesa en las escuelas de los barrios con mayor densidad de refugiados de Albania y la fundación de asociaciones culturales (con ayuda del Estado) para la preservación de su identidad nacional. No sólo se opondrá la Iglesia y se sublevará la extrema derecha sino que se indignarán los ciudadanos de a pie, que no necesariamente mantienen una postura hostil frente a los refugiados pero piensan que tienen que establecerse unos límites.

—Si no seguimos esta doble vía de integración de los refugiados en la sociedad griega que garantice la preservación de su identidad nacional, si los refugiados no llegan a ser ciudadanos griegos de procedencia albanesa, búlgara o póntica, dentro de pocos años los problemas se agravarán. Nos engañamos si pensamos que podemos solucionar el conflicto sólo con el permiso de residencia.

—Permítame que le recuerde, señor Stefanakos, que lo mismo sostenía Iásonas Favieros, que a tantos trabajadores extranjeros empleaba en sus construcciones. Tras su suicidio, una organización nacionalista emitió un comunicado para reivindicar su autoría. No se ha confirmado la veracidad de esta afirmación pero tampoco ha sido desmentida, al menos por vía oficial.

—Iásonas Favieros tenía razón —responde Stefanakos sin vacilación—. Espere un momento y se lo demostraré.

Kurtis se queda solo pero las cámaras continúan grabando y se oye la voz del presentador, el mismo que está dando la noticia en este momento.

—Yannis, quiero que le haga una pregunta al señor Stefanakos cuando vuelva. Quiero que le pregunte qué opina sobre el asesinato de los dos kirdos a manos de la organización nacionalista Filipo el Macedonio, y si no teme que la política que él propone pueda motivar otros crímenes de este tipo.

—Se lo preguntaré, Panos —contesta Kurtis.

Pero la pregunta nunca llega a formularse. En el mismo instante en que concluye la conversación entre el periodista y el presentador, se abre la puerta del despacho y entra Stefanakos, tambaleándose. La sangre emana de tres puntos distintos de su cuerpo: de una herida junto al corazón y de otras dos en el vientre. Su traje está teñido de rojo.

Al verlo, Kurtis se incorpora de un salto pero, en lugar de acercársele, retrocede un par de pasos. Stefanakos sigue dando tumbos hacia el centro del despacho. Allí se detiene, abre la boca, intenta decir algo pero no le sale la voz. Tras un esfuerzo considerable, logra farfullar:

—Espero que Favieros y yo no hayamos muerto en vano...

Deja la frase a medias y se desploma. Kurtis reúne el valor suficiente para acercarse e inclinarse sobre él, pero no para tocarlo.

—Señor Stefanakos... Señor Stefanakos... —lo llama como si quisiera despartarlo.

—Yannis, déjalo y trata de averiguar cómo lo ha hecho —ordena la voz autoritaria del presentador—. Por desgracia, nos ha tocado también a nosotros narrar en vivo este segundo suicidio de una personalidad destacada.

La voz se le entrecorta de la emoción. Kurtis se aparta de Stefanakos, se dirige a la puerta del despacho, y la abre de par en par. La cámara se acerca. De la cara interior de la puerta sobresalen tres hojas de cuchillo, en una disposición idéntica a la de las heridas de Stefanakos. A cada lado de la puerta hay un asidero metálico.

Es evidente lo que hizo Stefanakos: se agarró de los asideros y se lanzó con fuerza contra los cuchillos.

La imagen se funde y reaparece el debate.

—Como ya sabéis, la cadena llamó enseguida una ambulancia —nos informa el presentador con el tono de un hombre que acaba de realizar una hazaña—. Pero el diputado Lukás Stefanakos falleció antes de llegar al hospital.

No necesito ver ni oír nada más y apago el televisor. Fanis se vuelve para mirarme.

—¿Y qué? ¿Qué te parece?

—Está cortado por el mismo patrón que el suicidio de Favieros. De eso no hay duda.

Adrianí considera innecesario recordarnos su triunfo por tercera vez y se limita a sonreír con orgullo. Me levanto y marco el número de Guikas.

—Lo he visto —anuncio en cuanto contesta y le repito lo que acabo de decirle a Fanis—: Está cortado por el mismo patrón que el suicidio de Favieros.

—¿No te comenté que algo me olía mal? ¡Tenía razón! —se congratula con una voz que suena como las campanas de la resurrección.

Esta vez su engreimiento no me irrita. A fin de cuentas, tanto a él como a mí nos conviene pisar cadáveres. Él, para que se le reconozca su acierto, y yo, para salvar mi puesto.

El vendedor de periódicos no me ha visto desde que Favieros se voló la tapa de los sesos. Me guiña el ojo con complicidad y mete todos los periódicos, menos los deportivos, en una bolsa de plástico.

—El suicidio del diputado, ¿eh?

También quiso hacerse el gracioso después de la muerte de Favieros, y esta vez siento la necesidad de aclarar las cosas:

—Oye, no sólo leo los periódicos cuando alguien se suicida.

—¡Vamos, comisario! No tiene por qué justificarse. Hay clientes que sólo compran la prensa deportiva cuando gana su equipo.

¿Qué insinúa? ¿Que compro los diarios porque he salido ganador? Prefiero no ahondar en su pensamiento y reemprendo el camino a casa. Por primera vez en muchos años, Adriani abandona su cocina antes de las tres de la tarde y se sienta a mi lado a leer la prensa.

Las cosas han cambiado por completo desde el primer suicidio. Entonces todos se preguntaban qué motivos habían llevado a Iásonas Favieros a quitarse la vida, y cada medio de comunicación aventuraba sus propias conjeturas. Ahora todos asocian el suicidio de Stefanakos con el de Favieros y hablan abiertamente de un tejemaneje gubernamental que los mandó a ambos a la tumba. «¿Huida desesperada de un escándalo?», reza la portada de un diario de la oposición. Un diputado, también de la oposición, amenaza con hacer revelaciones sensacionales. «El secreto mortal de las obras olímpicas», proclaman los titulares de un tercer periódico, mientras que un cuarto reflexiona en su artículo editorial: «Aunque de momento no existen pruebas que lo confirmen, sigue abierta la posibilidad de que tras los suicidios de Favieros y Stefanakos se oculte un escándalo que, si alguna vez saliese a la luz pública, podría causar nuevas víctimas».

Entre nosotros, la teoría del escándalo no es desdeñable. Cuando Favieros se pegó un tiro, nadie sabía nada. Ahora, después del suicidio de Stefanakos, aparece un rayo de luz. Un empresario y un político se matan para evitar que un escándalo a punto de estallar los salpique. Queda, por descontado, el misterio del doble acto público. ¿Por qué se quitarían la vida delante de las cámaras personas que, precisamente, desean proteger su reputación? ¿Como si el suicidio ante los

ojos de miles de espectadores no fuera un escándalo en sí! Quién sabe, si algún día averiguamos algo, quizá lleguemos a entenderlo. De todas formas, tal como están las cosas, el miedo al desprestigio constituye un motivo convincente, y no hace falta que lo investigue. Que salga a la luz o no depende de otros, y yo corro el riesgo de estrellarme.

De pronto, se me ocurre una idea y marco el número de Sarantidis, el editor que publicó la biografía de Favieros.

—Oye, ¿no tendrás en tus manos una biografía de Lukás Stefanakos...?

—No, señor comisario.

—¿Me estás diciendo la verdad?

—¿Por qué iba a mentirle? Usted no podría impedir que la publicara.

Percibo la pesadumbre en su voz. Si la biografía y el suicidio de Favieros representaban su trampolín hacia un despacho con secretaria, ahora se lamenta por la casa que no se puede comprar en las islas.

La ausencia de una segunda biografía deja el terreno abierto a la especulación. Lo más probable es que Favieros escribiese su autobiografía bajo el seudónimo de Minás Logarás, mientras que a Stefanakos no le importó en absoluto su fama póstuma.

Kula llega a las nueve y media, con los periódicos de la mañana en una bolsa de plástico.

—Pensé que le gustaría leerlos.

—Gracias, pero ya los he leído. Guárdalos para ti.

—¿Cómo? ¿Yo, leer todas esas columnas? ¡Dios me libre! —exclama—. Ya los tiraré cuando me vaya.

Adriani, que la ha oído entrar, levanta la vista del diario y se encamina hacia la cocina.

—Buenos días, hija mía —le dice al pasar por su lado.

Del «buenos días, Kula» al «buenos días, hija mía», en un tono normal y con los labios relajados. Me admiro de su evolución. Dentro de unos días empezarán a saludarse con un beso.

—¿Ha visto qué casualidad? —comenta Kula al entrar en el salón—. Primero, Favieros y ahora, Stefanakos... —De repente, se cubre el rostro con las manos, como si quisiera dejar de ver la escena—. ¡Qué espectáculo tan horrendo, por Dios!

—La casualidad queda descartada. La explicación más probable es la que aventuran los diarios esta mañana: algún escándalo a punto de descubrirse los impulsó al suicidio.

—Y ahora ¿qué hacemos nosotros?

—Continuamos a partir de donde lo dejamos.

La sorpresa se refleja en su rostro.

—¿Y Stefanakos?

—¿Quieres un consejo? La peor equivocación que puedes cometer es dejar una investigación a medias para abrir otra. Es la mejor manera de conseguir que ambas se vayan al garete. Seguiremos investigando la muerte de Favieros y, si guarda alguna relación con la de Stefanakos, ya nos la encontraremos en el camino. Salvo que estemos tan ciegos como para pasarla por alto. Ahora cuéntame qué averiguaste ayer.

Kula me mira con fijeza.

—Cosas extrañas —responde.

—¿Es decir?

—Hablé con tres personas que han comprado pisos en la zona. Dos albaneses: el primero adquirió uno en la calle Viziis, más arriba de la plaza Pandazopulu, y el segundo, en Eguiras, un callejón sin salida entre la avenida Constantinopla y la calle Santa Sofía. El otro era un griego pónico, emigrado de la extinta Unión Soviética, que tiene su piso en Larimnis, la segunda paralela a Monis Arkadíu.

—¿A qué precio?

—Al albanés el piso de la calle Viziis le costó treinta y tres mil euros, pero se trata de un apartamento de dos habitaciones y de unos sesenta metros cuadrados. El otro albanés no quiso decirme el precio exacto pero, si lo entendí bien, debió de pagar más o menos lo mismo que el primero. Además, ellos se consultan unos a otros antes de comprar. Es más interesante el caso del griego pónico, que compró un piso de tres habitaciones y unos ochenta metros cuadrados cerca de Monis Arkadíu.

—¿Por cuánto?

Me contesta muy despacio, recalcando cada palabra:

—Cuarenta y cinco mil euros.

Por eso Favieros compraba agencias inmobiliarias en barrios deprimidos. Ofrecía un precio bajo a los propietarios, que estaban dispuestos a aceptar cualquier suma con tal de marcharse, y luego vendía los pisos a los refugiados con un cien por cien de beneficio. La diferencia pasaba a engrosar las arcas de Balkan Prospect, seguramente como dinero negro.

—Todos pagaron en efectivo —prosigue Kula—. Ni letras, ni cheques, ni nada.

¿Y cómo iban a pagar, si no? Esa gente no entiende de bancos y cheques. El dinero que gana, lo guarda debajo del colchón.

—Es un robo descarado, señor Jaritos.

—Pero que no podemos demostrar. Nos haría falta saber a qué precio vendió uno y a qué precio compró el otro, y tener acceso a los contratos para comprobar los importes. Tal vez encontremos la manera de acusarlos de fraude fiscal o de abrirles los ojos a los compradores, para que demanden a las agencias por estafa. ¿No habrás averiguado el nombre del notario?

—Lo intenté pero no saqué nada en limpio. Esa gente no entiende el griego.

Les ponen unos papeles debajo de las narices y les indican dónde tienen que firmar. No saben quién es el notario, no saben qué estipula el contrato, no saben nada.

Compran a ciegas. Están tan contentos de convertirse en propietarios de una casita o un pisito que no hacen preguntas, por miedo a que el otro se enfade y se lo quite. Eso aprendieron en sus países, que si abres la boca lo pierdes todo, y no se han percatado de que aquí lo poco que se gana, se gana a fuerza de gritos.

—Hay algo más —añade Kula.

—¿Qué es?

—Uno de los albaneses trabaja en las obras de Favieros en la Villa Olímpica.

Me quedo sin habla; no esperaba que las cosas llegaran tan lejos. Esta era, pues, la patraña de Favieros, el protector de los refugiados. Mientras por un lado les ofrecía trabajo, por el otro recuperaba una parte de los jornales que les pagaba vendiéndoles pisos donde vivir. Habida cuenta de que poseía agencias por todo el país, debía de ganar mucho dinero. Aquí les vendía los pisos a precios inflados mientras que, en sus países de origen, las inmobiliarias hacían exactamente lo contrario: se los compraban por una bicoca. Y todo eso sin que el nombre de Favieros figurase en ninguna parte.

—Bravo, Kula, te felicito —la aplaudo con entusiasmo, porque no entiendo cómo una agente sin experiencia logró reunir tanta información en tan poco tiempo.

—¿Lo he hecho bien? —pregunta, y su cara resplandece.

—Estupendamente. Si hubiese ido contigo, quizá no habríamos obtenido tan buenos resultados.

No le digo que me gustaría tenerla conmigo en el departamento porque no sé si me reincorporaré a mi puesto, por una parte, y porque no sé si Guikas la dejaría marchar, por otra.

Debo averiguar si los demás trabajadores extranjeros de las obras de Favieros adquirieron viviendas a través de sus agencias inmobiliarias. El problema reside en que no me serviría de mucho dirigirme a Balkan Prospect, no porque me lo vayan a ocultar sino porque ellos tampoco lo saben. Todas las transacciones se realizaban en las inmobiliarias locales. Tendré que pasarme por las oficinas de Erige S. A., pedir una relación de la mano de obra extranjera y después ir de una agencia a otra, haciendo preguntas. Me llevará como mínimo dos semanas, suponiendo que los agentes accedan a hablar conmigo, ya que, sin pruebas incriminatorias, nadie puede obligarles a ello. Decido seguir el camino más corto, el que atraviesa territorio enemigo, fiel a la máxima de que el enemigo de mi enemigo es mi amigo.

La otra cosa que debo indagar es el nombre del notario que redactó los contratos, porque sólo él conoce los datos tanto de los compradores como de los vendedores, así como el importe exacto de las transacciones, puesto que recibía

el dinero en efectivo, pagaba al vendedor y se embolsaba la diferencia. Para cometer una estafa inmobiliaria, es imprescindible contar con un notario de confianza.

—Kula, ¿tienes los nombres de los albaneses y del griego pónico que compraron pisos en la agencia inmobiliaria de Favieros?

—Los tengo.

—Bien. Quiero que vayas a la Cámara de la Propiedad y busques el nombre del notario que preparó los contratos. Yo haré una visita a las obras de Favieros en la Villa Olímpica.

—Sí, señor.

La dejo en casa y me voy. El Mirafiori es un horno, pese a que está en la sombra. Al llegar al cruce de la avenida Rey Constantino, me pregunto si me convendrá más girar a la izquierda, hacia la plaza Sintagma, o a la derecha, hacia la avenida Reina Sofía, para llegar a la avenida de Alexandra a través de la calle Sutsu. Cuando el semáforo se pone verde, opto por la segunda alternativa, que resulta ser la mejor. Salvo por el embotellamiento crónico de la calle Sutsu, el camino está despejado.

Consigo llegar al final de la avenida Patisión empapado en sudor pero sin grandes dificultades circulatorias. Allí cometo el gran error de tomar por la Nacional para entrar en Menidi por Metamórfosi. Por desgracia, nos encallamos a la altura de las obras de la vía Ática. Un guardia de tráfico nos desvía por uno de aquellos caminos que aún quedan de la época en que Metamórfosi era un pastizal de cabras. Me lleva casi media hora y tres metros cúbicos de polvo recorrer una distancia de doscientos metros, presa de una intensa ansiedad, porque el motor se ha calentado y temo que me deje tirado en medio del camino de cabras. Por suerte, pasado este tramo, encuentro carretera libre y tráfico rodado hasta la entrada de Tracios y Macedonios.

Un cuarto de hora después llego a la Villa Olímpica. Voy directo a las obras de alcantarillado de Erige y busco a Karanikas, el encargado. Está pegándoles la bronca a unos obreros metidos en una zanja. Me ve pero no hace caso y prosigue con su trabajo. Aguardo con paciencia a que termine, porque lo necesito.

—¿Por qué vas detrás de lo rancio cuando hay material fresco? —Es lo primero que me dice al acercarse.

—¿Qué es lo rancio y qué es lo fresco?

—Favieros es lo rancio y Stefanakos es lo fresco.

Su cinismo me irrita y me entran ganas de propinarle patadas.

—¿Te parece divertido que la gente se suicide delante de todo el mundo? —pregunto, esforzándome por mantener la calma.

Él se encoge de hombros con indiferencia.

—¿Qué esperas? ¿Que les tenga lástima por hacerle el juego a la televisión?

—¿Qué juego?

Karanikas repite, casi palabra por palabra, los argumentos de Adriani.

—¡Vamos, no me digas que no te has olido que la emisora los obliga a suicidarse para subir los índices de audiencia y sus ingresos por publicidad! ¡Y dices que eres policía!

—¿Un empresario y un político aceptan suicidarse porque se lo pide un canal de televisión?

—¿No has oído lo que dicen? ¡Se trata de un escándalo político! ¿Quién me garantiza que la emisora no lo descubrió y los chantajeó para que se suicidaran y ellos pudieran transmitir las imágenes en exclusiva? ¿Has visto lo que ponen en la esquina superior izquierda de la pantalla? ¡« Imágenes en exclusiva » ! ¿No te dice nada?

Menos mal que Adriani no está aquí para escuchar su teoría perfeccionada. Me daría por inútil.

—Olvidate de la televisión. Yo quería preguntarte otra cosa.

—Pregunta, pero rápido. Tenemos trabajo.

—La última vez que hablamos me aseguraste que Favieros apoyaba a los obreros extranjeros.

Suelta una risotada.

—Sí, pero se acabó la época de las vacas gordas. Ahora tienen que contentarse con algún gato, algún perro suelto o, en el mejor de los casos, con alguna gallina escapada de un gallinero de Menidi. Cada uno según su suerte.

—¿Sabes si algún inmigrante compró un piso o una casa mientras trabajaba aquí?

—¿Alguno, dices? ¡La mayoría! No te dejes engañar por su miseria. Puro teatro. Sólo Favieros se lo creía y los ayudaba.

—¿Les ayudaba a adquirir una vivienda?

—¡Los animaba a hacerlo! Incluso les daba dinero por adelantado para el contrato de arras, o contribuía para que reunieran la suma necesaria, que después les descontaba poco a poco de su sueldo.

—¿También ayudaba a los nuestros?

—Aquí no tenemos trabajadores griegos, ya te lo dije. Cuando yo le pedí un adelanto para comprar un coche nuevo, se ofreció a avalarme para un préstamo bancario. A ellos sí que les facilitaba dinero. ¡Por eso lo adoraban como salvador y juraban en su nombre!

¿Por qué no iban a hacerlo? Gracias a él, habían llegado a poseer casa propia, algo que nunca habían conseguido en su país. No sabían que los estafaba y jamás se enterarían. Ni ellos ni Karanikas, que lo tomaba por imbécil.

Llego a casa a las cuatro de la tarde, empapado como un pollo hervido. Adriani está sentada frente a Kula en la sala de estar, con el ventilador entre ambas. Farfullo con esfuerzo un saludo y me dirijo al baño para refrescarme. Me quito la camisa, abro el grifo y pongo la cabeza bajo el chorro. Dejo que el agua corra mucho rato, hasta que se enfría un poco. Me seco, me cambio la camisa y el pantalón y me siento un poco mejor.

Adriani y Kula se han trasladado a la cocina. La mesa está puesta y me espera, pero el calor, el embotellamiento y la Villa Olímpica me han reducido al lamentable estado de un corredor de maratón que entra en el estadio después de correr cuarenta y dos kilómetros sin fuerzas y a ni para abrir la boca.

—Siéntate a comer —dice Adriani.

—Ya cenaré. Soy incapaz de probar bocado.

—Siéntate, porque te perderás la sorpresa y te arrepentirás.

Intercambia una mirada juguetona con Kula. Ya empiezan las conspiraciones, pienso. A pesar de ello, decido hacerle este favor para no estropear el buen ambiente que impera en casa. Adriani me coloca delante un plato de berenjenas *imam*. Es una sorpresa agradable, porque las berenjenas *imam* son mis segundas preferidas después de los tomates rellenos. En el fondo, detesto la carne. La única carne que como a gusto es la de los *suvlakis*.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

Me llevo un trozo a la boca.

—Muy sabrosas, te felicito.

—A mí no. ¡Las ha preparado Kula! —me corrige, pletórica de satisfacción.

—Con la ayuda de la señora Adriani —precisa Kula, que se ha puesto colorada.

—Yo sólo le indiqué cuánto aceite tenía que poner. El resto lo hizo sola.

Calculo lo que me costará ajustar el presupuesto familiar para que ahora incluya las clases de cocina a Kula, con los ingredientes gratuitos.

—Te felicito, Kula, está muy sabroso. ¡Mí enhorabuena! —Tras recibir mi visto bueno, están listas para regresar a la sala de estar—. Aparte de cocinar ¿has podido ir a la Cámara de la Propiedad? —Se me escapa la indirecta.

Adriani sigue su camino hacia la sala. Kula se queda en la cocina, aunque no

parece que mi pregunta la haya molestado, porque sonrío relajada.

—No ha hecho falta ir a la Cámara de la Propiedad. Elias me ha proporcionado el nombre del notario.

—¿Quién es Elias?

—Aristópulos. El empleado de Erige que me explicó lo de la empresa *off-shore*. —Saca un trozo de papel de su bolsillo—. El notario se llama Atanasio Kariofilis y tiene su despacho en el número 128 de la calle Solónos.

—¿Qué te ha pedido a cambio de la información? —pregunto con malicia, porque me cuesta asimilar que haya preparado la comida sin dejar de cumplir con su trabajo.

Kula rompe a reír.

—Una copa, esta noche. Hemos quedado a las nueve y media. A las once y media, bajo los efectos del calor y del cansancio, me entrará sueño y me iré a dormir.

—Una muchacha hacendosa —comenta Adriani cuando Kula ya se ha marchado, con la fiambreira de rigor—. Aprende deprisa, lo lleva en la sangre. —Hace una pequeña pausa y susurra, como para sí—: No como nuestra hija.

—¿Estás bien de la cabeza? ¿Vas a comparar a Kula con Katerina? —protesto, indignado.

—No las comparo, aunque es una espina que tengo clavada. Los libros, la educación, los doctorados, todo eso está muy bien, pero ¿no podría interesarse un poco en aprender a cocinar un par de platos?

—Seguro que ya sabe. ¿Qué crees que ha comido durante tantos años en Salónica, si no?

—Yo te diré lo que come. Espagueti hervido con ketchup, huevos y patatas fritas. ¿Has comido patatas fritas hechas por tu hija?

—No.

—Mejor para ti. Normalmente, le quedan como pelotas de tenis, porque no tiene paciencia para esperar a que se caliente el aceite antes de echarlas.

—Aún está a tiempo. Aprenderá cuando termine su doctorado.

Adriani sacude la cabeza con incredulidad. Se toma la indiferencia de Katerina por la cocina como un fracaso personal.

Por suerte, el teléfono interrumpe esta conversación desagradable. Descuelgo el auricular y oigo la voz de Guikas.

—¿Puedes venir o estás ocupado?

—Ir ¿adónde?

—A mi despacho. —Se percata de mi sorpresa y prosigue—: Entra en el ascensor y sube directamente a la quinta. No importa si Yanutsos, tus ayudantes o cualquier otro te ven. Ya te lo explicaré.

Es la primera vez desde mi hospitalización que recorro con el Mirafiori el trayecto de la calle Aristocles a la jefatura de policía, y me embarga la

emoción. La ola de calor continúa implacable. Una valla gigante en el cruce de la calle Sutsu con la avenida de Alexandra me promete que, si compro el automóvil que anuncia, me regalarán el aire acondicionado. El coche no está mal, y me lo pienso mientras espero que se ponga en verde el semáforo de Alexandra, aunque sé en mi fuero interno que estas fantasías obedecen a las altas temperaturas. En cuanto refresque un poco, olvidaré mi adulterio mental y volveré a estar contento con el Mirafiori.

Cuando uno lleva tantos años subiendo al despacho del director con la perspectiva de encontrar a Kula en la antesala, resulta muy decepcionante ver en su lugar a un hombretón uniformado. El estado de su escritorio es aún peor. Los papeles desordenados ocupan toda la superficie menos un pequeño rectángulo delante de la silla, tan pequeño como una caja de pastas. En ese espacio el hombretón tiene abierta una revista del motor que hojea mojándose el dedo con saliva.

Le doy mi nombre para cumplir con las formalidades, pero está tan embobado con el último modelo de Datsun que no me presta la menor atención.

El aire acondicionado funciona a tope en el despacho de Guikas, y un escalofrío me recorre la espalda cuando entro. Él levanta la vista de la sección de sucesos que estaba leyendo y me mira.

—Bienvenido. Siéntate. —Y señala mi asiento habitual que, en nuestro último encuentro, ocupaba Yanutosos.

—¿Me lo cuenta usted o se lo cuento yo primero?

—¿Por qué? ¿Has descubierto algo? —pregunta esperanzado y con un brillo en los ojos.

—Sí, aunque no sé si guarda relación directa con el suicidio de Favieros.

Empiezo por la muerte de Favieros, paso a la empresa *off-shore* y termino con las agencias inmobiliarias y el chanchullo organizado en torno a las ventas de pisos. Guikas me escucha con atención y, cuando acabo, meneas la cabeza con gesto fatalista.

—Este asunto nos traerá muchos problemas, acuérdate de lo que te digo.

—¿Por qué?

—Por lo que dicen los periódicos y tú, en parte, me confirmas. Todos se huelen un escándalo latente, pero ni son capaces de identificarlo ni saben dónde se oculta. Al gobierno le ha entrado el pánico y busca una solución desesperadamente. Esta mañana me llamó el director general y me pidió que le recomendará a un agente de confianza para que lleve a cabo una investigación extraoficial de los hechos, a ver si hay suerte y encontramos algún cabo suelto.

La expectación placentera que despertó en mí la llamada de Guikas cede el paso a un sueño esperanzador. Me imagino volviendo a mi despacho, mientras Yanutosos lía los bártulos y se marcha en dirección desconocida.

Guikas toma un papel de su escritorio y me lo alarga.

—El número del móvil de Petrulakis. ¿Sabes quién es?

Supongo que mi expresión delata que el nombre no me dice nada, porque Guikas procede a dibujarme su perfil.

—Petrulakis, uno de los consejeros del primer ministro, es algo más que eso: es su mano derecha. Tienes que llamarlo para concertar una cita. El director general opina que, si la investigación se conduce al margen del departamento, la prensa no se enterará tan fácilmente. Por eso optamos por esta solución. Tú sigues de baja médica y Petrulakis no guarda relación alguna con el Ministerio del Interior. Esto ofrece ciertas garantías.

—¿Significa esto que debo continuar investigando a escondidas? —No es lo que esperaba y me siento un poco alicaído.

—Sí, aunque ahora te puedo apoyar abiertamente, y tú puedes llamarme y pedir ayuda en cualquier momento que lo necesites. Kula seguirá contigo. Si precisas otro ayudante, intentaré encontrar a alguien, aunque no resultará fácil encontrar a una persona tan de confianza.

—Kula bastará por el momento. ¿Qué me autoriza a contarle a Petrulakis de lo que he descubierto acerca de Favieros?

—Todo. Si tiene que estallar un escándalo, que mucho me temo será inevitable, más vale que empiecen a hacerse a la idea. Si luego surge alguna novedad que consideras conveniente guardar en secreto, me llamas y hablamos de ello.

—¿Debo seguir las instrucciones de Petrulakis?

—¡Vamos! ¿Qué instrucciones puede darte Petrulakis? ¿Qué sabe él de policías e investigaciones? Si quiere hacerse el listillo, le respondes que sí a todo y luego haces lo que te parece.

Como no se me ocurren más preguntas, me pongo de pie. Mientras me dirijo a la puerta, oigo la voz de Guikas:

—Dale recuerdos a Kula.

—De su parte. Le diré también que la echa de menos. Ya he visto cómo está su escritorio.

—Es una de las razones por las que quiero cerrar pronto este caso, pero esto no se lo digas.

Supongo que es el cumplido más generoso que ha hecho Guikas en su vida. Entretanto, el hombrerón de la antesala ha pasado de los Datsun a los Hyundai.

En el ascensor me invade el deseo repentino de retomar mi antigua costumbre de bajar a la cafetería y tomarme un café con un cruasán. Me dispongo a pulsar el botón correspondiente pero cambio de idea y decido bajar al garaje. Si me viera alguien, tendría que inventarme alguna explicación y prefiero evitarlo.

En casa, encuentro a Adrianí sentada delante del televisor. En la pantalla acaba de desaparecer la imagen del suicidio de Stefanakos.

—Llegas tarde. Te has perdido el avance del telediario.

—¿Otro suicidio? —pregunto, atemorizado.

—No. Aquellos nacionalistas se han atribuido la responsabilidad de la muerte del diputado.

No necesito más detalles sobre el comunicado; me lo imagino palabra por palabra. Si antes declararon haber incitado a Favieros al suicidio por emplear a trabajadores extranjeros, qué no dirían de Stefanakos, que propugnaba el uso de sus lenguas en nuestras escuelas. A pesar de todo, aguardo con impaciencia el informativo. Aunque todo sea mentira y Filipo el Macedonio se esté coronando con laureles ajenos, no descarto que su intervención complique aún más el asunto y nos arrastre a una vorágine de escándalos y organizaciones terroristas.

Mientras espero, llamo al móvil de Petrulakis.

—Será mejor que nos veamos en mi casa, no en el despacho —me emplaza—. Vivo en Dafnomilis 21, en el Licabeto. Venga mañana a las nueve, y no se retrase, porque a las diez tengo una reunión.

Tal como esperaba, el comunicado nacionalista es lo primero que anuncian después del «buenas noches» de rigor. A juzgar por el estilo y el logotipo, idénticos a los de la declaración anterior, el documento parece redactado por la misma persona:

La Organización Nacional Helénica Filipo el Macedonio había lanzado una advertencia, de palabra y de hecho.

Por desgracia, aquellos que debían escuchar hicieron oídos sordos. Por eso, después de provocar la muerte de Iásonas Favieros, nos vimos obligados a inducir al suicidio a Lukás Stefanakos. Stefanakos era el más ruin de todos los enemigos de Grecia. No le bastaba con la escoria de los Balcanes que ha venido a instalarse en nuestro país; quería, además, mancillar las escuelas griegas con sus lenguas, sembrar entre nosotros el germen que acabaría destruyéndonos como nación. Él encabezaba la lista de políticos traidores dispuestos a vender nuestros intereses nacionales. Lukás Stefanakos recibió el castigo que merecía. Esperamos que, en esta ocasión, hayan aprendido también la lección los demás celotas y apologistas de la chusma balcánica. Los ajusticiamientos no cesarán hasta que los establos de Augias queden totalmente limpios y resucite la nación helena.

Cuando pienso en la cara que pondrá Petrulakis mañana, después de oír esta proclamación, me vienen ganas de fingirme enfermo para aplazar nuestra cita.

Descubro un hueco donde aparcar en la esquina del Instituto Francés con la calle Octavio Merlier y me santiguo. El número 21 es una casa de dos plantas restaurada, de la época en que Neápolis era un barrio pequeñoburgués, acompañado por la cercanía de Kolonaki, cuyo límite se halla unas manzanas más abajo. Ahora la calle Dafnomilis y su paralela, Doxapatrí, albergan a artistas, profesores universitarios, miembros del gobierno, toda la gente que no encuentra o no puede permitirse un piso en el cinturón del Licabeto pero quiere presumir de vivir en el Licabeto. Algo parecido a lo que ocurre en la zona cada vez más amplia que se extiende detrás del hotel Hilton.

La puerta es de madera pintada de morado, con un pomo y un buzón dorados, adornos que evidencian la época en que fue construida la casa, a mediados del siglo pasado. Llamo al timbre y, en lugar de la criada de donde Cristo perdió la alpargata, me abre una tailandesa. En vez de saludarme y preguntarme por mi nombre, me da la espalda para guiarme. Se detiene junto a una puerta y me deja pasar, con la actitud del botones que te abre la puerta de tu *suite* de lujo.

El salón ocupa dos habitaciones contiguas, separadas por una cristalera blanca, que está abierta. Los muebles no datan de la misma época que la casa, aunque tampoco son modernos, sino estilo Luis XV, como dice Adriani, de aquellos que ves de pequeño en las casas de algunos familiares y sueñas con tener en la tuya algún día, aunque no hayan sido torneados a mano sino a máquina. Delante del sofá, en la mesilla, hay un periódico. Lo recojo para echar un vistazo, pero me interrumpe una voz apresurada y apremiante a mis espaldas.

—Siéntese y hablemos, señor comisario, porque tengo que irme.

Me vuelvo y veo a un cuarentón alto y delgado, con canas en las sienes, vestido impecablemente; una réplica exacta de los tipos que tanto admira Adriani en la serie *Resplandor*. Me siento, tal como me ha pedido.

—¿El comisario Jaritos, si no me equivoco? —pregunta, como intentando identificarme.

—Sí, señor. Jefe del Departamento de Homicidios, de baja por convalecencia.

—Ah, sí. El señor Guikas me encareció mucho su sacrificio. —Hace una pequeña pausa, señal de que ha terminado con los cumplidos y se dispone a

entrar en materia—. El señor Guikas me aseguró también que es usted un agente de confianza y puedo hablarle con franqueza. —Calla y me escruta con la mirada. ¿Qué espera, que se lo confirme? Al comprender que no pienso hacerlo, prosigue—: Este asunto de los suicidios es extremadamente desagradable, comisario. Se trata de personalidades muy conocidas del mundo político y empresarial. Por más que nos conmovió el suicidio de Iásonas Favieros, creímos que tenía razones personales para ello. El suicidio de Lukás Stefanakos, sin embargo, ha echado por tierra esta teoría. Stefanakos se quitó la vida de la misma manera que Favieros. Lógicamente, hay algo que relaciona ambas muertes. El gobierno se ha topado con un problema que ni esperaba ni se ve capaz de controlar.

—La prensa habla de un escándalo.

—No existe tal escándalo, créame. Aunque esto no supone un gran consuelo. Si existiera, estallarían, soportaríamos una temporada de tensión y se acabó. Pero un escándalo inexistente es como una herida abierta, que puede supurar durante semanas, incluso meses.

—Le comprendo, señor Petrulakis —asevero en un tono que intenta subrayar mi comprensión—. Dígame cómo puedo ayudarle.

—Quisiéramos que investigara con mucha discreción los motivos que pudieron impulsar al suicidio a Favieros y Stefanakos.

—Es posible que esto lleve mucho tiempo, y no hay garantía de que saquemos algo en claro. —Me planteo si debo continuar y me decido a favor. A fin de cuentas, más vale que sepan qué les espera, como me dijo Guikas ayer—. Tampoco sabemos qué podría salir a la luz en el proceso.

Me observa, más curioso que preocupado.

—¿Qué cree que podría salir a la luz?

Empiezo a relatarle la historia de las agencias inmobiliarias de Favieros y los trabajadores extranjeros que le compraban pisos. Me escucha con nerviosismo, consultando repetidamente su reloj para recordarme su reunión urgente. Cuando llego a lo que me contó Karanikas, se le agota la paciencia y me interrumpe.

—No creo que Favieros se suicidara por motivos profesionales, comisario. Debería reorientar sus investigaciones.

—¿Hacia dónde, señor Petrulakis? Si hubiese tenido problemas personales, su familia y sus colaboradores lo sabrían. Y no saben nada. Aun admitiendo un móvil personal, me parecería una casualidad demasiado grande que Stefanakos se matara por la misma causa.

—No estoy hablando de problemas personales, comisario. Me refiero a esos, de la extrema derecha, que alegan haberlos empujado a quitarse la vida.

Me pregunto si realmente me encuentro delante del gran consejero del primer ministro. Hasta la sospecha de Adriani y Karanikas de que la cadena de televisión los chantajeaba tiene más sentido.

—No sé qué decirle... —respondo con la máxima delicadeza—. Si se tratara de asesinatos, lo entendería. Aunque no los hubieran cometido los propios extremistas, la investigación arrojaría algo de luz sobre el asunto. Pero los suicidios... Me parece muy poco probable.

—Ellos mismos lo han proclamado.

—Cuando los detengamos, lo negarán todo y no dispondremos de pruebas para procesarlos.

—¿Y los dos kurdos que ejecutaron?

—Podremos detenerlos por el asesinato de los kurdos pero no encontraremos indicios que los relacionen con los suicidios.

Se inclina y recoge el periódico de la mesilla. Lo abre y me señala un párrafo.

—Léalo y comprenderá.

Es el artículo editorial. Leo el pasaje que me ha indicado: « Todos esos rumores acerca de la coacción ejercida por el canal que transmitió los suicidios en directo son infantiles y carecen de fundamento —afirma el periodista—. Incluso en el caso hipotético de que determinadas informaciones obraran en poder de la cadena, es éticamente inadmisibles sostener que se sirvió de ellas para inducir al suicidio a un conocido empresario y un diputado, al margen de las escasas probabilidades de éxito» .

—Ya ve adónde nos conducen esos rumores contradictorios, comisario. Como si no tuviéramos bastante con el supuesto escándalo, pronto habremos de enfrentarnos a las habladurías sobre la extorsión por parte de una emisora de televisión. Ya están abonando el terreno.

—¿Quién va a creerlo, señor Petoulakis?

—Todo el mundo —contesta sin la menor vacilación.

No se lo discuto, porque Adrianí y Karanikas ya se lo han creído. Los dos cadáveres se han convertido en lodo que unos arrojan sobre otros: la oposición acusa al gobierno de encubrir un escándalo; la prensa escrita acusa a la televisión de chantaje.

—Tiene razón, pero ¿qué pintan los nacionalistas en todo esto?

Se planta a mi lado y me mira a los ojos desde lo alto.

—Los policías de su generación tienden a subestimar a la extrema derecha, señor comisario. No se lo reprocho; sé que eso forma parte de su educación. Pero yo, que me he enfrentado a ellos desde que iba al colegio, conozco muy bien sus métodos y sé de qué son capaces. Si los detuviera mañana, la opinión pública mayoritaria lo aplaudiría y nadie pondría en duda su culpabilidad.

Por fin, me ha mostrado sus cartas y ya entiendo adónde quiere ir a parar. No le importan en absoluto las causas del suicidio de un empresario y un diputado. Lo único que quiere es que la extrema derecha pague el pato; así el caso se cerrará y él se quedará tranquilo.

Estoy a punto de señalárselo cuando me vienen a la memoria las palabras de Guikas: « Respóndele que sí a todo ». Por una vez en la vida, decido seguir su consejo.

—De acuerdo, señor Petrulakis. Por supuesto, necesitaremos algunas pruebas en las que basar la acusación.

Mi respuesta lo satisface y sonríe complacido.

—Estoy seguro de que las encontrará. Confío en sus capacidades. —Me tiende la mano para indicar que la entrevista ha concluido—: Manténgase en contacto —añade al estrechármela—. Pero llámeme siempre al móvil. Nunca al fijo.

Me da igual llamarlo a un número o a otro. Lo que me preocupa es otra cosa: no sé qué voy a decirle la próxima vez que lo telefonee. Cuando salgo del salón, la tailandesa me escolta hasta la puerta como si fuera mi guardia de honor.

Mientras bajo por Octavio Merlier para torcer por la calle Hipócrates y salir a Solónos, caigo en la cuenta de que es la primera ocasión en que me siento apoyado por Guikas. No sé si esto se debe a una simpatía que descubro con retraso o si Yanutsos le crispera los nervios más que yo. Lo segundo se me antoja más probable. Soy el menor de dos males. Claro que quizá me brinda su apoyo porque me ha encargado una investigación extraoficial, cuando, encima, estoy de baja médica. Si algo sale mal, tendré que negar haber recibido órdenes suyas y exonerarlo de toda responsabilidad. Ahora que lo pienso, se me ocurre una explicación más plausible. No se trata de simpatías y antipatías, ni de su animadversión hacia Yanutsos. Guikas me ofrece su ayuda porque no le acarrea riesgo alguno y, paralelamente, le permite deshacerse de Yanutsos. No sé si la idea me enfurece, porque deja al descubierto el carácter interesado de Guikas, o me alivia, porque vuelve a colocarlo en su sitio y no me obliga a replantearme el equilibrio de poderes.

Encuentro una plaza en el aparcamiento de la esquina de Solónos con Mavromijali y dejo allí el Mirafiori. El número 128 de la calle Solónos corresponde a un edificio antiguo, situado a la altura de la calle Emanuél Benakis, una especie de combinación entre bloque de pisos y mansión, al estilo arquitectónico característico de los cincuenta. El despacho de Kariofilis está en la quinta planta. El ascensor me lleva a un rellano mal iluminado con suelo de mosaico, de aquellos que siempre parecen sucios, por mucho que los friegas.

La propia oficina de Kariofilis, sin embargo, contrarresta la primera impresión. Atravieso un vestíbulo enmoquetado y entro en un despacho espacioso y bien iluminado, con dos secretarías sentadas delante de sus respectivos ordenadores. Una puerta revestida de escay y tachonada de remaches dorados la separa. A juzgar por su aspecto, esta debe de ser la puerta que conduce al despacho de Kariofilis.

Una de las secretarías alza la vista hacia mí, mientras la otra continúa

tecleando. Adopto mi expresión oficial y farfulto secamente:

—Comisario Jaritos. Quiero hablar con el señor Kariofilis. Es urgente.

Mi tono mueve a la otra secretaria a apartar también la mirada del ordenador.

—Por favor, tome asiento —dice la primera y sale por la puerta tapizada.

Reaparece al poco para hacerme pasar.

El despacho de Kariofilis está decorado de forma semejante al de sus secretarías, aunque con objetos de mayor calidad. La moqueta es más gruesa, el escritorio más grande y el respaldo de su silla más alto. Las secretarías trabajan con un ventilador, mientras que él disfruta de aire acondicionado. Kariofilis, un hombre de mi edad, más o menos, bien trajeado y de cabello blanco luce un fino bigote que me recuerda al de los cantantes populares de los años sesenta. En cuanto repara en mí se levanta y me da la mano.

—Buenos días, señor comisario. ¿En qué puedo ayudarle?

Sin esperar que me lo indique, me siento en el sillón delante de su escritorio y lo contemplo pensativo, con gesto de poli rudo.

—La cuestión es en qué puede ayudarme usted a mí y en qué puedo ayudarle yo a usted —replico.

Mis palabras lo sorprenden y me mira inquieto.

—No le comprendo.

Lo invito a sentarse, como si se hubieran invertido los papeles y estuviéramos en mi despacho, en lugar de en el suyo.

—Escuche, señor Kariofilis. De momento, lo que voy a decirle es extraoficial. —Recalco la expresión «de momento». Él enlaza las manos sobre el escritorio y escucha con atención—. Recibimos la denuncia de un griego pónico que compró un piso en la calle Larimnis, en las inmediaciones de la avenida de Constantinopla. La compraventa se realizó por mediación de un tal Georgios Iliakos, agente inmobiliario.

No le pregunto si conoce la agencia en cuestión, y él tampoco me lo confirma, aunque su semblante lo delata.

—El griego pónico afirma haber pagado cuarenta y cinco mil euros. Firmó los documentos que le presentaron, aunque no entiende el griego. Hace un par de días, un colega le hizo una visita y él le enseñó el contrato. Y el colega le hizo notar entonces que el contrato no establecía un importe de cuarenta y cinco mil euros, sino de veinticinco mil.

—Mire...

—Déjeme terminar primero —lo corto—. Por suerte, nuestro hombre es un griego pónico salido de la Unión Soviética. Ellos no saben de abogados, denuncias y juicios... Da igual que los atropelle un coche, que les rompan un cristal o que los engañen en el precio de un piso: ellos siempre acuden a la policía. Esto nos permite impedir que la denuncia adquiera carácter oficial, por ahora. Y de la misma manera no oficial le pregunto, señor Kariofilis: ¿cabe la

posibilidad de que en el contrato conste un importe distinto al que cobró el vendedor?

Advierto que su expresión se altera y que sus ojos recorren el despacho con recelo, como los de un conspirador.

—No sólo cabe esta posibilidad sino que se trata de algo muy habitual — responde—. Aunque no puedo hablar de ello.

—¿Por qué?

—Porque constituye delito.

—¿Qué delito?

Titubea antes de mascullar entre dientes:

—De evasión de impuestos.

—No me envía el fisco, señor Kariofilis. Soy policía. Su relación con Hacienda no me incumbe.

—Es práctica común declarar un importe menor para pagar menos impuestos.

—¿Es lo que ocurrió en este caso?

—Supongo que sí.

—¿Y si el vendedor cobró realmente sólo veinticinco mil euros?

—¿Qué quiere decir?

—Si el vendedor no se embolsó la diferencia...

—¿Y quién se la embolsó entonces? ¿El agente inmobiliario?

Dejo la pregunta en el aire y cambio de táctica.

—Señor Kariofilis, quisiera ser franco con usted. Personalmente, me es indiferente. Si mañana tuviera que llamarlo a declarar a comisaría, lo haría sin vacilación. Y tampoco me lo pensaría dos veces antes de arrestarlo. Pero la agencia de Georgios Iliakos es otra cosa. Según nos han informado, su propietario era Iásonas Favieros.

—¿Quién? ¿El empresario que se suicidó? —pregunta con cara de inocente—. ¿Qué tiene que ver él con la inmobiliaria?

Le miro con conmiseración.

—Vamos. Tanto la agencia Georgios Iliakos como un montón de inmobiliarias más pertenecen a Balkan Prospect, una de las empresas de Iásonas Favieros. La tragedia que afligió a su familia y la incertidumbre que reina en estos momentos en torno al futuro de sus empresas nos obliga a proceder con mucho cuidado. Y usted se beneficia de ello.

—¿Por qué yo?

—Porque usted redactó los contratos —afirmo con rotundidad, como si lo hubiese confirmado de cuarenta maneras distintas. Él no se atreve a desmentirlo—. Hay tres posibilidades, señor Kariofilis. Primero, que el griego pónico esté mintiendo. En tal caso, le mandaremos a su casa con un tirón de orejas. Segundo, que algún empleado de las agencias haya montado el tinglado para timar a los

compradores, a los vendedores y a sus propios jefes. Tercero, que exista una red organizada de agentes y notarios que se enriquecen ilegalmente de este modo.

—La primera posibilidad es la única razonable, señor comisario. —Como le lancé en primer lugar la tabla de salvación, se aferra a ella.

—Eso significa que el griego pónico pagó cuarenta y cinco mil euros, el vendedor cobró esta misma suma menos la comisión de la agencia, y en el contrato figuran veinticinco mil euros por razones fiscales. Y ahora el griego pónico se ha avisado e intenta recuperar veinte mil haciéndoles chantaje.

—Exacto, señor comisario. Esa gente es subdesarrollada, desconfiada, como los animales. Reúnen todo el dinero en efectivo, lo ponen sobre la mesa y lo único que les interesa es la llave del piso —prosigue Kariofilis—. Una vez instalados y seguros de su propiedad, se les despierta la avaricia y empiezan a discurrir el modo de recobrar parte de lo que pagaron.

En el fondo estoy de acuerdo con él. Si dejan que les estafen tanto dinero delante mismo de sus narices, no pueden ser otra cosa que animales.

—Es muy posible que tenga razón. Pero ¿qué pasará si el pónico no es más que la punta del iceberg y empiezan a acumularse denuncias como la suya? Entonces se descubrirá el chanchullo, Balkan Prospect caerá, culpable o no, y usted caerá con ella.

—¿Por qué yo?

—Porque usted se encarga de todos los contratos de Balkan Prospect. Lo sabemos desde dentro.

Lo tengo arrinconado, y no le queda otra solución que levantarse de un salto y prorrumpir en gritos.

—¡No es más que una patraña! ¡Se acusa a los directivos de una empresa, a una notaría que existe desde 1930, cuando la fundó mi padre, y todo porque un griego pónico deshonesto y miserable intenta extorsionarnos para recuperar su dinero!

—Aún no se acusa a nadie —repongo con calma—. Ya se lo he dicho, la investigación es extraoficial y nuestro deseo es concluir la sin demasiado ruido. Hay una forma sencilla de conseguirlo. Facilíteme los datos del vendedor. En cuanto confirmemos que cobró cuarenta y cinco mil euros, el caso quedará cerrado.

Su expresión se vuelve cada vez más tensa y hostil.

—Desafortunadamente no puedo.

—¿Por qué?

—Porque, si lo hiciera, descubriría un delito en el que están involucrados tanto el vendedor como el agente inmobiliario.

—Le repito que no soy de Hacienda.

—De acuerdo, puede convencerme a mí con ese argumento. Pero no convencerá a los otros dos.

—Podría conseguir los nombres en la Cámara de la Propiedad.

Vacila por un instante y luego afirma, resuelto:

—Esto es distinto y no tiene que ver conmigo. No me importa dónde encuentre los datos, mientras no sea yo quien se los proporcione. —Su negativa confirma mis sospechas, pero no abro la boca—. Antes, cuando ocurrían estas cosas, la policía repartía unas cuantas hostias a esos desgraciados y les advertía que les pasarían cosas mucho peores si insistían —se lamenta mientras me tiende la mano.

Son cosas que conoce bien, porque dirige un despacho con historia. No hago comentarios, y dejo que interprete mi silencio como le venga en gana.

Me paro en la primera cabina que acepta tarjetas y llamo a casa. Le pido a Adriani que me pase a Kula.

—Vete inmediatamente a la Cámara de la Propiedad y busca la escritura del griego pónico —le indico en cuanto se pone al teléfono—. Quiero los datos del vendedor. Se trata de un asunto urgente que no admite aplazamientos por clases de cocina.

Guarda silencio por un instante y luego contesta:

—Enseguida.

Aprecio mucho a Kula, pero si la dejo a merced de Adriani, no habrá quien las aguante.

¿Cuánto tarda un registro en desaparecer de la Cámara de la Propiedad? Depende de los contactos de quien quiere hacerlo desaparecer. Evidentemente, Balkan Prospect cuenta con un buen enchufe. Cuando Kula llegó a la Cámara, el registro ya no existía. Se había trasapelado, no aparecía por ningún sitio, así que le recomendaron que dejara su número de teléfono o que volviera a pasar dentro de unos días.

Al final, pagó muy caro su aprendizaje culinario, porque perdió toda la tarde recabando información sobre el vendedor entre los vecinos de la calle Larimnis. Justo cuando empezaba a desesperar topó con una viejecita que pagaba las facturas del piso antes de su venta. Esta le reveló el nombre de la propietaria anterior: Irimi Leventóyanni, residente en Polidroso.

Por lo demás, pasé la velada escuchando encomios. No de la Virgen, sino de Stefanakos. No en la iglesia, sino en la televisión. Además de los elogios, tomé nota de un detalle interesante. Era un programa de la cadena donde trabaja Sotirópulos y no de la que transmitió los suicidios. Lo presentaba Sotirópulos en persona. Los invitados arrancaron con una ronda de alabanzas. El ministro y los diputados hablaron de la talla y la ética de Stefanakos, de su gran experiencia parlamentaria y de la pérdida irreparable que su muerte significaba para el Parlamento. Los dos representantes de la izquierda se dedicaron a recordar la lucha común en la clandestinidad, bajo la junta militar, los sucesos de la Politécnica y las torturas que Stefanakos sufrió a manos de la policía militar. Pero la verdadera atracción era el ministro de un país balcánico, que intervenía vía satélite y rezumaba miel ensalzando a Stefanakos, un político que luchaba incansablemente en la sombra y sin cejar, que trabajaba por la amistad y la cooperación entre los países balcánicos, que cooperaba en la recuperación económica de su país después de la caída de los regímenes socialistas, que si oficiaba de puente entre este país, el gobierno griego y Bruselas, que si los Balcanes enteros lloraban su pérdida.

Sotirópulos les dejó hablar sin apenas interrumpirlos y, cuando estimó que se habían desfogado, lanzó la primera piedra. ¿Eran buenos amigos Stefanakos y Favieros? Me quité el sombrero y me maldije a mí mismo. Eso es lo primero que habría debido preguntarme. Los representantes de la izquierda fueron

categoricos: sin duda se conocían desde los tiempos de la lucha estudiantil, puesto que frecuentaban los mismos ambientes. Los parlamentarios se mostraron más cautos. Aunque se conocían desde la época de la dictadura, no sabían si aún cultivaban esa relación. Ambos eran personas muy ocupadas, por lo que no parecía probable que se vieran con frecuencia.

Mientras discutían si se veían mucho o poco, Sotirópulos lanzó la segunda piedra: ¿era coincidencia que ambos se suicidaran de modo similar? Y, si no lo era, ¿qué se ocultaba tras ese doble suicidio?

En momentos como ese, veo con claridad que la agresividad de Sotirópulos rinde frutos, aunque a mí me crispe los nervios. Los invitados, desconcertados, empezaron a farfullar explicaciones confusas, tratando de discurrir alguna respuesta convincente, pero Sotirópulos no aflojó la cuerda. Les preguntó si creían que realmente subyacía un escándalo tras esas muertes, como afirmaban los periódicos. Había conseguido romper la armonía y sembrar la controversia entre todos. El ministro y los de izquierdas rechazaron furiosos la alegación. El primero porque, de aceptarla, pondría al gobierno en un aprieto; los segundos porque no querían dejar en mal lugar a dos excamaradas suyos. Los únicos que no descartaron la posibilidad de un escándalo fueron los diputados de la oposición. El ministro defendió la misma teoría que Petrulakis: que las muertes fueron obra de la extrema derecha, como sus propios miembros proclamaban. En ese momento concebí la sospecha de que esta gilipollez reflejaba la postura oficial del gobierno. Esperaba que todos rompiesen a reír pero me equivoqué, como de costumbre. Los representantes de la izquierda se aferraron a la misma posición con fanatismo. Sólo los diputados de la oposición se atrevieron a opinar que se les antojaba un poco descabellado, pero el ministro arremetió contra ellos, acusándoles de demagogia y de querer asegurarse los votos de la extrema derecha. Poco faltó para que los elogios se trocaran en maldiciones.

Mientras escuchaba todo eso me acordé de Zisis. Es un viejo militante de la izquierda, a quien conocí cuando estuvo preso y yo era un novato destinado a los calabozos de la policía. Después lo perdí de vista y me olvidé de él, hasta que un día tropecé con él en los pasillos de la jefatura. Había ido a solicitar un documento para cobrar una pensión de resistente antifascista. Le ponían las cosas difíciles, y le eché una mano. Desde entonces, hemos mantenido un contacto esporádico y estrictamente personal. Yo ni siquiera se lo había contado a Adriani, quizá porque me avergüenza confesar que tengo tratos con un comunista. Estoy seguro de que tampoco Zisis se lo ha contado a nadie, porque le debe de avergonzar aún más reconocer que tiene tratos con la pasma. De la vergüenza compartida surgió un aprecio común, aunque nunca nos lo hayamos confesado.

Ahora son las nueve de la mañana, ya he tomado mi café y me dispongo a hacerle una visita. Quiero llegar temprano, cuando apenas haya terminado de regar las plantas y esté de buen humor. Sin embargo, cuando me dispongo a salir

suenan el teléfono. Descuelgo el auricular, cabreado, y resulta ser Katerina.

—Oye, papá —dice—, ¿cuándo acabará esta investigación, para que tu ayudante se vaya a su casita y recuperemos la calma?

—¿Te refieres a Kula? —pregunto, sorprendido.

—La misma. Me tiene harta.

—¿Kula? ¿De qué estás hablando?

—Mamá me llama a diario para cantarme sus alabanzas. Que si es buena ama de casa, que si ha cocinado un *imam* para chuparse los dedos, que si aprendió en un dos por tres a preparar *dolmadakia*... Me deja la moral por los suelos. —Entiendo, por fin, y suelto una carcajada—. ¿Te ríes? No te he contado más que el primer acto, que es una comedia. Ahora viene el segundo, que es una tragedia.

—¿Cuál es la tragedia?

—Que después se pone a darme consejos. Me dice que debería tomar ejemplo, pues no sólo soy una inútil sino que ni siquiera me preocupo por aprender lo más elemental, que todos sus esfuerzos han sido en vano, mientras que con Kula... Hace un par de días llegó a asegurarme que no entiende cómo me he buscado a un hombre de paladar delicado como Fanis, yo, que ni tan sólo sé freír patatas. Le contesté que Fanis tiene el paladar delicado cuando cocina ella. Por lo demás, se alimenta a base de pasteles de queso y tartas de espinacas, como yo. Por eso hacemos buena pareja.

Ya entiendo en qué consiste la tragedia. Cuando Adrianí decide pasar al ataque y bombardearte con sus quejas, acabas derrotado, como los serbios en Kosovo.

—Le daré un toque a Kula para que pase menos tiempo con tu madre.

—¡Por Dios, no lo hagas! ¡Era una broma! —exclama Katerina, alarmada—. Déjalas; mamá ha encontrado a una hija sustituta y está encantada de tener a alguien de quien ocuparse. —A continuación, me pregunta sobre el suicidio de Stefanakos.

—Un lío —le contesto—. Los peces gordos empiezan a preocuparse y me temo que habrá problemas. Lo mismo opina Guikas.

—¿Tú y Guikas estáis de acuerdo? —se sorprende.

—Pues sí.

—Para que tú estés de acuerdo con él, la cosa tiene que ser realmente grave —sentencia y cuelga el teléfono con una risita.

Los asientos del Mirafiori están pegajosos por culpa de la humedad. Cuando llego a la avenida Reina Sofía, decido ir por arriba para buscar un poco de fresco. Mientras subo por la calle de las Musas hacia el parque de Ática, el calor resulta soportable. A media calle Protopadaki, sin embargo, empiezo a sentir que el asiento arde debajo de mi cuerpo y, al llegar a la avenida de Galatsi, me embarga la sensación de haberme metido en una bañera con la ropa puesta.

Zisis vive en la calle de Ekavi, en Nea Filadelfia. Es una callejuela estrecha, pavimentada por los refugiados en 1922, y no ha cambiado desde entonces. A tres manzanas de la avenida Dekelias, con sus bancos, sus tiendas de informática y sus distribuidores de telefonía móvil, de pronto entras en un mundo detenido en los años veinte. Las casas son pequeñas y cuentan con jardines llenos de geranios, begonias, claveles y jazmines plantados en barriles y bidones. Una escalera exterior conduce a la vivienda, en el primer piso. Este debía de ser el hogar paterno de Zisis, que se mudó aquí cuando se retiró y empezó a cobrar la pensión de resistente. Es un mito en Nea Filadelfia, incluso para los polis que iban a arrestarlo. Con el tiempo, acabó por recluirse en su casa. Sus conocidos habían muerto y los más jóvenes nada sabían de ese viejo extraño, que solía salir a comprar un cuarto de queso feta, cien gramos de olivas, dos zanahorias y un paquete de judías o de lentejas, los únicos platos de su menú, excepto en el día de Pascua, cuando preparaba cabrito al horno con patatas. Aparte de la comida, sus necesidades se reducen al tabaco y el café.

Me lo encuentro regando las plantas en pantalón corto, camiseta y sandalias. Me ha visto llegar pero finge indiferencia. Es su actitud habitual, con la que pretende poner de manifiesto que mi presencia le fastidia. Riega la tierra del patio, cierra el agua, recoge la manguera y sólo entonces se digna mirarme.

—¿Quieres un café?

—Con mucha azúcar, lo tomaré encantado.

No intento mostrarme cortés; la idea me entusiasma de verdad. Zisis es el último habitante de Atenas que sigue preparando café en las ascuas, hundiendo el cazo en las cenizas.

Subo la escalera exterior detrás de él. Dos cosas te impresionan cuando entras en la casa de Zisis. Una de ellas es visible, la otra no. La visible es la enorme biblioteca que recubre todas las paredes de la habitación. La invisible es la extensa base de datos que ha recopilado sobre los personajes públicos del país. En ocasiones ha accedido a facilitarme información pero jamás me ha mostrado sus archivos. A mi pregunta de por qué reunía tanta información, respondió una vez que seguramente lo hacía por reciprocidad. Toda la vida había sido fichado por las autoridades, ahora él también fichaba a las personalidades del Estado y con este espionaje mutuo alcanzaba cierto equilibrio.

Zisis entra en la habitación con una vieja bandeja metálica de café de barrio y deposita encima de la mesa la taza de café y un platillo con bizcochos.

—¿Ahora compras bizcochos? —pregunto, sorprendido.

—Me los regaló la señora Andromaji, mi vecina. Cada vez que prepara bizcochos me manda un paquetito, la buena mujer.

Tomamos café sin hablar. Él, porque siempre espera que yo inicie la conversación, y yo porque quiero disfrutar en paz de mi café. La puerta está abierta pero las ventanas no, y hace mucho calor dentro de casa. Saco mi

pañuelo y me enjugo el sudor del cogote.

—Este bochorno me mata.

—Ojalá hiciera más.

Lo miro como si fuera un esquimal.

—¿Estás loco? La gente se desmaya a por la calle.

—Me acostumbé a la humedad de vuestros calabozos y ahora nunca tengo suficiente.

Debí suponerlo. Cada vez que se descuelga con alguna frase aparentemente absurda, es para lanzar una indirecta contra la policía.

Como siempre, finjo no haberlo oído para no irritarlo aún más.

—Necesito tus luces.

—¿Para aclarar tus dudas sobre Favieros o sobre Stefanakos?

—Empecemos por Favieros y sigamos con el otro.

—Uno de los líderes del movimiento estudiantil, siempre al frente de las movilizaciones y las sentadas, presente en los sucesos de la Politécnica. Fue detenido por la pasma, la policía militar, que lo torturó, como a tantos otros.

—¿Por qué crees que terminó metido en tantos chanchullos?

—Porque se convirtió en empresario. Él iba a donde lo llevaban sus empresas.

—¿Y sus empresas lo obligaban a dárselas de protector de los trabajadores extranjeros mientras, bajo mano, les vendía cuchitriles a precios inflados?

A veces, Zisis estalla cuando menos te lo esperas. Como ahora.

—Durante años os las visteis y las deseasteis para arrancarnos una confesión —grita—. Calabozos, exilios, torturas, todo para obligarnos a estampar una firma. Ahora hacemos nuestras confesiones voluntariamente, sin presiones, entregados a las empresas, la bolsa, los beneficios. Ni en sueños os habíais imaginado un éxito tan grande. ¡Habéis ganado! ¿Qué más quieres?

—Yo no quiero nada. Eran ellos los que se proclamaban luchadores en defensa de los oprimidos.

—¡Despierta, no existen oprimidos con derecho a voto! —brama—. Los auténticos oprimidos vienen de fuera y, por lo tanto, no cuentan para nada. ¡Los únicos oprimidos con derecho a voto son los fumadores! Si el partido tuviera dos dedos de frente, organizaría una manifestación a favor de los fumadores con la consigna: « Arriba, parias de la tierra » . ¡Sería un exitazo!

Cuando se le cruzan los cables, resulta imposible dialogar con él. Se sale de sus casillas a cada momento y con cualquier pretexto. Decido no hablar más de Favieros y pasar a Stefanakos, con la esperanza de que se calme un poco.

—¿Y Stefanakos?

Sus ojos relampaguean.

—No te canses. No encontrarás nada en su contra, ni siquiera en los últimos tiempos —asevera—. Él no se rindió. Luchó hasta el final.

—De acuerdo, Lambros —digo en tono conciliador—. Los dos eran irreprochables. Pero ¿puedes explicarme por qué se suicidaron?

—¿No te llama la atención la manera en que se quitaron la vida?

—Mucho, aunque no logro entender por qué lo hicieron en público.

Se queda pensativo, como si deseara decirme algo pero no estuviese seguro.

—Si te cuento lo que pienso, no me taches de loco —me advierte.

—Adelante. Ya sé que no estás loco.

—Creo que no podían más. Habían llegado a un punto de desesperación. Favieros, a pesar de sus empresas, y Stefanakos, a pesar de sus luchas. Por eso se suicidaron en público, para conmocionar a la gente. —Nota que lo miro con incredulidad y sacude la cabeza—. No me crees, eres un poli y no lo entiendes. Dinero, renombre, poder... Llega un momento en que te ahogas en el lodo y necesitas hacer algo.

Recuerdo las últimas palabras de Stefanakos: « Espero que nuestra muerte no sea en vano» o algo así. Quizá la explicación de Zisis no carezca de fundamento, aunque me temo que las cosas son más complicadas. Decido no discutir. Prefiero dejarlo en su error inofensivo.

—También podrías venir alguna vez que no me necesitaras —me reprocha cuando me dispongo a bajar la escalera.

Otro en mi lugar se ofendería. Pero yo, que he llegado a conocerlo bien, sé que es su manera de expresar que le gusta tomar café conmigo.

Kula está sola en casa. Sentada delante del ordenador, se dedica a actualizar sus archivos. Adriani ha salido.

—Ha ido a comprar camisetas para su hija —explica Kula—. Para que pueda cambiarse a menudo, con este calor.

Nunca he entendido su manía de comprar cosas para Katerina y enviárselas con los coches de línea, cuando ella podría conseguir las directamente en Salónica por el mismo precio o incluso más baratas.

—Antes de salir, me encargó que le comunicara que ha llamado un tal Sotirópulos. Quiere que lo telefonee.

Kula me observa con curiosidad. Conoce a Sotirópulos, conoce mi aversión particular por los periodistas, y le extraña que este en concreto me llame a casa. Dudo si contarle la verdad o inventar una excusa, y al final opto por ser sincero.

—Tengo razón cuando le digo al señor director que usted es más flexible de lo que parece —comenta Kula con una sonrisa.

—Y él insiste en que soy un bruto —añado, porque ya me conozco la historia.

—Más o menos.

—En todo caso, mi relación con Sotirópulos quedará entre nosotros.

—Como quiera, aunque pierde una oportunidad única de ganar puntos ante el señor director.

Debí ocuparme de ello hace tiempo. Ahora ya he perdido el tren. La informo del deseo del gobierno de que investiguemos discretamente los dos suicidios pero sin mencionar el nombre de Petrulakis y sin revelar su intención de achacar las muertes a Filipo el Macedonio. Concluyo con el relato de mi encuentro con Kariofilis, el notario, y dejo totalmente al margen a Zisis.

En cuanto termino de informar a Kula, llamo al móvil de Sotirópulos.

—Tenemos que hablar —dice al reconocer mi voz—. ¿Dónde podemos encontrarnos?

—He de ver a alguien en Polídroso; después de eso estoy libre.

—Bien. Yo termino en un par de horas. Nos encontraremos en el Flocafé de Kifisiás. El que llegue primero, que espere.

El tiempo ha cambiado. El cielo está cubierto de nubarrones y el bochorno es insoportable. Enfilo por segunda vez la avenida Reina Sofía y, cuando salgo a la

avenida Kifisiás, parece que haya anochecido.

Irini Leventóyanni vive en el número tres de la calle Koráis, en Polídroso. A la altura de Várnalis, pregunto en el quiosco de la esquina por dónde cae Koráis. El quiosquero me indica que tuerza por la calle Kanaris y luego, en la segunda, a la izquierda.

—¿Cómo crees que debemos abordar a la señora Leventóyanni, que vendió el piso de la calle Larimnis al griego pónico? —pregunto a Kula.

—Como abordamos al notario. Él y el agente inmobiliario cobraron la diferencia en dinero negro, el pónico los denunció, y lo estamos investigando.

—¿Se lo creerá?

—¿Por qué no iba a creérselo? A los griegos les asusta más el fisco que la policía. Salvo que Kariofilis le haya avisado.

—Lo dudo mucho, considerando que seguramente la engañaron y se quedaron con su dinero. Si le ha avisado, ella también está en el ajo.

La dirección que buscamos es un bloque de cuatro pisos de construcción reciente, con parterres y farolas en la entrada. Echamos una ojeada a los timbres y vemos que la señora Leventóyanni vive en el tercero.

Nos recibe una mujer de cuarenta y cinco años, rolliza y de cara redonda, que luce en su atuendo todos los colores del campo. Sonríe jovialmente pero, en cuanto nos presentamos, su sonrisa se marchita y se troca en una expresión de intensa preocupación.

—¿Es por Sifis? —balbuceo.

—¿Quién es Sifis? —pregunto.

—Mi hijo. ¿Ha tenido un accidente de moto?

—No, no, tranquilícese —interviene Kula con una risita—. A su hijo no le pasa nada, hemos venido por otro asunto.

Leventóyanni exhala un suspiro de alivio y se santigua. Después se hace a un lado para franquearnos el paso. Si ella viste como campesina, su casa es un invernadero; las plantas ocupan todo el espacio desde el vestíbulo hasta la terraza, como una jungla doméstica. Me pregunto de qué sirve una terraza en la que no hay sitio ni para sentarse.

—Es la única manera de librarnos del sol, que nos abrasa desde las once hasta las cinco de la tarde —me aclara Leventóyanni, que adivina mi extrañeza—. ¿Un café?

Kula contesta que no, yo pido un vaso de agua. Me sorprende que aún no haya preguntado qué buscan dos polis en su casa. Sin embargo, después de traer el agua fría, se sienta y nos mira con una sonrisa inquisitiva.

—Señora Leventóyanni, ¿usted ha vendido un piso en la calle Larimnis?

—Sí —responde sin titubear—. Verá, mi marido hace años que juega a las quinielas. En una ocasión, tuvo trece aciertos. Entonces vendimos el piso de la calle Larimnis y con el dinero de las quinielas compramos este.

—¿Por cuánto vendieron el piso?

De nuevo la noto inquieta, como cuando llegamos.

—Perdón, pero ¿por qué quiere saberlo? —inquieta, esforzándose por mantener la calma—. ¿Hay algún problema?

Al ver que Leventóyanni se debate entre la sorpresa y el pánico, Kula se sienta a su lado para tranquilizarla.

—Nada relacionado con usted, señora, ni con el piso que han vendido ni con el que han comprado. Estamos investigando a otras personas. Usted no tiene nada que temer. Ni siquiera está obligada a responder, si no quiere.

Me dispongo a pararle los pies, porque aunque es bueno tranquilizar a los ciudadanos que interrogamos, tampoco hay que tirar piedras sobre nuestro tejado, cuando Leventóyanni responde simplemente:

—Lo vendimos por ocho millones y medio de dracmas. Veinticinco mil euros redondos. Veinticuatro mil novecientos y pico, para ser exactos.

—¿Está segura de que no fueron cuarenta y cinco mil? —suelto a bocajarro.

—¿Cómo se le ocurre? —exclama, indignada.

—No me interprete mal, señora Leventóyanni, pero ¿fue usted quien cobró el dinero? —interviene Kula con mucha dulzura—. ¿No lo habrá cobrado su marido? A lo mejor retiró los veinticinco mil necesarios para la compra de este piso y depositó el resto en el banco...

Leventóyanni posa en ella la vista con gravedad y suspira profundamente:

—Yo hice la transacción y cobré el dinero. Tanto el piso de la calle Larimnis como este están a mi nombre. Todo lo administro yo, porque, si lo dejara en manos de mi marido, se lo jugaría a las quinielas, a la lotería o al casino.

—Vamos —ríe Kula—. No olvide que las quinielas les permitieron comprar este piso.

—¿Crees, bonita, que un piso de tres habitaciones compensa todo lo que ha perdido mi marido jugando a las cartas y las apuestas? —De repente, se acuerda de la pregunta crucial—: No me has contestado. ¿Por qué me has hecho esta pregunta?

Ya que la conversación entre ellas se desarrolla con fluidez, dejo que Kula continúe con el interrogatorio. Le refiere la historia del griego póntico, Kariofilis y la agencia inmobiliaria de Iliakos. Leventóyanni la escucha tranquilamente pero, de pronto, se pone en pie de un salto.

—Ah, los cabrones... —murmura—. Ah, los estafadores...

—¿Qué ocurre? —Kula le toma la mano para serenarla—. Cuéntenoslo, tómese su tiempo.

—Acabo de recordar algo a lo que no di importancia en su momento. Cuando fuimos al despacho del notario para firmar los contratos, él preguntó al hombre de la inmobiliaria: «¿Qué suma consigno?». El otro lo miró de reojo y dijo: «¿Por qué lo preguntas? Ya lo sabes». No se habló más del tema y firmamos el

contrato. Al parecer, el notario quería saber si anotar el importe real o la suma que iba a cobrar yo.

—¿El hombre de la inmobiliaria tenía unos treinta y cinco años y la cabeza afeitada?

—Así es.

Si nos quedaba alguna duda de la implicación de Kariofilis en el asunto, la declaración de Leventóyanni la ha disipado. Ya sabemos lo que nos interesa y estoy a punto de levantarme cuando Kula se dirige de nuevo a Leventóyanni:

—Permítame que le pregunte algo más, porque tengo mucha curiosidad: ¿el griego pónico no sospechó nada de todo eso?

—¿Qué iba a sospechar, pobre hombre? Sujetaba una bolsa de plástico en una mano, la mano de su mujer en la otra, y sonreía feliz. Parecían dos enamorados comprándose su primer piso para casarse.

—¿Cobró el dinero en efectivo?

—No. El notario tenía un cheque preparado y me lo entregó. «Ellos pagan en efectivo, no quiero liarla», me aseguró. ¿Entiendes lo que hizo? Cobró cuarenta y cinco mil euros en efectivo del griego pónico y a mí me dio un cheque de veinticuatro mil novecientos y pico... El resto se lo embolsaron él y el agente. —Vuelve a levantarse de golpe y empieza a gritar—: ¡Los demandaré! ¡Los llevaré a los tribunales!

Tan enfurecida está que se olvida de acompañarnos a la puerta. Unos truenos retumban a lo lejos. Por lo visto llueve en alguna parte. Mientras nos encaminamos al coche, pienso que Kula posee un talento especial para soltarle la lengua a la gente. Cuando me reincorpore al trabajo —si es que me reincorporo— le pediré que imparta un seminario a Vlasópulos y a Dermitzakis sobre cómo obtener respuestas. Ellos son de la escuela del tuteo, el imperativo y la intimidación.

—Dime, Kula —comento mientras doblamos la esquina de Korais con Epidauro—, ¿dónde has aprendido a ganarte así la confianza de la gente? Que yo sepa, en el departamento sólo desempeñas funciones de secretaria.

—Aprendí del trato con mi padre —responde con una carcajada—. Es un hombre increíblemente egoísta y tozudo, pero cuando le sigues la corriente, es todo dulzura.

—De acuerdo, pero lo hiciste igual de bien con mi mujer. En sólo diez días os habéis convertido en amigas inseparables.

—Bueno, esto fue fácil. Compartimos el interés por la cocina.

Me corroe una duda un tanto indiscreta, pero si no la verbalizo, me ahogará.

—Hay algo que no entiendo, Kula. Si eres tan inteligente, ¿por qué te comportas de otro modo en el departamento?

Se vuelve hacia mí con una sonrisa.

—¿De qué modo?

—Cómo te lo diría... Más... ingenua.

Se echa a reír.

—Vamos, señor Jaritos. ¿Ingenua? ¡Estúpida, querrá decir!

—Exageras pero, de todos modos, ¿por qué lo haces? ¿Por culpa de Guikas?

De repente, se pone seria.

—Porque quiero casarme y tener hijos, señor Jaritos.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Tiene mucho que ver. En los ambientes en que me muevo, tanto en mi vida profesional como en la personal, los hombres rehuyen a las mujeres inteligentes. Si voy de lista por la vida, me quedaré para vestir santos. Los hombres se sienten más a gusto con la estupidez, les infunde seguridad. —Hace una pausa antes de proseguir—: Mi caso es muy distinto del de su hija. Ella estudió, está haciendo el doctorado, sale con un médico. Yo no tengo nada de todo eso.

—¿Qué sabes de mi hija? —pregunto asombrado.

—Me lo contó la señora Adriani el otro día, mientras preparábamos el *imam*.

Apuesto a que también le manifestó su pena por el hecho de que Katerina no sabe cocinar.

—No te pongas tan trágica, siempre te queda Aristópulos —bromeo.

—Aristópulos quiere acostarse conmigo —responde, impasible—. Su mayor deseo es cursar una carrera empresarial. Estaría loco si se liara con una poli. Si le digo dos veces que no, no habrá una tercera. Si me acuesto dos veces con él, a la tercera desaparecerá y, para volver a verlo, tendré que arrestarlo. —Sonríe de nuevo—. Déjelo estar, he pensado en todas las posibilidades.

—¿Y pasarás el resto de tu vida haciéndote la tonta?

—¡Qué dice! —replica—. ¡Ya verá cuando me case!

Me quedo mirándola. De repente, estoy delante de Adriani. Ahora entiendo por qué congeniaron tan deprisa.

La tormenta nos pilló a la altura de Yerokomío. Íbamos por el paso subterráneo cuando oímos un ruido ensordecedor arriba. Dos minutos más tarde, las calles de Atenas ya estaban atascadas y empezaba el concierto de pitidos. Salimos a la superficie unos veinte minutos después, y el cielo descargó sobre el Mirafiori una densa masa de agua. El esfuerzo de los limpiaparabrisas era tan encomiable como inútil, porque la lluvia formaba una especie de telón que escasamente permitía ver más allá de tres metros.

Decidí llevar a Kula a su casa antes de acudir a la cita con Sotirópulos, no podía dejarla esperando el autobús bajo este diluvio. Además, tampoco Sotirópulos llegaría puntual. Durante el recorrido, tuve la ocasión de felicitarle por no haberme deshecho del Mirafiori. Es alto, como todos los coches antiguos, y, a diferencia de los nuevos, no se inunda cuando las calles de Atenas se convierten en torrentes.

Kula se baja en Guizis y yo vuelvo a remontar la avenida Kifisiás, tratando de llegar al Flocafé y a mi reunión con Sotirópulos. Sigue lloviendo a mares, aunque ya no con la misma intensidad. El aparcamiento situado detrás del Flocafé está casi lleno. El empleado echa una mirada desdeñosa al Mirafiori, como si la mera idea de que lo llevase allí le resultara ofensiva. Cede a regañadientes cuando le muestro mi carné de policía y le comunico que estoy de servicio.

Sotirópulos aparece media hora después. Circula con una Harley Davidson y está calado hasta los huesos.

—Te pasas de anticuado, amigo —protesta—. ¿Dónde se ha oído que el jefe de un departamento de homicidios no tenga un móvil?

—¿Para qué lo necesito? ¿Para que las víctimas potenciales me avisen de que las van a matar?

—No. Para que yo te avise de que anulo nuestra cita por la lluvia.

Cuelga la chaqueta del respaldo de la silla para que se seque y pide un whisky, ansioso por entrar un poco en calor.

—Viste el programa anoche. Me gustó.

Me mira con ironía.

—¿Ah, sí? Que yo recuerde, normalmente mis programas te irritan.

—Anoche irritaste a tus invitados, y me lo pasé bien.

Se carcajea y toma un buen trago de whisky.

—Por eso te llamé —señala—. A propósito del programa.

Leo en sus ojos que está a punto de soltar una bomba.

—¿Recuerdas que, en cierto momento, se habló de la posible relación entre Favieros y Stefanakos?

—Lo recuerdo.

—A las once interrumpimos la emisión para dar paso a un avance informativo y a los anuncios. En ese lapso, uno de los dos diputados de la oposición, Andreadis, se volvió y le dijo al ministro: «¿Cómo es posible que no tuvieran contacto si trabajaban juntos?».

Al oírlo, me olvido de la lluvia y el suplicio del tráfico. Es la primera vez que se me presenta un indicio no sólo de amistad o relación casual entre Favieros y Stefanakos sino de colaboración profesional. No sé si alegrarme o preocuparme, porque este dato podría complicar aún más el asunto. Dejo esta decisión para más tarde y pregunto a Sotirópulos:

—¿Quién es la esposa de Stefanakos?

—Lilian Stazatu. ¿Has oído hablar de ella? —El nombre me suena, pero no logro recordar de qué—. Es hija de Arguiris Stazatos.

Este dato me ayuda a identificarla enseguida. Arguiris Stazatos fue uno de los que se enriquecieron durante la dictadura. Había conseguido una serie de licencias, unas legales y otras no tanto, que lo convirtieron en un pez gordo del sector hotelero en Ática y en las islas. Se hizo de oro en los años de la junta, pero había construido sus hoteles con préstamos bancarios que nadie le obligaba a devolver y, cuando cayó la dictadura, los bancos empezaron a reclamar su dinero y Stazatos se arruinó.

—¿Stazatos vive todavía? —inquiero extrañado.

Sotirópulos se echa a reír.

—¡Que Dios perdone su alma! Murió hace diez años. Durante su época de esplendor, cuando los coroneles le daban vía libre, su hija estudiaba Ciencias Económicas en Londres y se las daba de antifascista y revolucionaria. Había roto toda relación con su padre y según ella se pagaba los estudios con el poco dinero que le había dejado su abuela. Quizá sea cierto, quizá no. En todo caso, vivía muy modestamente. Después de regresar a Grecia inició su carrera en una agencia de publicidad y restableció cierto contacto con su padre, que, si aún no estaba en la cárcel, era porque sus acreedores estimaban que le sacarían más dinero si lo dejaban en libertad. Al ver la miseria del padre, la joven Stazatu aprendió que las empresas que requieren inversión son un arma de doble filo, y nunca sabes adónde pueden conducirte. Supo vislumbrar a tiempo el futuro prometedor de la publicidad televisiva y abrió su propia agencia. Por aquel entonces se casó con Stefanakos, una de las jóvenes promesas políticas de la época. Debe de ser una

mujer muy lista, porque comprendió enseguida que el otro campo empresarial donde puedes ganar mucho dinero vendiendo aire son los proyectos de la Unión Europea. Fue una de las primeras personas en abrir una consultoría especializada en inversiones en programas comunitarios.

Esta información me deja sin habla.

—Oye, ¿no mantendrás tú también un archivo? —pregunto, pensando en Zisis.

—No. Lo de la época de la dictadura ya lo sabía. El resto lo deduje de los comentarios de mis invitados de anoche. —Ríe, como si le hubiera venido a la mente algo divertido—: ¿Sabes qué es lo más gracioso? Que, mientras ellos cotilleaban acerca de Stazatu, la cadena emitía los anuncios de su agencia de publicidad.

—¿Todavía dirige la agencia?

—¿Bromeas? Todo el mundo vive pendiente de Stazatu. Ella decide la programación de los canales. Si un programa o una serie no le gustan, no hay anuncios para ellos.

—¿Y la consultoría para los programas comunitarios?

—No tengo la menor idea. Deberías preguntárselo a alguien relacionado con las ayudas y esas historias. Me imagino que, comparada con la agencia publicitaria, la consultoría no es nada.

—¿Qué tiene que ver Favieros con todo esto?

—No esperarás que haga tu trabajo por ti... —Bebe un trago largo de whisky—. Yo sólo te he proporcionado el material de archivo, por así decirlo.

—En todo caso, no creo que Favieros recurriera a la agencia de Stazatu para publicitar su empresa constructora. Nunca he visto un anuncio de empresas constructoras. En cuanto a sus otras empresas, dudo que quisiera promocionarlas.

Me muerdo la lengua, pero ya es demasiado tarde. Sotirópulos la caza al vuelo.

—¿Te refieres a las agencias inmobiliarias? —Suelta una risotada—. Jorafás me llamó en cuanto saliste de su despacho, para preguntarme si hizo bien en confiar en ti. No entiendo por qué estaba tan preocupado.

—Porque algo le huele a chamusquina y no sabe qué.

—¿Algo le huele a chamusquina? ¿Otra vez vamos a jugar al escondite? —pregunta con ironía.

Llegados a este punto, no me queda otro remedio que desembuchar, así que le hablo de las agencias inmobiliarias de Favieros. Cuando termino, Sotirópulos emite un silbido de admiración y menea la cabeza, decepcionado.

—¡Me has matado! —exclama—. Ahora tendré que guardar esta liebre en el congelador porque te di mi palabra. ¿Me dejas que divulgue alguna pista, para ir haciendo boca?

Se lo prohíbo terminantemente, para evitar negociaciones inútiles.

—De ninguna manera. Ya te lo prometí, te comunicaré cuanto haya averiguado en exclusiva tan pronto como resuelva el caso.

Se revuelve bruscamente, inquieto.

—Oye, ¿Guikas está enterado de todo esto?

—En líneas generales, sí.

—¿Quién me garantiza que Guikas no filtrará la información a otro periodista a través de uno de sus hombres de confianza?

—No lo hará.

Se ha quedado inmóvil con la copa de whisky en la mano.

—Tú vives en otro mundo. Allí, en jefatura, cada periodista tiene su informante, desde tus subordinados hasta los mandamases, pasando por Yanutsos. ¿Pretendes que me crea que Guikas está al margen, él, que va para director general?

—Por eso mismo no lo hará —respondo tranquilamente—. No está tan loco como para revelar información recabada en una investigación extraoficial.

Algo aliviado por este argumento, apura su copa.

—De acuerdo, esto tiene su lógica, lo reconozco. —De repente, me advierte, amenazador—: Pero si llega a colarse algún dato, lo sacaré todo a la luz, que lo sepas.

En la calle, al aire libre, sólo las aceras mojadas delatan el paso de la tormenta. Por lo demás, ha clareado y el sol brilla. Gracias a la lluvia, la gente se ha encerrado en casa o en sus despachos, y sólo tardo un cuarto de hora en llegar a la calle Aristocles. No obstante, lo que representa una ventaja para la circulación, supone un inconveniente para aparcar. Me paso media hora dando vueltas por la zona, buscando un hueco. A la quinta vuelta, veo que alguien se marcha de la calle Nikiforidis y aparco en su lugar.

Al entrar en casa, oigo que el televisor está encendido en la sala de estar. Me acerco para saludar a Adrianí, pero la sala está vacía. La encuentro en la cocina, planchando. Lo hace a menudo: se pone la tele a modo de radio, sin mirar la imagen mientras se ocupa de sus quehaceres.

—¿Cómo es que no llegas empapado? —se extraña.

—Estaba bajo techo y me libré.

—Menos mal. Ha llamado una señora para preguntar por ti.

—¿Quién era?

—No lo sé, no me ha dicho su nombre.

—¿Y no se lo has preguntado?

Deposita la plancha sobre la tabla y me fulmina con una de esas miradas altaneras que suelen acompañar sus comentarios mordaces.

—Dime, ¿no es por eso por lo que trajiste a Kula a casa? ¿Para que te hiciera de secretaria?

—La he llevado a su casa para que no se mojara.

—Menos mal que se te ha ocurrido. En cuanto a esa señora, no te preocupes. Si es importante, ya llamará de nuevo.

La dejo con la impresión de haberme desarmado con su razonamiento y me dirijo a la sala para telefonar a Guikas. Le describo a grandes rasgos mi encuentro con el consejero del primer ministro.

—Lo has manejado bien —dice, satisfecho—. Que piense que estás investigando a la extrema derecha.

Luego le hablo de la posible colaboración entre Favieros y la mujer de Stefanakos. Se produce un silencio. Cuando Guikas vuelve a hablar, su voz suena muy preocupada.

—Si lo que dices es verdad, me temo que nos enfrentamos a la peor de las posibilidades.

—¿A qué se refiere?

—A un asesinato, aunque no perpetrado con una pistola ni con un cuchillo, sino induciendo a la víctima al suicidio. Imposible de demostrar o de descubrir lo que se oculta detrás de ello.

Su argumento me parece tan sólido que me hace vacilar.

—¿Sigo investigando?

—Sigue, a ver si estamos a tiempo de impedir el siguiente suicidio, suponiendo que vaya a haberlo.

Cuelgo el auricular y me devano los sesos para decidir cómo debo proceder a partir de mañana. Intento discurrir una forma discreta de abordar a Lilian Stazatu, la mujer de Stefanakos. Podría hacerle una visita, pero ella sin duda tiene acceso directo al primer ministro, o por lo menos a sus consejeros, que acabarían por enterarse de que no investigo a los miembros de la extrema derecha sino la relación entre Favieros y Stazatu.

Se demuestra que Adriani estaba en lo cierto, porque la mujer desconocida vuelve a llamar mientras estamos cenando. Resulta ser Koralía Yanneli.

—¿Podríamos vernos mañana, señor comisario?

—Por supuesto. ¿En su despacho, le parece bien? —Quiero impedir que me proponga encontrarnos en el mío, en jefatura, y a que, de momento, está ocupado por otro.

—¿Le importaría ir a las oficinas de Erige? Al señor Zamanis le gustaría estar presente.

Nos citamos para las diez, aunque esta llamada telefónica me preocupa. Quizá resulte totalmente inocua, pero es posible que abra nuevas heridas.

El cielo está despejado y, si Atenas tuviera árboles, impregnarían el aire con su fragancia. En esta ocasión, conduzco yo mismo el Mirafiori, en dirección a las oficinas de Erige S. A. He dejado a Kula en casa, porque sospecho que quizá la plana mayor de Favieros no quiera hablar delante de ella. La he informado de lo que me contó ayer Sotirópulos y le he encargado que investigue las empresas de Stazatu para ver si descubre algo interesante.

La cincuentona de recepción me reconoce enseguida. Sigue sin maquillarse, aunque se muestra un tanto más alegre y me dedica un amago de sonrisa.

—Le están esperando, señor comisario. Un momento, les comunicaré que ha llegado.

La fotografía de Favieros continúa allí, aunque ya sin el crespón. Tampoco están los ramos de flores en el suelo.

No es Aristópulos, el informador de Kula, quien viene a mi encuentro sino una jovencita, que ronda los veinte. Subimos a la tercera planta, cruzamos el puente de los suspiros y llegamos al despacho de Zamanis. A diferencia de la cincuentona de recepción, la secretaria de Zamanis, la cincuentona número dos, me recibe con frialdad extrema. Me saluda con un gesto imperceptible y me abre la puerta para que pase al despacho de su jefe.

Zamanis me tiende la mano sin sonreír ni levantarse de su asiento. Yanneli, en cambio, me regala una sonrisa. A pesar de ello, la atmósfera en general, desde la secretaria en la antesala hasta el propio Zamanis, presenta masas de aire gélido que anuncian tiempo revuelto. El pronóstico meteorológico queda confirmado en cuanto ocupo el asiento que me señala Zamanis.

—Cuando vino a verme, me aseguró que estaba realizando una investigación discreta y extraoficial de los motivos del suicidio de Iásonas Favieros, señor comisario.

Mantiene la cabeza inclinada y lee un documento. Es obvio que pidió a su secretaria que transcribiese nuestra conversación, para dejar constancia. Tanto el folio como sus aires de gravedad y su traje me recuerdan al fiscal que se dispone a desmentir el testimonio de un testigo hostil.

—Muy cierto —respondo con calma.

—Lo mismo me dijo a mí—interviene Yanneli.

—Sí, y a ambos les dije la verdad.

—¿Y cree que encontrará los motivos del suicidio de Iásonas Favieros en las agencias inmobiliarias de Balkan Prospect?

Me encojo de hombros.

—Cuando uno busca a ciegas, señora Yanneli, mira hasta debajo de las piedras. Claro que, a veces, uno se topa con cosas que no esperaba encontrar, pero para eso mismo se levantan las piedras. —La indirecta no parece amedrentar a ninguno de los dos.

—No va a descubrir nada —prosigue Zamanis sin cambiar de tono—. Lo único que ha conseguido es preocupar a ciertas personas y armar un ruido muy perjudicial.

—Tal vez el ruido sea perjudicial, pero esas personas tienen buenas razones para preocuparse. Lo que se ha destapado, de ese modo casual, ha sido una serie de transacciones dudosas.

—Sólo una mente enfermiza podría considerar dudosas esas transacciones. Ni el pasado progresista de Iásonas ni su calibre empresarial encajan en el perfil de alguien que incurre en transacciones dudosas.

Ataca de frente y con toda su artillería pesada, para dejarme sin defensas. Iásonas Favieros, por su condición de un militante de izquierdas era incapaz de estafar a unos pobres refugiados. Por otro lado, su categoría como empresario no le habría permitido involucrarse en la compraventa fraudulenta de inmuebles.

—No he dicho que Favieros estuviera metido personalmente en negocios turbios. Quizás algunos de los directivos de sus agencias inmobiliarias pretendieran enriquecerse por vía ilegal. En el caso de Leventóyanni, como mínimo, hay pruebas de connivencia entre el responsable de la inmobiliaria y el notario. No sé qué más descubriré si sigo investigando.

—Nada que implique a Balkan Prospect —tercia Yanneli—. Se lo dejé muy claro cuando vino a verme. Nuestra red concede la máxima libertad a cada agencia local para decidir las transacciones que realiza. Balkan Prospect no es responsable de las mismas.

—También me dijo que ustedes revisan los contratos.

—Sólo en lo que se refiere a su corrección, no a su importe. Pero, al margen de todo eso, no veo qué relación guardan los contratos con la muerte de Iásonas.

No guardan relación alguna. Por eso estoy desesperado por encontrar un asidero del que agarrarme para que Yanutsos no me arrebate el puesto.

—No te esfuerces en comprenderlo, Koraliá —comenta Zamanis con ironía—. El señor comisario no pretende descubrir las causas del suicidio de Iásonas sino ensuciar su memoria. Es el deporte favorito de la policía, siempre lo ha sido.

Echar lodo a los de izquierdas. Zisis opina lo mismo, y lo respeto. Pero Favieros no tiene nada que ver con Zisis.

Yanneli toma el testigo:

—Siento curiosidad, señor comisario. ¿Cómo se le ocurrió investigar la empresa *off-shore* y sus agencias inmobiliarias?

—Leí una biografía de Favieros publicada después de su muerte.

En cuanto oye la palabra « biografía », Zamanis se pone en pie de un salto.

—Ese idiota nos ha causado grandes perjuicios —grita.

—Vamos, estás exagerando. —Yanneli intenta tranquilizarlo con una sonrisa.

—¿Lo conocen? —pregunto.

Zamanis está furioso.

—¡No, ni lo conozco ni quiero conocerlo! Pero aprovecha la muerte de Iásonas para hacerse rico, y esto me saca de quicio.

—Se equivoca. La biografía fue escrita y entregada al editor antes del suicidio. Lo hemos comprobado.

Todos fijan la vista en mí, sorprendidos.

—Entonces sabe quién la escribió —aventura Yanneli.

—No, y dudo que exista. Al menos bajo el nombre de Minás Logarás.

Les cuento la historia de la búsqueda de Logarás y sus nulos resultados.

—En cualquier caso, la dirección que facilitó corresponde a una casa próxima a la agencia de Georgios Iliakos —añado antes de poner punto final.

—¿Qué insinúa? ¿Que la escribió el agente inmobiliario? —espeta Yanneli con cierto sarcasmo.

—No. Aunque pudo escribirla el propio Favieros y enviarla al editor bajo seudónimo. Piénselo un poco. Había decidido suicidarse y, antes de hacerlo, redactó su autobiografía y se encargó de que se publicara.

Al parecer he conseguido sorprenderlos, porque se miran y tratan de asimilarlo.

—Imposible —declara Zamanis—. Iásonas estaba ocupadísimo con las obras olímpicas. Pasaba el día yendo de las obras a los ministerios y de los ministerios a las oficinas del Comité Olímpico. No le quedaba tiempo para escribir su autobiografía.

—No es eso lo que me contó su secretaria —argumento.

Ahora es Yanneli quien se extraña.

—¿Cómo dice?

—Cuando hablé con ella, me contó que Favieros se recluía en su despacho durante horas. Y, cuando en cierta ocasión le preguntó en broma si estaba escribiendo una novela, él respondió que ya estaba terminada y la estaba revisando.

Intercambian una mirada. Zamanis vacila por un momento, luego aprieta el botón del intercomunicador y le indica a su secretaria:

—¿Quieres llamar a Zeoni, por favor?

Cuando Lefaki entra en el despacho clava los ojos en Zamanis; a mí no me presta la menor atención. Colijo que los rumores de que estoy empeñado en

mancillar la memoria de Favieros no se han propagado más allá de la tercera planta. Todavía no han adquirido dimensiones de epidemia, a juzgar por la amabilidad con que me saludó la cincuentona de recepción.

—Zeoni, en tu conversación con el señor comisario, le dijiste que, en cierta ocasión, habías preguntado a Iásonas si estaba escribiendo una novela y él te contestó que la había terminado y la estaba corrigiendo. ¿Lo recuerdas?

—¡Desde luego! Fue un viernes. Desde el mediodía sonaban los teléfonos preguntando por él, pero Iásonas se había encerrado en su despacho y me había dado orden de no pasarle llamadas ni molestarlo por ningún motivo.

—¿Cuándo, exactamente, le preguntaste si estaba escribiendo una novela? —Zamanis se divierte haciendo gala de su genio investigador.

—En torno a las ocho de la tarde, cuando salió para marcharse. Hasta entonces, no había dado señales de vida. «¿Qué haces tantas horas encerrado en tu despacho? ¿Estás escribiendo una novela?», le pregunté bromeando, pero él me respondió muy en serio: «Ya la he acabado, ahora la estoy revisando».

—¿Recuerda cuánto tiempo antes del suicidio ocurrió esto? —inquiero.

Ella responde dirigiéndose a Zamanis, como si él le hubiese formulado la pregunta:

—Unos tres meses, creo.

Habré de consultar a Sarantidis, el editor, para saber cuándo recibió el manuscrito, aunque creo que las fechas coinciden, más o menos.

—¿Puedo pedirle que deje de investigar Balkan Prospect? —me suelta Zamanis en tono muy formal una vez que Lefaki se ha retirado—. En primer lugar, porque desarrolla todas sus operaciones dentro de la más estricta legalidad y, en segundo lugar, porque usted no pertenece a la policía fiscal. —Hace una pequeña pausa y agrega con intención—: ¿O prefiere recibir la orden de sus superiores?

Tantos años en el cuerpo, y todavía no alcanzo a entender por qué cada fanfarrón que cree tener enchufe estima imprescindible concluir las conversaciones amenazándome con el coco de mis superiores.

—Le diré lo que pasará si habla con mis superiores —replico—. Ellos hablarán conmigo pero, de paso, se enterarán unos cuantos más. A partir de ahí, será cuestión de tiempo que llegue a oídos de los periodistas, que incluso saben cuándo vamos a mear en jefatura.

Antes de que acabe de digerir mis palabras, me despido y salgo del edificio. El centro de Pangrati está embotellado, y me lleva casi media hora de pitidos y avance milimétrico librarme del atasco. Por suerte, hace menos calor y no estoy bañado en sudor.

En casa me espera un espectáculo insólito. Delante del ordenador está sentado el joven primo de Kula, aquel que la acompañaba el primer día que trabajamos juntos. Kula se encuentra a su lado. Me oyen entrar y se vuelven

hacia mí. El joven se limita a decir un «hola» muy seco. Kula, en cambio, se levanta de un salto y me dice, llena de entusiasmo:

—¡No se lo va a creer! ¡Hemos entrado en los registros del Ministerio de Comercio y hemos encontrado información sobre las empresas de Stazatu! ¿Sabe quién es socio, con el cuarenta por ciento de las acciones, de la consultoría de Stazatu?

—¡Favieros!

—No. Sotiría Markari-Favieru, esposa de Iásonas. —Permanezco callado, reflexionando sobre las posibles implicaciones de este hecho. Mientras tanto, Kula prosigue con el mismo entusiasmo—: Fui al ministerio, como usted me pidió, pero me atendió un cabezota que no quería ayudarme. Cuando me vi obligada a decirle que era policía, me miró por encima del hombro y me dijo que enviara a mi jefe, preferiblemente con una orden judicial. Fue entonces cuando me acordé de mi primo Spiros.

Sotirópulos no sospechó que los invitados a su programa no hablaban de Favieros, sino de su esposa.

—Hay algo más, aunque me temo que no le gustará —continúa Kula y me tiende uno de los periódicos que descansan sobre la mesilla—. Lo compré Spiros, y encontré esto al echar una ojeada.

Se trata de un anuncio que ocupa media página:

LUKÁS STEFANAKOS
EL HOMBRE — EL LUCHADOR — EL POLÍTICO
Por el biógrafo de Iásonas Favieros
MINÁS LOGARÁS

A continuación aparece una fotografía de la portada y, debajo, el nombre de la editorial: Europublishers. La explicación más sencilla: Logarás mandó la segunda biografía a otro editor.

Este desenlace echa por tierra mi teoría acerca de la autobiografía de Favieros, que, hace apenas una hora, expuse a Yanneli y a Zamanis como receta de mi invención. Me imagino que se desternillarán cuando vean el anuncio, aunque no es esto lo que más me preocupa.

La segunda biografía sale a la venta con más celeridad que la primera. Aquella tardó diez días, esta sólo una semana. Eso significa que alguien recopiló datos acerca de los dos suicidas, se sentó a escribir sus biografías y las envió a los editores mucho antes de que Favieros y Stefanakos se quitaran la vida. Existe un cerebro en la sombra, que planeó las muertes de Favieros y Stefanakos; alguien lo bastante poderoso para empujarlos a ello. Aunque no sé quién es, ni cómo lo hizo, ni por qué. Tampoco sé si habrá otra víctima. En pocas palabras, no sé nada.

Biografía: 1. Relato detallado en mayor o menor medida de la vida y la obra de una persona.

» Biógrafo: 1. Autor de una o varias biografías; p. ej., el biógrafo de Beethoven 2. pl. biógrafos (los), autores antiguos de breves biografías de oradores, filósofos, poetas, historiadores, eruditos, etc» .

No cabe duda de que Logarás no responde a la acepción de biógrafos, en plural. Por un lado, porque Favieros y Stefanakos no pertenecían a las categorías de oradores, filósofos, poetas, etc., como señala Dimitrakos. Por otro, porque sus biografías son cualquier cosa menos breves. La segunda, aún más extensa que la primera, pasaba de las trescientas cincuenta páginas. Al margen de eso, la segunda edición está más cuidada que la primera. La cubierta es de papel mate, con letras de color azul oscuro sobre fondo gris y, en el centro, una fotografía reciente de Lukás Stefanakos en una de sus intervenciones en el Parlamento. Seguramente la copiaron de alguna revista o periódico.

Esta vez, he tomado ciertas medidas. Me he asegurado de comprar la biografía a tiempo para leerla por la tarde, sin prisas y sin pasar la noche en vela. La visita al editor podía esperar. No me cabía la menor duda de que Logarás — fuera quien fuese— había seguido la misma táctica con el segundo editor, y que cualquier intento de localizarlo nos conduciría a la casa abandonada de la calle Niseas.

Se imponía la búsqueda urgente de una tercera biografía. Me merecía una paliza por no haberla emprendido inmediatamente después del suicidio de Favieros. Me confundió mi certeza de que Logarás era, en realidad, Favieros, y la biografía, una autobiografía. Ahora que había metido la pata, tenía que espabilar para evitar males mayores. Pedí a Kula que buscara un catálogo de las editoriales griegas. Tardó media hora en encontrar la publicación de la Asociación de Editores de Libros. Los telefoneó a todos, uno por uno, pero no dio con una tercera biografía. Esto, en parte, suponía un alivio, porque significaba que no existía una tercera víctima potencial, al menos de momento. Desde luego, podría llegar en cualquier instante a manos de un editor, de modo que les pedimos a todos que nos avisaran enseguida si recibían un manuscrito de Minás Logarás. No esperaba grandes resultados de todo esto. El que se oculta detrás del

seudónimo de Minás Logarás no es tonto. Sin duda, ya había previsto que tras la aparición de la segunda biografía sumáramos dos y dos, así que no se apresurará en enviar otra.

Son más de las cinco cuando me arrellano en el sillón y abro el libro, pero me interrumpe Adriani:

—¿Piensas leer la biografía de Stefanakos?

—Sí, y, como ves, empiezo temprano, para que no te quejes porque paso la noche en el sillón.

—¿No te gustaría leerla en el parque? —pregunta con una sonrisa almibarada. En la siguiente frase, la melosidad se troca en nostalgia—: Hace tiempo que no vamos al parque, y hoy es un buen día, porque no hace tanto calor.

No es mala idea en absoluto. Por un lado, si voy, le daré una alegría. Por otro, si permanezco ocho horas apoltronado en el sillón, acabaré anquilosado. Caminar y tomar el aire me sentará bien.

No sé qué otros cambios se han operado en el parque, pero el gato no está en su sitio. A pesar de ello, respeto nuestro acuerdo tácito y me siento en mi banco de siempre. El parque está desierto, el sol se filtra entre el follaje, todo sigue tal y como lo dejamos excepto la temperatura, que ha subido y va acompañada de un alto nivel de humedad.

Adriani mira alrededor y suelta un suspiro de placer.

—¿Sabes? Lo echaba de menos. Era agradable venir aquí todas las tardes.

Intento retroceder en el tiempo y recordar si realmente era agradable. Estaba tan deprimido en aquella época, tan derrotado y abúlico, que no logro asociarla con sensaciones agradables. Aunque quizá lo fuese. Seguramente esos días transcurrieron con mucha serenidad, aunque la serenidad es sinónimo de aburrimiento para mí, porque no sé cómo matar el tiempo.

Opto por guardar silencio, lo que podría interpretarse como aquiescencia, y me zambullo en la lectura de la biografía de Lukás Stefanakos. Al cabo de unas cuantas páginas, tengo la impresión de que Minás Logarás escribió una única biografía y envió a las editoriales dos copias con títulos distintos. Favieros y Stefanakos procedían del mismo estrato social y siguieron trayectorias paralelas. Después de la primaria y el instituto, Favieros ingresó en la Politécnica, y Stefanakos en Derecho.

Voy por la mitad de la etapa estudiantil de Stefanakos cuando aparece el gato. Se detiene entre los dos bancos y me contempla, desconcertado. Luego abre la boca lentamente. Me imagino que expresará su enojo por el abandono al que lo he sometido, pero se limita a bostezar, como si mi sola presencia le provocara un tedio insoportable.

—Míralo, parece que nos ha reconocido. ¡Lo que es el instinto! —se admira Adriani, que ha levantado la cabeza de su bordado.

El gato cierra la boca y, con la cola estirada, pega un salto y se acurruca en

su lugar habitual, mientras yo me concentro de nuevo en la biografía de Stefanakos.

Logarás, que colmaba de elogios a Favieros, no se queda corto con Stefanakos. Ahora que los leo por segunda vez, sin embargo, esos elogios me suenan falsos, como si el autor alabara a sus personajes por obligación, sin creer sus propias palabras. Estoy convencido de que pensaría lo mismo si releýese la biografía de Favieros.

Cuando termino la parte dedicada a los años universitarios de Stefanakos, que, como en el caso de Favieros, ocupan la mitad del libro, ya casi es de noche. Adriani, muy a su pesar, se levanta, y yo también preferiría proseguir la lectura en el parque y no en el interior asfíxiate de casa.

Finalmente, vuelvo a abrir el libro en torno a las diez de la noche, después de ver un telediario aburrido y cenar un plato de judías verdes. Adriani insiste en que conviene evitar las toxinas en verano, por lo que comemos casi exclusivamente verduras y, muy de vez en cuando, pescado al horno.

Stefanakos recorre el mismo camino que Favieros: los años de la lucha antifascista, la oposición a la junta militar, su arresto a manos de la policía militar, que se produjo poco después de la detención de Favieros. Mientras leo, se me ocurre que quizás ellos dos se conocieron en los calabozos de la policía militar, pero descarto la idea enseguida, porque allí mantenían a los presos incomunicados en celdas separadas.

Cuando llego a los capítulos dedicados a la carrera parlamentaria de Stefanakos y a su consagración como político, empiezo a esperar que de un momento a otro Logarás eche algo de lodo sobre su imagen, y no me equivoco.

La alusión viene inmediatamente después de la descripción de la boda de Stefanakos con Lilian Stazatu. Logarás narra cuánto se esforzó Stazatu durante los primeros años de su matrimonio por afianzar el perfil político de su marido, permaneciendo ella misma en la sombra. Tal vez quería evitar que se relacionara a Stefanakos con su padre, Arguiris Stazatos. Al mismo tiempo, no obstante, desarrolló una intensa actividad empresarial.

Al principio, esta actividad se centra en Starad, la agencia de publicidad de Lilian Stazatu, y en su vertiginoso ascenso, que coincide con el auge de la televisión. Lo turbio aflora en el sitio menos pensado: Union Consultants, la empresa de consultoría que Stazatu funda en sociedad con Sotiría Markari-Favieru. Justo después de mencionarla, Logarás lanza la primera indirecta. Sostiene, quizá con cierta ironía, que Stefanakos ayudó a su mujer a sacar adelante esta segunda empresa con la misma discreción que demostró ella mientras luchaba por impulsar su carrera política. Cuando una afirmación de este tipo se refiere a una empresa que se dedica a asesorar a la Unión Europea sobre inversiones, deja el campo sembrado para muchas sospechas.

Este no constituye, sin embargo, el indicio más incriminatorio. Media página

más abajo, Logarás revela que Stazatu y Favieru abrieron una sucursal en Skopia, con la que negociaban con todos los países balcánicos interesados en ingresar en la Unión Europea. Una gran parte de los fondos destinados a esos países, así como a la reconstrucción de Bosnia y Kosovo, llegaban allí a través de Grecia.

Son las doce y media de la noche cuando acabo de leer la biografía. Adriani ya se ha ido a dormir. Busco papel y lápiz y me siento a la mesa de la cocina. Intento trazar el esquema de la relación entre Favieros, Stefanakos y sus respectivas esposas.

FAVIEROS

Empresa constructora Erige S. A.
Balkan Prospect:
red de agencias inmobiliarias
Empresas constructoras en los Balcanes

STARAD

Agencia de publicidad

STAZATU con la esposa de FAVIEROS

Consultoría Union Consultants
Oficinas en Skopia de dicha empresa,
que opera en los Balcanes y,
sobre todo, en Bosnia y Kosovo

STEFANAKOS

Diputado de mucho peso y gran
reputación en los Balcanes

Estudio el esquema y trato de establecer las conexiones. En un principio, tanto Favieros como Stazatu dirigen empresas libres de toda sospecha: Erige, de Favieros, y Starad, de Stazatu. Detrás de estas compañías limpias e intachables se ocultan otras, cuyas actividades se desarrollan en terrenos poco claros. Tanto Balkan Prospect como Union Consultants operan, al parecer, dentro de los márgenes de la legalidad, aunque sus transacciones y sus medios financieros dejan muchos interrogantes sin contestar.

Las cosas se complican aún más en los Balcanes. Allí Favieros compraba a través de sus agencias inmobiliarias terrenos y viviendas a bajo precio, de los que luego obtenía grandes beneficios por vías diversas. En cuanto a la pareja Stazatu-Favieru, es muy posible que, con el pretexto de su mediación, saquen grandes tajadas de los fondos comunitarios destinados a diversos países balcánicos. Antes los intermediarios del vestíbulo del ayuntamiento cobraban dos dracmas por

rellenar una petición de partida de nacimiento. Ahora los intermediarios griegos de la Unión Europea cobran millones por tramitar las solicitudes de los pueblos balcánicos.

Y, detrás de todo esto, Stefanakos. Luchador antifascista, político excelso, terror del Parlamento y amigo de los Balcanes. Si él intervenía entre bastidores para que la sociedad Stazatu-Favieru, con sede en Grecia y en los Balcanes, se embolsara fondos de los programas comunitarios, ¿quién se atrevería a denunciarlo? Esas cosas rara vez salen a la luz, porque son pocos los que están al corriente y aún menos los que están dispuestos a abrir la boca.

Dejo el lápiz e intento poner en orden mis pensamientos. ¿Será esta la causa del suicidio de Stefanakos? Un desconocido que se oculta tras el seudónimo de Logarás lo sabe todo y lo extorsiona. Stefanakos se suicida para evitar el descrédito que los hundiría a él y a su mujer. Al final, resulta que la teoría del escándalo no se puede desdeñar en absoluto.

A pesar de todo, persiste una incógnita: ¿por qué Favieros y Stefanakos se suicidaron en público? Preferir la muerte a la deshonra no implica que haya que matarse ante millones de espectadores. Sigo sin encontrar la respuesta a ello.

Me levanto para llamar al móvil de Sotirópulos.

—Ese diputado que te habló de la relación entre Favieros y Stazatu...

—Se llama Andreadis. ¿Existe tal relación?

—Eso parece. No con Favieros directamente, sino con su mujer. —Sueno un silbido—. ¿Puedes concertarme una cita con ese Andreadis? Me gustaría hablar con él.

Se produce una pausa.

—Aquí empiezan las dificultades —señala y no bromea en absoluto. Guarda silencio antes de añadir—: Lo intentaré.

El calor ha vuelto con ganas de asarnos vivos. Ya durante la noche percibí el cambio del tiempo, porque me desperté empapado en sudor, y las sábanas estaban ardiendo. Ahora son las diez de la mañana y me dirijo a las oficinas de Europublishers, que se encuentran en la calle de Homero, entre Skufás y Solónos. Remonto la calle Skufás detrás de un viejo camión cargado de asientos plásticos para terrazas. Por si no le bastara con asfixiarme con sus emisiones durante el recorrido, cada vez que arranca en un semáforo me suelta una doble dosis.

—¿Por qué no arreglas ese tubo de escape?—grito al conductor al adelantarlo —. Nos estás ahogando a todos.

Me mira desde lo alto, literal y metafóricamente.

—No me digas que el tuyo tiene catalizador —contesta.

Las oficinas de Europublishers están en la cuarta planta del número 22. Lo primero que veo es un muestrario de publicaciones colgado de la pared. Colocados en fila hay una guía astrológica, una guía médica en dos tomos, un almanaque, dos libros y una cinta de vídeo dedicados a los grandes acontecimientos del siglo XX, y un tomo sobre los cuidados del cuerpo. Entre la guía médica y el almanaque, la biografía de Stefanakos.

Bajo el aparador está sentada una mujer de cabellera leonada y unos treinta y cinco años de edad, tras uno de esos escritorios de metal que tanto proliferan y ante el cual hay un par de sillas, de aquellas que también abundan. Está maquillada impecablemente y lleva un corpiño sin tirantes que deja al descubierto dos hombros tersos y bronceados. Sin duda, fue modelo en otro tiempo y ahora la han traído aquí para causar una primera impresión positiva. Y barata, puesto que ya no está en su época de esplendor.

¿Qué pintan las biografías de un luchador de izquierdas y un político como Stefanakos en este ambiente? Prefiero mil veces al barbudo Sarantidis y el caos de su editorial. A menos que ya se haya mudado al despacho que anhelaba y se haya convertido en algo parecido a esto.

—Dígame —suenan la voz grave de la mujer de cabellera leonada.

—Comisario Jaritos. Quisiera hablar con el encargado de publicaciones.

No se digna contestarme. Descuelga el auricular y marca el número de una extensión interior.

—Está aquí el señor... —Ya se ha olvidado de mi nombre y se vuelve hacia mí—. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Jaritos... Comisario...

—Está aquí el señor Jaritos, comisario, y quiere hablar con el señor Yóldasis. —Supongo que su interlocutor la reprende, porque agrega en tono conciliador—: Vale... vale... Enseguida lo hago pasar.

Cuelga el auricular y le echa una mirada de odio. Luego me mira a mí.

—La tercera puerta a la derecha —dice y señala al fondo del pasillo.

La antesala a la que conduce la tercera puerta a la derecha es idéntica a la recepción. La secretaria se pone en pie de golpe al reparar en mi presencia.

—Adelante, señor comisario. El señor Yóldasis le recibirá enseguida.

Abre una puerta a su lado para dejarme pasar. El cincuentón sentado tras el escritorio es alto y delgado, y su nariz picuda casi le llega a los labios. Luce un conjunto de tonalidades azules; el pantalón, oscuro, y la camiseta, azul cielo.

—Adelante, señor comisario —repite afablemente—. Tome asiento, por favor.

El despacho dispone de aire acondicionado, y siento que el sudor se me hiela en la espalda. Después de cumplir con las formalidades —él me ofrece café y yo rehúso cortésmente— entra en materia y me pregunta con cordialidad:

—¿En qué puedo ayudarle, señor comisario?

—Quisiera hacerle algunas preguntas relacionadas con la biografía de Lukás Stefanakos. —Su expresión se altera de repente, de modo que me apresuro a tranquilizarle—: No tiene por qué preocuparse.

—No me preocupo —replica con calma—. Sencillamente, no comprendo qué relación puede haber entre la biografía de Stefanakos y su suicidio. —De repente, como por iluminación divina, él mismo encuentra la respuesta—: Ya entiendo. Después del suicidio de aquel... contratista, se publicó su biografía, escrita por el mismo autor.

—Precisamente. Quisiera saber cómo y cuándo llegó a sus manos la biografía de Stefanakos.

—Llegó por correo, de esto estoy seguro. No recuerdo exactamente cuándo pero puedo preguntárselo a Yota, que supervisó la edición.

Levanta el auricular y pide a su secretaria que localice a Yota. Poco después entra en el despacho una muchacha de veinticinco años escasos, que tiene de todo un poco: es un poco bajita, un poco gordita y un poco bizca.

—Oye —le dice Yóldasis sin rodeos—, ¿te acuerdas de cuándo nos llegó la copia de la biografía de Stefanakos?

—Hace unos tres meses y medio —contesta la muchacha sin vacilar.

Más o menos por las mismas fechas en que Sarantidis recibió la biografía de Favieros.

—El señor Yóldasis me ha dicho que llegó por correo. ¿Recuerdas si había

algo más en el sobre?

—Sí, una carta.

—¿Qué carta?

—Puedo traérsela. La he guardado.

—Una joven muy inteligente —afirma Yóldasis cuando ella se marcha—. Imagínese, a mí se me había olvidado por completo la biografía de Stefanakos. Fue Yota quien me la trajo a la memoria.

Yota reaparece al poco rato con la carta y me la entrega. La sujeto por una esquina y la examino. Está escrita por ordenador y en ella no constan dirección ni teléfono. Lo único que aparece, debajo de la firma, es el nombre: Minás Logarás. El contenido se aproxima bastante al de la carta dirigida a Sarantidis.

—¿Puedo llevármela? —pregunto a Yóldasis. No es probable que después de tanto tiempo y de haber pasado por tantas manos, presente aún huellas dactilares, pero a veces se producen milagros.

—Desde luego. Aunque debo pedirle que me la devuelva. Es la única prueba de que recibí el manuscrito por vía legal. Y si ese Logarás apareciera en algún momento... Ya me entiende.

—¿Qué quiere decir? ¿No hay un contrato? —inquiero extrañado.

—No. Logarás no volvió a dar señales de vida, y el libro se me borró por completo de la mente, como ya le he contado. Yota se acordó, el día siguiente al suicidio. A partir de ese momento, empezó una carrera contrarreloj. Tuve que pagar una fortuna a la imprenta para que sacaran el libro en cinco días. —Calla y sonríe con satisfacción—. Aunque valió la pena.

—¿Han publicado la biografía sin haber firmado un contrato?

Yóldasis se encoge de hombros.

—¿Cómo iba a localizar a Logarás, si no me proporcionó su dirección ni su teléfono? Si se presenta, le pagaré sus derechos de autor. Aunque seguro que no se presenta —concluye con convicción.

—¿Por qué está tan seguro?

—Después de la conmoción provocada por el suicidio de Stefanakos, si hubiese querido, ya habría venido a reclamar lo suyo. Si no lo ha hecho hasta ahora, es porque no piensa hacerlo. Con lo que me he ahorrado en derechos de autor, he cubierto el elevado coste de la edición del libro y obtenido un pequeño margen. —Está entusiasmado con su chollo y no lo disimula.

—¿Por qué no aparece, según su opinión? ¿Por qué está dejando de ganar tanto dinero? —le pregunto con la esperanza de que me dé alguna respuesta que todavía no se me haya ocurrido a mí.

Yóldasis vuelve a encogerse de hombros.

—No lo sé, aunque me lo imagino. Sin duda el nombre Logarás es un seudónimo.

—Hasta ahí llego yo también. ¿Qué más?

—El hombre puede haber muerto entretanto, está dos metros bajo tierra y nadie sospecha que escribió dos biografías que se venden como churros.

Le conviene pensar así, porque sería la manera de ahorrarse las regalías para siempre. Si Adriané estuviera aquí, ya habría sacado sus conclusiones: un hombre con una nariz tan larga y puntiaguda ha de ser pesetero y tacaño por fuerza.

Sé que su teoría está equivocada, y a que, en el caso de Sarantidis, se firmó un contrato y se facilitó una dirección falsa, pero no abro la boca. ¿Para qué preocuparlo si, de todas formas, Logarás no va a aparecer? Empiezo a comprender su manera de pensar, aunque ignoro en qué puede beneficiarme. En el caso de Favieros, su primera biografía, quiso cerciorarse, en la medida de lo posible, de que realmente saldría a la luz. Por eso firmó el contrato y consignó una dirección falsa. En el caso de Stefanakos, sin embargo, no movió un dedo; estaba convencido de que Yóldasis, animado por el éxito editorial de Sarantidis, publicaría la biografía de inmediato. Eso explica que enviase la segunda biografía a Europublishers, una editorial que publica cualquier cosa que caiga en sus manos, siempre que huelva a dinero.

A Logarás le traen sin cuidado los derechos de autor. Por alguna razón, quería publicar las biografías a toda costa. Ojalá conociera sus motivaciones, pero lo cierto es que no se me ocurre ninguna.

—Le haré una última pregunta —digo a Yóldasis—. Sin duda, ya sabe que Ediciones Sarantidis publicó la biografía de Iásonas Favieros después del suicidio.

—Sí. Esos esnobs nos miran por encima del hombro pero, si les toca el gordo, se aferran a él con más fuerza que nosotros. Ponga nuestra edición al lado de la de Sarantidis y dígame sinceramente cuál es mejor.

Me importa un bledo cuál es mejor.

—De acuerdo —respondo—, pero, habiendo un precedente, ¿no se le pasó por la cabeza hablar con alguien cuando se encontró con otra biografía en la mano después del suicidio de Stefanakos?

—¿Con quién iba a hablar?

—Yo qué sé... Con su familia... Con la policía...

Hace un gesto vago.

—No estoy obligado a informar a la familia de la publicación de la biografía de un político famoso, y menos aún cuando sale bien parado en el libro. En cuanto a la policía, los tiempos de la censura ya pasaron, comisario.

A falta de argumentos para contradecirlo, me levanto para irme. La despedida resulta mucho más formal y fría que el recibimiento.

Después de disfrutar de la temperatura fresca del despacho, el horno de afuera me parece insoportable. Llego a casa y me encuentro con Kula, que me espera ansiosa.

—Spiros y yo hemos descubierto otra empresa más —anuncia en cuanto me ve.

—¿Qué empresa?

—*Off-shore*.

—¿De Favieros, de su mujer o de Stazatu?

—De Stazatu y Favieros. Una empresa de hostelería y turismo implantada en Bulgaria, Rumania y la costa dálmata. —Y me entrega un folio donde ha anotado el nombre de la compañía: Balkan Inns - Hotels and Cruises.

Mira por dónde, pienso. De tal palo, tal astilla. Resulta que Stazatu reniega de su padre sólo dentro de las fronteras de Grecia. Fuera, en el territorio de los Balcanes, sigue los pasos paternos. De pronto, me enfrento a un complejo de empresas que operan tanto en Grecia como en el extranjero, dirigidas por dos familias: la de un empresario y la de un político. El denominador común de ambos es la lucha estudiantil antifascista, la oposición al régimen de los coroneles y las experiencias sufridas a manos de la policía militar. La cadena de acontecimientos que desemboca en la creación de un par de empresas balcánicas y la relación que guardan los dos suicidios entre sí forman una maraña que tengo muy pocas probabilidades de desenredar.

A pesar de todo, y puesto que no hay mejor defensa que el ataque, decido hacer una nueva visita a Balkan Prospect, ya que Koralía Yanneli es especialista en las empresas *off-shore* de Iásonas Favieros.

Estoy a punto de telefonarla cuando llama Sotirópulos:

—Nada que hacer. Andreadis se niega a hablar.

—¿Por qué? ¿Qué te ha dicho?

—Más que decirme, me gritó que quienes acceden a aparecer en mi programa me consideran persona de confianza, que no es justo que abuse de esa confianza hablando con terceros y que, si sigo así, pronto me quedaré sin invitados.

—¿Todo eso?

—Sí. Creo que se dejó llevar por el pánico, aunque tal vez me equivoque.

De cualquier modo, esta puerta está cerrada, así que debo buscar información en otra parte.

Yanneli me recibe de pie en su despacho. Me había citado a las cinco y llego con veinte minutos de retraso, aunque esto no parece molestarla. Constató su debilidad por los conjuntitos, y a que, en esta ocasión, luce uno de color naranja claro. La blusa lleva un enorme girasol en el busto, a diferencia del pantalón, que es liso. Acabo de sentarme cuando aparece su secretaria con una bandeja y me sirve un vaso de zumo y un platillo de galletas variadas. Me pilla por sorpresa, porque no esperaba tantas atenciones, y me veo obligado a darle las gracias, aunque detesto los zumos y no me gusta tomar nada entre comidas, con excepción de algún *suvlaki*. A pesar de mis agradecimientos, lee la extrañeza en mi expresión y sonríe.

—Sé que se trata de una visita amistosa —me explica—. Empecemos, pues, con un refresco y unas galletas.

Yanneli constituye un misterio para mí. Siempre consigue caer simpática, incluso cuando está en tu contra, como sucedió en el despacho de Zamanis hace unos días. Al mismo tiempo, de algún modo levanta una barrera que le impide a uno acercarse sin miedo a romperse las narices.

—La visita ni es amistosa ni es hostil —declaro para poner fin a las bromas—. Sólo quiero que me confirme cierta información.

—En realidad, no debería hablar con usted. No sólo por la discusión que se desató el otro día en el despacho de Xenofón Zamanis sino también porque usted es la causa de que Leventóyanni esté amenazando con denunciarnos si no le pagamos el dinero de más que supuestamente le cobramos al griego pónico.

Nada de «supuestamente», pienso aunque opto por no hurgar en viejas heridas de momento.

—No he venido para hablar de Balkan Prospect sino de Balkan Inns, la otra empresa *off-shore* de Iásonas Favieros, que desarrolla actividades hoteleras y turísticas.

—Es usted un hombre muy metódico, señor comisario —comenta Yanneli con la misma sonrisa serena—. Lo investiga todo, no se le escapa nada.

—Es mi trabajo.

—Si hace tan bien su trabajo, debe saber que ahora esta empresa pertenece a los herederos de Iásonas Favieros y a la señora Lilian Stazatu.

—Lo sé.

—¿Por qué acude a mí, entonces? Si quiere información acerca de Balkan Inns, debería pedirse a la señora Lilian Stazatu.

—Acudo a usted porque me parece muy prematuro molestar a la señora Stazatu.

Es mi argumento clásico, aunque esta vez advierto que no surte efecto, porque Yanneli rompe a reír.

—Déjese de lutos, señor comisario. No es ese el problema. Usted teme que, si hace preguntas indiscretas a la señora Stazatu, lleguen a oídos de sus superiores, incluso del ministro de Orden Público, y esto le perjudicaría. Tampoco puede recurrir a Xenofón Zamanis, puesto que no le tiene en gran estima. Por eso viene a verme, porque me considera más accesible. Pero yo no pienso hablar de asuntos de empresas que no tengan que ver con Balkan Prospect.

De nuevo me ha leído el pensamiento. Opto por cambiar de táctica.

—Planteémoslo de otra manera —propongo—. ¿Es posible que una empresa *off-shore* denominada Balkan Inns haya mantenido tratos o colaborado con Balkan Prospect?

—¿A qué tipo de colaboración se refiere?

—Pongamos que Balkan Inns compró a Balkan Prospect terrenos para la construcción de hoteles en diferentes países de los Balcanes.

Yanneli levanta las manos para expresar su desconocimiento.

—Esto lo sabrán nuestras agencias inmobiliarias locales.

—Vamos. Es imposible que las agencias locales no informen a la central.

—Supongamos que sí hubo tal colaboración. ¿Qué demuestra esto?

Dejo su pregunta en el aire y prosigo:

—¿Sabe si las constructoras locales de Iásonas Favieros se encargaron de la edificación de los hoteles?

—El único que puede responder a esto es Xenofón Zamanis, aunque yo personalmente no lo descarto en absoluto. —Hace una breve pausa y se inclina hacia delante—. ¿Qué irregularidades sospecha que se ocultan detrás de todo esto, señor comisario? ¿Qué hay más natural que la colaboración entre tres empresas que pertenecen, total o parcialmente, al mismo propietario?

—Le repito lo que le he aclarado al principio. No estoy investigando supuestas ilegalidades sino el suicidio de Iásonas Favieros. Y ahora también el de Lukás Stefanakos.

—¿Cree que encontrará los motivos en las empresas de Iásonas Favieros, o de Favieros y Stazatu, o de la señora Favieru y la señora Stazatu? Tanto Iásonas Favieros como Lukás Stefanakos se quitaron la vida ante los ojos de miles de telespectadores. Por lo tanto, queda descartado cualquier acto criminal. Iásonas no dio ninguna explicación de su suicidio, no dejó ninguna carta. Se llevó su secreto a la tumba. Respételo y abandone la investigación.

Me mira satisfecha, porque piensa que ha cerrado todas las puertas y no tengo escapatoria. Pero ha presentado la situación a su conveniencia y se ha callado lo más importante.

—¿Le parece normal que dos personalidades tan conocidas, un empresario y un político, se suiciden públicamente y de manera tan atroz? ¿Y le parece normal que diez días después de la muerte del primero y siete después de la del segundo se publiquen sendas biografías de los suicidas, escritas por el mismo autor?

Yanneli reflexiona por unos instantes.

—Debo admitir que no es muy normal —responde—. Aunque podría tratarse de una coincidencia. Tal vez ese Logarás decidió aprovechar la conmoción para vender más libros.

—Ambas biografías fueron remitidas a los editores con tres meses de antelación y casi el mismo día. Quienquiera que sea ese Logarás, sabía muy bien lo que iba a ocurrir.

Reflexiona de nuevo, bien porque la he convencido, bien porque busca una réplica. Mientras tanto, su secretaria entra a toda prisa en el despacho. Se agacha y susurra algo al oído de Yanneli. Ella pega un brinco en el asiento al oírlo.

—¿Qué dices? ¿Cuándo?

—Hace apenas dos minutos —contesta la secretaria y sale del despacho, cerrando la puerta detrás de sí.

Yanneli se vuelve hacia mí.

—Ya no hace falta que continúe indagando los motivos del suicidio de Iásonas y Stefanakos, señor comisario —asevera lentamente—. La policía ha detenido hace muy poco a tres miembros de la organización nacionalista...

—¿Filipo el Macedonio?

—Sí. Los acusan del asesinato de los dos kurdos y de inducción al suicidio de Iásonas Favieros y Lukás Stefanakos.

—¿Cuándo ha sucedido esto?

—Acaban de anunciarlo en un avance informativo.

No recuerdo cómo llegué a la calle Aristocles. Supongo que me condujeron hasta allí mis reflejos, que se encargaron tanto de la elección del recorrido como de la observación de las normas de circulación. Por lo demás, la única colisión que traté de evitar a lo largo del trayecto fue la que amenazaba con producirse entre mi mente y mis sentimientos. Por un lado, intentaba mantener la calma para entender el propósito de aquel gesto, pero por otro, la ira y la indignación obnubilaban mis reflexiones.

Irrumpo en la sala de estar, donde Adriani está sentada, como todas las tardes, con el mando a distancia en la mano.

—Pero ¿dónde te has metido? ¡Aquí pasan cosas gordas! —grita, como si hubiera estado bañándose en la playa.

Me planto delante de la pantalla y aguardo ansioso la gran noticia, pero la tele no está por la labor. Un presentador que pone precio a los conocimientos de dos jóvenes celebra con entusiasmo cada acierto que se ve obligado a pagarles y manifiesta su contrariedad cada vez que fallan y le ahorran dinero. Agarro el mando a distancia y empiezo a cambiar de un canal a otro, pero es la hora de los culebrones.

—No te pongas así —me consuela Adriani—. Suelen dar un resumen de las noticias cada hora. Lo han dicho a las siete, volverán a decirlo a las ocho.

Habla la experiencia de muchos años, de modo que desisto de mi empeño. Espero un cuarto de hora a que termine el programa y diez minutos más a que se acaben los anuncios. Por fin, al cabo de media hora, aparece el titular: **DETENIDOS TRES MIEMBROS DE LA EXTREMA DERECHA POR EL ASESINATO DE LOS DOS KURDOS Y LA INDUCCIÓN AL SUICIDIO DE FAVIEROS Y STEFANAKOS.**

Acto seguido muestran imágenes de tres tipos jóvenes, musculosos y rapados, esposados y flanqueados por dos de los nuestros, caminando por el familiar pasillo que conduce a mi despacho. Uno de ellos lleva una camiseta estampada con un monstruo del infierno. Los otros dos avanzan pegaditos, por lo que no se alcanzan a ver sus insignias. A lo largo de las paredes del pasillo dos filas de reporteros intentan acercar sus micrófonos a las jetas de los detenidos. Los acribillan a preguntas:

—¿Qué tenéis que decir de las acusaciones? ¿Matasteis vosotros a los kurdos? ¿Qué sentisteis en el momento de disparar? ¿Qué opináis del racismo? ¿Cómo convencisteis a Favieros y a Stefanakos de que se suicidaran?

Los tipos mantienen la cabeza gacha y no responden, mientras los policías pugnan por sacarlos a empujones del círculo de acoso. En cuanto se esfuman, la gran atracción desaparece y la pantalla queda dividida en ventanas.

—La detención de los tres sospechosos se ha llevado a cabo a las tres de esta tarde, en una operación coordinada de la policía —anuncia un joven periodista, que se estrenó el día anterior a que me hirieran—. Los sospechosos son: Stelios Birbiloglou, de veintitrés años, desempleado; Nikos Seitanidis, de veintidós años, estudiante de educación física, y Jarálambos Nikas, de veinticinco años, electricista. Los tres permanecen detenidos en Jefatura, donde están siendo interrogados.

—¿Tenemos declaraciones de la policía, Vaso? —pregunta el presentador del telediario.

—Las tenemos, del jefe del Departamento de Homicidios, el comisario Polijronis Yanutsos.

—¿Desde cuándo ocupa ese tu puesto? —inquire Adriani, estupefacta.

—Si estoy de baja, alguien tiene que ocupar mi puesto.

—Vale, pero ¿no deberían aclarar que es tu sustituto?

—No pidas peras al olmo.

A pesar de todo, me extraña que sea Yanutsos quien hable ante los medios y no Guikas, que considera que las declaraciones a la prensa le pertenecen en exclusiva. ¿Cómo permite que Yanutsos se arroge esa función, y encima en un caso tan importante...? Yanutsos lee en voz alta el comunicado de un folio, pero los micros pegados a su boca lo confunden y carraspea a cada palabra.

—Desde el suicidio del empresario Iásonas Favieros y la posterior proclama de la organización Filipo el Macedonio, ha habido indicios que apuntaban a que dicha organización nacionalista se proponía extorsionar a personalidades conocidas del país y cometer asesinatos políticos. Tras el asesinato de los dos kurdos, empleados en las obras de Erige S. A., empresa que pertenecía a Iásonas Favieros, la policía inició una operación coordinada con el fin de detener a los culpables. Estamos en condiciones de asegurar que los autores chantajeaban a Iásonas Favieros y Lukás Stefanakos desde hacía muchos meses y que ejercían una creciente presión sobre ellos, con el objetivo de impulsarlos al suicidio.

Estoy debatiéndome en una vorágine. En primer lugar, nunca había oído que la policía tuviera las miras puestas en la organización nacionalista Filipo el Macedonio. Aunque las hubiese tenido, este asunto entra en la jurisdicción de la brigada antiterrorista, no en la de nuestro departamento, y menos aún en la de Yanutsos, que hasta hace dos días buscaba mafiosos a los que cargar las muertes de los kurdos. ¿Y por qué hace las declaraciones Yanutsos, y no Guikas ni el jefe

de la antiterrorista, que es, en realidad, el responsable?

Mientras me rompo los cascos para encontrar una respuesta, el abogado de uno de los tres detenidos lo defiende ante las cámaras.

—Mi cliente es inocente, víctima de discriminación ideológica —asevera indignado—. Estos actos causan un daño irreparable al prestigio y el normal funcionamiento de nuestra democracia.

¿Quién en su sano juicio creería que tres muchachos fueron capaces de inducir al suicidio a dos grandes personalidades de la vida política y empresarial de este país como Iásonas Favieros y Lukás Stefanakos?

—¿Y los dos kurdos? —pregunta un periodista.

—Mi cliente nada tiene que ver con el asesinato de los kurdos, y así lo demostraremos en el juicio.

—¿Considera entonces que las acusaciones son falsas? —dispara otro.

—Considero que alguien busca víctimas propiciatorias, para que cesen los rumores referentes a posibles escándalos y a la actuación de las emisoras de televisión, que tanto perjudican al gobierno.

—¿Lo ves, tú que no me crees? —dice Adriani en tono triunfal.

Asiento con la cabeza, aparentando conformidad, porque no es momento para discutir. Las palabras del abogado me han abierto los ojos y, por fin, comprendo por dónde van los tiros. Petrulakis, el consejero del primer ministro, al ver que yo no me ponía en contacto con él, decidió encargar a otro el encubrimiento del caso. Así acabó todo en manos de Yanutsos, sin intervención de la brigada antiterrorista.

Esto trunca todas mis esperanzas de recuperar mi puesto. Desde el momento en que Yanutsos accedió a cumplir la orden y encerró a los tres derechistas, se hizo merecedor de una recompensa, que sin duda consistirá en quedarse definitivamente con mi cargo. Mi baja finaliza en menos de un mes, y más vale que empiece a buscarme la vida en otra parte.

El teléfono me saca de mis cavilaciones. Adriani nunca contesta cuando estoy en casa, porque da por sentado que, nueve de cada diez veces, llaman del departamento. Descuelgo el auricular y oigo la voz de Katerina.

—¿Has visto eso, papá?

—Lo he visto.

—Pero ¿qué bobada es esta? ¿Los tontos del pueblo impulsaron a un gran empresario y a un político de renombre a suicidarse? ¿Quién se lo va a creer?

—A mí no me preguntes, bonita, yo sé tanto como tú.

—Hay una cosa clarísima. No pueden formular una acusación basándose en esa sarta de chorradas.

—Quizá dispongan de más datos y no quieran mostrar todas sus cartas.

—Quizás, aunque es más probable que intenten cerrar algunas bocas, como ha dicho ese abogado.

—Ya se verá. Espera, te paso a tu madre.

No me apetece seguir hablando del tema. Katerina no me descubre nada nuevo, pero esto no cambia mi destino. Me otorgarán una medalla al valor y me mandarán al departamento de objetos perdidos.

Mientras pienso en todo esto, se me ilumina la mente y comprendo de golpe la jugada de Guikas. Tal vez la brigada antiterrorista no sabía nada, pero él estaba en el ajo con toda seguridad. Ni un mosquito vuela en jefatura sin que Guikas se entere. Constató con amargura que mi análisis de la situación el día que me entrevisté con el notario no iba errado. Guikas me respaldó mientras la investigación era extraoficial y él no corría el riesgo de quedar mal. Sin embargo, cuando recibió la orden de arriba de cerrar el caso, me dejó dando palos de ciego y apoyó a Yanutos, porque le convenía.

La cólera se apodera de mí y voy corriendo al teléfono. Llamo a Guikas a su casa. Dejo que suenen unos diez timbrazos y nadie contesta. Claro, me digo, se imaginó que yo lo telefonaría y no responde, para evitar discusiones desagradables que le quiten el apetito.

Adriani me avisa desde la cocina que la cena está preparada. Me siento para cenar un poco de *briam* pero no consigo tragar bocado.

—No te hagas mala sangre —me recomienda ella al observar que como con desgana—. Que se saquen los ojos. No serás tú quien salve el honor de la policía.

Cree que estoy preocupado por el honor del departamento, porque no le he hablado del gusano que me roe las entrañas. La policía me trae sin cuidado; lo único que me importa es mi puesto. De todos los destinos que me han asignado, este es el único que me satisface, y lo quiero, aunque me obligue a andar siempre a tientas y expuesto al peligro de pisar una piel de plátano. Ahora me enterrarán en algún cargo administrativo, y pasaré el resto de mi vida emborronando papeles.

—Tengo una idea —apunta Adriani tímidamente, y enseguida sé qué va a decirme—: ¿Qué te parecería si fuéramos unos días a la isla, a casa de Eleni? No deja de insistirme en que vayamos. Si quieres mi opinión, después de la aventura de los hospitales, nos sentará bien. Te quedan veintisiete días de baja.

Las tiene contadas hasta la última hora, pero su ocurrencia no me desagrada del todo. Alejarme de Atenas me permitirá relajarme y reunir fuerzas para librar la batalla por un nuevo puesto que no ofenda mi dignidad. A pesar de los argumentos a favor, opto por una respuesta contenida, para que no se emocione demasiado y empiece a comerme el coco desde ahora.

—Nos lo pensaremos. En principio, no es mala idea.

—Bien, mañana llamaré para preguntar el horario del barco. Eleni me ha dicho que ahora hay unos nuevos, que realizan la travesía en seis horas. Sale un poco más caro pero vale la pena.

Cuando desea algo con todas sus fuerzas basta con decirle «ya veremos»

para que lo interprete como un « sí » .

—Vale, pregúntalo, pero todavía no es seguro.

Dejo la mitad de la cena en el plato, me dirijo a la sala y enciendo el televisor. Sé que esta noche no sólo me faltará el apetito sino también el sueño. Vuelvo a ver a los tres jóvenes corriendo por el pasillo que lleva a mi antiguo despacho, vuelvo a oír las declaraciones de Yanutsos y vuelvo a ponerme nervioso, aunque después emiten una entrevista a los padres y vecinos de los detenidos, y esto me interesa. Los padres de los tres proclaman categóricamente la inocencia de sus hijos. Reniegan del gobierno y maldicen a la policía, que los ha sumido en el dolor y ha mancillado el nombre de sus vástagos. El comentario más acertado lo hace uno de los jóvenes del vecindario al referirse a uno de los detenidos:

—De acuerdo, no es ningún santo, pero tampoco un asesino.

Poco después de las once, sintonizo por casualidad un debate en torno al peligro de la extrema derecha en Grecia, moderado por Sotirópulos. Los invitados son un ministro, un miembro importante del partido de la oposición, un periodista y un abogado. La discusión se desarrolla de la manera habitual, sin cambios de guión: el ministro sostiene que la extrema derecha supone una amenaza real y que el Estado debe mantenerse alerta; el diputado de la oposición lo niega y acusa al gobierno de querer sacar beneficios electorales de los acontecimientos; el ministro contraataca y acusa a la oposición de subestimar el peligro deliberadamente para ganarse los votos de la extrema derecha. Entre los dos, a modo de comodines, intervienen por un lado el abogado, que intenta determinar si hay elementos suficientes para procesar a los tres detenidos, y por otro el periodista, interesado en analizar las repercusiones políticas. Ambos gastan saliva en vano, porque nadie les presta atención. Sotirópulos, como de costumbre, desempeña el papel de abogado del diablo: primero lanza una indirecta para agitar las aguas y luego trata de guardar cierta ecuanimidad.

Ya está, han logrado su objetivo, pienso. Mañana todos, desde los periódicos hasta la televisión, pasando por la radio, se harán eco de la amenaza de la extrema derecha, y nadie se acordará de los tres detenidos.

Esta es una de las pocas noches en que, antes de dormir, añoro el rumor de las olas que rompen en la playa de la isla. En cuanto cierro los ojos, me asalta la imagen de Yanutsos sentado en mi silla, y los abro de inmediato.

Cuando no consigues conciliar el sueño pueden suceder dos cosas: o te invaden las angustias y los temores o te dominan la ira y la irritación. En ambos casos, necesitas tomar un tranquilizante. Mi tranquilizante fue la decisión de saldar cuentas con Guikas. En lugar de producirme ansiedad e inquietud, esta determinación me procuró alivio y me permitió dormir un par de horas.

Así pues, a las diez de la mañana, aparco el Mirafiori en el garaje de jefatura y subo a la quinta planta en el ascensor. El sustituto de Kula continúa sentado frente a la revista abierta encima del escritorio.

—Comisario Jaritos —me identifico, convencido de que no se acuerda de mí, puesto que no soy ni un Toyota ni un Hyundai.

Me echa una mirada y vuelve a su lectura. Al pasar por su lado, veo que admira embobado una doble plana dedicada a los teléfonos móviles.

Llamo a la puerta de Guikas y entro enseguida, sin esperar invitación. Lo encuentro de pie, de espaldas al gran escritorio, contemplando la avenida de Alexandra a través de la ventana. Esto es señal de que algo le preocupa, pues por lo general nunca abandona su sillón. En cuanto se vuelve hacia mí, piso el freno y me quedo clavado. Tengo delante a un hombre fatigado, con los ojos enrojecidos del insomnio y la expresión de alguien a quien le ha sobrevenido una gran desgracia.

—Sé lo que vas a decir —anuncia—. Pero no tenía la menor idea. —Se sienta y fija la vista en el juego de tijeras y abrecartas que descansa encima del escritorio—: No lo sabía, Costas. Todo se ha llevado a cabo sin mi conocimiento.

A lo largo de todos los años que llevamos trabajando juntos, he visto sus facetas iracunda, apática, lisonjera, taimada y reservada. Pero es la primera vez que lo veo derrumbado, y mi ira se desvanece. Tiro a la papelera todo lo que pensaba recriminarle y me siento en mi silla habitual, sin aguardar a que me lo indique. Él alza la mirada lentamente hasta posarla en mí.

—Desde que estoy en el cuerpo, siempre he sabido que la dirección política del ministerio confiaba en mí. Si alguien me hubiese asegurado lo contrario, no me lo habría creído. Y no confiaban en mí sólo por mis capacidades, que al fin y al cabo no cuentan demasiado en el puesto que ocupo, sino porque respetaba siempre las reglas del juego, cumplía las órdenes sin cuestionarlas, sin oponerme

a ellas y sin fingir no haberlas entendido. Ayer sentí por primera vez que me hacían a un lado, que no basta con obedecer, hay que ejecutar las órdenes al pie de la letra. No a mi manera, por más que haya dado buenos resultados, sino exactamente como me las dictan, aunque sean irracionales y me dejen en mal lugar.

Su voz suena cansada, aburrida y sincera. Quizá porque no se cuenta entre las personas que abren su corazón a cualquiera.

—Me quedan seis años para jubilarme —prosigue—. Y pasaré estos seis años dudando siempre si me dicen la verdad o me la ocultan. Me corroerá la duda de si las órdenes que imparten a mis espaldas son distintas y, tarde o temprano, habré de afrontar las consecuencias. Esto no es vida.

No me resulta fácil encontrar palabras de consuelo. No sólo ahora; me sucede también con Adrián y con Katerina. A veces rezo porque mi expresión delate mi compasión, ya que las frases se me atragantan y no hay modo de pronunciarlas. Lo mismo ocurre ahora. Al final, consigo decir algo anodino:

—¿No ha pedido explicaciones a Yanutsos?

—Lo he hecho. ¿Sabes qué me ha respondido? « Órdenes de arriba, hable con el director general» .

—¿Ha hablado con él?

—Sí, y me ha contestado que no le corresponde a él informarme. Que mis subordinados debían haberme informado de antemano.

—¿Qué significa esto?

—¿No lo entiendes? —estalla—. ¡Tú! ¡Creen que no me dijiste que existía una orden de arriba de detener a esos matones!

—Déjeles que se estrellen. Ningún tribunal podrá condenarlos.

Sacude la cabeza con tristeza.

—Ay, Costas. Hablas bien pero ves mal. Los encerrarán y empezarán a decir: « Dejen que la justicia haga su trabajo» . Hasta que haga su trabajo y los declare inocentes, habrán pasado un par de años. Entretanto, el caso habrá quedado olvidado y nadie dará un duro por ellos.

Tiene razón. Al ritmo al que los medios de comunicación escupen escándalos, revelaciones sensacionales y primicias, tres veces al día, como las dosis de un jarabe contra la tos, de aquí a un par de años nadie se acordará de Favieros ni de Stefanakos.

—Comprenderás que ya no puedo prometerte nada con respecto a tu puesto —murmura Guikas—. Haga lo que haga, será difícil apartar a Yanutsos de él.

—Lo comprendo.

Guikas exhala un suspiro.

—Descansa durante el resto de tu período de baja y ya veremos dónde te meto para que estés contento.

No estaré contento, aunque aprecio su esfuerzo por complacerme.

—¿Qué le digo a Kula?

Se encoge de hombros.

—Ya que está de vacaciones, que vuelva cuando las termine.

Mientras cruzo la antesala en dirección al ascensor, me topo con Yanutsos.

—He oído que has estado investigando bajo mano los dos suicidios —comenta con ironía—. Ya no hace falta que te molestes. El caso está cerrado, puedes ir de pesca.

Abro la puerta del ascensor mientras su risa resuena detrás de mí. Pienso en lo mucho que añoraremos a Guikas si se jubila y Yanutsos ocupa su lugar.

A lo largo del trayecto a casa, la inquietud por mi problema personal cede el paso a la preocupación por Guikas. Verlo así, traicionado y vulnerable, me ha inspirado un raro sentimiento de solidaridad. Es la segunda ocasión en que lo experimento, y por razones parecidas. La primera vez fue al salir de la casa de Petrulakis, en la calle Dafnomilis. De nuevo me atormenta la duda de si lo he interpretado mal todos esos años. En parte sí, y en parte no. Sí, porque siempre lo miraba con recelo y desconfiaba de sus buenas intenciones. No, porque cuando alguien te confiesa que se ha pasado la vida haciendo lo que le mandaban sus superiores sin rechistar, está reconociendo implícitamente que se pasaba por el forro a su colega (es decir, a ti) y lo utilizaba siempre según las conveniencias de cada momento. Por tanto, no me equivocaba al mostrarme receloso y defender mi terreno, como él defendía el suyo. La solidaridad es buena, pero los que la convirtieron en su bandera se quedaron con un palmo de narices en el ochenta y nueve.

Al llegar a casa, encuentro a Fanis charlando con Adriani en la sala de estar. A escasa distancia, un desconocido con pinta de técnico está inspeccionando las paredes.

—¿Para qué necesitamos el aire acondicionado, Fanis, querido? Ya te he dicho que no lo quiero, porque reseca el aire. Con el ventilador nos apañamos muy bien.

—¿Tengo que repetírtelo? Tu marido sufre del corazón. El calor representa un peligro mortal para él. ¿Sabes cuántas urgencias me toca atender cuando hay una ola de calor?

—De acuerdo, pero nosotros nos iremos dentro de unos días. Visitaremos a mi hermana, en la isla.

—¿Y qué harás cuando regreséis al horno de la ciudad?

El técnico interrumpe la conversación, que se desarrolla como si yo no estuviera delante, al igual que todas las conversaciones sobre mi persona.

—¿Puedo hacerles una pregunta? ¿Quieren que enfríe el piso entero?

—No, sólo la sala de estar —responde Fanis.

—Entonces bastará con doce mil BTU.

Fanis toma la decisión sin consultar más a Adriani.

—Muy bien, adelante.

El técnico se da la vuelta para marcharse, me ve en el umbral de la puerta y se detiene. Sólo entonces se fijan en mí Fanis y Adriani.

—¿Te parece bien que instalemos aire acondicionado? —pregunta Fanis—. Está de oferta, lo pagas a plazos, el primero dentro de dos años.

—Bueno —contesto. Habida cuenta de los acontecimientos recientes, más vale que cuide de mi corazón.

Adriani nos abandona y se va del salón, como siempre que no se sale con la suya.

Fanis se inclina hacia mí y musita confidencialmente:

—La idea fue de Katerina, pero no se lo he dicho, porque se picaría.

El timbre del teléfono deja mi respuesta en el aire. Se trata de Sotirópulos.

—Oye, ¿se han vuelto locos tus colegas? —pregunta al oír mi voz—. ¿Pretenden echarle el muerto a esos tres inútiles?

—No seas desagradecido —lo reprendo con ironía—. Anoche no se hablaba de otra cosa en tu programa que de los tres inútiles.

Comprende que me refiero al programa dedicado a la amenaza de la extrema derecha y no responde enseguida. Cuando, al fin, abre la boca, percibo en su voz una ansiedad insólita en él.

—Yo también tengo a jefazos por encima de mi cabeza, comisario. No puedo decirles que no cuando quieren explotar al máximo un suceso, aunque personalmente no esté de acuerdo. —Tras una breve pausa, añade—: ¿Qué hacemos ahora?

—Nada. Podríamos habernos adelantado un poco a los acontecimientos si hubiera hablado con Andreadis.

—Lo intenté, pero se mostró inflexible. Ya te lo dije.

—Andreadis se mostró inflexible porque se había oído lo que pasaría y no quería comprometerse.

—Es posible. De cualquier modo, guarda el material que has reunido. De algo servirá.

Sí, pienso. Quizá te lo venda para pagar el aparato de aire acondicionado.

—¿De qué Andreadis has estado hablando? ¿Del diputado? —quiere saber Fanis que, sin querer, ha oído la conversación.

—Sí. Quería hacerle algunas preguntas referentes a Stefanakos, pero se negó a recibirme. De todas formas, han optado por cargar las culpas sobre los tres matones.

En el momento de abrir la puerta para irse, Fanis se cruza con Kula. Hago las presentaciones.

—Así que tú eres la famosa Kula, que tanta impresión ha causado a la señora Adriani —señala Fanis riéndose.

Kula se ruboriza hasta las orejas, farfulla un « muy amable » y entra en casa.

Cuando cierro la puerta, clava la vista en mí con gravedad.

—No hace falta que me diga nada, lo he visto todo en la tele. Ya sé lo que ha pasado.

—Hoy he hablado con Guikas.

—¿Y?

—Manda decir que te tomes el resto de tus vacaciones y luego vuelvas al trabajo.

—Algo es algo. Al menos, podré ir a la playa —murmura con sarcasmo, o algo parecido.

—¿Te sabe mal? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—Mi padre pagó caras su tozudez y su insolencia. Y nosotras las pagamos con él. Esa amargura acabó con mi madre. Yo me pasé al otro extremo. Ahora mi filosofía es: «Haz tu trabajo y pasa de todo». —Como no se me ocurre qué decir, ella continúa—: He venido porque quiero que sepa que ha sido un placer colaborar con usted, y que le echaré de menos. A usted y a la señora Adriani.

Mientras habla se dirige a la cocina, donde Adriani está preparando pescado. Kula espera con paciencia a que termine de regular la temperatura del horno.

—Mi trabajo con el señor comisario ha concluido, y he venido para despedirme —le anuncia al fin—. Me ha encantado conocerla.

—A mí también, cariño —contesta Adriani con afecto y le planta dos besos en las mejillas—. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Volverás al departamento?

—No, iré a tomar las aguas —repite Kula con amargura mal disimulada.

—Nosotros también pensamos ir a casa de mi hermana, en la isla.

—Harán muy bien. El señor comisario lo necesita, después de tanto ajeteo.

—Díselo, a ver si a ti te hace caso —responde Adriani, feliz de haber encontrado una aliada.

—¿Puedo llamarla por teléfono, si alguna vez necesito su ayuda para cocinar?

—¡Por supuesto, cuando quieras! También puedes venir para que te enseñe.

Se besan de nuevo y Kula se va a toda prisa, como si temiera que la dominase el impulso de quedarse en casa.

—Una muchacha estupenda —comenta Adriani—. Y ni siquiera la hemos invitado a comer alguna vez. Somos unos insociables.

—Podemos invitarla a venir el domingo.

—Buena idea. —Pero enseguida cambia de opinión—. No, el domingo, mejor no.

—¿Por qué?

—El domingo viene Fanis.

—¿Y qué?

Por toda respuesta me lanza una mirada muy fácil de interpretar.

—¿Estás loca? Fanis se pasa el día entre médicos y enfermeras. ¿Crees que se

va a fijar en Kula?

Adriani reflexiona un poco antes de pronunciar su sentencia:

—Es guapa, y el demonio tiene muchos caminos.

A decir verdad, tal como se han desarrollado las cosas, me inclino a creérmelo.

—Hay barcos *high-speed* cada martes y jueves —me informa Adrianí. Son las nueve de la mañana y ella ya está vestida y emperifollada para ir a comprar los billetes.

—¿Qué demonios son los *high-speed*?

—Esos barcos rápidos, que tardan seis horas y sólo hacen escala en Paros y Naxos. Los barcos de línea regular salen todos los días menos el sábado.

—Mejor tomemos el rápido.

Se marcha a velocidad de *high-speed*, por miedo a que me eche atrás y le pida que lo deje para más tarde. Me dispongo a retomar mi viejo ritual para paliar el tedio hasta el jueves: pasar por el quiosco para comprar todos los periódicos y sentarme en la cafetería de la plazoleta de San Lázaro, con el camarero malcarado al que le pides un café dulce y te trae aguachirle con azúcar.

Me pregunto cómo mataré el tiempo en la isla y si debo comprar una caña de pescar y una silla plegable en Atenas o en la isla, cuando suena el teléfono.

—¿El comisario Costas Jaritos? —pregunta una voz femenina juvenil.

—Yo mismo.

—Señor comisario, hace unos días solicitó una entrevista con el diputado Kyriakos Andreadis.

Me quedo mirando el auricular. Si me hubiese dicho que han soltado a los tres matones y encerrado a Yanutsos en su lugar, no me habría sorprendido tanto. Apenas logro barbotar un « sí ».

—El señor Andreadis le espera esta tarde a las dos en su despacho. Le ruego puntualidad, porque a las tres tiene que estar en el Parlamento.

—Seré puntual. ¿Dónde está el despacho?

—Heyden 34, tercera planta.

Cuelgo el teléfono e intento digerir lo que acabo de oír. ¿Qué ha movido a Andreadis a cambiar de opinión? La detención de los tres matones, supongo, y el intento del gobierno de achacar las muertes a la extrema derecha. En ese caso, Andreadis debe de disponer de datos que desmienten la versión oficial y desea filtrarlos anónimamente, para que ni él ni su partido se vean comprometidos. Telefono a Sotirópulos para averiguar si hay alguna novedad pero su móvil está

desconectado. En la emisora me comunican que no ha llegado todavía.

Como me quedan tres horas, decido seguir mi programa. En esta ocasión, al quisquero le sorprende que compre todos los diarios, porque las detenciones se realizaron hace dos días y ayer no se produjeron sucesos destacables. Se devana los sesos intentando recordar si se le escapa algo, pero me despidió dejándolo con la duda.

En la cafetería, soy yo quien se lleva una sorpresa. En lugar del camarero malcarado, se acerca una joven con sandalias y minifalda.

—¿Dónde está mi amigo?—pregunto, extrañado.

—¿El señor Jristos? No está. Cada año en esta época se va a Anafi. Tiene allí unas habitaciones que alquila a los turistas.

Ciosamente, en vez de alegrarme de que me atienda una muchacha fresca como una rosa, me cabreo porque el tal Jristos me ha estropeado el plan que había preconcebido. Por suerte, el café sigue siendo aguachirle y esto me consuela.

Aunque ya han transcurrido cuarenta y ocho horas, la detención de los tres nacionalistas ocupa los titulares de buena parte de los diarios. Otro rasgo que comparten es su apreciación de los hechos.

Todos los periódicos expresan su desacuerdo con los arrestos. Las críticas van desde la reserva contenida de la prensa progubernamental hasta el sarcasmo sin tapujos de la prensa de la oposición. En todo caso, esta unanimidad, aunque matizada, demuestra que la trama que urdieron determinados cerebros ha topado con algunas dificultades. Por un momento, se me ocurre que quizá por eso Andreadis quiere hablar conmigo. Sin duda ha visto los periódicos por la mañana y ha considerado oportuno el momento para citarme. No descarto la posibilidad de que quiera abrir un segundo frente, para acorralar aún más al gobierno.

Pero ¿qué actitud tomo ante Guikas, si las cosas son como imagino? ¿Me sincero con él y le cuento todo lo que averigüe de boca de Andreadis? En circunstancias normales, debería hacerlo. Al fin y al cabo, él también está apaleado y tengo cierta obligación moral de rendirle cuentas. Por otro lado, si en mi entrevista con Andreadis aflorasen datos que convendría guardar en secreto, lo decidiré sobre la marcha.

Tomo el último sorbo del aguachirle y me levanto. El Mirafiori está aparcado en la calle Protesilaos. Son las doce, la hora de más calor. Antes de cruzar la calle Aronis ya estoy empapado en sudor, así que decido pasar por casa para cambiarme de camisa. Por suerte, Adriani no ha regresado todavía y no tengo que darle explicaciones.

El tramo entero de la avenida Rey Constantino hasta la plaza de Omonia está embotellado. Entro por la calle 3 de septiembre y avanzo por la calle Adriano para salir a la avenida Ajarnón y enfilear Heyden desde el principio. El número 34 se encuentra entre la calle Aristóteles y la 3 de septiembre. Aparco en

segunda fila justo delante del edificio, convencido de que los guardias de tráfico nunca rondan por aquí.

La oficina de Kyriakos Andreadis consta de tres habitaciones espaciosas, como los pisos que construían en la década de los sesenta, unos veinte metros cuadrados más amplios que los actuales. Me recibe una joven que ronda los treinta, alta, esbelta, vestida y peinada impecablemente. Sus modales están a la misma altura.

—Tenga la bondad de esperar un poco, señor comisario —dice en cuanto me presento—. El señor Andreadis está hablando por teléfono. Permítame que le ofrezca algo entretanto, pues es posible que tarde un poco. Estas llamadas son como visitas personales.

Le pido un vaso de agua fría, a tono con el aire acondicionado, que está puesto al máximo, y amenizo la espera examinando las fotografías colgadas en las paredes: todas de un hombre sesentón, siempre feliz y sonriente, pronunciando un discurso o brindando con un vaso de vino junto a un cordero asado. Otro detalle que me impresiona es el asombroso parecido entre Andreadis y su secretaria. No hace falta ser adivino para deducir que ha contratado a su hija. Mi sospecha queda confirmada cuando la joven me guía al despacho del diputado.

—El comisario Jaritos, papá.

El sesentón se levanta de la silla y se acerca para saludarme con la misma sonrisa que luce en las fotografías.

—¡Me alegro de verle, me alegro de veras! —asegura y, tras el apretón de manos, me toma del brazo y me conduce, no a la silla metálica destinada a los votantes, sino al sofá reservado para los amigos del alma. Él se sienta a mi lado.

—¿De qué conoce al doctor Uzunidis?

La pregunta me pilla tan desprevenido que se me traba la lengua. ¿Cómo explicar mi relación con Fanis? Si lo califico de miembro de la familia, estaré precipitándome y mintiendo. La expresión « futuro pariente » seguramente no resulta apropiada. Si digo que se trata de un amigo, probablemente la definición más ajustada a la realidad, quizá le parezca poco. Por suerte, él mismo me saca de mi apuro.

—Fanis me comentó que usted es su futuro suegro.

—A eso parecen apuntar las cosas —contesto, y ambos echamos a reír.

—¿Sabe?, mi madre le debe la vida. —Andreadis se ha puesto serio—. La llevé una noche al hospital con un infarto grave, y él no sólo consiguió salvarla sino también estabilizar su estado. Desde entonces, mi madre jura por el nombre de Fanis y no quiere oír hablar ni de clínicas especializadas ni de hospitales en el extranjero. Por eso, cuando él me telefoneó para decirme que usted deseaba hablar conmigo, me fue imposible negarme.

Me habría sorprendido menos enterarme de la intervención de Guikas, el

ministro o incluso el primer ministro. No contaba en absoluto con la ayuda de Fanis. Jamás me habría imaginado que con sólo descolgar un teléfono conseguiría lo que a Sotirópulos le fue imposible.

Andreadis consulta su reloj.

—Haga, pues, sus preguntas porque, por desgracia, he de estar en el Parlamento dentro de poco.

—Le vi por casualidad en la televisión, después del suicidio de Lukás Stefanakos.

—Ah, sí. Ese programa de... ¿cómo se llama?

—¿El periodista? No me acuerdo.

Si Sotirópulos nos estuviera escuchando, lo enrabiaría mucho ver que obviamos su nombre. Sin embargo, no quiero despertar en Andreadis el temor a que sus confidencias se filtren a la prensa.

—De entrada, debo decirle que yo, personalmente, no creo en la teoría que responsabiliza a la extrema derecha de los suicidios de un gran empresario y un diputado —le aclaro—. Puedo afirmárselo sin rodeos, puesto que estoy de baja médica, es decir, fuera de servicio.

Una sonrisa de felicidad se dibuja en sus labios.

—Por fin, un miembro de los cuerpos de seguridad que piensa con la cabeza —exclama satisfecho—. Porque el gobierno, presa del pánico, se ha sacado de la manga una explicación tan rocambolesca que nos deja a todos como idiotas.

—No obstante, han llegado a mis oídos ciertos rumores que quisiera verificar, por curiosidad personal, digamos.

—¿Qué rumores?

—Sobre las relaciones profesionales entre las familias de Favieros y Stefanakos. Tengo entendido que, aparte de la constructora de Iásonas Favieros y la agencia publicitaria de Lilian Stazatu, existen dos empresas más, consultorías especializadas en los programas de la Unión Europea, y que pertenecen a las esposas de Favieros y Stefanakos. Una de ellas opera en Grecia y la otra, con sede en Skopía, cubre el área de los Balcanes. Existe, asimismo, una *off-shore* de Iásonas Favieros, la denominada Balkan Prospect, que controla una red de agencias inmobiliarias en Grecia y los Balcanes, además de una serie de constructoras locales. Por último, existe una *off-shore* de Iásonas Favieros y Lilian Stazatu dedicada al sector turístico y hotelero.

—Gracias a Dios que es usted policía y no inspector de hacienda. No habría quien nos salvara de sus garras —bromea y, sin perder la sonrisa, agrega—. Pero ¿adónde quiere llegar?

Empiezo a describirle el entramado de conexiones entre Favieros, su mujer, Stefanakos y la esposa de este. Le presento mi teoría sobre las dos empresas legales, la constructora y la publicitaria, y su uso como tapaderas de negocios más turbios: la Balkan Prospect de Favieros, las empresas de consultoría y las

hoteleras.

No me interrumpen en ningún momento aunque tampoco parece demasiado interesado en mi exposición.

—¿Qué quiere de mí, exactamente? —pregunta con impaciencia cuando termino.

—Que me diga si, en su opinión, hay algo extraño detrás de todo esto y me explique en qué puede consistir. —Intento emplear frases neutras, incoloras, para no obligarlo a realizar un aterrizaje forzoso.

—No veo nada extraño —responde y me deja pasmado.

—¿Ni siquiera en el funcionamiento de las agencias inmobiliarias de Balkan Prospect?

—¿Por qué habría de llamarme la atención? Toda empresa prospera comprando barato y vendiendo caro. Las que no lo consiguen cierran en menos de un año.

—Sí, pero ellos no declaran sus beneficios a hacienda. Se los meten en el bolsillo como dinero negro.

Andreadis prorrumpe en carcajadas.

—¿Vive en un piso de propiedad, señor comisario?

—No.

—Entonces, si piensa comprarle un piso a su hija cuando se case, le recomiendo que no declare su valor real al fisco. Nadie lo hace. Hacienda no ha perdido nada: de todas formas habría cobrado lo mismo.

—Sólo los búlgaros, los albaneses y los rumanos han pagado de más.

—¿Por qué se fija sólo en el lado negativo? Yo me alegro de que esos extranjeros, que llegaron a Grecia sin tener donde caerse muertos, consigan en diez años comprar su propia vivienda y ser dueños de su destino. Esto habla bien del dinamismo de la economía de nuestra pequeña Grecia.

Veo que este camino no me lleva a ninguna parte, ya que se cruza con el deseo de todo griego de comprarse un pisito, así que pruebo un atajo.

—¿Y las consultorías?

—¿Le parece mal que existan empresas que asesoren a los griegos sobre cómo aprovechar los fondos de la Unión Europea? Por un lado, denunciamos nuestra incapacidad de absorber los fondos estructurales y, por el otro, acusamos a los que intentan ayudarnos a absorberlos.

—No los acuso. Únicamente me pregunto si Lukás Stefanakos utilizaba sus contactos políticos para asegurarse de que el Estado griego invirtiese esos fondos a través, precisamente, de la empresa que su esposa dirigía junto con la señora Favieru.

—Lo importante es que los fondos se inviertan adecuadamente y no por medio de qué empresa se realice esa inversión.

—Me imagino que por eso le elogiaba el ministro balcánico que participó

como invitado en aquel programa.

A pesar de mis esfuerzos, no logro poner freno a mi ironía. Andreadis la capta de inmediato y se muestra más reservado.

—No sé a qué viene ese comentario. No tiene la menor idea de las dificultades que afrontan estos países a la hora de buscar fondos, créditos bancarios, préstamos. Stefanakos los apoyaba con la mediación de la consultoría de su mujer.

—Y una parte importante de los fondos terminaba en los bolsillos de las señoras Stazatu y Favieru, como compensación por su mediación.

—¿No es lógico que Grecia se beneficie de la ayuda que ofrece a otros países? ¿Qué motivo tendría para intervenir, si no? ¿Qué importa si Stefanakos canalizaba el beneficio a través de las empresas de su esposa y de la esposa de Favieros? En última instancia, actuaba en provecho tanto de Grecia como de los países balcánicos en cuestión. Los pobres balcánicos son conscientes de ello y se lo agradecen.

No se me ocurren argumentos que oponerle. A fin de cuentas, no soy más que un policía acostumbrado a tratar con cadáveres, no un político ni un financiero. Andreadis interpreta mi silencio como una muestra de conformidad.

—Todas las actividades que me ha descrito hasta el momento se rigen por las normas del mercado libre y autorregulado, señor comisario. Nuestro mayor éxito ha sido persuadir incluso a militantes fanáticos de la izquierda, como Favieros, Stefanakos y sus familias, para que aceptaran y acataran estas reglas. Y ahora que los hemos convencido, por fin, después de tantas décadas, ¿pretende que los denunciemos por cometer irregularidades? ¡Por el amor de Dios!

Se acuerda de su reloj, que había olvidado en aras de la retórica.

—Ahora debo marcharme. Se me ha hecho tarde.

Me acompaña a la puerta de su despacho. Allí se detiene y me da unas palmaditas amistosas en la espalda.

—Hemos ganado, señor comisario. Usted, como miembro de los cuerpos de seguridad, que tradicionalmente han estado en nuestro bando, debería alegrarse por ello. Recuerdos a Fanis.

Me da otra palmadita antes de dejarme en manos de su hija, que me acompaña hasta la salida.

« Conquistar: apoderarse de, asolar, destruir / apoderarse de una fortaleza o defensa / llevarse como trofeo / fig. conquistar el corazón» .

Estoy buscando la acepción que describe mejor la conquista de mi puesto por Yanutos. De entrada, las dos primeras se ajustan más: « apoderarse de» y « destruir» . Se apoderó de mi puesto mientras yo estaba en el hospital y, con su manera de abordar los casos del Departamento de Homicidios, sin duda pronto lo destruirá. La otra acepción no pega ni con cola porque, desde luego, él no me ha conquistado el corazón. En cambio, le viene como anillo al dedo la definición: « llevarse como trofeo» . Yanutos se plegó a los caprichos del consejero del primer ministro, pasó por encima de Guikas, detuvo a los tres fortachones y ahora se lleva mi puesto a modo de trofeo. En cuanto a mi situación personal, encaja a la perfección como complemento de « asolar» .

Es una de esas raras ocasiones en que me llevo el diccionario de Dimitrakos a la sala de estar. El dormitorio parece el puesto de un griego pónico en un mercadillo: el armario está vacío, y la ropa, esparcida por la cama, el sillón y el tocador donde se maquilla Adriani. Ocupan el centro de la cama dos maletas abiertas, que funcionan según el principio de los vasos comunicantes: una se llena conforme la otra se vacía. Todo esto forma parte de los preparativos de Adriani para nuestra salida mañana por la tarde hacia la isla, con el dichoso *high-speed*. Hay tiempo de sobra para hacer las maletas mañana por la mañana, pero suele tardar tanto en superar su indecisión, que se siente más segura si emprende la tarea con toda la noche por delante.

« Fuga: 1. Acción de fugarse. Evasión, huida. 2. Subterfugio, maniobra de evasión o de liberación. 3. Salida accidental de un gas o un líquido. Escape, pérdida. 4. mus. Forma musical en que las distintas voces van repitiendo sucesivamente el mismo tema» .

—Ven a elegir los pantalones y las camisas que quieres llevar.

—Pon sólo las camisas que necesitaré para cambiarme cada dos días y mete en la maleta tres pantalones y una cazadora, para las noches ventosas.

Partida apresurada, pues. Aunque no sea secreta, es una huida, una escapada, como dice Dimitrakos. Por otro lado, no sé si considerarla forzosa, pero en cierta forma sí que se trata de un exilio. Un exilio temporal en la isla.

Mientras investigo la descripción lexicográfica de mi situación, caigo en la cuenta de que mi sacrificio para salvar a Elena Kustas de la bala de su hijastro no me ha acarreado más que disgustos. Salvé la vida por los pelos, pasé casi un mes en el hospital, me dieron esta baja médica que me puso bajo la custodia de Adriani y, para colmo, ahora pierdo mi puesto en el cuerpo de policía.

Menos mal que Fanis llega a tiempo para rescatarme de la desesperación. Esto es lo que me gusta de él. Siempre aparece contento, con la sonrisa en la boca, y le bastan dos minutos para ponerte de mejor humor.

—He venido para despediros y deseáros unas buenas vacaciones —dice cuando le abro la puerta.

—Pero si no he preparado nada especial para cenar esta noche —se lamenta Adriani, que ha salido del dormitorio—. Pensé que sería mejor no cocinar, si nos vamos mañana. —Siempre se disculpa cuando no hay nada digno que comer en casa, porque se siente obligada a compensar la inutilidad de su hija en la cocina.

—¿Para qué existen las tabernas? —responde Fanis.

La idea le cae en gracia a Adriani, que acepta encantada.

—Espera que termine con las maletas y me vista.

Le encanta cenar fuera aunque, en cuanto se sienta en la taberna, no hay plato que merezca su aprobación. Sólo Dios sabe cómo funciona su cerebro.

—Andreadis te tiene mucho aprecio —le comento a Fanis una vez en el salón.

Él se echa a reír.

—Es por su madre. En casos como este los pacientes y las familias piensan que el médico es muy bueno, pero él sabe que sólo ha tenido suerte. Me la traje con un infarto de aúpa. Yo estaba convencido de que no sobreviviría a la noche, pero el organismo de la vieja reaccionó y se salvó. Y yo me gané el agradecimiento de Andreadis. —De pronto se pone serio—: ¿Has averiguado lo que querías?

No le he hablado de la movida que se ha organizado en jefatura pero entiende que ha de ser importante para que yo quiera entrevistarme con un diputado.

—Se mostró solícito y amable conmigo, aunque no esperaba averiguar lo que realmente me interesa.

—¿Por qué no?

—Porque es como buscar una aguja en un pajar.

—Menos mal que no te ha oído tu mujer, que siempre afirma que tu trabajo consiste en buscar agujas en los pajares —repite Fanis con una carcajada.

—Cada uno se aferra a su tabla de salvación.

Al ver mi expresión, Fanis deja de reírse. El timbre de la puerta nos interrumpe y me levanto para ir a abrir. Me encuentro delante de un muchacho de aquellos que trabajan de mensajeros.

—¿Costas Jaritos?

—Yo mismo.

—Firme aquí.

Firmo y él me entrega un sobre tamaño DIN A-4, voluminoso y pesado. El chico se va y yo me pregunto, desconcertado, quién me habrá enviado un sobre por mensajero, a casa y a las siete y media de la tarde. Leo el nombre del remitente y me quedo de una pieza. Me lo envía Minás Logarás, con domicilio en la calle Niseas 12, 10445 Atenas. Ambas direcciones, la del remitente y la del destinatario, figuran impresas en pequeñas etiquetas.

Vuelvo a la sala de estar al tiempo que rasgo el sobre, con el mismo gesto con que mi madre rajaba las liebres para hacer estofado en el pueblo. Del interior asoma un grueso paquete de hojas escritas en ordenador. Enseguida me fijo en el título:

APÓSTOLOS VAKIRTZÍS
EL PERIODISTA - EL LUCHADOR - EL HOMBRE
por MINÁS LOGARÁS

Mis ojos se detienen en el nombre de Vakirtzís y no consigo despegarlos. Apóstolos Vakirtzís es uno de los periodistas más destacados de la radio y la prensa escrita. Sus artículos representan una especie de barómetro de la escena política, y toda Grecia escucha su programa radiofónico matinal, desde los conductores y los barberos hasta los mecánicos de coches.

Intento imaginar por qué Minás Logarás me envía el manuscrito de su última biografía. Fanis se acerca y echa un vistazo por encima de mi hombro.

—¿Apóstolos Vakirtzís? —murmura extrañado—. ¿El periodista? ¿Por qué habría de suicidarse Vakirtzís? El gobierno y la oposición lo temen por igual. Él es capaz de poner y deponer ministros a su antojo. Ha ganado más dinero del que puede contar. Posee torres, casas de campo, yates, lo que quieras.

Después expresa en voz alta la misma pregunta que me había asaltado a mí:

—¿Y por qué ese Logarás te envía la biografía a ti?

—Es un aviso —respondo—. Me avisa de que Apóstolos Vakirtzís va a suicidarse.

—No lo entiendo —dice Fanis, perplejo—. ¿Por qué habría de avisarte? ¿Para que trates de impedirlo?

Su pregunta me abre los ojos. Claro, me avisa a mí porque sabe muy bien que moveré cielo y tierra para prevenir el suicidio. Intento adivinar cómo piensa Logarás, pero estoy nervioso y mi mente no responde.

Adriani entra en la sala de estar vestida y emperifollada.

—Ya estoy lista —anuncia satisfecha.

Agarro a Fanis del brazo y empiezo a zarandearlo.

—¡Está jugando conmigo! —grito, fuera de mí—. ¡Está jugando conmigo! No pretende advertirme que Vakirtzís va a suicidarse. ¡Quiere notificarme que

Vakirtzís se está suicidando, en este preciso instante en que yo recibo su biografía, y no puedo hacer nada al respecto!

Adriani nos mira alternativamente con asombro.

—Pero ¿qué os pasa? —inquire.

—¡No nos vamos, queda aplazado! —rujo.

—¿No salimos a cenar fuera?

—¡No lo entiendes! ¡Nuestro viaje queda aplazado! ¡Tenemos un tercer suicidio entre manos!

Adriani permanece muda por un momento, luego alza la vista a la luz del techo y se santigua.

—Virgen Santa, ya basta de tantos sobresaltos. Concédele a mi marido un trabajo normal, que le permita ir a la oficina a las nueve y regresar a las cinco de la tarde, y yo te encenderé un cirio tan alto como él.

No sabe lo cerca que está de ver su deseo cumplido. Corro al teléfono y marco el número de la casa de Guikas. No hay nadie. Busco el número de su móvil. Sólo nos permite utilizarlo en casos de urgencia, pero ¿acaso cabe algo más urgente que esto? Me sale la voz de una tipa que me informa de que mi llamada está siendo desviada. Llamo a la centralita de jefatura, con la esperanza de que se encuentre todavía en su despacho o que ellos sepan dónde está.

—¡Pon la tele, en el canal en el que se suicidaron Favieros y Stefanakos! — ordeno a Adriani mientras espero que respondan de jefatura. Si Vakirtzís se ha suicidado, lo anunciarán enseguida. Si no, quizá todavía queden esperanzas, aunque cada minuto que pasa juega en favor de Logarás.

» ¡Comisario Jaritos! ¡Necesito hablar con el director general de seguridad, el señor Guikas! ¡Es extremadamente urgente!

—Un momento, señor comisario. —Aguardo, esforzándome por controlar mi impaciencia y mi nerviosismo—. El señor director estará ausente durante unos días, señor comisario. ¿Desea hablar con otra persona?

La otra persona sería Yanutsos.

—No —espeto y cuelgo el teléfono.

Evidentemente, Guikas ha dado pasos en la misma dirección que yo, aunque con más celeridad. Lo ha dejado todo plantado y se ha ido de vacaciones. Echo miradas fugaces al televisor pero no veo nada que se parezca a un avance de telediario. Agarro el mando a distancia y hago un repaso de los canales. Todos continúan con su programación habitual. Esto me tranquiliza un poco, aunque no me acerca un ápice a la prevención del suicidio de Vakirtzís.

—¿No se tratará de una broma pesada? —pregunta Adriani. Ni ella se lo cree, pero lo dice para tranquilizarme un poco.

—¿Y si no lo es? —replica Fanis.

—No lo es —contesto categóricamente—. Nadie escribe trescientas páginas para gastar una broma.

De pronto, en un arrebato de inspiración, me acuerdo de Sotirópulos. Lo llamo al móvil, rezando por que está encendido. Dios deja a un lado el deseo de Adriani y atiende el mío. A la segunda llamada, Sotirópulos contesta.

—Escúchame y no me interrumpas. —Le cuento la historia de la biografía—. ¿Sabes dónde podría estar ahora Vakirtzís y cómo podríamos poner a los suyos sobre aviso?

—Déjame pensar. —Sigue un silencio, y después, la voz de Sotirópulos, angustiada—: Es el día de su santo y celebra una fiesta en la torre. Me invitó a mí también, pero he de preparar el programa y no puedo ir.

Eso es, me digo de inmediato. Se suicidará durante la fiesta, públicamente, delante de sus invitados. Seguro que habrá algún cámara grabando imágenes para el telediario. Al menos, la falta de noticias indica que, por el momento, no se ha matado.

—¿Puedes avisar a algún familiar? —pregunto a Sotirópulos.

—Tengo su número del móvil, aunque dudo que responda.

—¡No lo llames! Si ha decidido suicidarse hoy, lo hará antes para que no podamos impedirlo.

—No sé quiénes habrán asistido a la fiesta.

—¿Dónde está la torre de Vakirtzís?

—En Vranás.

—¿Tienes la dirección?

—No, pero puedo averiguarla. —De repente, cambia de actitud y grita, indignado—: ¿Cómo voy a decírtela si tú no tienes móvil?

—Apunta este número. —Y le doy el del móvil de Fanis.

—Sal para allá, y o no tardaré.

Esto significa que se pondrá en marcha en cuanto consiga una unidad móvil.

—Hazme un favor, conduce tú —le pido a Fanis—. No quiero ponerme al volante, estoy muy alterado.

—De acuerdo. —Dirige la vista hacia Adriani, que nos contempla embobada en medio de la sala—. Perdónanos por echar a perder la velada, pero no es culpa nuestra —se disculpa con ternura.

—Es igual, Fanis. Ya estoy acostumbrada —murmura sin malicia pero con tanta amargura que me acerco a ella.

—Escucha —digo—, el viaje a la isla no está cancelado. Sólo lo hemos pospuesto. Tenemos todo el verano por delante. Iremos, te lo prometo.

—Vale, vale. Y ahora, corre, para que no veamos más suicidios en la tele.

Es una de sus cualidades positivas: si reconoces su sacrificio, olvida sus quejas y se vuelve generosa.

Fanis conduce un Fiat Brava, una especie de bisnieto del Mirafiori. Voy sentado a su lado, con el móvil en la palma abierta de la mano. Estoy esperando a que llame Sotirópulos para facilitarme la dirección exacta de la torre de Vakirtzís. Sotirópulos, no obstante, se toma su tiempo, y yo no aparto los ojos de la pantalla del móvil, que marca la hora. Mi agonía va en aumento.

En opinión de Fanis, la ruta más rápida hacia Vranás no pasa por La Cruz sino por Pendeli, el bosque de pinos carbonizados de Diónisos y Nea Makri. No hace más de tres cuartos de hora que salimos de casa y ya estamos subiendo por Diónisos. Fanis tenía razón; si hubiésemos tomado la avenida del Mediterráneo con rumbo a Agua Paraskeví y La Cruz, aún estaríamos encallados a la altura de los estudios de la televisión nacional, por culpa de las obras olímpicas en curso. Sin embargo, una nueva preocupación empieza a reconcomerme. ¿Sabrá orientarse Fanis en Diónisos o nos perderemos por el monte y, mientras nosotros buscamos a algún alma para pedirle indicaciones, Vakirtzís se suicidará sin que alguien lo detenga? Observo que conduce con gran aplomo, lo que me tranquiliza un poco.

El móvil suena cuando emprendemos el descenso del puerto de Diónisos.

—Nadie conoce la dirección exacta de Vakirtzís —anuncia Sotirópulos—. Tendréis que preguntar en Vranás cómo llegar a su casa, todo el mundo la conoce.

—De acuerdo.

—Yo me pondré en camino dentro de un cuarto de hora. —Se produce una breve pausa antes de que pregunte, vacilante—: ¿Has hablado con alguien más?

—¿Con quién iba a hablar?

—Con otro periodista. ¿Lo has hecho?

—¿Te parece que me sobra el tiempo para charlar con otros carroñeros como tú, Sotirópulos? —Contesto furioso y pulso el botón que Fanis me había indicado para cortar la comunicación.

Para cuando enfilamos la recta de Nea Makri, ya es noche cerrada. Aunque en el trayecto hasta la carretera del litoral el tráfico había sido escaso, en Zúberi nos topamos con una caravana interminable de coches que avanzan a paso de hormiga.

—Ya está —resoplo, desesperado—. No llegaremos ni pasado mañana.

—Menos mal que hemos llegado hasta aquí. Imagínate qué habría pasado si hubiésemos ido por Rafina.

Tiene razón, aunque esto no me consuela. Mientras nosotros seguimos atrapados en una cola de más de cien vehículos, es posible que Vakirtzis ya esté muerto. Intento calmarme pensando que, entre tantos invitados, alguien habrá que intente impedirselo. Sé por experiencia, sin embargo, que, en casos como este, la gente se paraliza ante lo inesperado y, en lugar de hacer algo para evitar el mal, lo observa pasivamente, convertida en estatuas de sal.

A mi lado, Fanis estalla en cólera y empieza a golpear el volante.

—En verano salen a cenar pescadito, en invierno, carne asada y, el resto del año, van de excursión —aúlla, furioso—. ¡No hay manera de encontrar la carretera despejada!

Me olvido, por un instante, del presunto suicida para tratar de apaciguar al infractor en potencia, pero sin resultado. Fanis gira el volante a la izquierda, entra en el carril contrario, que está vacío, ya que nadie sale para cenar pescadito en Atenas, y aprieta el acelerador a fondo.

—¡Para, nos mataremos! —grito, pero no me hace caso.

Unos metros por delante aparece un autocar de línea que viene directo hacia nosotros. Fanis da un volantazo a la derecha y se pone a tocar el claxon para que lo dejen entrar en la fila de coches atascados. Lo consigue justo en el instante en que el autocar pasa a un centímetro de nosotros.

—¡Sinvergüenza, irresponsable! —brama un conductor sesentón—. ¡Y encima eres médico!

—¡Será un traumatólogo en busca de pacientes! —comenta una cuarentona pelirroja al volante de un Honda.

—¡Por esto cada fin de semana tenemos más bajas que los palestinos! —añade el sesentón.

—Tienen razón —le digo a Fanis—. ¿Crees que llegaremos a tiempo para prevenir el suicidio si nos matamos?

—¡Soy médico! —vocifera Fanis—. ¿Sabes lo que significa saber que alguien se está muriendo y no poder hacer nada?

—No. Yo soy policía y siempre llevo cuando ya están muertos.

La ira lo domina hasta tal punto que no oye mi respuesta. También está sordo a los comentarios y las protestas de los demás conductores. Es la primera vez que veo a Fanis, generalmente sereno y conciliador, fuera de sí. Sigue la misma táctica a lo largo de algunos kilómetros más: se mete en dirección contraria, adelanta tres o cuatro coches y regresa a su carril en cuanto tropieza con un obstáculo.

A pesar de los cortes de manga que nos dedican, con este método logramos dejar atrás Nea Makri y seguir por la carretera del litoral en dirección a Maratón,

donde se circula con bastante mayor fluidez. Son casi las diez de la noche cuando, por fin, doblamos a la izquierda, en dirección a Vranás. Después del cruce, la carretera está despejada, y Fanis pone el coche a cien.

—Me equivoqué —se lamenta mientras conduce—. Habríamos debido ir por Stamata.

—¿Y cuánto tardaríamos en ir de Drosiá a Stamata?

—Cierto. No lo había pensado.

A las diez de la noche avistamos Vranás, iluminado por guirnaldas de bombillas. Las tabernas están atestadas y en el aire flota cierto olor, no a pino, sino a humo y fritanga. Nos detenemos ante el primer quiosco para preguntar cómo llegar a casa de Vakirtzis.

—¿Vosotros también? ¿Qué os ha dado a todos que queréis ir a su casa? —se extraña el quiosquero antes de señalarnos por dónde debemos girar.

—Hemos llegado tarde —gruñe Fanis desanimado al arrancar de nuevo.

—No saques conclusiones precipitadas. Ha organizado una fiesta. Tal vez fueron los invitados quienes preguntaron por la casa.

—También es verdad. No me acordaba de que hoy es su santo.

Por suerte, no perdemos mucho tiempo buscando. Divisamos la casa de Vakirtzis a la derecha, en cuanto abandonamos Vranás rumbo a Stamata. Se trata de una casa blanquísima de tres plantas que se alza en lo alto de una pendiente. Fanis tuerce a la derecha para enfilarse un camino lateral que conduce a la entrada de la finca. La enorme verja está abierta de par en par, y en el área circundante, tanto en el interior como en el exterior de la finca, están aparcados todos los modelos de la industria automovilística internacional, desde todoterrenos y Bemeuves hasta Toyotas y Mercedes descapotables. Fanis no encuentra aparcamiento, de modo que deja el coche a cierta distancia.

No percibimos el alboroto sino hasta que nos acercamos a la finca. Cuando pasamos de largo buscando un sitio donde aparcar, los coches y las luces nos deslumbran. Ahora nos percatamos de que la entrada está desierta y no hay guardias. Recorro la zona con la vista y, allá arriba, cerca de la torre, vislumbro a un montón de gente apiñada como para presenciar un desfile. Sólo que, en vez de aclamaciones y aplausos, se oyen aspavientos, exclamaciones y chillidos. En la terraza, que cubre la planta baja entera de la mansión, reina el pánico. Unos gesticulan violentamente, otros entran y salen de la casa y otros más suben y bajan las escaleras que comunican la terraza con el jardín.

Fanis y yo nos detenemos e intercambiamos miradas.

—Tenías razón —le digo—. Hemos llegado tarde.

Y, como si nos hubieran propinado un empujón, echamos a correr cuesta arriba, hacia el tumulto. A media distancia, Fanis aminora el paso y se vuelve hacia mí.

—Quizá no conviene que me vean contigo.

—Ven. Nadie va a preguntar quién eres.

Continuamos subiendo cuando suena la sirena de una ambulancia y sus faros iluminan nuestro camino desde atrás. Tras la ambulancia llega un coche patrulla. Le hago una señal al conductor de la ambulancia para que se detenga.

—¿Por qué habéis venido? —pregunto cuando llega a mi altura.

Me mira, confundido.

—Nos han avisado que hay que llevar a alguien al hospital.

—¿A quién?

El conductor consulta su libreta.

—Al periodista Vakirtzis.

Un agente baja del coche patrulla y se me acerca.

—¿Y usted quién es? —inquire.

Le muestro mi placa.

—Comisario Jaritos. Quedaos aquí hasta que os llame.

Ambos ponen cara de perplejidad pero no se atreven a contradecirme. Fanis y yo reemprendemos la subida.

—Si han avisado a una ambulancia, quizá siga con vida —aventura él.

Lo mismo pienso yo y cruzo los dedos mentalmente. Intento abrirme paso entre el gentío repitiendo sin cesar mi nombre y mi cargo. Oigo susurros de horror, gemidos y llantos. Muchos de los presentes tienen la ropa empapada.

Por fin, llego a un espacio abierto cubierto de césped y con una enorme piscina en medio. Los ojos se me van automáticamente a la piscina, quizá como reflejo por haber visto a aquellas personas mojadas, pero está vacía y en calma. Hay una mujer sentada en una silla junto a la piscina. Su cuerpo se inclina hacia delante, como si buscase algo en el suelo, sacudido por los sollozos. También lleva el vestido mojado.

Sigo buscando con la mirada hasta que, a unos quince metros de distancia, descubro un bulto blanco bajo un parral. El área está mal iluminada y no alcanzo a distinguir de qué se trata aunque, al aproximarme, advierto enseguida que es un cuerpo humano tapado con una sábana.

Contemplo el bulto desde lo alto. Las esperanzas que concebí al oír la ambulancia se disipan ante el cadáver cubierto. Me agacho y retiro la tela. La visión de un rostro quemado me sorprende tanto, que dejo caer la sábana y me apoyo en el parral, para no caer al suelo. Estaba preparado para el espectáculo de un cráneo destrozado por una bala o una garganta cortada con un cuchillo, pero no un cadáver carbonizado. Echo una ojeada alrededor. Hay trozos de césped amarillentos y otros chamuscados.

Me alejo del cadáver y me dirijo a la mujer sentada en la silla. Ha dejado de llorar. Ahora mantiene el cuerpo recto e inmóvil y se cubre la cara con las manos.

—¿Qué ha pasado? —pregunto. Ella no responde ni cambia de postura—. Soy

el comisario Jaritos. Cuénteme qué ha pasado.

Baja las manos lentamente y me mira. Traga saliva e intenta hablar con cierta coherencia.

—Jugábamos junto a la piscina —me explica al cabo—. Ya sabe, cuando intentas tirar al otro al agua.

Lo he visto hacer en algunas películas de Hollywood, pero no es momento para juegos.

—¿Y después?

—En cierto momento, apareció Apóstolos. Estaba empapado, y pensamos que él también se había dado un chapuzón. Pero él estaba empapado en... petróleo... —Vuelve a convulsionarse, presa de los sollozos, y apenas consigue farfullar—: Se detuvo en el lugar donde está ahora y agitó la mano, como despidiéndose de nosotros. Después... —El llanto no la deja proseguir—. Después sacó un encendedor del bolsillo y prendió fuego a su ropa.

Espero a que se calme un poco.

—¿A nadie se le ocurrió echarle agua?

—No. Nos quedamos todos petrificados. En menos de un segundo, estaba envuelto en llamas. Lo vimos retorcerse y aullar, pero no nos atrevimos a acercarnos. Cuando se desplomó sobre el césped, reaccionamos y empezamos a buscar cubos o una manguera. No había mangueras por ninguna parte. Los que corrieron a la casa encontraron un cubo de fregar. Lo llenaron de agua en la piscina y se lo vaciaron encima, pero ya era demasiado tarde.

—¿Dónde está su esposa?

—No tenía esposa, estaba divorciado. Rena, la chica con la que vive... vivía... entró en estado de choque y la llevaron a la casa.

La gente siempre actúa de la misma manera en estos casos. En cuanto constata que alguien asume el mando, se relaja y se desmorona. La dejo y me aproximo a Fanis, que nos observa desde el borde de la piscina.

—Ardió como un cirio.

Mis palabras le producen un estremecimiento.

—Puedo entender que alguien llegue a suicidarse. Pero esta salvajada... ¿Por qué?

—No lo sé. Diles a los de la ambulancia que ya se lo pueden llevar. Y entra en la casa para buscar a su novia, una tal Rena. Comprueba en qué estado se encuentra y trata de reanimarla. Necesito hablar con ella.

Fanis se da la vuelta y se aleja a toda prisa, mientras yo examino el entorno. Ahora que he perdido la carrera contra la fatalidad, ya sólo me resta detectar las posibles similitudes entre este suicidio y los anteriores. A primera vista, la muerte de Vakirtzis se diferencia de las otras en dos puntos. En primer lugar, la biografía que la acompaña no fue a parar a manos de un editor sino a las mías propias. Eso significa que quien se oculta tras el seudónimo de Logarás sabe que estoy

investigando los suicidios. Por tanto, no sólo es alguien del círculo de los tres suicidas sino también alguien que me conoce y a quien posiblemente yo haya interrogado. En segundo lugar, este es el único suicidio que, aunque perpetrado en público, no se ha retransmitido por televisión. De pronto, de entre la multitud surge Andreadis. Me ve y me aborda.

—¡Qué tragedia! —exclama—. ¡Qué tragedia!

—¿Lo presenció usted?

—¿Y quién no? Ocurrió delante de nuestros ojos.

—¿Tuvo la oportunidad de hablar con él esta noche?

—Intercambiamos un par de palabras. Lo saludé y lo felicité al llegar, pero no coincidimos más.

—¿Qué impresión le causó?

Reflexiona antes de responder.

—La de siempre, jovial y bromista. «Sabes que te aprecio, Kyriakos —me aseguró—, pero no te veré en el poder».

¿No iba a verlo en el poder porque su partido no ganaría las elecciones o porque él pensaba suicidarse? La segunda hipótesis me parece más probable.

—No esperaba reencontrarme con usted en circunstancias tan desagradables —comenta Andreadis.

—Precisamente intentaba prevenir estas circunstancias cuando fui a hablar con usted.

Me mira estupefacto.

—¿Cree que el suicidio de Vakirtzís está relacionado con las muertes de Favieros y Stefanakos?

—Estoy convencido de ello. Lo que no sé es cuándo se cerrará el ciclo y si se producirán nuevos suicidios.

Lo noto inquieto, casi al borde del pánico, pero no dispongo de los medios ni del tiempo necesarios para tranquilizarlo.

En el otro extremo de la piscina hay una unidad móvil de la televisión, y una pelirroja, seguida por el cámara como si fuera la dama de honor que lleva la cola del vestido de la novia, está entrevistando a los invitados. Así que hay cobertura televisiva, pienso. La unidad móvil es del mismo canal que emití en directo los suicidios anteriores. Me llama la atención que sea la única emisora presente. Agarro a la pelirroja de la manga y me la llevo a un lado. Ella se sorprende de verme.

—Señor comisario, veo que se ha recuperado. ¿Ha vuelto al servicio?

Dejo la pregunta sin contestar, por razones obvias.

—Dime: ¿cómo es que estáis aquí? ¿Cubris habitualmente las fiestas particulares de vuestros colegas?

—No, recibimos una llamada. Nos dijeron que mandáramos un equipo a la fiesta de Vakirtzís, porque habría sorpresas. Al principio, el director creyó que era

una broma pero después cambió de opinión y me pidió que viniera, por si acaso.

—Quiero una copia de las entrevistas que hayas hecho.

—Desde luego, mañana se la llevo al despacho.

—A mi despacho, no. Podría traspapelarse. Envíala al despacho del director, ya la recogeré allí.

La dejo para ir a hablar con Rena. Rezo por que Fanis haya conseguido reanimarla, para así sacar algo en claro. Qué bien. Logarás montó un espectáculo televisivo con los primeros dos suicidios. Para el tercero, con el fin de ofrecer un *show* campestre, también procuró cobertura. Pero ¿cómo sabía en qué momento se quitaría la vida Vakirtzís? ¿Cómo podía estar tan seguro del día y la hora? Medito sobre ello mientras subo los escalones de la terraza y llego a la conclusión de que sólo ha corrido cierto riesgo con la muerte de hoy. Con las anteriores, se había cuidado de enviar a tiempo las biografías a dos editoriales distintas, confiando en que las publicarían inmediatamente después de los suicidios, tal como ocurrió. Esta vez, se la jugó. Pero no con la emisora de televisión. Si Vakirtzís no se hubiera suicidado, simplemente habrían supuesto que se trataba de una broma. Sin embargo, ¿qué iba a suceder si la biografía llegaba a mis manos antes de que Vakirtzís se matara? ¿Acaso no intentaría yo impedirlo? El hecho de que me enviase el texto demuestra que sabía que estoy investigando los suicidios y que, por lo tanto, no me quedaría de brazos cruzados esperando lo inevitable. ¿Por qué me envió la biografía una hora antes del suicidio y cómo estaba tan seguro de que no llegaría a tiempo para prevenirlo? Es imposible que lo supiese con tanta certeza. A menos que hubiera acordado el día y la hora de la muerte con el propio suicida. ¿Tanto poder ejercía sobre ellos? ¿Tanta influencia? La pregunta queda en suspenso hasta que descubra cómo y con qué elementos los chantajeaba.

Pregunto a una de las muchachas que deambulan como sonámbulas por la planta baja dónde está la habitación de la señora Rena, y me señalan una escalera que conduce del enorme salón a la primera planta. Mientras subo, me cruzo con Petrulakis, el consejero del primer ministro. Nos encontramos cara a cara justo en medio de la escalera. Me mira como si esperara que le presente mis respetos. Yo, en cambio, creo que el suicidio de Vakirtzís lo arrastrará hasta el fondo y opto por hacer caso omiso del gesto brusco que me dirige. Desvío la mirada a tiempo y reanudo el ascenso.

En la primera planta, me detengo frente a tres puertas cerradas. La primera se abre a un dormitorio frío e impersonal, con una cama de matrimonio, un sillón de respaldo bajo y una estantería con libros. Evidentemente, es el dormitorio de invitados. La segunda puerta da entrada a un gimnasio con barra, bicicleta fija y cinta de correr. Pruebo suerte con la tercera puerta y descubro a Fanis tomando el pulso de una muchacha joven. Ella oye chirriar los goznes y se vuelve hacia mí. Es morena, con los labios y las uñas pintados color berenjena. Lleva una

blusa roja con tirantes, que deja sus hombros y su ombligo al descubierto, y pantalones color crema. Si no me equivoco, Vakirtzis contaba cincuenta y cinco años, unos veinticinco más que ella, porque no creo que supere los treinta.

Fanis se me acerca y me susurra al oído:

—Se ha repuesto un poco, pero no te pases. —Y nos deja solos.

Me siento en el borde de la cama. La joven me sigue con la vista, como hipnotizada.

—Soy el comisario Jaritos —me presento—. No es mi intención importunarla; sólo quiero hacerle algunas preguntas.

En lugar de responder, mantiene los ojos clavados en mí. Supongo que entiende mis palabras así que prosigo:

—¿Había observado algo raro en el comportamiento del señor Vakirtzis últimamente?

—¿Como qué?

—No sé... Irritación..., accesos de cólera..., gritos...

—Sí, pero esto no era raro en él. Siempre gritaba y me trataba con brusquedad... Al cuarto de hora se olvidaba de sus cabreos y se deshacía en cumplidos.

—Tenía problemas..., preocupaciones...

Esboza una leve sonrisa.

—Apóstolos nunca tenía preocupaciones. Las causaba a los demás.

No sé si se refiere a los que despedazaba en sus programas o a sí misma. A ambas cosas, tal vez.

—En general, no le daba la impresión de que pensara suicidarse.

—¿Apóstolos? —La leve sonrisa cede el paso a una risita de amargura—. ¿Qué quiere que le diga?

Deduzco que no se llevaban demasiado bien, aunque esto no me importa mucho.

—¿O sea que no había notado ningún cambio en su conducta últimamente?

—Ninguno. —Hace una pequeña pausa para pensar—. Excepto...

—¿Qué?

—Estas últimas semanas, pasaba muchas horas encerrado en su despacho, trabajando con el ordenador.

Igual que Favieros. La pauta se repite, y he sido un gilipollas por no indagar si el caso Stefanakos también se ajusta a ella. Es lo malo de las investigaciones extraoficiales conducidas en periodos de baja médica: no te atreves a interrogar a quien quieres en el momento que quieres.

—¿Por lo común, no pasaba muchas horas en su despacho?

—Ni una. Apóstolos tenía de todo. Un despacho que ocupa la planta superior entera. Ordenadores, impresoras, escáneres, conexión a Internet... Pero no lo tenía para utilizarlo, sino para no ser menos que los demás... sus amigos, sus

colegas. No toleraba carecer de algo que tuvieran los demás. Era envidioso. Excepto esta última temporada, en que se encerraba en su despacho, delante del ordenador.

—¿No le preguntó qué hacía?

—Siempre que le preguntaba qué hacía, respondía que estaba ocupado, aunque estuviera regando el jardín o viendo un partido de fútbol en la televisión.

Colijo que no voy a averiguar gran cosa más y me levanto. Salgo del dormitorio y subo a la tercera planta. Aquí no hay puertas. Es un gigantesco espacio único, con un escritorio, un televisor de pantalla gigante y aparatos diversos. Hay altavoces de múltiples tamaños dispuestos a lo largo de las paredes, y un sofá con una mesilla colocados frente a la tele.

Sobre el escritorio descansan los objetos que ha enumerado la chica. Lo que me llama la atención es que no hay un solo libro en todo el escritorio. Sólo encuentro, encima de la mesilla del sofá, algunas revistas dispersas. Hasta yo dispongo de una biblioteca con cuatro estantes, en el dormitorio, cierto, pero repleta de libros. Vakirtzís, en cambio, no tenía uno solo.

En el costado izquierdo del escritorio hay tres cajones. Los abro uno tras otro. El primero está lleno de blocs de notas sin usar y un surtido de bolígrafos nuevos. El segundo resulta más interesante, pues contiene numerosas cintas de audio. Habré de mandar a alguien que las recoja y las envíe al laboratorio. Al intentar abrir el tercer cajón, descubro que está cerrado con llave. Me agacho y veo que tiene una cerradura de seguridad. No queda otro remedio que localizar la llave, aunque no sé si, en caso de suicidio, estamos autorizados a investigar. Si no, habrá que solicitar permiso a los legítimos herederos, y no sé quiénes son. Seguramente, Rena no. Ella correrá la misma suerte que esas víctimas que conviven con un hombre mucho mayor que ellas, pasan algunos años nadando en la abundancia y después se quedan solas y a dos velas.

Al bajar los escalones de la terraza, me topo con Sotirópulos.

—Me he quedado sin nada —se queja indignado, como si yo tuviera la culpa—. Ya se habían llevado el cadáver, y la mayoría de los invitados se habían marchado. Fotaki llegó a tiempo para entrevistarlos. ¿Ella cómo lo sabía? —pregunta, ojeándome con recelo.

—Por una llamada anónima. Alguien les avisó que en la fiesta de Vakirtzís habría sorpresas.

Se lo piensa y emite un silbido.

—Te refieres a...

—Exacto. Me envió la biografía y telefoneó a la misma cadena que había transmitido los suicidios anteriores.

Echo a andar para ir a hablar con Fanis, que me espera sentado en una silla, pero Sotirópulos me sujeta del brazo.

—¿Adónde crees que vas? —gruñe—. Algo he de sacar de esta historia.

—¿Y esperas sacarlo de mí? —Estoy a punto de estallar pero esto no lo amedrenta en absoluto.

—Sí. Quiero que me hables de la biografía. De cómo fue a parar a tus manos y te impulsó a venir a toda prisa. Supongo que no soltarás un bombazo, porque sé que eres duro de roer y muy capaz de callártelo.

Será un bombazo, aunque no como el que él imagina. Si hablo, desenmascararé sin remedio a Yanutsos y a quienes lo apoyan. A fin de cuentas, nada me obliga a guardar silencio, pues estoy de baja médica y otra persona me sustituye en mis funciones. En caso necesario, puedo demostrar que llamé a jefatura, no encontré a Guikas y acudí en persona para evitar la muerte de Vakirtzís.

—De acuerdo, te lo contaré todo. Pero no me preguntes si he hecho pesquisas por aquí ni qué pistas he encontrado porque es mi deber informar primero al departamento.

Me mira y piensa que estoy tomándole el pelo. Con el micrófono en la mano, espera que de un momento a otro lo deje colgado. Pero yo empiezo a contar la historia, desde el instante en que me llevaron el sobre a casa hasta que llegué aquí y descubrí el cadáver carbonizado de Vakirtzís. La sonrisa de Sotirópulos se ensancha con cada palabra, como si estuviera presenciando una subida sin precedentes de la bolsa.

Cuando concluyo, me tiende la mano por primera vez desde que lo conozco.

—Gracias, eres un tipo legal —dice.

Me guardo mis comentarios y me acerco a Fanis, que se ha puesto de pie y viene a mi encuentro.

—¿Has averiguado alguna cosa? —pregunta.

—Presentaba los mismos síntomas que Favieros. Últimamente se encerraba durante horas en su despacho, con el ordenador. Hay un cajón con cerradura de seguridad, pero no he dado con la llave.

Esta vez elegimos la ruta de Stamata. Pasa de medianoche, y el tráfico es escaso en la avenida de Kifisiás.

—Aquí termina tu baja —sentencia Fanis de pronto.

Me vuelvo hacia él, sorprendido.

—¿Por qué? ¿Cómo se te ocurre?

—Porque se han acabado las bromas con los matones de la extrema derecha. Ahora la cosa se pone seria.

No sé si la cosa se pone seria. La expresión de Petrulakis en las escaleras, sin embargo, evidenciaba que esta vez no les resultará tan fácil imputar la muerte a Filipo el Macedonio.

« Empeorando, la situación mejora» . Era el lema de uno de nuestros profesores de la academia de policía. Corría la época que sucedió a la caída del gobierno de Georgios Papandreu, con las marchas, las manifestaciones y los choques diarios entre la policía y los estudiantes. Aquel profesor entraba en el aula, se frotaba las manos y decía: « Empeorando, la situación mejora» . En su jerga particular, eso significaba que, aunque el estado de cosas se deterioraba día a día, en realidad, aquel conflicto implicaba una mejoría, ya que anunciaba la llegada de la dictadura. Lo repetía una y otra vez, hasta que sucedió de verdad. Desde luego, difícilmente podemos afirmar que las circunstancias mejoraron bajo la dictadura, aunque cada uno entiende a su manera lo que es un mejoramiento.

Reflexiono sobre ello mientras contemplo de soslayo al ministro. Con el suicidio de Vakirtzis la situación ha empeorado. Pero esta mañana me ha despertado la llamada de Guikas, que ha regresado con premura de la isla de Spetses, porque el ministro nos ha convocado a ambos a una reunión urgente. Cuando, al entrar en el despacho del ministro, advertí que Yanutsos no estaba allí, comprendí que, empeorando, la situación mejora. Éramos cuatro los reunidos: el ministro, sentado en su trono, Guikas y yo en cada uno de los extremos, y el director general, en medio. En este caso, no se trata del asiento de honor, sino del banquillo del acusado, y a que el ministro está sermoneando de lo lindo al director general.

—No te entiendo, Stazis —le dice—. Das al jefe del Departamento de Homicidios la orden de que detenga a esos delincuentes sin notificar al director de seguridad. Y ni siquiera es el jefe del Departamento de Homicidios, sino su sustituto.

—Cuando pedí al señor director que me informara, me contestó que es a mis subordinados a quienes corresponde hacerlo —apostilla Guikas, clavando su propio clavo en el ataúd del director general.

Este rehuye la mirada de Guikas y opta por continuar dialogando con el ministro.

—Ya le he dicho que recibí la orden desde arriba —se justifica.

—¿Y no debía saberlo yo, si venía de tan arriba? ¿Qué estás diciendo? ¿Que hay órdenes de arriba que no pasan por mis manos?

En vano espera una respuesta. El director general se limita a mirarlo a los ojos.

—¿Qué hacemos ahora? —El ministro insiste en preguntar, quizá porque así pone al director general en un brete—. Si dejamos a esos tres en libertad, se reirán de nosotros. Si los retenemos, nos comerán vivos.

—Podríamos dejar pasar un tiempo —sugiere el director general.

—¿Y qué ganaríamos con ello? Mientras tanto, nos convertiríamos en el hazmerreír de todo el mundo.

Tras cierta vacilación, el director general nos suelta a bocajarro:

—¿No cabe la posibilidad de que la extrema derecha sea también responsable de este suicidio? Los tres detenidos no son los únicos miembros de la organización.

Guikas se da la vuelta bruscamente, a punto de salir disparado de su asiento. El ministro percibe su reacción pero mantiene la calma.

—No es posible, Stazis —responde con una sonrisa irónica—. Vakirtzís estaba a favor de la repatriación forzosa de los inmigrantes ilegales a sus países de origen. Incluso había dedicado una serie de programas a este tema. ¿Crees que la extrema derecha desearía la muerte de alguien que defiende la expulsión de los inmigrantes ilegales? Reza por que ningún periodista se acuerde de aquellos programas, pues de lo contrario haremos un ridículo monumental. —De repente, deja de bromear y se dirige al director general con mucha frialdad—: Gracias, Stazis. Esto es todo.

Por el tono de su voz se entiende que lo está despidiendo. El director general sale del despacho callado y sin despedirse. En cuanto la puerta se cierra tras él, el ministro se vuelve hacia nosotros.

—¿Puedo saber qué está pasando, exactamente? —pregunta a Guikas.

—Se lo contará el comisario Jaritos, que ha sacrificado su baja médica para realizar una investigación a instancias mías —responde Guikas.

El ministro fija la vista en mí. En casos como este, tan difícil resulta no querer maquillar la verdad como evitar que cunda el pánico.

—Sinceramente, señor ministro, todavía no sé qué está pasando ni por qué se suicidaron Favieros, Stefanakos y Vakirtzís. Estoy convencido, sin embargo, de que alguien los indujo a quitarse la vida.

Empiezo a referirle la historia de las biografías, de la dirección falsa que facilitó Logarás, de los distintos editores a los que envió sus manuscritos y de la biografía de Vakirtzís, enviada a mi casa por medio de un mensajero. El ministro me escucha con atención y con gesto de preocupación creciente.

—¿A usted qué le llama más la atención? —quiere saber al final.

—Dos cosas. La decisión de suicidarse en público. Ni Favieros, ni Stefanakos, ni Vakirtzís parecían en absoluto personas proclives a convertir su muerte en un espectáculo.

—¿Y la otra cosa?

—Mientras que las biografías trazaban, en esencia, un retrato elogioso de los difuntos, cada una de ellas contenía ciertos datos que apuntaban a actividades sospechosas.

El ministro me contempla con gravedad y dice, muy tranquilamente:

—En otras palabras, del escándalo no nos libra nadie.

—No sé qué decirle. Está comprobado que el tal Logarás sabe de qué habla, al menos en lo que concierne a Favieros y Stefanakos. He estado demasiado ocupado para leer la biografía de Vakirtzís.

—¿Quién más estaba al corriente de todo esto?

Me habría extrañado que no formulase esta pregunta. Se supone que sólo Guikas y yo sabemos. Para explicar la detención de los matones, sin embargo, sería lógico pensar que habíamos hablado con una tercera persona. Miro a Guikas. Él aparta la vista y se dirige al ministro.

—El señor Petrulakis, el consejero del primer ministro, me pidió cuentas a mí, personalmente. El señor comisario se reunió con él y le contó todo lo que sabíamos.

Lo que no puede revelar es que a ambos nos interesaba hablar con Petrulakis. A Guikas, porque quiere hacer méritos para su ascenso; a mí, porque estoy luchando por recuperar mi puesto.

—¿Por qué no vino a contármelo a mí?

—Porque no disponíamos de pruebas fehacientes —se apresura a responder Guikas, quien, evidentemente, se esperaba la pregunta—. Para empezar, no se trata de asesinatos sino de suicidios, hechos que no justifican una investigación oficial. Los datos que ha revelado la investigación del señor comisario plantean nuevos interrogantes, desde luego, pero tampoco constituyen pruebas. De hecho, el suicidio de Vakirtzís y el envío de su biografía al propio comisario representan los únicos indicios fundados de que nos enfrentamos a una incitación al suicidio.

—Y, por no disponer de pruebas fehacientes, prefirieron hablar con alguien ajeno al asunto y a quien le faltó tiempo para tratar de encubrirlo todo de la manera más ingenua.

Su apreciación es correcta, de modo que cerramos el pico. Él lo interpreta como una admisión implícita de nuestra irresponsabilidad e intenta dorarnos la píldora.

—Por Dios, no crea que le estoy culpando del manejo de este caso, sé muy bien que se ha llevado a sus espaldas —le asegura a Guikas—. Pero ahora nos encontramos con una historia muy desagradable entre manos, cuando hubiéramos podido hacer lo que hace todo político que se precie en Grecia: nada. Ahora no sabemos cómo salir de este lío. —Se vuelve de nuevo hacia Guikas—. ¿Se le ocurre alguna idea?

—Sí, señor. No soltar todavía a los tres extremistas y declarar que los

retenemos para interrogarlos acerca del asesinato de los dos kurdos. Al mismo tiempo, correremos la voz de que los suicidios reiterados han despertado sospechas y de que estamos investigando las causas. Esto no nos ahorrará los sarcasmos con respecto a lo segundo pero, al menos, nadie podrá acusarnos de utilizar a los tres tipos como chivos expiatorios.

El ministro reflexiona brevemente.

—De acuerdo, procedamos así. No hay mejor solución. —Piensa un poco más antes de dirigirse a mí—: ¿Cree que se producirán más suicidios, señor comisario?

—Ojalá lo supiera, señor ministro. Tal vez el de Vakirtzís fuera el último, aunque es posible que haya otros. Por desgracia, no sabemos por qué se quitan la vida ni quién es Logarás, que, evidentemente, está moviendo los hilos.

—Me entra el pánico sólo de pensar que la situación podría repetirse.

—A mí también. Ayer, no obstante, se abrió una pequeña puerta.

El ministro y Guikas clavan los ojos en mí.

—¿Qué puerta? —pregunta el ministro.

—La biografía que me envió Logarás. Lo hizo porque quiere establecer una vía de comunicación conmigo. Y me imagino que querrá aprovecharla.

—¿Con qué objeto? —inquire Guikas.

Me encojo de hombros.

—Tal vez crea que voy de listo y quiere jugar conmigo. O tal vez se dispone a revelar sus motivos para empujarlos al suicidio. De lo que no cabe duda es de que sabe que estoy investigando estas muertes. Y esto indica que se trata de alguien a quien he interrogado.

Mientras hablo, se me ocurre que Logarás pudo enterarse a través de Sotirópulos. A él le he contado casi todos los pormenores de mi búsqueda. Es muy posible que los haya comentado con algún colega suyo, y que él sea la fuente de la filtración. No me atrevo a confesar a Guikas y al ministro que tengo tratos con Sotirópulos y le he revelado información importante. El ministro me echará la bronca, pero Guikas pensará que me he vuelto loco, porque conoce mi aversión por la prensa y los periodistas.

No sucede a menudo que Guikas me conceda el honor de llevarme en su coche oficial, pero hoy hace una excepción, quizá porque este caso se sale de lo común. Cuando investigas el asesinato de unos pobres diablos, inmigrantes o autóctonos, padrinos de la noche o mafiosos rusos, no necesitas más que el coche patrulla. Sin embargo, cuando te mueves en un ambiente de grandes salones en el que se suicidan empresarios, políticos y periodistas de gran calibre, adquieres un aura distinta y el derecho a viajar, de vez en cuando, en un coche oficial.

Al entrar en la antesala de Guikas, advierto que el policía esconde rápidamente una revista en uno de los cajones de Kula. Por lo visto Guikas ya conoce el juego, porque rápidamente vuelve la cabeza hacia la pared.

—¿Piensas interrumpir tu baja para regresar al trabajo?—pregunta en cuanto ocupamos nuestros asientos habituales.

Ya he considerado esta posibilidad y, en este caso, no es Adriani quien me retiene.

—Preferiría seguir investigando en la sombra, con la ayuda de Kula. Si inicio una investigación oficial, se nos echará encima la prensa y los suicidios darán paso a los asesinatos. Temo que surjan problemas con las familias de los difuntos. Son influyentes y podrían ponernos la zancadilla en cualquier momento.

—Mira por dónde, has empezado a tenerles respeto a las personas con medios para ejercer presión. De ahora en adelante dormiré más tranquilo —comenta Guikas esbozando una sonrisa irónica.

—Este caso requiere cierta delicadeza.

Guikas reflexiona antes de soltar un suspiro.

—Tienes razón, aunque me convendría que volvieras a tu despacho.

—¿Por qué? ¿Por Yanutsos?

—No. Por Kula. Necesito que vuelva ella también y ponga un poco de orden.

—¿El de ahí fuera no le sirve? —pregunto inocentemente, aunque ya sé la respuesta.

—A mí, no. Se lo enviaré a mi mujer, para que intercambien revistas. Siempre lleva un montón cuando va a la peluquería.

Echamos a reír al mismo tiempo, como si hubiéramos estado aguardando una oportunidad de descargar la tensión.

—¿Qué piensa hacer con Yanutsos?

—Le mandaré de vuelta por donde ha venido y me ocuparé personalmente del departamento hasta que te reincorpores.

Me marcho después de prometer que lo mantendré informado. Cuando me dispongo a pulsar el botón de la planta baja, cambio de opinión y aprieto el de la tercera. Cruzo el pasillo y entro de improviso en el despacho donde están mis dos exayudantes, que ahora vuelven a ser mis ayudantes: Vlasópulos y Dermitzakis. Es evidente que ya no contaban conmigo, pues me miran como si fuera un fantasma. Tras un instante de incertidumbre, se levantan ambos de un salto.

—¡Señor comisario! —exclaman a coro.

Todavía estoy resentido por su comportamiento en casa de los kurdos. Paso por alto las bienvenidas y los buenos días.

—Vengo para deciros que me darán de alta dentro de quince días. Si necesitáis algo, entretanto, podéis llamarme a casa. Estaré en la ciudad.

—¿Quiere decir... que volverá? —pregunta Dermitzakis tímidamente.

—¿Por qué no iba a volver, Dermitzakis? ¿Piensas que me han concedido la invalidez total?

—No, no, señor comisario. Es que...

—Es que... ¿qué?

—Habíamos perdido la esperanza de que volviera, señor comisario — interviene Vlasópulos, el más atrevido de los dos, porque lleva más tiempo conmigo—. Pensábamos que ya nos jubilaríamos a las órdenes de ese imbécil. —Y señala la puerta de mi despacho—. En fin, mejor que me calle. Aquí, hasta las paredes oyen, como solía decir mi madre.

Quieren invitarme a un café para agradecerme sus nuevas perspectivas de jubilación, pero invento alguna excusa sobre el trabajo y me marcho apresurado. No tengo ganas de encontrarme con Yanutsos. No soy vengativo, y los perros apaleados me ponen de mal humor.

—Si necesito algo antes de mi reincorporación oficial al departamento, os pediré ayuda. Pero debéis actuar sin hacer preguntas —les aviso.

Me miran, perplejos, aunque se alegran tanto de verme que no se esfuerzan por comprender.

—Lo que usted diga, señor comisario.

Les pido que llamen a un coche patrulla para que me lleve a casa. No pienso asarme bajo el sol del mediodía. Tres minutos después, el coche me espera en la puerta.

Empeorando, la situación mejora. Lo dicho.

Las oficinas de Starad se encuentran en Vikela, frente al hospital La Salud. Stazatu debió de gastar mucho dinero en la decoración de su empresa. Al entrar, tus pies se hunden en una moqueta mullida que ahoga el sonido de tus pasos. Cuando te sientas, los sillones te abrazan la espalda como para evitar que te caigas. Los cuadros, de marco blanco, representan rectas, cubos y esferas de colores distintos, aunque siempre con un toque de rojo, para entretener la vista.

El despacho de Stazatu se distingue de los demás en que dos alfombras de gran valor cubren la moqueta, y en que, detrás de su sillón, en el lugar de la pared donde en jefatura hay un Cristo coronado de espinas, cuelga la pintura de un pequeño puerto de mar, con sus barquitas y una mujer con una puerta abierta a la espalda.

Stazatu es una cincuentona de buen ver que, maquillada, parecería más joven. Ahora está sin maquillar, luce un conjunto azul marino con discretas aplicaciones blancas en el cuello y me mira con expresión altiva, sin duda heredada de su padre. Junto al escritorio de Stazatu y un poco en diagonal, está sentada Sotiría Maskari-Favieru. Desprovisto también de cualquier cosmético, el rostro se le ve ajado. Lleva el pelo corto y resulta difícil determinar su edad e incluso si es hombre o mujer. Cuando visité su casa en Porto Rafti, después del suicidio de Favieros, me informaron de que la familia había salido a navegar. Pues bien, ella debió de quedarse encerrada en la cabina, porque está blanca como una sábana. Sentada con las piernas muy juntas, nos mira con recelo y temor. Vistas una al lado de la otra, se adivina enseguida quién lleva las riendas de la empresa y quién entró a trabajar allí como elemento decorativo, gracias a su marido.

A Kula y a mí nos relegan al sofá situado junto a una mesilla de cristal, a unos diez metros del escritorio de Stazatu. Kula las pasa negras intentando equilibrar su bloc sobre una rodilla, para tomar notas. Ha llegado esta mañana de Éguina, bronceada, con pantalones de lino y sandalias. Y, como es lista y sabe cómo la gasta Adriani, en lugar de manifestarme su alegría por reanudar la investigación, le expresó su pesar a ella.

—¡Cuánto lamento que hayan tenido que posponer sus vacaciones, señora Adrian! —Y añadió, santiguándose—: Dios me libre de casarme con un policía.

Adriani, en lugar de contestar que los policías son personas honradas y, en su mayoría, buenos hombres de familia, sacudió la cabeza estoicamente y respondió:

—¡Desgraciadamente, hija mía, la voluntad de los dioses no contempla el deseo de los humanos!

Ahora, sentados frente a las dos señoras, pretendemos averiguar si notaron algo raro en el comportamiento de sus esposos antes de los suicidios, especialmente en el caso de Stefanakos, pues ya disponemos de información suficiente acerca de Favieros. Sin embargo, la actitud de ambas viudas no es muy prometedora; se muestran reservadas y no disimulan su incomodidad.

—¿Por qué remueve el asunto, señor comisario? —pregunta Stazatu—. Nuestros esposos eligieron morir. ¿Acaso su investigación los devolverá a la vida?

—No, aunque podría prevenir nuevas muertes. Por eso les pedimos su ayuda. Hasta el momento, nos enfrentamos a tres suicidios de características muy similares. ¿No le parece sospechoso?

—A ustedes, los policías, todo les parece sospechoso —replica Stazatu con desdén—. Aun así, puesto que no se trata de asesinatos, no comprendo el objeto de su investigación.

—¿Su esposo tenía motivos para quitarse la vida, señora Stazatu?

—Que yo sepa... no.

—¿Por qué lo hizo, entonces?

Se encoge de hombros con fatalismo.

—¿Por qué se suicida la gente, señor comisario? Porque la vida no les ha dado lo que esperaban de ella... Porque están insatisfechos con la realidad de este mundo... Porque están cansados de vivir y optan por abandonar...

—¿Fue eso lo que le ocurrió a su marido?

—No. A Lukás la vida le dio todo lo que quiso. Y era un hombre muy vital.

—¿Entonces?

—Se volvió loco —afirma secamente—. Puede suceder. Alguien se vuelve loco, así, sin motivo aparente. Esto le pasó a Lukás. Enloqueció. Es la única explicación posible.

—¿Piensa que su locura lo impulsó a suicidarse públicamente?

—Si lo conociera un poco, sabría que a Lukás le gustaban los gestos espectaculares. Necesitaba sobresalir, causar sensación con cada una de sus palabras y de sus actos. Cuando esta tendencia se vuelve patológica, puede conducir a actos extremos.

Si Stefanakos hubiera sido el único en suicidarse, esta teoría resultaría creíble. Pero no me creo que se hayan producido tres casos de locura sucesivos, ni que alguien, previéndolos, haya escrito las biografías de las víctimas. Por otro lado, en Grecia todo se achaca a la locura. Me dirijo a Favieru, con la esperanza de obtener una respuesta distinta:

—¿Y usted, señora Favieru? ¿Tiene alguna explicación?

Ella echa a Stazatu una mirada de pánico, luego clava los ojos en mí y empieza a cruzar y a descruzar las piernas.

—No sé qué decirle. Sólo sé que vivía con un hombre que pasaba día y noche en la oficina, incluso los fines de semana. Que quedaba conmigo para ir al cine y me llamaba en el último momento para decirme que había surgido algo y no podía venir. Que, cuando ya estaba vestida y lista para salir a cenar, me anunciaba que alguien lo había llamado y que no tenía más remedio que ir a verlo. —De repente, estalla—: ¡Déjeme, no quiero pensar en ello! —grita histéricamente—. ¡Lásonas ha muerto! ¡No tengo idea de por qué le dio la vena de suicidarse! ¡Sólo sé que ahora me toca lidiar con las empresas, las herencias, las casas, los yates y dos hijos que viven en su propio mundo, como si su padre siguiera con vida!

Se cubre la cara con las manos y prorrumpe en sollozos. Stazatu corre hacia ella y la abraza.

—Tranquila, cariño —intenta serenarla—. Tranquila. Sé lo que estás sufriendo, pero sé fuerte. Ya pasará. —Levanta la vista hacia Kula—: Pídale a mi secretaria que traiga un vaso de agua —le ordena, como si fuera la chica de los recados.

Kula deja su libreta y sale del despacho. Stazatu se vuelve ahora hacia mí.

—¿Ve lo que ocasionan sus interrogatorios innecesarios, señor comisario? Nos alteran sin motivo y nos hacen retroceder en nuestro esfuerzo por recobrarlos y seguir adelante con nuestra vida.

Trato de mantener la calma, porque los enfrentamientos no conducen a nada bueno.

—Siento haberlas alterado, señora Stazatu. Pero nos cuesta creer que tres personas se hayan vuelto locas y se hayan suicidado en tan poco tiempo. Aun admitiendo que esto es posible, quedan las biografías, escritas por el mismo autor y que, sin duda, ya estaban terminadas antes de que se quitasen la vida.

—¿Qué intenta decirme? No le entiendo.

—Que algo se oculta detrás de los suicidios, algo que todavía no hemos descubierto. Si nuestra hipótesis es acertada, habrá nuevas muertes. ¿Comprende lo que esto significa, especialmente tratándose de personalidades tan relevantes?

Kula llega con el vaso de agua, y Stazatu se libra de responder pues se vuelca en ayudar a Favieru. Espero a que esta vacíe el vaso y a que Stazatu termine de acariciarle el pelo cortado a lo *garçon* y ocupe de nuevo su asiento, antes de proseguir:

—No las entretendré mucho más. Procuraré ser breve. ¿Había observado algún cambio en las costumbres de su esposo últimamente?

Los labios de Stazatu esbozan una leve sonrisa.

—Lukás y yo teníamos agendas muy apretadas, señor comisario. Nos

veíamos muy poco. Él se pasaba el día entre su despacho y el Parlamento, mientras yo me ocupaba de mis empresas. Por las noches, cada uno tenía sus compromisos: él, políticos, yo, profesionales. Únicamente coincidíamos por las mañanas, para tomar el café, y entonces sólo nos decíamos lo indispensable. Stella sabrá mejor que yo si hubo algún cambio en sus costumbres.

—¿Quién es Stella?

—La secretaria de su despacho.

Adrianí sabría decir hasta cuándo parpadeo, si se lo preguntaran. Fijo la mirada en Favieru. No formulo ninguna pregunta, para que no se vea obligada a responder si no se encuentra bien. Ella, no obstante, interpreta correctamente mi expresión inquisitiva.

—Sí, Iásonas había cambiado —asegura—. Aunque no le faltaban motivos para ello.

—¿Le importaría contármelos?

Vacila por unos instantes, insegura sobre si debe responder o no. Al final, se decide y dice, no sin reticencia:

—Le preocupaba un problema muy serio de nuestro hijo.

Al oír su forma de expresarlo no me cabe la menor duda del tipo de problema serio que padece el hijo, aunque esto no aclara si la inquietud que llevó a Favieros al suicidio obedecía a ello o a otra causa. A ambas cosas, probablemente.

—¿Sabe si su marido conocía a Apóstolos Vakirtzís, señora Stazatu?

Ella rompe a reír.

—Es una pregunta ingenua, señor comisario. ¿Acaso existe algún político, aspirante a político o siquiera concejal de ayuntamiento en Grecia que no conozca a Apóstolos Vakirtzís?

—¿Sabe si mantenían una relación amistosa?

—Otra pregunta ingenua. Con Apóstolos Vakirtzís sólo se podían mantener relaciones amistosas. Siempre que él lo pidiese, había que salir en su programa, concederle entrevistas o facilitarle información. Si no, te declaraba la guerra y, tarde o temprano, te aniquilaba.

—¿Y Iásonas Favieros, señora Favieru?

Se encoge de hombros.

—Iásonas conocía a tanta gente, desde políticos hasta empresarios, que es imposible que recuerde a un Vakirtzís o a cualquier otro individuo entre ellos.

No tiene sentido insistir más. Aunque Favieros hubiese conocido a Vakirtzís, no le habría hablado de él a su mujer. Me cuesta formular la siguiente pregunta, no sólo porque no estoy seguro de que sea conveniente sino también porque no sé cómo reaccionarán.

—¿Creen que los suicidios de sus esposos podrían estar relacionados con la actividad profesional de ustedes?

—No sé qué relación podría haber... —empieza Favieru, pero Stazatu la interrumpe bruscamente.

—De ningún modo. Sotiría y yo llevamos nuestros negocios solas. Ni Lukás ni Iásonas tenían nada que ver, y no pienso comentar nuestras actividades profesionales con usted, señor comisario.

—Ni yo pienso interrogarle acerca de ellas, señora Stazatu. No me interesan. Aunque lo que acaba de decir, que Lukás Stefanakos y Iásonas Favieros no estaban implicados en las empresas de ustedes, no es rigurosamente cierto. Si no recuerdo mal, dirigían con Favieros una empresa *off-shore* dedicada al sector de la hostelería en los Balcanes.

Ella se queda desconcertada, pues no imaginaba que yo estaría al tanto de este detalle, aunque enseguida recobra el aplomo.

—Ah, sí, Balkan Inns —contesta con indiferencia, como si la hubiera olvidado—. Yo nunca me he ocupado de ella; la dirigían Iásonas y Koralía Yanneli.

Empiezo a pensar que Koralía Yanneli desempeña para el grupo el papel de ministra de asuntos balcánicos. Tendré que probar suerte con ella otra vez. Me cae mejor que Stazatu, aunque nunca he obtenido de ella otra cosa que su sonrisa y su actitud afable.

Kula abre la boca por primera vez cuando ya nos hemos levantado para marcharnos.

—¿Nos autorizarían para registrar los ordenadores de los señores Favieros y Stefanakos en su casa y en el despacho?

Favieru la mira, sorprendida. Stazatu adopta de nuevo una actitud altanera, como si el mero sonido de la voz de Kula la hubiera irritado.

—¿Qué cree que va a encontrar en el ordenador, señorita? Si Lukás o Iásonas hubieran dejado una nota explicativa, ya lo sabríamos.

—No son notas lo que estoy buscando, señora Stazatu —repite Kula, tranquilamente—. La secretaria del señor Favieros nos comentó que, antes de morir, él pasaba muchas horas encerrado en su despacho frente al ordenador. El hecho le había llamado la atención. La compañera del señor Vakirtzís le declaró lo mismo al señor comisario, que últimamente él también pasaba muchas horas ante el teclado, escribiendo. Nos gustaría averiguar si sus ordenadores contienen algún dato al respecto.

Stazatu hace un gesto de ignorancia.

—Lukás no tenía ordenador en casa, sólo en el despacho. Hablaré con Stella, su secretaria, que todavía trabaja allí, para que les permita investigar.

De su tono se desprende que está convencida de que no vamos a encontrar nada. Kula le da las gracias y yo le indico con una seña que debemos irnos. La secretaria sentada en la antesala no levanta la cabeza para mirarnos. Quizá porque la moqueta ahoga el sonido de nuestros pasos.

—No le comprendo, señor comisario.

Koralía Yanneli nos contempla con expresión irónica y a la vez extrañada. Hemos venido directamente de las oficinas de Starad, ya que Eguialías sólo queda a cinco minutos de camino de Víkela.

—Si no me equivoco, esta es la cuarta vez que nos reunimos, y aún no entiendo a qué viene tanto interés en los suicidios. Empiezo a sospechar que ocultan algo detrás de todo esto, algo que usted no quiere confiarnos.

—No ocultamos nada, señora Yanneli.

—O sea que lo mueve un interés puramente humano, ¿no? Le urge saber por qué Favieros y Stefanakos se suicidaron de un modo tan atroz.

—También Vakirtzís. Anteayer se suicidó Vakirtzís, de un modo aún más atroz.

—De acuerdo, también Vakirtzís.

—¿Le conocía?

—Desde luego, al igual que otros diez millones de griegos. Era imposible abrir un periódico sin toparse con un artículo de Vakirtzís, o encender la radio sin oír la voz de Vakirtzís.

—¿No tenía tratos personales con él?

Yanneli suelta una carcajada.

—Usted sigue pensando que la explicación de la muerte de Iásonas y Stefanakos reside en el conglomerado de empresas de Favieros o en los negocios de Favieru y Stazatu o de esta última con Sotiría Favieru. Pero ¿cómo encaja en todo esto Vakirtzís, que era periodista?

Espera una respuesta esclarecedora, pero no se la daré, porque no la tengo. Las pocas respuestas que tengo no son convincentes. Los que comparten mi preocupación lo hacen porque les ronda el mismo mal presentimiento que a mí, como en el caso de Guikas, o porque temen el escándalo, como en el caso del ministro.

Yanneli interpreta mi silencio como señal de incertidumbre y prosigue:

—Puedo asegurarle que al menos Iásonas y Stefanakos no se suicidaron por problemas de liquidez. Si no me cree, solicite informes financieros de sus compañías y pida a un experto que los examine. Comprobará que todas las empresas marchan viento en popa. —Hace una breve pausa y, de repente, su

semblante se torna severo—: Tres hombres murieron voluntariamente delante de los ojos de miles de personas, señor comisario. Es un hecho trágico para sus allegados y sus seres queridos. Pero no fueron asesinados. ¿A usted, pues, qué le importa?

La ironía ha ido cediendo su lugar a cierto nerviosismo controlado. Los tres han muerto, pienso. Si, en lugar de suicidios, se tratase de asesinatos, me sería más fácil encontrar alguna pista. ¿Cómo explicar a Yanneli, sin una sola prueba, que para mí los tres suicidios son crímenes indirectos? ¿Y cómo convencerla de que, si no descubrimos las causas a tiempo, las muertes continuarán con toda probabilidad y nos encontraremos frente a una situación epidémica que no sabremos cómo detener? Si estuviese investigando un asesinato, movilizaría tres o cuatro departamentos, reuniría pruebas, inspeccionaría cuentas bancarias y, tarde o temprano, encontraría algún cabo suelto. Tal como están las cosas, a falta de pruebas y argumentos, doy vueltas y vueltas a lo mismo, como un caballito de feria.

—¿Le parece una simple coincidencia que se hayan suicidado tres personalidades del mundo político, empresarial y periodístico?

Yanneli se encoge de hombros.

—Las coincidencias funestas existen.

—¿Y las biografías? Las dos primeras fueron publicadas a escasos días del suicidio correspondiente, y la tercera llegó a mis manos en el momento en que Vakirtzís se quitaba la vida.

Esta vez tarda un poco más en contestar.

—El argumento de las biografías tiene cierto peso, lo admito. Pero ¿quién le dice que no estaban preparadas y alguien supo sacar partido de los acontecimientos? Los tres suicidas eran personalidades conocidas y llevaban una vida muy activa; esto constituye toda una tentación para cualquier biógrafo. A fin de cuentas, tenemos el ejemplo de la organización nacionalista, que quiso aprovechar las muertes para llamar la atención del público. Quizás el biógrafo hizo lo mismo.

—Había escrito tres biografías de trescientas páginas cada una, señora Yanneli. Las dos primeras obraban ya en poder de los editores. Nadie escribiría tres biografías con la esperanza de que sus protagonistas se suiciden. Y no olvidemos que el tal Logarás no dejó sus señas ni los datos de una cuenta bancaria para que le abonasen sus derechos de autor.

—No los perderá. Puede aparecer en cualquier momento para reclamarlos.

—Tal vez, aunque su actitud indica que no lo hará.

Adopta una expresión grave y pregunta, en un tono que parece sincero:

—¿Qué está buscando, señor comisario?

—Ya se lo he dicho: las causas por las que se quitaron la vida Favieros, Stefanakos y Vakirtzís.

—¿Y lo averiguará investigando nuestras empresas? —Yanneli vuelve a clavarme una mirada irónica.

Me dispongo a contestar cuando interviene Kula:

—Perdone, señora Yanneli, ¿cómo sabe que no habrá nuevos suicidios? — pregunta amablemente—. Ya ha habido tres, todos cortados por el mismo patrón.

Yanneli se vuelve hacia ella, desconcertada como si la viera por primera vez.

—¿Y yo cómo voy a saberlo? —inquire con el mismo tono despectivo que emplean los taxistas cuando se dirigen a muchachas jóvenes—. Ni siquiera ustedes lo saben.

—Precisamente. Y, puesto que ni nosotros ni usted lo sabemos, podría contestar a nuestras preguntas, a ver si llegamos a alguna conclusión antes de que se produzcan más muertes que debamos llevar sobre nuestra conciencia.

La cara de Yanneli refleja una extrañeza aún mayor.

—Muy bien, contestaré —dice en tono conciliador—. Y, si alguna vez te cansas de ser policía, ven a verme y te contrataré.

Kula se pone roja como un tomate, señal de que conserva su humildad. Yo aprovecho la ventana que me ha abierto para lanzarme a hacer preguntas.

—¿Sabe si Iásonas Favieros tenía tratos con Apóstolos Vakirtzís?

—Si se refiere a tratos profesionales, no. Vakirtzís no era socio ni colaborador de ninguna de las empresas del grupo. De esto estoy segura.

—¿Sabe si tenían relaciones personales?

Yanneli reflexiona por unos instantes.

—Creo que se conocían desde la época de la dictadura. Que yo sepa, Vakirtzís también fue miembro de la resistencia. Iásonas mencionaba su nombre de vez en cuando, aunque no sé si se veían todavía.

—¿Lo sabría el señor Zamanis?

Esboza una sonrisa.

—Le aconsejaría que no se lo pregunte. En estos momentos, el señor Zamanis no guarda la mejor de las opiniones sobre usted.

A punto estoy de replicar que me importa un comino pero me contengo. Lo que importa es que existe un tercer lazo de unión entre las tres víctimas, aparte de los suicidios públicos y las biografías: los tres se conocían desde la época de la dictadura, cuando habían coincidido en sus actividades antifascistas. ¿Qué puede encerrar todo esto? Quizás algo sepultado en el pasado común, que alguien había desenterrado para chantajearlos. Tal vez esté en lo cierto, aunque antes debo indagar si existía tal secreto y en qué consistía.

Regreso al presente con la intención de seguir interrogando a Yanneli, cuando la veo descolgar el auricular.

—Hola, Xenofón. Dime una cosa, porque me muero de curiosidad. Este Vakirtzís que se suicidó hace dos días ¿conocía a Iásonas? —No esperaba que llamara a Zamanis por mí y me quedo boquiabierto. Kula me mira con una

sonrisa mal disimulada en los labios—. No, por ninguna razón en concreto — prosigue Yanneli—. Pero la idea se me ocurrió ayer y quería confirmarla. — Escucha meneando la cabeza—. ¿Y todavía mantenían el contacto? —pregunta, al tiempo que posa los ojos en mí—. A veces se llamaban por teléfono. Ya. No me equivocaba, pues. En alguna ocasión había oído a Iásonas hablar de Vakirtzis.

Le da las gracias y cuelga el auricular. Después se dirige a mí:

—Ya lo ha oído. A veces hablaban por teléfono. El resto es tal como se lo he dicho. Participaron juntos en la lucha antifascista y fueron detenidos al mismo tiempo por la policía militar.

—Muchas gracias, señora Yanneli.

Ella sonríe.

—Me inspira sentimientos encontrados, señor comisario. Tan pronto me irrita como despierta mi admiración por la perseverancia con que busca a ciegas.

—En cuanto a esta empresa *off-shore* que dirigía Favieros junto con la señora Stazatu... —Retomo el hilo del interrogatorio para no dejarme engatusar con los elogios.

—Balkan Inns...

—Esta misma.

De nuevo me dedica una sonrisa sardónica.

—Ya hemos hablado de ello, si no recuerdo mal.

—Lo recuerda mal. En aquella ocasión me dijo que la persona más indicada para responder a mis preguntas era la señora Stazatu, y que usted sólo se ocupa de Balkan Prospect. Hoy, sin embargo, la señora Stazatu ha afirmado no saber nada y que es usted quien dirige Balkan Inns.

Aunque se percata de que la he arrinconado, no pierde el aplomo.

—Muy bien, pregunte.

—¿Guarda Balkan Inns alguna relación con su otra empresa *off-shore*?

Sin una palabra, Yanneli se levanta y sale del despacho. Kula me mira, extrañada.

—¿Qué mosca le ha picado?

—Espera y lo veremos.

No hace falta esperar mucho. Yanneli regresa casi enseguida, con dos carpetas en la mano.

—Son los historiales de ambas empresas, junto con sus últimos balances anuales. Si los estudia, encontrará todas las respuestas. —Sin sentarse, me tiende los dos dossieres—. Por desgracia, el folleto de Balkan Inns está en inglés, pues las copias en griego se han agotado —añade con cierta ironía.

Me da igual. Los balances representan un misterio para mí, aunque estén en griego. Kula ya se ha puesto de pie. Me levanto yo también y tomo las carpetas. Hay que irse, es el momento de pasar por el aro, como decía mi pobre madre.

Ahora ya sé qué se entiende por lector experto. No es el que lee muy deprisa o con mucha atención. Es el que sabe en qué fijarse y qué pasar por alto. Yo he alcanzado esta categoría gracias a las tres biografías de Logarás. La primera, la de Favieros, la leí palabra por palabra. Durante la lectura de la segunda, la de Stefanakos, llegué a entender muchas frases sin necesidad de leerlas completas. Con la biografía de Vakirtzís, que empecé anoche, he alcanzado la perfección: me salté el primer tercio, dedicado a sus años de la infancia y de la juventud, así como los elogios dirigidos a su labor como periodista y pasé directamente a la última parte del libro, allí donde Logarás suele sembrar sus insinuaciones.

Para mi enorme satisfacción, descubrí que no me había equivocado. Justo donde terminaban las alabanzas, aparecía la primera indirecta:

Dicen que, para ser un buen periodista, hay que ser muy decidido. Y Apóstolos Vakirtzís no se detenía ante nada. Insistía y presionaba hasta conseguir la información que quería. Todos, ministros, diputados, alcaldes y concejales, lo temían y le hacían todos los favores posibles para no tener conflictos con él. Apóstolos Vakirtzís utilizaba los datos así obtenidos para fundamentar sus denuncias y revelaciones.

Hasta aquí, nada reprochable. Son muchos los periodistas que emplean estos métodos, aunque quizá no de un modo tan agresivo como Vakirtzís. La verdadera pista de Logarás venía inmediatamente después:

Las malas lenguas afirman que Vakirtzís aprovechaba esas «relaciones especiales» que cultivaba para favorecer a las empresas de las que era socio, si bien un socio en la sombra. Gracias a esas «relaciones especiales» no sólo obtenía información de interés periodístico, sino también un trato privilegiado para dichas empresas. Eso dicen las malas lenguas. Ignoramos si hay pruebas fehacientes que lo corroboren.

Mi primera reacción fue pensar que Logarás estaba exagerando. Después, sin

embargo, recordé que todo lo que ha escrito hasta el momento ha resultado ser cierto. ¿Están sus insinuaciones basadas en datos concretos y, si es así, por qué no los saca a la luz? Otra pregunta sin responder. ¿Por qué no nombra las empresas sospechosas relacionadas con Vakirtzís, Favieros y Stefanakos, sino que deja que sus insidias contaminen la atmósfera? Una explicación sería que habla de oídas y no tiene pruebas suficientes. Otra, que sí dispone de pruebas pero no las divulga por miedo a que delaten su verdadera identidad. La tercera explicación sería que posee dichas pruebas y se las calla de momento para seguir extorsionando. ¿A quiénes? A las familias de los tres difuntos. A la mujer y los hijos de Favieros, a Stazatu y los parientes de Vakirtzís que, sin duda, también existen.

Esta tercera explicación me parece la más probable, y también la más siniestra. Porque, mientras continúe el chantaje, continuarán los suicidios. Ya ha habido tres, y yo me siento como la circulación urbana matinal: atascado y sin salida.

Lo bueno de la experiencia como lector que he adquirido es que no hace falta trasnochar para leer las biografías de Logarás. He terminado la tercera lectura con tanta rapidez, que me sobra tiempo para ver el telediario de la noche, repleto de noticias, entrevistas y reportajes dedicados a Apóstolos Vakirtzís. Cuando acaban, llego a la conclusión de que nuestro misterioso biógrafo sabe más que ellos.

Ahora son las diez de la mañana y Kula me ayuda a planear el programa de la jornada. Le pido que reclute otra vez a su primo, para que acceda a los archivos del Ministerio de Comercio e intente descubrir algo acerca de las empresas de las que era socio Vakirtzís.

—¿Y los ordenadores de las víctimas?

—Después. Primero hemos de averiguar en qué andaba metido Vakirtzís. Algo me huele mal, aunque tal vez sea el hedor de los tubos de escape que no se me va de la nariz.

La dejo llamando a su primo, Spiros, para poner manos a la obra.

Lukás Stefanakos era diputado por la segunda circunscripción de Atenas y tenía su despacho en la calle Dardanelión 22, cerca del parque de Egáleo. Esto significa que tardaré en llegar lo mismo que si me dirigiere a Patrás: unas tres horas.

El cielo está encapotado y el sol no asoma la nariz. El resultado, un bochorno agobiante que habrá que soportar hasta que caiga el chaparrón y claree. En Atenas, el tiempo se alivia como las personas: con estallidos de corta duración. En un momento da la impresión de que se acerca el fin del mundo, y al momento siguiente, aquí no ha pasado nada.

El tráfico hasta la avenida de Pireo discurre lento pero fluido. La avenida está aún más despejada, lo que me sube la moral, aunque el milagro dura muy poco. A la altura del semáforo de la vía Sacra, me topo con un embotellamiento

interminable, aderezado con sirenas de ambulancias y coches patrulla. A los diez minutos empiezo a mancillar la memoria de Lukás Stefanakos, que tuvo la ocurrencia de abrir su despacho en Egáleo. ¿Ni Glifada ni Nea Smirni eran lo bastante buenas para él? El diputado de izquierdas, por lo visto, quería estar presente en uno de los barrios tradicionalmente obreros de la ciudad, aunque actualmente en Egáleo el barrio obrero se oculte tras una fachada de *boutiques* y tiendas de moda, de la misma manera que Stefanakos se ocultaba tras las empresas de su mujer.

Veinte minutos después llego, por fin, al semáforo, donde se ha producido una carambola entre un autocar y tres turismos. El autocar está abandonado en medio del cruce, en dirección a Kifisós, mientras que uno de los turismos, procedente de la vía Sacra, se ha estampado contra él, y dos turismos más, contra el primero. Los vehículos accidentados bloquean el paso de tal manera que sólo puede pasar un coche cada cinco minutos, y esto gracias al guardia de tráfico que está echando los pulmones por la boca de tanto pitar.

En cuanto dejo atrás el lugar del accidente, la vía Sacra se extiende ante mí casi totalmente vacía, como la carretera nacional el domingo de Pascua, y piso a fondo el acelerador. El tiempo perdido se puede recuperar. Lo que es irrecuperable es la salud y la tranquilidad.

La calle Dardanelión es paralela a Tebas. El número 22 corresponde a un bloque de pisos de construcción barata, aunque también esto forma parte del juego de camuflaje al que se ha entregado el barrio entero: por todas partes se derriban las viejas viviendas obreras y se construyen pisos de tres al cuarto. El despacho de Stefanakos está en la segunda planta y consta de dos espacios contiguos: uno para el diputado y otro para Stella, la secretaria, que ha recibido el aviso de Stazatu, por lo que mi nombre le resulta familiar. Antes de ocupar el asiento que me indica echo un vistazo alrededor. Nada me impresiona o me llama la atención, salvo las flores. La antesala está llena de flores. Hay jarrones por todas partes, en el escritorio, en la mesilla, en el suelo.

—Las traen los vecinos —explica Stella al percibir mi extrañeza—. Ya he tenido que tirar la mitad, pero traen más cada día. La puerta del señor Stefanakos siempre estaba abierta para ellos. Se esforzaba por resolver sus problemas, y ellos lo adoraban. —Se sienta tras el escritorio y adopta una actitud de espera—. Le escucho.

—Tanto en el caso de Favieros como en el de Vakirtzís, se observaron cambios en su comportamiento antes del suicidio. Quisiera preguntar si usted también apreció alguna anomalía en la conducta del señor Stefanakos.

Reflexiona brevemente.

—Pensé que estaba enfermo y lo guardaba en secreto —admitió al fin.

Su respuesta me pilló por sorpresa.

—¿A qué se refiere?

Se queda callada, pensativa. Es de esas personas que necesitan meditar mucho sus respuestas. Normalmente, son las que presentan los testimonios más jugosos.

—Lo notaba abatido, malhumorado, como si estuviera gravemente enfermo. Cuando se quedaba aquí al mediodía, íbamos a comer juntos a un viejo restaurante a dos manzanas del despacho. Se había convertido en una costumbre. Últimamente, sin embargo, había perdido el apetito. Ya casi no íbamos a comer y, cuando íbamos, apenas probaba bocado.

—¿No le preguntó qué le pasaba?

—Le pregunté cuando descubrí los tranquilizantes en su escritorio.

—¿Tranquilizantes?

—Sí. Lukás era un hombre jovial, extrovertido, muy seguro de sí mismo. No le hacían falta ni tranquilizantes ni ansiolíticos. Cuando, un día, abrí el cajón de su escritorio y vi una caja de tranquilizantes, me llamó la atención, así que lo interrogué al respecto.

—¿Y qué le contestó?

—Que todos tenemos nuestros altibajos.

—¿Cuánto tiempo antes del suicidio sucedió esto?

—Unas dos semanas.

De repente, se me ocurre una pregunta que también debería haberle hecho a la secretaria de Favieros.

—¿Recuerda si, en este espacio de dos semanas, recibió una o varias llamadas que pudieran turbarlo?

—Un diputado recibe en su despacho llamadas de todo tipo, tanto de gente conocida como de extraños, señor comisario. Por lo tanto, me es imposible saber si alguna de esas llamadas lo turbó. Aunque diría que no.

—¿Percibió algún otro cambio en su actitud?

Formulo la pregunta deliberadamente sin especificar, para no mencionar el ordenador e influir en su respuesta, que es categórica:

—No.

—¿Stefanakos tenía ordenador?

—Sí.

—¿Pasaba muchas horas delante del ordenador?

A Stella se le escapa la risa.

—Lukás pasaba horas interminables delante del ordenador, señor comisario. Por eso tenía un portátil, para llevarlo consigo a todas partes. En él lo escribía todo, desde sus discursos y sus investigaciones sobre asuntos varios hasta sus anotaciones a las peticiones de los ciudadanos y electores de su circunscripción. No puedo decirle si pasaba más tiempo con el ordenador últimamente, porque siempre lo tenía delante.

Esto resulta alentador. Si Stefanakos lo anotaba todo en su ordenador, quizá

logremos encontrar pistas que conduzcan a alguna parte.

—¿Dónde está ahora su ordenador?

—En su despacho. —Y señala con un gesto de la cabeza la habitación contigua.

—¿Puedo llevármelo? —Al percatarme de que me mira indecisa, añado—: Ya he hablado con la señora Stazatu.

—Lo sé.

—Se lo devolveremos cuando terminemos.

Se lo piensa y se encoge de hombros.

—¿Por qué no?

Entra en el despacho de Stefanakos para buscar el ordenador y deja la puerta abierta. Echo una ojeada al interior y, de repente, me vuelve a la mente la imagen, emitida por la televisión, de los cuchillos en la puerta, los cuchillos contra los que se había arrojado Stefanakos. Según el presentador, el programa iba a grabarse en el despacho del diputado, pero la puerta que veo en absoluto me recuerda la otra.

—Perdone, ¿la entrevista que concedió Stefanakos la noche de su muerte se realizó en este despacho...?

—¿Cree que me encontraría aquí, si fuera así? —espeta ella hoscamente. Recobra el aplomo enseguida y agrega, más amable—: No, Lukás tenía otro despacho debajo de las oficinas de Starad, en Vikela.

Dejo el ordenador en el asiento trasero del Mirafiori y me siento al volante, tratando de ordenar mis pensamientos. Favieros y Stefanakos presentaron durante los últimos días el mismo comportamiento ambiguo. Los trabajadores extranjeros juraban por el nombre de Favieros que los ayudaba, aunque, al margen de su altruismo, ganaba un montón de dinero negro a sus expensas, vendiéndoles casas y pisos a precios inflados. Los votantes llevaban flores al despacho de Stefanakos para honrar su memoria, pese a que él les echaba las migajas y se servía de sus importantes enchufes para conceder privilegios a las empresas de su mujer.

De repente, me viene a la cabeza otra idea que, en lugar de alegrarme, me hiela la sangre. ¿Y si los suicidios no tienen nada que ver con un posible escándalo? ¿Y si alguien conocía las actividades encubiertas de Favieros, Stefanakos y Vakirtzis y decidió castigarlos para hacer justicia?

Leo en el diccionario: «Computador/a: 1. El que computa o calcula, jefe o auxiliar de un centro de cálculo. 2. El que toma en cuenta, ya sea en general o de forma determinada. 3. Calculador o calculadora» .

Por supuesto, no esperaba encontrar en el diccionario de Dimitrakos, editado en 1954, la acepción actual de la palabra «computador» , es decir, ordenador. Además, las primeras computadoras que llegaron a Grecia no eran ordenadores sino calculadoras. Cuando aparecieron los ordenadores de verdad, no los llamamos computadoras sino calculadoras, nombre que, en rigor, correspondía a las máquinas de calcular. Vaya lío. De todas formas, creo que la primera acepción de Dimitrakos, « jefe o auxiliar de un centro de cálculo » , sigue siendo válida para los ordenadores de hoy. En nueve de cada diez casos, hacen las veces de auxiliares contables en farmacias, talleres de reparación, concesionarios de coches y toda clase de establecimientos. « El ordenador es el gilipollas más listo que existe —me dijo una vez un técnico de laboratorio—. Todo depende cómo lo maneje uno» . Puesto que ya sé cómo lo manejaría yo, he procurado mantenerlo a distancia, para no acabar lidiando con un gilipollas.

No obstante, Dimitrakos ofrece una acepción que no sólo define el ordenador sino también a Vakirtzís: calculador. Al menos, eso parece a primera vista.

Los esfuerzos de Kula y su primo, Spiros, por introducirse en los registros del Ministerio de Comercio y encontrar las empresas de las que Vakirtzís era propietario o copropietario no han rendido fruto hasta el momento. Los he apartado de ese empeño, sin embargo, porque quiero que rebusquen primero en el portátil de Stefanakos.

Ahora estoy en ascuas, sentado en la cocina, intentando paliar mi impaciencia leyendo el diccionario, mientras ellos terminan el primer repaso del ordenador del diputado. La cocina apesta a vinagre, porque Adrianí está cocinando *okras* y se le ha metido en la sesera que, empapadas en vinagre, resultan menos viscosas.

Levanto la mirada del diccionario cuando oigo los pasos de Kula, que viene a informarme de los resultados de su búsqueda. El primo ha colocado a un lado la pantalla del ordenador de Kula y está agachado sobre el portátil de Stefanakos.

—Explicáselo tú, Spiros, que lo entiendes mejor —le pide ella.

Spiros no se toma la molestia de despegar los ojos de la pantalla.

—Bien. Tiene un programa.

—¿Qué programa?

—De limpieza.

Sus respuestas, breves y cortantes; la vista, clavada en la pantalla. Me crispa los nervios pero me contengo, porque no quiero dar un disgusto a Kula y porque, después de todo, el chico se ha ofrecido a ayudar voluntariamente.

—Mira, cuando me hablas de programas de limpieza, yo pienso en fregar el suelo —le replico con calma—. ¿Puedes ser más explícito?

Levanta la cabeza y me mira por primera vez, con una expresión que vacila entre el desprecio y la sorpresa. Pero se fija en Kula, que está de pie a mi lado, y se muerde la lengua para no soltar alguna inconveniencia.

—Si borras algo del ordenador, no queda borrado definitivamente —dice despacio y con paciencia—. Continúa guardado en algún lugar del disco duro, y hay maneras de recuperarlo. Existen unos programas, sin embargo, que limpian el disco duro y borran por completo la información que contiene. Puedes ejecutarlos en cualquier momento o programarlos para que lo hagan solos. Cuando hay uno de esos programas instalado en el ordenador, sólo se pueden recuperar los datos que no han sido borrados desde su última ejecución.

—¿Stefanakos tenía uno de esos programas en su ordenador?

—Sí, programado para limpiar el disco cada tres días.

—En otras palabras, me estás diciendo que, con esa frecuencia de limpieza, no encontraremos nada.

—Eso me temo.

Vuelvo la cabeza hacia Kula, decepcionado.

—¡Pues sí que vamos bien!

Ella, no obstante, no parece compartir mi desilusión y sonríe con sagacidad.

—No exactamente. Hemos descubierto algunas cosas interesantes.

—¿Como qué?

—Stefanakos tenía la buena costumbre de tomar notas de todo. Mire.

Pulsa algunas teclas y en la pantalla aparece una serie de recuadros llenos de anotaciones. Me recuerdan el reverso de las viejas cajetillas de tabaco La Nación, donde mi padre anotaba las tareas pendientes. A menudo, se pegaba una palmada en la frente y exclamaba: «¡Ay, lo había anotado en la cajetilla de tabaco y la he tirado!» . Ahora La Nación ha ido a pique, los cigarrillos se empaquetan de otra manera y los ordenadores han reemplazado a las cajetillas. Empiezo a entender un poco. Me agacho para leer las notas de Stefanakos.

Lo que pide A. no tiene pies ni cabeza. L. no quiere ni oír hablar del tema. Dice que M. se ha hecho de oro gracias a nosotros. No le falta razón.

Menos mal que todas las anotaciones llevan fecha. Esta data del 10 de mayo, cuando yo estaba todavía en el hospital. Otra, correspondiente al 12 de mayo, reza:

He hablado con M. No está de acuerdo con A. Es imprescindible que hable con K.

Siguen dos o tres notas aparentemente irrelevantes, y luego una, más interesante, del 20 de mayo:

K. es categórico. Dice que se juega el puesto.

Y otra, del 22 de mayo:

Anoche vi el programa de A. Es un chantaje descarado. Debo hablar con la emisora y convencer a algún periodista de que me entreviste para que pueda rebatirlo.

De nuevo, unas notas irrelevantes. Después, dos seguidas, escritas el 2 y el 3 de junio:

¿De dónde ha salido este? ¿Qué pretende? Dice que tiene pruebas irrefutables. Creo que está mintiendo.

Y el 3 de junio:

Pide el oro y el moro para enviarme las pruebas. La gente está loca.

I. me ha dicho que no puede negarse a llamar a M. A. sabe mucho y le tiene miedo.

Vuelvo a leer las anotaciones, esforzándome por encontrar el hilo conductor. Para empezar, no me cabe duda de que A. es Apóstolos Vakirtzis. La L. debe de corresponder a Lilian Stazatu, la mujer de Stefanakos, e I. no puede designar a otro que a Iásonas Favieros. No sé quiénes son M. y K. De momento, he llegado a las siguientes conclusiones provisionales: en primer lugar, Vakirtzis presionaba a Stefanakos para que le echase una mano con sus empresas; Stefanakos, a su vez, presionaba a su esposa y a ese tal K., que debe de ser alguno de los miembros del gobierno, uno de los ministros, probablemente. En segundo lugar, Iásonas Favieros recelaba de Vakirtzis porque sabía demasiado. En tercer lugar, y lo que

resulta más significativo, Vakirtzis chantajeaba a Stefanakos valiéndose de sus programas para obligarlo a ceder. Lo único que queda sin explicar es la nota del 3 de junio. Obviamente, se refiere a un desconocido que asegura disponer de pruebas irrefutables. ¿Qué tipo de pruebas y a quién concernían? ¿A Vakirtzis? Es muy posible, aunque de la nota no se desprende que Stefanakos estuviera reuniendo datos referentes a Vakirtzis. Seguramente el desconocido ofreció sus servicios a un precio considerable, como se infiere del comentario de Stefanakos sobre « el oro y el moro » .

Después de tanto tiempo, es la primera vez que encontramos ciertos indicios que nos permiten formular una hipótesis. Como mínimo, ahora estoy convencido de que Favieros, Stefanakos y Vakirtzis no sólo se conocían sino que hacían negocios juntos, negocios no del todo limpios.

—Haz dos copias impresas —le indico a Kula. Pienso llevárselas directamente a Guikas, darle un huesito que roer, para matar un poco el hambre.

—Os felicito, muchachos. Habéis hecho un trabajo excelente.

La sonrisa se ensancha en la boca de Kula, aunque Spiros no se muestra muy impresionado por la enhorabuena.

—¿Podremos ver pronto el ordenador de Vakirtzis? —pregunta sin apartar los ojos de la pantalla. Por lo visto, es lo único que atrae su mirada.

—Lo veréis, pero ¿por qué tanta prisa?

De nuevo la mezcla de desprecio y sorpresa.

—Porque usted dijo que tenía un ordenador y no lo usaba demasiado. Es muy probable que instalara un programa de limpieza. Más que probable. Aun así, su suicidio es tan reciente que todavía podríamos recuperar algún dato del disco duro.

—De acuerdo, lo arreglaré para mañana mismo. Entretanto, seguid investigando los archivos del Ministerio de Comercio, a ver si encontramos algo relacionado con Vakirtzis.

Mientras Kula imprime las notas llamo a Guikas para pedirle que me espere.

Deben de haber despachado al poli de las revistas, o se ha ido a acompañar a la mujer de Guikas a la peluquería, porque ocupa su asiento un joven que, al menos, tiene el ordenador encendido y me pregunta quién soy y qué deseo.

Guikas está tan ansioso que olvida saludarme.

—Dime algo que pueda contarle al ministro; me llama tres veces al día.

Sin una palabra, despliego sobre el escritorio las copias de las notas de Stefanakos, como si fueran cartas de una baraja. Guikas las lee con atención una tras otra, luego levanta la vista hacia mí.

—¿Qué opinas? —pregunta.

—Para empezar, lo obvio. Vakirtzis no sólo era periodista sino también

empresario. Estamos investigando en qué negocios andaba metido. Los encontraremos, es sólo cuestión de tiempo. En segundo lugar, Vakirtzis chantajeaba a Stefanakos, bien para sacar tajada de las empresas de su esposa, bien porque deseaba colaborar con ella. Y parece que Favieros estaba implicado en esta trama de negocios y extorsiones. —Callo por un momento y prosigo: No sé hasta qué punto el ministro se alegrará de oír lo de Vakirtzis.

Guikas se encoge de hombros.

—No creo que le importe demasiado. Últimamente, se había convertido en un incordio. No dejaba de criticarlos y los ponía muy nerviosos. A juzgar por la información que me traes, sus ataques tenían otros objetivos.

—Todavía no sé quiénes son M. y K.

Sacude la cabeza con un suspiro.

—Yo tampoco sé quién es M. Sin embargo, si K. es quien yo me temo, al ministro le costará digerirlo.

—¿Quién cree que es?—pregunto, presa de la curiosidad.

—Karanikas, el funcionario del ministerio que supervisa las obras olímpicas.

A Guikas le preocupa el ministro y a mí la cara que pondrá Petrulakis cuando averigüe adónde nos llevan las investigaciones.

—¿Puede conseguirme una entrevista con Karanikas?

Me fulmina con la mirada, furiosa y extrañada a la vez.

—¿Te has vuelto loco? ¿Con qué pruebas abordarás a Karanikas? ¿Pretendes mostrarle tus cartas? El día siguiente saldrás en los periódicos, la radio y la televisión. —Hace una pequeña pausa y añade lentamente—: Debí suponerlo. Vuelves a las andadas.

No quiero insistir porque, en el fondo, tiene razón. En realidad, no dispongo de pruebas suficientes para obligar a Karanikas a confesar y, si mi investigación encubierta sale a la luz, Guikas me despellejará vivo, con la valiosa ayuda de Sotirópulos, que cuenta con el reportaje en exclusiva.

—Quisiera pedirle otro favor.

—¿Como el de Karanikas?

—No. Quisiera que consiga una grabación del programa de Vakirtzis del 21 de mayo, aquel en el que supuestamente chantajea a Stefanakos.

—Si existe, te la conseguiré.

—Mañana mandaré a Kula a registrar el ordenador de Vakirtzis. Si surgen problemas, le llamaré por teléfono.

—Llámame y me ocuparé.

Se ha restablecido el buen entendimiento aunque, justo cuando me dispongo a marchar, Guikas dispara una andanada de aviso:

—Ten cuidado, Costas. Estamos en la cuerda floja y, si damos un paso en falso, no habrá red que nos proteja. Ya has visto lo que pasó con Petrulakis.

Prefiero no contestar para no comprometerme, aunque sé que está en lo

cierto cuando dice que estamos en la cuerda floja.

A este paso, el «Green Park» se convertirá en el escenario habitual de mis citas secretas con Sotirópulos. Si fuera invierno, nos reuniríamos en algún reservado solitario. Pero es verano, y el tiempo asqueroso de ayer perdura todavía, con un calor sofocante. Por eso hemos elegido una mesa al fondo, entre los árboles del parque, para resguardarnos de las miradas indiscretas.

Él ha acudido a instancias mías, porque la búsqueda de Kula y su primo Spiros no nos ha conducido a ninguna empresa registrada a nombre de Vakirtzís o de la que él fuera copropietario. Empecé a dudar de la fiabilidad de Logarás hasta que concluí que él sí sabe de qué habla y somos nosotros quienes no sabemos qué buscar. Así que resolví recurrir a Sotirópulos, pues, en su calidad de colega de Vakirtzís, sin duda sabe más que el Ministerio de Comercio.

En esta ocasión, sin embargo, me enfrento a un Sotirópulos poco conciliador. Toma un sorbo de su café *frappé* y me mira con cara de pocos amigos.

—Me estás pidiendo que revele los secretos de un colega fallecido en circunstancias muy trágicas. Es demasiado.

—¿Los secretos o los trapos sucios? Porque ese Logarás, que lo sabe todo, parece aludir a asuntos turbios.

Calla y bebe otro sorbo de café.

—Hay algo más —dice al fin, con gravedad—. Vakirtzís y yo pertenecíamos a la misma corriente ideológica.

—¿Y qué?

Las corrientes ideológicas no significan nada para mí, por lo que me cuesta entender adónde quiere ir a parar. Él, sin embargo, interpreta mi reacción como señal de desprecio y se cabrea.

—Tienes razón. Ha sido un error mentar la ideología —espetea con sarcasmo—. La pasma no entiende de compañerismo ni de solidaridad.

Después de tantas semanas, reaparece ante mí el viejo Sotirópulos. Aunque ahora sabemos muchas cosas el uno del otro, y la relación de fuerzas ha cambiado.

—¿Sabes cómo solía llamarte hace tiempo, antes de conocerte mejor, Sotirópulos?

—¿Cómo?

—El Robespierre vestido de Armani. Y con las típicas gafitas que llevaba el carnicero de Hitler, Himmler, que ahora tanto os gusta lucir a vosotros, los intelectuales.

La sorpresa se refleja en su rostro, y se echa a reír.

—Entre nosotros, no te equivocas del todo.

—Aunque siempre te he reconocido una cualidad.

—¿Cuál? —pregunta con sincera curiosidad.

—Eres legal. Puede que a veces aprietes demasiado para conseguir información, que inflas las noticias y que nos hagas quedar como unos inútiles, pero no lo haces en beneficio propio. Tampoco extorsionas ni aterrorizas a nadie para favorecer tus empresas.

Sonríe satisfecho.

—Me alegra que lo reconozcas —dice sencillamente, aunque le relumbran los ojos.

—¿Qué relación te unía, pues, a Vakirtzis hasta el punto de querer protegerlo? ¿No has visto su casa?

—La he visto.

—¿Y todavía albergas dudas? —No quiero hablarle de las anotaciones que encontramos en el portátil de Stefanakos, para no abrirle el apetito—. Aún no he averiguado cómo y de dónde sacaba tanta pasta, pero es seguro que estaba metido en muchas cosas, y tú lo sabes. ¿Por qué me vienes ahora con eso de la solidaridad? ¿Qué clase de solidaridad es esa? ¿La de la inercia?

—O la de la buena vida —responde con una sonrisa amarga—. Olvídalo. —Guarda silencio por un momento y luego añade, rehuýéndome la mirada—: Vakirtzis tenía un hermano, Menélaos Vakirtzis.

El M. de las notas de Stefanakos, pienso. La trama cada vez se extiende a más gente: Favieros y su esposa, Stefanakos y Lilian Stazatu, y los hermanos Apóstolos y Menélaos Vakirtzis. Claro que estos últimos sólo pertenecían al círculo tangencialmente, ya que consiguieron sus puestos mediante chantajes y presiones.

—Quizás hayas oído hablar de Menélaos Vakirtzis como alcalde —prosigue Sotirópulos—. Pero también es empresario. De aquellos sobre los que pesan acusaciones extraoficiales de abusos, escándalos y favoritismos. Oficialmente, no se sabe nada. Al contrario, siguen nombrándolo alcalde y él sigue ocupando el cargo desde hace tres mandatos. Dicen las malas lenguas que debe tanto la inmunidad como la alcaldía a las influencias de su hermano. —Clava en mí los ojos que acaban de recuperar su brillo irónico—: Si te apetece, espera a que pasen tres años. Si no se presenta a las próximas municipales o si empiezan a lloverle denuncias, será que las malas lenguas dicen la verdad.

—Es demasiado tiempo.

—Entonces investiga a Menélaos Vakirtzis ahora mismo.

—¿Tú no sabes en qué tipo de empresas está metido? —inquiero con la esperanza de ganar tiempo.

—No, y no pienso dedicarme al tema. Desde el momento en que Vakirtzís murió, su hermano ya no interesa. O sale adelante como empresario, o fracasará también como alcalde.

Por un instante, contemplo la posibilidad de dejar el tema en manos de Guikas pero lo descarto enseguida. Todavía no sé si Menélaos Vakirtzís conserva sus contactos incluso después de la muerte de su hermano. Además, es un error esperar que Guikas investigue a personalidades con enchufe. Si no se niega de entrada, le acarreará un conflicto tan grande que apenas tocará el tema.

Estoy a punto de resignarme a contar únicamente con Kula y su primo cuando, de pronto, me acuerdo de Zamanis. Él sabrá si Favieros colaboraba con Menélaos Vakirtzís. Y recuerdo otra de las anotaciones de Stefanakos, según la cual su mujer había hecho a M. de oro. Posiblemente, esto significa que había invertido generosamente en las campañas electorales de Menélaos Vakirtzís, y es posible que también Favieros le hubiera pasado dinero y que Zamanis estuviese al tanto de ello.

Por supuesto, Yanneli me ha advertido que a Zamanis no le caigo demasiado bien, pero esto no me quita el sueño. Yo quiero respuestas, poco me importa si me las da con una sonrisa o con la cara larga.

Por otra parte, conviene que Kula investigue a Menélaos Vakirtzís para que yo acuda a mi entrevista con Zamanis con los deberes hechos.

—Discúlpame un momento —digo a Sotirópulos y voy a llamar a Kula.

Cuando vuelvo, Sotirópulos ya ha terminado su *frappé* y se dispone a levantarse, pero lo retengo.

—Dime una cosa más. ¿Crees que Favieros y la mujer de Stefanakos aportaban fondos a las campañas electorales de Menélaos Vakirtzís?

Sotirópulos se encoge de hombros.

—Es muy posible. Pero ¿de qué te sirve averiguarlo? Todos los que se presentan a diputado, alcalde y concejal encuentran la manera de exprimir a los empresarios. Y estos siempre acceden a contribuir, no porque esperen recuperar su inversión sino sólo por si las moscas. En mi opinión, hay más miga en las empresas de Menélaos Vakirtzís.

—Las investigaré de todas formas. Pero, si desenredo la maraña de todos los que financiaban al alcalde Menélaos Vakirtzís, quizá descubra algunas pistas que me conduzcan a otra parte.

Sotirópulos esboza una sonrisa.

—Eres listo —comenta—. La inteligencia no es lo que más caracteriza a los policías griegos, pero tú eres listo. —Hace una pequeña pausa antes de añadir—: Haré algunas indagaciones discretas. Si averiguo cualquier cosa, te llamo.

Nos levantamos para irnos, él a los estudios, y yo a hablar con Zamanis. Meto

la mano en el bolsillo para pagar pero no me deja.

—Me toca a mí —señala—. La última vez pagaste tú.

No es verdad, aunque aprecio su delicadeza.

La cincuentona de recepción cuelga el auricular y me mira con cara de pesar.

—Por desgracia, el señor Zamanis está muy ocupado y no puede recibirle.

Estoy agradecido a Yanneli por prevenirme. Vengo preparado. Me levanto del sillón y, bajo la severa mirada de Favieros, me acerco a la recepcionista.

—Es una lástima que no pueda —le respondo tranquilamente—. Dígale al señor Zamanis que mañana lo llamaremos a testificar en la jefatura de policía. —La cincuentona me observa, tratando de discernir si me estoy marcando un farol o hablo en serio—. Después del suicidio de Apóstolos Vakirtzís, se acabaron las bromas —agrego—. Ahora investigamos a fondo los motivos de cada una de estas muertes, porque tememos que se produzcan otras y queremos evitarlas. Si el señor Zamanis cree que estoy mintiendo, no tiene más que llamar al director de seguridad, el señor Nikólaos Guikas, que se lo confirmará con mucho gusto.

Termino mi discurso y me dirijo a la salida, cuando la voz de la cincuentona me detiene, tal como esperaba.

—Aguarde un momento, señor comisario.

Me quedo de pie para indicarle que no pienso aguardar demasiado. Ella descuelga el teléfono de nuevo, acerca la boca al micrófono, tapándolo con la mano ahuecada y empieza a bisbisear. Pronto baja el auricular y me sonríe:

—El señor Zamanis le recibirá ahora.

No expreso agradecimiento ni satisfacción, para mostrarle mi indiferencia, y me encamino al ascensor.

—Espere, vendrán a buscarle.

—No hace falta, conozco el camino —repongo con frialdad.

Subo a la tercera planta, avanzo por el pasillo que discurre entre los pequeños escenarios y sus actores, y entro en el despacho de la secretaria de Zamanis. Ella me saluda con un gesto casi imperceptible, como en nuestro encuentro previo, y me abre la puerta de la oficina de Zamanis, sin pronunciar una palabra.

Él ha desplegado sobre su escritorio todos los planos y estudios topográficos que tenía a mano, para demostrarme que está realmente muy ocupado.

—Ha adquirido la mala costumbre de venir sin avisar —me reprende sin levantar la cabeza.

—La gente también comete asesinatos sin avisar. Claro que compete a la

policía ocuparse de ellos, pero ni los criminales ni las víctimas nos lo notifican con antelación.

Mi respuesta consigue que levante la cabeza y me mire.

—¿Asesinatos? —pregunta sorprendido—. Creía que se trataba de suicidios.

—Después de la muerte de Vakirtzís, cabe hablar abiertamente de inducción al suicidio, lo que equivale a un asesinato. Ahora ya no se trata de satisfacer mi curiosidad personal. Intento descubrir quién y con qué medios impulsó a su jefe y a los otros dos a suicidarse, y cómo puedo evitar nuevas muertes.

Me contempla pensativo. Mis palabras le han afectado, y ha perdido la compostura.

—Supongamos que esto tiene cierta lógica. Aun así, no logro entender por qué piensa que el motivo de las muertes se oculta en nuestras empresas. Aquí no guardamos secretos mortales, créame.

Detecto un deje de ironía en su voz, seguramente debido a un esfuerzo por recuperar su posición de fuerza. Opto por mostrarme sincero con él, porque así aumentan las probabilidades de que él, a su vez, se muestre sincero conmigo.

—Hay dos puntos en común entre Favieros, Stefanakos y Vakirtzís. Uno de ellos es el pasado. Los tres se conocían desde su época de estudiantes, los tres participaron en la resistencia antifascista y los tres fueron detenidos por la policía militar. Por lo tanto, es de suponer que se conocían bien.

—¿Y el otro punto?

—La actividad empresarial. Aparte de las empresas que pertenecían a Iásonas Favieros y Lilian Stazatu, la esposa de Stefanakos, esta última tenía empresas en copropiedad con Sotiría Favieru, la mujer de Iásonas.

—Bueno, esto no es ningún secreto. ¿Y cómo encaja Vakirtzís en el sector empresarial?

—Él no encaja, pero su hermano Menélaos Vakirtzís, alcalde y empresario, sí. —Callo para observar su reacción. Él clava la vista en mí, esperando que continúe—: Apóstolos Vakirtzís era periodista, y había dos motivos por los que no quería ser conocido como empresario: en primer lugar, para no parecer deshonesto y, en segundo lugar, porque desde la sombra podía ayudar mucho más eficazmente a su hermano. Menélaos Vakirtzís tenía una empresa de equipo e instalaciones eléctricas y otra de sistemas de seguridad. —Me interrumpo de nuevo, por si Zamanis quiere hacer algún comentario, pero él no abre la boca—. ¿En qué consistía su colaboración con la empresa de Menélaos Vakirtzís?

Se encoge de hombros y responde sin inmutarse:

—Trabajamos en las mismas obras en la Villa Olímpica. Nosotros nos encargamos de la construcción, y Electrosys, la empresa de Menélaos Vakirtzís, de las instalaciones eléctricas.

—¿Nada más?

—Nada más.

Sin una palabra, saco del bolsillo una fotocopia de la nota y la deposito encima del escritorio, delante de Zamanis. Él la lee y levanta la mirada lentamente.

—¿Qué significa esto?

—Es una nota que encontramos, entre otras cosas, en el ordenador portátil de Stefanakos. Dice que Iásonas Favieros no estaba en condiciones de plantarle cara a Menélaos Vakirtzís, porque su hermano sabía demasiado. Se plantean dos interrogantes: ¿qué le exigía Menélaos a Favieros y por qué temía este a Apóstolos Vakirtzís?

Zamanis suelta un suspiro.

—Menélaos Vakirtzís se había convertido en un incordio —contesta muy despacio—. Para empezar, utilizó a su hermano para que nos obligase a colaborar con él, nosotros en la construcción y Electrosys en las instalaciones eléctricas. Iásonas estaba totalmente en contra de eso.

—¿Por qué?

—Porque son ineptos y chapuceros. Retrasan las obras, y luego somos nosotros quienes les sacamos las castañas del fuego. Además sus instalaciones están tan mal hechas, que la mitad no funciona y nos toca a nosotros rehacerlas.

—Vale, pero la nota de Stefanakos es mucho más reciente. No puede referirse a esta colaboración.

—No, se refiere a los sistemas de seguridad de las instalaciones olímpicas.

Su respuesta me pilla por sorpresa.

—¿También instalan sistemas de seguridad?

Zamanis ríe, a su pesar.

—No, pero para conseguir un aval que te permita participar en concursos de esta envergadura, necesitas un saldo exorbitante en tu cuenta. Menélaos Vakirtzís debe mucho dinero. Nos presionó para que intercediéramos por él ante el banco.

—¿«Interceder» significa avalar?

—Podríamos decirlo así.

—¿Y por qué Apóstolos Vakirtzís os presionó a vosotros precisamente? ¿Por qué no a los bancos?

—Porque están fuera de su ámbito de influencia. Podía ejercer cierta coacción en algunos círculos gubernamentales, pero ya se habían hartado de él y, sobre todo, de su hermano.

—Esto me lleva a la siguiente pregunta: ¿por qué temía Iásonas Favieros a Apóstolos Vakirtzís?

No responde de inmediato, y no sé si intenta ordenar sus pensamientos o contener su cólera.

—El verdadero dueño de las empresas no era Menélaos Vakirtzís sino su hermano. Apóstolos Vakirtzís acostumbraba a recabar información sobre todos y sobre todo. Cuando los datos verdaderos no bastaban, fabricaba informaciones

falsas con las que chantajeaba a la gente hasta conseguir lo que quería. Estoy convencido de que no disponía de un solo dato verídico acerca de Iásonas. Pero ¿cómo pararle los pies si decidía difamarnos en la prensa o la televisión? Somos empresarios, señor comisario. Cualquier revuelo en torno a nosotros nos perjudica.

—Es cierto, no obstante, que Iásonas Favieros, Lukás Stefanakos y Apóstolos Vakirtzís se conocían desde la época de la dictadura.

Zamanis hace un gesto vago.

—Es cierto, pero ¿qué importancia tiene? Si pretende buscar la solución en el pasado y en la lucha antifascista, olvídelo. A partir de cierto momento, cada uno sigue su camino y, si la vida acaba por enfrentarlos, la solidaridad y las batallas compartidas no significan nada. Cada uno defenderá sus intereses.

Dos posibilidades paralelas se abren ante mí: tres amigos izquierdistas con un pasado común. Dos de ellos, Favieros y Stefanakos, establecen una relación profesional, mientras que el tercero los extorsiona de varias maneras en beneficio propio. La trayectoria común de los dos primeros quizás explique la similitud de sus muertes. Tal vez el tercero llevó las cosas demasiado lejos y los empujó al suicidio. Esto sería admisible, si no se hubiera suicidado también él, el chantajista. Si se tratara de un asesinato, por otra parte, cabría suponer que los dos primeros, en su desesperación mataron o mandaron matar al tercero. Pero se trata de un suicidio, y los dos primeros se quitaron la vida antes que el tercero. No logro entenderlo, y tampoco tiene sentido romperme los cascos en el despacho de Zamanis. Me levanto para marcharme, y, esta vez, él me tiende la mano.

—No sé qué decir. Si las cosas son como las describe, espero de todo corazón que encuentre al que impulsó a Iásonas al suicidio. Aunque, no es por desanimarle, pero dudo mucho que lo consiga.

Le estrecho la mano en silencio. Sus dudas me sobran; las mías bastan para desanimarme. Al cruzar el puente de los suspiros, suena mi busca, que vuelvo a llevar encima. Es el número de Guikas. Lo llamo desde el teléfono de recepción.

—Me ha telefonado Kula. Ve enseguida a la casa de Vakirtzís en Vranás. Ha encontrado algo que le parece importante.

Kula y Spiros fueron a registrar el ordenador de Vakirtzís esta mañana, con el permiso de Guikas. Echo un vistazo a mi reloj. Son casi las doce. Sé que sudaré la gota gorda antes de llegar a Vranás, pero no puedo permitirme el lujo de esperar hasta la puesta del sol.

Ir del Primer Cementerio a Vranás en pleno mediodía no es la empresa más fácil del mundo. Me devano los sesos para discurrir el recorrido más breve, pero sólo hay una ruta: la que pasa por la avenida Kifisiás y la vía Ática. Se dice rápido. El trayecto de la avenida Rey Constantino hasta Kifisiás se convierte en un suplicio, por culpa del calor. Cuando llego a las obras del puente olímpico de Psijicó me encuentro en un atasco sin fin. Intento distraerme leyendo las vallas publicitarias: «De Marusi a Metamorfosi en 3 minutos por la vía Ática». «De Yérakas a Koropí en 4 minutos por la vía Ática». Las circunstancias hacen de Atenas la ciudad más cristiana del mundo. Has de pasar por el fuego y el azufre para llegar al paraíso. Has de sudar sangre en las calles de la ciudad, que están levantadas, abiertas y colapsadas, para conquistar el edén de la vía Ática. Piso el acelerador a fondo y avanzo a toda velocidad lo que, para el Miraffiori, significa ir a ochenta por hora. El viento me azota la cara y me refresca el ánimo, aunque sólo el ánimo, porque el aire está ardiendo.

El recorrido hasta el nudo de Spata resulta de lo más placentero, dentro de lo que cabe, pero desde el instante en que me incorporo a la avenida Maratón, dejo atrás el edén y me adentro de nuevo en el infierno. Tardo un total de dos horas en llegar a Vranás y, cuando avisto la mansión de Vakirtzís, me entran ganas de tirarme en la piscina con la ropa puesta. Resisto la tentación y subo los escalones que conducen a la terraza. Están asándose, en silencio bajo el sol, mecedora, sombrillas y mesas incluidas. El revuelo de la noche del suicidio de Vakirtzís no ha dejado huellas, como si nunca se hubiera producido.

Entro en la sala de estar y me encuentro con una cuarentona rolliza en camiseta y pantalones cortos de color blanco. Lleva el cabello teñido de rubio rojizo, y de las perneras del pantalón asoman dos muslos que serían la envidia de cualquier luchador o futbolista.

—¿Qué quiere? —pregunta en el tono que emplearía con un vendedor ambulante de palanganas de plástico.

—Comisario Jaritos.

Mi nombre debe de recordarle algo, porque al instante desempolva su sonrisa de bienvenida.

—Ah, sí, señor comisario. Soy Jarula Vakirtzís, la... viuda de Apóstolos

Vakirtzís.

Me pilla desprevenido, porque tenía entendido que Vakirtzís estaba divorciado. Ya que no presenta el aspecto de una viuda desconsolada, me ahorro las condolencias.

—Había oído que Apóstolos Vakirtzís estaba divorciado —respondo, más que nada para picarla y ver su reacción.

—Sí, nos habíamos separado últimamente, pero aún no habíamos firmado el divorcio. —Pone énfasis en la última frase para subrayar la legitimidad de su presencia en la casa—. Comprenderá que vine corriendo en cuanto supe lo ocurrido. Apóstolos no tenía familia, y alguien debe ocuparse de todo.

En otras palabras, no sólo es legítima mi presencia aquí sino que soy la legítima heredera, puesto que todavía no estábamos divorciados. La irritación que me causa esta mujer crece por momentos.

—El día de los hechos hablé con una joven...

—¡Ah, esa! —me interrumpe—. La putita recogió sus cosas y se largó en cuanto se enteró de que yo venía. Ya comió bastante en plato ajeno. El festín ha terminado.

—¿Dónde están mis ayudantes?

—En el tercer piso, en el despacho de Apóstolos.

Me voy corriendo, no porque me atemorice sino para refrenar el impulso de propinarle unas cuantas bofetadas. Subo las escaleras sin detenerme a tomar aliento y llego al tercer piso, donde tenía su despacho Apóstolos Vakirtzís. Kula está arrodillada delante del escritorio, examinando las cintas guardadas en el segundo cajón, que yo había descubierto la noche del suicidio. Spiros está embebido en la contemplación de la pantalla.

—¿Por qué me habéis llamado con tanta urgencia? —pregunto a Kula, que se ha levantado de un salto al verme.

Por toda respuesta, se acerca al escritorio y me alarga un fajo de papeles, sin mediar palabra. En cuanto le echo un primer vistazo, casi se me cae de las manos. Lo que sostengo es una copia de la biografía de Vakirtzís, la misma que Logarás me envió a mi casa.

Tardo un poco en reaccionar y pensar con claridad. Antes que a mí, Logarás le mandó la biografía al propio Vakirtzís. Evidentemente, esto formaba parte de su plan, pero ¿por qué? Estoy tan alterado que no se me ocurre una razón posible. Lo dejo para después y les pregunto qué han encontrado en el ordenador.

—Ese tipo lo usaba para pasar el rato —interviene Spiros—. Como mucho, jugaba al solitario o navegaba alguna vez por Internet.

—¿Por qué? —inquiero—. ¿Porque no tenía un programa de limpieza?

Se vuelve y clava en mí su mirada de ironía.

—No sólo por eso. Cuando enciendes un ordenador, notas enseguida si lo han dejado tal como lo entregó la tienda o si ha sufrido cambios por el uso. A este

parece que lo hayan entregado esta misma mañana.

—¿Habéis recuperado algún dato?

—No, aunque eso no significa que no los hubiera.

Ya empieza a marearme otra vez y, con lo nervioso que estoy en este momento, poco me falta para partirle los dientes de un puñetazo.

—Explicámelo. No hables telegráficamente, porque no lo pilló.

—A veces los mensajes de correo llegan con un programita que los borra automáticamente al poco tiempo. Otros, con un programita que los devuelve al remitente. Si había mensajes de este tipo, no los vamos a encontrar.

—¿Y la biografía? ¿Por qué no fue destruida ni devuelta?

Se encoge de hombros.

—Yo qué sé. Quizá la dejaran más tiempo en el disco duro, para que Vakirtzís pudiera acabar de leerla.

Empiezo a entender lo que intenta decirme. Logarás había enviado a Vakirtzís más documentos, aunque sólo para que los leyese. Terminada la lectura, los mensajes eran borrados o devueltos. Le dejó la biografía, bien porque hace falta más tiempo para leerla, bien porque, de todos modos, saldría a la luz y no había motivos para hacerla desaparecer.

Ya que no abrigó esperanzas de desenterrar nuevos secretos del ordenador, dirijo mi atención a escondites más prosaicos y humildes, como los cajones.

—¿Qué has encontrado? —pregunto a Kula.

—Por lo que veo, grabaciones de los programas televisivos de Vakirtzís.

Me agacho y recojo una cinta. Lleva la fecha de la emisión del programa, como todas las demás. Me pongo a buscar la grabación correspondiente al 21 de mayo, el programa en el que, según Stefanakos, lo hacían objeto de chantaje, pero no figura entre el resto. Mis ojos se detienen en el último cajón, el que tiene cerradura de seguridad. Sigue cerrado con llave.

—Ya he buscado por todas partes pero no doy con la llave —se lamenta Kula.

—Ve a llamar a la mujer de Vakirtzís.

—Ya está, no hay nada más —anuncia Spiros.

Apaga el ordenador y se acerca al televisor, que está un poco más allá. Toma el mando a distancia, enciende el aparato y se apoltrona en el sillón que hay delante. Ni árboles, ni piscinas, ni nada. La única visión que lo emociona es la de una pantalla.

Kula reaparece, acompañada por la señora Vakirtzís. Al parecer le ha entrado un arrebató de pudor, porque ahora lleva pantalones largos.

—Estoy buscando la llave de este cajón. ¿No la tendrá usted?

—No. Apóstolos la llevaba siempre encima.

Entonces, se fundió cuando Vakirtzís se prendió fuego, y no la encontraremos nunca.

—Necesito abrir el cajón.

Se encoge de hombros con indiferencia.

—Ábralo.

—Llama a Guikas y pídele que mande a un cerrajero del laboratorio —le indico a Kula.

Mientras llega el cerrajero, bajo a la terraza. Me siento bajo una sombrilla y trato de ordenar mis pensamientos. Si Logarás envió una copia de la biografía a Vakirtzís, también debió de enviársela a los otros dos. Quizá se hayan borrado, pero esto no cambia las cosas. La cuestión es: ¿por qué las envió? Salvo por alguna indirecta aquí y allá, las tres biografías se expresaban en términos extremadamente halagadores acerca de los suicidas. La única explicación razonable es que Logarás quisiera asegurarles que su reputación no sufriría menoscabo tras la muerte. Pero ¿qué les importaría la reputación a Favieros, Stefanakos y Vakirtzís, que ya gozaban de gran renombre en la sociedad griega? ¿Acaso estaban dispuestos a suicidarse con tal de pasar a la posteridad gracias a la biografía de un tal Minás Logarás, un total desconocido? Salvo que su fama póstuma tuviera que ver con otra cosa: el secreto que encerraban los documentos que, según Spiros, Logarás les enviaba junto con la biografía y que, o se eliminaban automáticamente, o eran devueltos al remitente. ¿Qué tipo de documentos? Nunca lo sabremos aunque, sin duda, guardaban relación con la biografía. Por eso cuando leí la de Stefanakos me produjo la clara impresión de que era falsa, una fabricación.

De repente, se me ocurre otra idea, de las que caen del cielo. ¿Y si la clave de los suicidios reside en las biografías? ¿Y si el suicidio público era la condición para la gloria póstuma de Favieros, Stefanakos y Vakirtzís? No es una explicación del todo descabellada, aunque seguimos sin saber por qué habrían de aceptar dicha condición. ¿Qué pudo inducirlos a ello?

Por muchas vueltas que le dé, no encuentro la respuesta. Me levanto y bajo al jardín. En menos de dos minutos, mi cabeza se calienta como un ladrillo refractario. Me alejo de la piscina y me dirijo al escenario de la inmolación de Vakirtzís. No queda rastro de ella. En el lugar donde yacía el cadáver sobre el césped quemado hay ahora tierra removida y sembrada. No sé si plantaron flores o pepinos, porque aún no ha despuntado nada.

Oigo a lo lejos el ruido de una motocicleta que se acerca. Es el cerrajero. Se detiene a poca distancia, abre el maletero de la moto y extrae una caja de herramientas. Lo espero junto a los escalones de la terraza.

—Buenos días, señor comisario. ¿Qué tengo que abrir? —pregunta al acercarse.

—El cajón de un escritorio, provisto de una cerradura de seguridad.

Subimos juntos al tercer piso. Spiros sigue sentado delante del televisor. Kula ha trasladado las cintas al tablero del escritorio para ordenarlas.

—Es este. —Le señalo el cajón al cerrajero. Él le echa una ojeada fugaz.

—Pan comido —dice.

La segunda llave con que lo intenta abre la cerradura. Kula y yo nos acercamos, curiosos. El cajón sólo contiene cinco cintas de audio. Una de ellas es la que buscábamos, la correspondiente al 21 de mayo. Las otras cuatro presentan fechas de octubre, diciembre, enero y febrero, aunque no sé de qué año. No hace falta ser un genio para comprender que Vakirtzís guardaba en este cajón las grabaciones de los entrevistados a los que chantajeaba.

—Llévatelas y las escucharemos —digo a Kula.

—Me llevaré también el resto.

—De acuerdo, aunque primero hemos de escuchar estas. En ellas está el meollo de la cuestión.

Debajo de las cintas había dos sobres. Abro el primero y encuentro una copia de la carta-protesta dirigida al ministro, que Komi había mostrado a Favieros minutos antes de su suicidio. Debajo, la fotocopia de un cheque por valor de cuarenta millones de dracmas, que equivalen a unos ciento diecisiete mil euros actuales. Está extendido al portador y no tiene sello, de modo que debió de salir del talonario personal de Favieros. No resultará difícil descubrir quién cobró el cheque, aunque sí averiguar quién se esconde detrás de quien lo cobró. El chantajista Vakirtzís no guardaría una fotocopia, si el cheque no correspondiera a una compra o soborno. Más abajo, encuentro las fotocopias de tres contratos de compraventa. Kariofilis figura como notario en los tres. De manera que Vakirtzís conocía la red de agencias inmobiliarias de Favieros y su funcionamiento. Por eso Favieros lo temía.

El segundo sobre lleva el nombre de Stefanakos. El único documento que le concierne, sin embargo, es el proyecto de ley para la protección de la identidad cultural de los albaneses que viven en Grecia. El resto atañe a su mujer. Mirando por encima, encuentro tres fotocopias de escritos en los que consta la concesión de fondos por parte de la Unión Europea, unas sumas cuantiosas. Sin duda son pruebas de algunos de los chanchullos cometidos por Stazatu con la ayuda de su marido, el diputado, pues de lo contrario Vakirtzís no las habría guardado. Hay otra más, redactada en inglés, que habré de llevar a traducir; mi inglés no llega a tanto. En el fondo del cajón descubro otro cheque por valor de trescientos mil euros. Este, sin embargo, no está emitido por un banco griego sino por una entidad de Bucarest.

Si Vakirtzís hubiese muerto asesinado, ahora detendríamos a Favieros y a Stefanakos, como mínimo, por incitación. Él los extorsionaba y ellos lo mataron. Pero también el chantajista se suicidó. Así las cosas se complican y es para tirarse de los pelos.

El cerrajero es el primero en marcharse. Probablemente nos esté maldiciendo por haberlo obligado a venir hasta aquí por una tontería, pero son gajes del oficio.

Es la primera vez que obran en nuestro poder algunas pruebas, aunque no sepamos adónde nos pueden conducir.

—Os felicito, chicos. Habéis hecho un buen trabajo —comento a Kula y a Spiros mientras caminamos junto a la piscina.

—Gracias a Spiros —responde Kula, llena de entusiasmo—. Ya se lo dije, es un as de la informática. Lo lleva en la sangre.

—Vale, no te pases —interviene él con voz de hastío. Entre los jóvenes de hoy, la humildad suele expresarse como hastío.

—¿Sabía que a Spiros le gustaría trabajar en el laboratorio? —prosigue Kula, impertérrita.

—¡Oye, te enrollas muy mal! Te dije que eso debía quedar entre nosotros, todavía me lo estoy pensando. ¡Y tú vas y lo sueltas, como la poli chivata que eres!

—Espera, esto no saldrá de aquí. No es oficial —intervengo yo—. Lo único que te preguntaré, y me contestas si quieres, es por qué te interesa ingresar en la policía.

—Vale. Porque, estudiar informática, que es lo que me interesa, y además tener un puesto asegurado, sería genial.

Mi generación decía «estupendo», la actual dice «genial», pero tanto a ellos como a nosotros nos preocupa ganarnos las habichuelas.

—Piénsalo con tranquilidad. Si te decides, habla con Kula. Ya nos ocuparemos del resto.

A fin de cuentas, Guikas le debe a Kula este pequeño favor y no le costará mucho echarle un cable a su primo. Ya hemos llegado a la salida de la finca. Spiros monta en la moto de Kula y ella, detrás. Antes de ponerse en marcha, ella me guiña el ojo. Me doy cuenta que viaja de paquete para dejar que el chico se luzca.

Como había aparcado el Mirafiori debajo de los árboles, no está hecho un horno. Aunque no sé si logrará llevarme hasta Atenas antes de quedarse sin agua.

La idea me asaltó por la noche. De repente, me incorporé en la cama con un sobresalto. No sé si la ocurrencia surgió de un sueño o al margen de él, porque no recuerdo haber estado soñando con Logarás y los tres suicidas en esos momentos. Cuando me desperté por la noche y me siento aturdido, hago lo que hace todo el mundo: voy a la cocina a beber un vaso de agua. Después me encontré en la sala de estar, sentado con medio cuerpo dentro y medio en la terraza.

Los datos que Logarás enviaba a Favieros, Stefanakos y Vakirtzís y que luego destruía o recuperaba eran pruebas incriminatorias. Logarás tenía pruebas y los amenazaba con divulgarlas. Las biografías constituían una solución alternativa, el mal menor: o aceptaban suicidarse delante de testigos y él publicaba sus biografías ditirámicas, garantizándoles su buena fama póstuma, o seguían con vida y él los arrastraba por el lodo. Les enviaba los documentos comprometedores para convencerlos de que no se trataba de un farol. Terminada la lectura, los documentos se borraban o eran devueltos al remitente, por obra y gracia del programa que mencionó Spiros. Las biografías, sin embargo, se conservaban durante más tiempo, para que las leyesen y se cerciorasen de que no les daba gato por liebre.

No obstante, seguía en el aire la pregunta de con qué pruebas contaba Logarás y dónde las había encontrado. Y esta otra, resultante de la primera: si poseía informaciones tan concluyentes, ¿cómo es posible que no haya trascendido hasta ahora, tanto más cuanto que aludía a tres personajes eminentes? ¿Es concebible que los tres tuvieran tachas tan terribles en su pasado que prefirieran la muerte a su publicación, y que nadie las conociese salvo Logarás? Y, si nadie había encontrado estas pruebas hasta ahora, ¿cómo las halló él?

Cuando, al fin, regresé a la cama, en torno de las seis de la mañana, las preguntas seguían sin respuesta y el sueño me había abandonado. Finalmente, me quedé medio dormido hacia las ocho pero la llamada de Guikas volvió a sobresaltarme. Llamaba para comunicarme que el ministro nos esperaba a las diez. Antes de irme, telefoneé a Kula y le indiqué que recogiera a su primo y fueran a registrar el ordenador de Favieros en Erige. En realidad, no alimentaba

grandes esperanzas de que descubriesen algo relevante pero, a partir de cierto punto, más vale no dejar piedra por mover.

Ahora estoy sentado junto a Guikas ante el escritorio del ministro y lo observo mientras compara las dos copias de la biografía de Vakirtzís, la que me envió a mí y la que encontramos en su ordenador. He traído ambas para que las confronte y compruebe que son idénticas.

El ministro levanta la cabeza y me pregunta lentamente:

—¿Cree usted que mandó copias de las biografías a los tres suicidas?

Le explico mi teoría, que Guikas ya escuchó por el camino y dio por válida: en mi opinión, el suicidio público era la condición impuesta por Logarás para hacer circular las biografías. Luego le cuento mis reflexiones de la madrugada: que Logarás había reunido pruebas en contra de ellos y que les ofrecía las biografías a modo de salida honorable. Los obligó a elegir entre preservar su buen nombre suicidándose o vivir en la ignominia.

—¿Qué pruebas podía tener ese Logarás? —pregunta el ministro.

—Sólo lo sabremos cuando lo desenmascaremos. Creo que es alguien de su entorno inmediato y, con toda probabilidad, de su juventud.

Su rostro refleja su desconcierto.

—¿Cómo ha llegado a esta conclusión?

—Los hechos que tan desesperados estaban por ocultar tienen que pertenecer al pasado. Si se tratase de escándalos actuales, los conocerían todos los periodistas y los habrían aireado hace tiempo. Me atrevería a afirmar que los unía un secreto compartido. No es casual que los tres tuvieran un pasado en común y siguieran colaborando en el presente, aunque fuera por la fuerza, como en el caso de Vakirtzís.

El ministro nos mira alternativamente con aprobación.

—¿Qué posibilidades tenemos de descubrir la verdadera identidad de Logarás?

—Sólo una: que se delate él solo —responde Guikas—. Nosotros no podemos hacerlo por nuestros medios. Se esconde tras un seudónimo y, hasta ahora, ha conseguido borrar sus huellas por completo.

El ministro se apoya en el respaldo de su sillón, decepcionado.

—En otras palabras, nos tiene pillados.

—No exactamente. Podemos seguir el camino inverso —contesto—. Investigar el pasado de los tres suicidas para descubrir el secreto que compartían. Si lo conseguimos, es muy probable que averigüemos también la identidad de Logarás.

—¿Qué necesitan para ello?

—No sólo movilizar el departamento —interviene Guikas—, sino también la Dirección de Delitos Financieros y la Comisión de Obras Olímpicas.

—¿No podría tratarse de algo relacionado con la dictadura? A lo mejor

sucumbieron a las torturas y traicionaron a sus camaradas, por ejemplo, y Logarás lo sabía.

—Esas historias ya han prescrito, señor ministro. ¿Quién iba a darles importancia?

—Además, es poco probable que sucumbieran los tres —añado—. Estoy convencido de que, sea el que sea, este secreto es común y atañe, como mínimo, a los tres que ya se han quitado la vida. Ojalá sean los únicos, para que no haya nuevas muertes.

—Está bien. Me ocuparé de informar a la Comisión de Obras. Pero conduzcan la investigación con la máxima discreción posible, por favor: no queremos que se produzcan filtraciones.

—Si hemos sido discretos hasta ahora, seguiremos siéndolo —lo tranquiliza Guikas—. La investigación extraoficial llevada a cabo por el comisario ha demostrado ser eficaz.

No sé si me será posible continuar investigando desde casa o si habré de reinstalarme en el despacho. Ya lo decidiré más adelante, según las circunstancias.

Regresamos a jefatura en el coche oficial de Guikas. Después del suicidio de Vakirtzís me lleva entre algodones.

—Este asunto me ha complicado la vida —refunfuña mientras bajamos por la avenida del Mediterráneo—. Me ha obligado a interrumpir mis vacaciones para volver al trabajo.

—Y yo he tenido que aplazarlas, aunque esté de baja —repongo, para que no se crea el único sacrificado.

—No me importarian las vacaciones si no fuera por mi mujer. La dejé en Spetses y me llama cada día para preguntarme cuándo volveré. Es una guerra de nervios.

—Le comprendo —digo. Me mira y asiento levemente con la cabeza. Nos entendemos sin necesidad de añadir una palabra.

Cuando llegamos a jefatura, subo directamente al tercer piso y me dirijo al despacho de mis ayudantes. Dermitzakis está ordenando unas carpetas mientras Vlasópulos hojea una revista de equipos estereofónicos y altavoces. Al verme se levanta bruscamente y exclama « ¡Señor comisario! », intentando esconder la revista en un cajón.

—Tranquilo. Sigo de baja, ¿lo has olvidado?

Dermitzakis se da la vuelta y me saluda con un « ¡Bienvenido, señor comisario! ».

—Escuchad con atención —les pido mientras cierro la puerta del despacho—. Ya sabéis de los suicidios de Favieros, Stefanakos y Vakirtzís.

—¿Cómo no íbamos a saberlo? Están en boca de todo el país —comenta Dermitzakis.

—Quiero que investiguéis su pasado. Sistemáticamente y a fondo. Y, sobre todo, con la más absoluta reserva. No debe trascender nada. Nadie debe enterarse de ello.

—¿Por qué? —pregunta Vlasópulos.

—¿Qué te dije la última vez que pasé por aquí? Si os pido algo, lo haréis sin pedir explicaciones.

—Es cierto, señor comisario.

—¿Qué estamos buscando, exactamente? —tercia Dermitzakis.

—No lo sé. Es probable que los tres se suicidaran por el mismo motivo, así que debe de tratarse de algo que incumbía a los tres. No puedo revelaros detalles, ni siquiera orientaros. Si necesitáis ayuda, os ponéis en contacto conmigo o directamente con el director. Ya hemos hablado de ello.

—¿Es muy urgente? —inquire Dermitzakis, demostrando de nuevo su debilidad por las preguntas inútiles.

—Mueve el culo —farfullo.

Me dispongo a marchar cuando me detiene Vlasópulos.

—Un momento, señor comisario. ¿Quiere acompañarnos?

Advierto que intercambian miradas y me mosqueo. Vlasópulos abre la puerta y sale primero. Yo lo sigo, y Dermitzakis viene detrás. Me conducen a la puerta de mi despacho. Vlasópulos la abre y se aparta para dejarme pasar.

Me paro en el umbral. El despacho está vacío.

—¿Y Yanutsos? —pregunto.

—Se fue el día siguiente a su última visita —me informa Vlasópulos riéndose—. Lo llamó el director, y ya nunca volvimos a verlo. Debí de venir a recoger sus cosas cuando nosotros no estábamos.

Me sorprende ver mi escritorio limpio y ordenado, como suelo dejarlo al final de cada jornada.

—Incluso colocó cada cosa en su sitio —pienso en voz alta.

—Qué va, eso lo hicimos nosotros. Para que usted lo encuentre tal como lo había dejado.

Por eso las miradas de complicidad.

—Gracias. Me habéis alegrado el día.

Avanzo unos pasos y me siento tras el escritorio. Ellos dos salen del despacho y cierran la puerta discretamente a sus espaldas.

A la mañana siguiente Sotirópulos me encuentra en la misma posición. No es que pasara la noche en el despacho, sino que he resuelto volver al trabajo. Me santigüé mentalmente y comuniqué mi decisión a Adriani. Ella me fulminó con una de aquellas miradas ponzoñosas que había guardado en naftalina durante el verano.

—Tu baja es lo primero que cancelas. Lo siguiente serán nuestras vacaciones —fue su gélido comentario.

Estuve a punto de mandarla a veranear a Spetses con la mujer de Guikas pero me callé, porque el enfado le duraría como mínimo una semana, y yo me quedaría esperando con ansia el famoso plato de tomates rellenos que sellaría nuestra reconciliación. A fin de cuentas, no pensaba retractarme de mi promesa de viajar a la isla.

—Menos mal que no nos fuimos —respondí—. Guikas tuvo que interrumpir sus vacaciones para volver al despacho. El ministro en persona está pendiente del asunto, y esto lo complica todo. Nos iremos en cuanto resuelva el caso, tienes mi palabra.

Adriani no rechestó para darme a entender que, por un lado, tomaba nota y, por el otro, mantenía sus reservas. No obstante, suavizó su actitud.

El otro problema estribaba en cómo convencer a Guikas de que me prestara a Kula hasta la conclusión de las investigaciones. Cuando se lo comenté, torció el gesto.

—No quiero que se le suba a la cabeza, luego habrá quién la pare.

—Kula ha trabajado en la investigación desde el principio. Toma notas y conoce todos los detalles. A usted también le molestará si subo a consultarla constantemente o solicito su presencia en mi despacho.

Al comprender que no había remedio, masculló «de acuerdo», muy a su pesar. Mis dos ayudantes se quedaron boquiabiertos cuando les comuniqué que Kula compartiría su despacho por un tiempo y participaría en la investigación. Dermitzakis estuvo a punto de hacer una pregunta pero le recordé que no son admisibles.

No sé cómo se enteraron de mi vuelta pero, de pronto, todos invadieron mi despacho, encabezados por Sotirópulos, su jefe por derecho propio. Guikas y yo

habíamos acordado declarar que los médicos me habían dado de alta y que me reincorporaba al trabajo con normalidad. Primero pasamos por el trámite de las felicitaciones y los agradecimientos.

—Usted es toda una leyenda —afirma una morena bajita, que en invierno lleva medias rojas, y en verano, falda del mismo color.

Le respondo con una broma:

—Cuidado, porque acabaré por creérmelo y empezaré a recibiros de uno en uno y con cita previa.

—No se ha perdido nada interesante mientras estaba de baja —asegura un joven convencional, es decir, de pelo engominado y cocodrilo en la camiseta.

—Excepto, claro está, el asunto de Filipo el Macedonio —apostilla una rubia recién salida de la peluquería.

—Por cierto: ¿qué ha sido de esos tres? —Se oye otra voz femenina—. He estado de vacaciones y me he perdido algunos capítulos.

—Que yo sepa, se está redactando su expediente y serán procesados por el asesinato de los dos kurdos —respondo. No tengo idea de si es así, pero es la versión que convinimos en presentar con el ministro.

—¿Y los suicidios? —inquire el joven del pelo engominado.

—Los suicidios son suicidios, no podemos hacer nada.

—No es lo que decía el señor Yanutsos.

—No sé qué decía el señor Yanutsos. Sólo sé que, cuando alguien se quita la vida, no podemos detenerlo ni interrogarle. De modo que el caso queda automáticamente cerrado —respondo en tono provocador.

Por suerte, Sotirópulos se apresura a sacarme del apuro.

—Vamos, no importunemos al señor comisario con tonterías en su primer día de trabajo —lo reconviene con la autoridad del jefe—. El que quiera saber qué opina Yanutsos, que lo busque.

Por lo visto su comentario surte efecto porque ya todos saben que Yanutsos ha desaparecido del mapa. Suenan risotadas sueltas e irónicas. Luego me someten de nuevo al ritual de las felicitaciones y los agradecimientos y se marchan todos, menos Sotirópulos, que cierra la puerta y se planta delante de mí.

—¿Alguna novedad? —pregunta.

No quiero hablarle de la biografía que encontramos en el ordenador de Vakirtzís. Es un periodista y más vale no tentarlo demasiado a menudo. En algún momento sucumbirá a la tentación y yo me daré de cabezazos contra la pared.

—Lo único que sabemos con certeza es que sus trayectorias coinciden en varios puntos.

—¿Y eso qué significa?

—Los tres pertenecían a los mismos círculos, lucharon juntos en la resistencia antifascista y fueron detenidos por la policía militar. Ese Logarás debe de conocer algún secreto de su pasado común y los chantajeaba con ello.

Sotirópulos reflexiona por unos instantes.

—Tiene sentido. Y explica las biografías.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres? —pregunto extrañado.

—Escribe las biografías para despistar.

Yo quizás habría pensado lo mismo, si no supiera que Logarás enviaba las biografías a sus víctimas. Por otra parte, conviene que Sotirópulos comente su idea por televisión, porque así contribuirá él también a la desorientación general.

—Es muy posible. —Noto un brillo travieso y satisfecho en sus ojos—. ¿Podrías investigar lo un poco?

—Investigar ¿qué?

—Su pasado, a ver si encontramos algún indicio.

—Será difícil si se remonta a mucho tiempo atrás. Los archivos de la junta militar podrían ayudarnos.

—Los quemaron en Keratsini, ¿no te acuerdas?

Sotirópulos se echa a reír.

—Vamos, comisario. ¡En Keratsini quemaron inventarios de almacenes y pilas de periódicos!

—Quemaron los archivos, por increíble que te parezca —insisto.

No logra reprimir la risa.

—De acuerdo, rebuscad en las cenizas, entonces. Seguro que no ardieron todos —concluye, burlón—. De todas formas, y a preguntaré.

Se marcha y llamo a Kula. Se presenta como el primer día que vino a mi casa, con téjanos, camiseta, el cabello recogido en una cola y sin maquillar. El maniquí uniformado de Guikas todavía no ha vuelto al servicio.

—¿Qué hay del ordenador del despacho de Favieros? —le pregunto.

—Lo que usted pensaba. Nada de nada.

—¿Ni siquiera una copia de la biografía?

—Ni eso.

—¿Y las cintas que encontramos en el despacho de Vakirtzís? —Ella deposita sobre el escritorio el sobre que llevaba bajo el brazo—. ¿Las mandaste transcribir?

—Esta mañana, todas excepto una. La que corresponde al 12 de mayo, que le corría prisa. Spiros hizo la transcripción anoche. Si quiere ingresar en el cuerpo, que ponga voluntad de su parte. Encontrará la transcripción en el sobre —señala, sonriéndome con intención.

—Te felicito, lo has hecho muy bien. ¿Qué más hay?

—Pensamos registrar el ordenador de la casa de Favieros en Porto Rafti.

—No creo que encontréis nada pero registradlo; más vale mirar en todos los rincones.

Kula se va y yo empiezo a leer la transcripción del programa de Vakirtzís. Lo primero que se me ocurre tras la lectura de las primeras páginas es que las

palabras de Vakirtzís eran la chispa capaz de enardecer a los líderes de la organización Filipo el Macedonio y de dar muerte a Stefanakos. El programa entero constituye un ataque despiadado contra Stefanakos y sus teorías sobre el reconocimiento de la identidad cultural de los refugiados y la introducción de su lengua en los programas de la enseñanza pública.

Vakirtzís no enarbola la bandera nacionalista sino que critica a Stefanakos desde la izquierda, erigiéndose en defensor de los trabajadores en paro. La razón por la que el desempleo no se reduce, a pesar de que aumentan los puestos de trabajo, son los trabajadores extranjeros, alega Vakirtzís. Los griegos quedan fuera del reparto. Los empresarios prefieren contratar a inmigrantes, porque trabajan por sueldos inferiores al salario mínimo y sin limitación de horario. Si las propuestas de Stefanakos prosperan, los trabajadores extranjeros se establecerán aquí de forma permanente y, con ellos, las altas tasas de desempleo de la mano de obra autóctona. El colofón llega al final:

De acuerdo, señor Stefanakos, aceptemos que los derechos humanos son su evangelio. Incluso haré oídos sordos al rumor de que esta actitud suya no es tan desinteresada como quiere aparentar. Pero ¿no ve cuál es el coste social de sus teorías? ¿Qué nos está proponiendo? ¿Admitir en Grecia a rumanos, albaneses, búlgaros y serbios y enviar a los nuestros a buscar trabajo en Rumania, Albania, Bulgaria y Serbia, respectivamente?

Esta pregunta bastaría para que los nacionalistas asesinaran no sólo a Stefanakos sino al Parlamento griego en pleno. La continuación del programa así lo confirma: una avalancha de llamadas de ociosos de ambos sexos, que hablan pestes de los extranjeros, que nos quitan el trabajo y llevan el país al desastre.

Empiezo a perder el interés tras la lectura interminable de las preguntas y respuestas entre la audiencia y Vakirtzís cuando, hacia el final del programa, aparece otra frase de este que me llama la atención:

¿Quién no desea el desarrollo de nuestros vecinos de los Balcanes? Pero les prestaría un servicio mucho más valioso, a ellos y también a Grecia, quien invirtiese directamente en estos países. Si Stefanakos quiere ayudar a nuestros vecinos, que apoye a los griegos dispuestos a montar empresas allí y no a los extranjeros que vienen a quitarnos el trabajo aquí.

En eso consistía el doble juego de Vakirtzís. Por un lado desataba una ofensiva insidiosa contra Stefanakos, perjudicándolo políticamente, y por otro, rompía una lanza por su mujer, que facilitaba fondos, es decir, puestos de trabajo, a los países balcánicos. Este es el mensaje. Estaba transmitiéndole a Stefanakos que a él

también le interesaba la perspectiva de invertir en los Balcanes, a través de su hermano.

¿Por qué Stefanakos no llevó a Vakirtzís a los tribunales? Lo que argüía en su contra y, sobre todo, la virulencia con que argumentaba, constituían una base más que suficiente para una denuncia por difamación. ¿Por qué no la presentó? ¿Por camaradería trasnochada y rancia solidaridad? Tras una breve reflexión, mi respuesta es negativa. La explicación está en el sobre que Kula dejó en mi escritorio: en la fotocopia del cheque por valor de trescientos mil euros, emitido por un banco de Bucarest y que obraba en poder de Vakirtzís.

Stazatu no aparta la vista de la fotocopia del cheque de Bucarest. Su problema no es el desconocimiento del idioma rumano sino que necesita ganar tiempo para decidir cómo enfrentarse al portador, es decir, a mí.

—¿Dónde la ha encontrado? —pregunta al final.

—En un cajón del escritorio de Apóstolos Vakirtzis. Entre otros documentos, como la grabación de un programa dedicado a su esposo.

—Ah, aquel famoso programa —comenta con voz inexpresiva.

Se produce un silencio embarazoso. Stazatu no sabe cómo seguir y yo no sé cómo empezar. Me pregunto si debería entrar directamente en materia o irme por las ramas. Al final, opto por lo primero.

—¿Apóstolos Vakirtzis les hacía chantaje?

Ella adopta su expresión relajada y altiva.

—Vamos, comisario. Ve conspiraciones por todas partes...

—He oído cómo Vakirtzis se cebaba en su esposo durante aquel programa. ¿No tenía motivos ocultos, en su opinión?

Ella se encoge de hombros.

—No, ese era su parecer. El nacionalismo de izquierdas se puso muy de moda tras la caída de los regímenes socialistas.

—Tal vez pero, hacia el final del programa, Vakirtzis dijo algo. —Saco del bolsillo el trozo de papel donde había anotado las palabras de Vakirtzis y se las leo —: «¿Quién no desea el desarrollo de nuestros vecinos de los Balcanes? Pero les prestaría un servicio mucho más valioso, a ellos y también a Grecia, quien invirtiese directamente en estos países». Este comentario alude directamente a usted, señora Stazatu. Deja entrever que aprueba sus actividades y que le gustaría tomar parte en ellas. A la luz de la fotocopia del cheque que encontramos entre sus papeles, el mensaje resulta muy elocuente.

Se le han pasado las ganas de adoctrinarme y ahora se limita a observarme en silencio.

—Les he dicho ya repetidas veces, tanto a usted misma como al señor Zamanis y a la señora Yanneli, que el objeto de nuestra investigación no son sus empresas ni sus transacciones. Sólo nos interesa descubrir las causas de los tres suicidios, por una razón concreta: queremos evitar que haya otros. Lo demás nos

trae sin cuidado.

Ella sigue mirándome pensativa y suspira profundamente.

—Tiene razón, nos estaba chantajeando. A Lukás y a mí también. Claro que no éramos los únicos. Vakirtzís extorsionaba a políticos, editores y empresarios, no por dinero sino para obtener favores e información que luego utilizaba en su contra.

—Y ustedes... ¿cedieron a los chantajes?

—Los empresarios no quieren quebraderos de cabeza, señor comisario. Vakirtzís lo sabía muy bien.

—¿Y?

—Conseguí que se adjudicasen dos grandes obras en los Balcanes a su empresa, Electrosys. Además... —Se interrumpe bruscamente.

—Sería útil que me lo contara todo —la animo con suavidad.

Ella hace un gesto de impotencia.

—Ya no tiene importancia. Le procuré cierta retribución económica por promocionar un país balcánico a través de su programa. No le diré de qué país se trata, pero sí que el dinero no salió de su presupuesto nacional. Lo pagué de mi bolsillo. —De pronto, me sonrío—: Al menos, este dinero me lo ahorraré. Pero debo seguir apoyando las obras de Electrosys porque, si algo sale mal, me veré comprometida.

Se muestra muy sincera conmigo y no quiero quedarme atrás.

—Por lo que me cuenta, no creo que este fuera el motivo del suicidio de su esposo ni, por supuesto, de Iásonas Favieros, y mucho menos del propio Vakirtzís.

Stazatu me dedica una sonrisa de satisfacción.

—Esto yo lo sabía desde el principio, aunque usted no quería creerme.

—¿Cree posible que compartiesen un secreto sobre su pasado que acabara por impulsarlos al suicidio? Lo pregunto porque se conocían, lucharon juntos contra la dictadura y estuvieron en los calabozos de la policía militar.

—No sé qué decirle. No podría negarlo con certeza. Yo estudiaba en Londres en aquella época y no estaba al tanto de lo que pasaba aquí. A Lukás le conocí mucho más tarde, después de la caída de la dictadura, cuando regresé a Grecia.

—¿Tal vez lo sepa la señora Favieru?

Se le escapa una risa espontánea.

—No, por Dios. Ioanna permanecía al margen de todo eso, le entraba el pánico cuando Iásonas hablaba de la lucha antifascista. —Reflexiona por un momento—. El único que quizá sepa algo es Xenofón Zamanis, aunque dudo que logre sacarle información. Es un hombre de principios anticuados, sigue creyendo en el silencio de la clandestinidad.

Podría enorgullecirme de haber conseguido que, al fin, Stazatu hablara, aunque esto no se traduce en efectos prácticos, puesto que sus revelaciones no conducen a nada.

Me levanto para marcharme pero no recibo una despedida alentadora.

—Espero que este sea nuestro último encuentro, señor comisario —murmura ella—. Su presencia no me resulta agradable, porque no me gusta tocar el tema de mi marido ni de mis empresas.

—La comprendo —respondo con toda sinceridad.

Al salir a Vikela, acaricio la idea de hacer una visita a Zamanis. Sin embargo, me inclino por seguir la recomendación de Stazatu. Con independencia de su lealtad a los ideales de la clandestinidad, Zamanis está más harto de mí que Stazatu y me echará con cajas destempladas en cuanto oiga mi nombre. Más vale esperar los resultados de la investigación de Vlasópulos y Dermitzakis. Dudo que descubran el común secreto de los tres suicidas, aunque tal vez desentierren algunos datos que me ayuden a romper el silencio de Zamanis.

Son ya las seis de la tarde, y decido volver a casa. Antes de irme del despacho, Kula me telefoneó para decirme que me olvidara del ordenador de Favieros en Porto Rafti. No espero, por lo tanto, grandes novedades, salvo que reciba otra biografía de Logarás. La sola idea me produce escalofríos, y trato de convencerme de que esto no va a suceder.

En casa todo está tranquilo, y respiro aliviado. Adrianí está sentada en su trono, delante del televisor. El aire acondicionado funciona a todo meter y el ambiente está fresco. Últimamente, lo enciende a menudo.

—Veo que te vas acostumbrando al climatizador —comento para picarla.

—Más vale usarlo, ya que gastamos tanto dinero en ello —responde lapidariamente.

Me siento a su lado para pasar el rato hasta la hora de las noticias, pero sólo dan debates aburridos y concursos televisivos. A los cinco minutos ya estoy bostezando. Me dispongo a recurrir a mis diccionarios cuando un par de manos me tapan los ojos desde atrás.

—¡Katerina! —exclamo, porque siempre ha jugado así conmigo desde que era niña.

—Veo que no has olvidado nuestro juego —dice su voz, mientras sus manos se retiran de mis ojos y me rodean el cuello cariñosamente.

—¿Cuándo has venido?

—En el tren de las doce y diez de Salónica. A las seis y pico ya estábamos en la estación de Lárisa.

—¿Por qué no nos has avisado?

—Para pillarte por sorpresa —contesta riéndose.

—¿Cuánto tiempo te quedas? —pregunto mientras la abrazo. Siempre que viene a vernos, me embarga enseguida el temor a la despedida.

—Una semana. Luego Fanis y yo nos iremos de vacaciones, y volveré en agosto, cuando Atenas esté vacía.

—Procura tomarte vacaciones también en julio, porque en agosto lo veo

improbable —me indica Adriani.

—No te preocupes. Este caso no durará mucho tiempo más.

—¿Lo crees de veras? —pregunta Katerina.

—Una de dos: o terminamos la investigación o terminan los suicidios.

—¿Y qué pasa si no terminan los suicidios? —suelta Adriani. Llamar al mal tiempo es su pasatiempo preferido.

—Entonces nos iremos de vacaciones para no verlos más.

Casi lo digo en serio. Me resultará insoportable quedarme en el infierno de la ciudad, ansioso de que mi hija vuelva de sus vacaciones. Siempre será más agradable estar en la isla, a la fresca, contando los días que faltan para volver a Atenas, donde mi hija me estará esperando.

Hacia meses que no disfrutaba del desayuno familiar en la cocina; al menos desde que regresé a casa del hospital. Ahora son las nueve de la mañana, y estamos sentados los tres a la mesa. Adriani con su taza de té, Katerina con su *frappé* y yo con mi café griego. Ya hemos tomado los primeros sorbos, y Adriani no deja de mirar a Katerina de soslayo. Atribuyo su actitud a que la echaba de menos y no se cansa de verla pero me equivoco, como de costumbre:

—Oye, papá, ¿te apetecería conocer a los padres de Fanis? —pregunta Katerina de pronto.

Enseguida me explico las miradas de reflexión de Adriani, que estaba impaciente por oír plantear el tema. Al parecer, hasta yo mismo me lo esperaba, porque la propuesta de Katerina no me causa la menor sorpresa.

—¿Huelo a un noviazgo serio en el aire o me equivoco? —pregunto tranquilamente.

—No sé cómo llamarlo, pero Fanis os conoce a vosotros y yo conozco a los padres de Fanis, pero nuestros padres no se conocen entre sí. Por eso se nos ocurrió presentarlos antes de irnos de vacaciones. —Hace una pequeña pausa y añade con vacilación—: A los padres de Fanis les apetece mucho.

—Lo importante es que os apetezca a Fanis y a ti.

—Y así es —asegura sin dudarlo.

—Entonces, cuando quieras. —Katerina se levanta y me planta un beso en la mejilla.

—Yo opino que, aprovechando la reunión, los chicos podrían comprometerse —tercia Adriani.

—Mamá, no te precipites. Cada cosa a su tiempo.

—Katerina, tu padre es policía y, cuando una relación estable no se formaliza, empiezan las habladurías.

—¿Quién te ha dicho que la policía detiene a los que mantienen una relación estable y no se comprometen? —inquiero.

Se dispone a contraatacar cuando suena el timbre, y Katerina va a abrir la puerta. Adriani calla y aguarda a que vuelva su hija para continuar la discusión.

—¡Papá, es para ti! —llama ella desde el recibidor.

Se me encoge el alma. Dejo la taza de café y corro hacia la puerta, donde

me espera un joven con casco y una bolsa en bandolera, el equipo clásico de un mensajero.

—¡Firme aquí! —Me tiende un sobre con el correspondiente albarán.

La biografía de Vakirtzís había llegado en un sobre idéntico. En lugar de agarrar el sobre, sujeto al joven del brazo y lo arrastro al interior de la casa.

—¡Dime quién te ha dado el sobre y dónde has ido a recogerlo! ¡Quiero la dirección exacta y una descripción detallada!

—¿Qué mosca te ha picado, papá? —suena la voz de Katerina, pero no es momento de entretenerse en explicaciones.

El muchacho está aterrorizado. No sabe si se enfrenta a un policía o a un loco.

—Niseas 12 —balbuce—. Lo pone en el sobre.

La casa abandonada cuyas señas utiliza Logarás.

—¿Una casa vieja?

—Sí, señor.

—¿Dónde te esperaban? ¿Dentro de la casa o fuera?

—Fuera. En la acera.

—¿Quién te entregó el sobre? Quiero que me lo describas con todo detalle.

Medita brevemente.

—Una mujer asiática. De Tailandia o de Filipinas, no estoy seguro. Bajita y regordeta. Llevaba téjanos y una camiseta de color marrón.

La cosa más sencilla del mundo. Mandas a tu filipina a entregar el sobre delante de una casa abandonada, y que te busque la policía.

—¿Cómo recibiste el aviso?

—No lo sé. Los avisos los reciben en la centralita, que llama al mensajero del distrito correspondiente para que recoja el paquete.

Estampo mi firma en el recibo y agarro el sobre. El joven sale corriendo y entra en el ascensor antes de que yo cambie de opinión.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta Katerina, extrañada.

—¡Así recibí la biografía de Vakirtzís, por un mensajero y dentro de un sobre idéntico!

Toma conciencia de lo que esto significa y se coloca a mi lado para ver qué contiene el sobre. Sin duda esta biografía no es tan voluminosa como las anteriores, pues abulta bastante menos. Rasgo la solapa con impaciencia pero, en lugar de papeles impresos, encuentro un trozo de tela roja doblada en cuatro. Al desplegarla, advierto que se trata de una camiseta con la cara del Che Guevara.

De entre los pliegues de la tela cae algo al suelo. Katerina se agacha para recogerlo. Es un CD dentro de su caja. Miro la camiseta roja con la imagen del Che Guevara, miro el CD y no entiendo nada.

—¿Qué significa esto? ¿Te regala una camiseta del Che Guevara? —pregunta Katerina que, a todas luces, tampoco entiende nada.

—Intenta decirme algo. Es un mensaje, aunque no lo pillo.

Antes de seguir reflexionando, decido cumplir con las formalidades. Busco el teléfono de la empresa de mensajería en la factura pegada en el sobre y marco el número.

—Comisario Jaritos, del Departamento de Homicidios. Hace un momento, me han entregado un sobre y quisiera cierta información.

—¿Puede darme el número del pedido?

Se lo doy y espero unos segundos.

—Sí, señor comisario —dice al cabo—. ¿Qué desea, exactamente?

—Quiero saber cómo les avisaron que fueran a buscar el sobre.

—Por teléfono, al parecer.

—¿Han anotado el número?

—No, señor comisario. Sólo la dirección: Niseas 12, detrás de la estación de Ática.

—Muy bien. Muchas gracias.

Katerina me observa con expresión inquisitiva.

—Nada. No les proporcionó un teléfono, sólo la dirección. La de la casa abandonada.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Tengo que pensar un poco.

—Has conseguido contagiar tu enfermedad a tu hija —me recrimina Adriani, que tiene la manía de expresar su opinión en los momentos más inoportunos—. Ven, cariño, dime qué comida les gustaría a los padres de Fanis.

Katerina me guiña el ojo y sigue a su madre sin rechistar. Está claro que pretende dejarme en paz para reflexionar pero, entretanto, yo he decidido que lo más conveniente será ir al despacho. Quizá Vlasópulos y Dermitzakis hayan descubierto algo. Echo otra ojeada a la camiseta y el CD que tengo en las manos, pero continúo con la mente en blanco. ¿Qué sentido tienen? Una camiseta con la cara del Che, de esas que abundan en los puestos de los mercadillos y en todas las tiendas que venden botas y uniformes militares de segunda mano. En cuanto al CD, no puedo escucharlo porque no dispongo de reproductor. La televisión satisface todas nuestras necesidades audiovisuales. Para las raras ocasiones en que esto no es así, enchufamos un radiocasete para oír la radio. Jamás hemos tocado el casete.

Meto la camiseta y el CD en una bolsa de supermercado y salgo de casa. A medio camino de la esquina, donde está aparcado el Mirafiori, me detengo bruscamente. ¿Por qué voy al despacho? Si estos dos objetos encierran realmente un mensaje, la persona más indicada para descifrarlo es Zisis. Es a su casa adonde debo encaminarme, no al despacho.

Cuando en Jalandri hace calor, Ambelókipi está ardiendo. Cuando Ambelókipi está ardiendo, Ajarnón se abrasa. Y, cuando Ajarnón se abrasa, la avenida Dekelías es un infierno. Yo salgo de las brasas de Ajarnón y me adentro en el horno de Dekelías. Recorriéndola, me invade la sensación de que el asfalto, el cemento y el vidrio arrojan una lava encendida que me chamusca la cara. En la cafetería de Kanakis, algunas señoras y unos cuantos jubilados están sentados bajo las sombrillas y contemplan con ojos anonadados los zumos de naranja y los helados que tienen delante, incapaces de extender la mano para alcanzarlos.

Me paro delante del primer quiosco y compro una botella de agua, que vacío de un trago para aliviar la sequedad de mi garganta. Ojalá Zisis no haya terminado de regar las plantas, así pasaré por debajo para refrescarme con las gotas que caigan.

Por lo visto llego con un minuto de retraso, porque el cemento del patio está aún mojado y despidе vapor. Zisis está tomando su café sentado en el balcón, mitad dentro y mitad fuera de casa. Repara en mi presencia pero sigue sorbiendo su café como si yo no existiera, no sé si porque no se ha fijado en mí o porque no me considera digno de su atención, pero lo averiguaré al ver con qué expresión me recibe. Remonto lentamente la escalera que conduce al balcón, con la bolsa de plástico en la mano.

—Necesito tus luces.

Hace tiempo que prescindimos de los saludos. Aunque no nos hayamos visto en meses, parece que pasemos el día uno en casa del otro. Zisis se levanta en silencio y entra en casa. Se acerca a la cocina mientras me siento en una de las dos viejas sillas de madera que, junto con la mesa de café, componen el mobiliario de su saloncito. Él reaparece a los cinco minutos con mi café, que deposita encima de la mesa sin abrir la boca.

De repente, me imagino cómo sería mi vida sin Adriani ni Katerina. Zisis y yo pasaríamos las horas muertas juntos, dos viejos solitarios que toman café sin cruzar palabra. La primera convivencia entre un poli y un comunista en la historia. Le sigo el juego y, en silencio, saco de la bolsa la camiseta y se la tiendo. La mira, le da la vuelta y pregunta lentamente:

—¿Me has traído un regalo para el verano?

—El regalo es para mí. Me lo ha enviado Minás Logarás, el que escribió las biografías de Favieros y Stefanakos.

Le refiero la historia de los puntos en común no sólo de los tres suicidios sino del pasado de las víctimas. Después le cuento que Logarás me envió la tercera biografía a casa, poco antes del suicidio de Vakirtzis.

—¿Entiendes lo que te digo? Primero la biografía, luego esto. Quiere comunicarse conmigo, me envía mensajes. Por eso he venido a verte, para que me ayudes a dilucidar lo que quiere transmitirme.

Zisis vuelve a examinar la camiseta, la vuelve del derecho y del revés pero no parece aclararse.

—Es una de esas camisetas que venden en todas partes, ridiculizando al Che —comenta encogiéndose de hombros—. ¿Qué puede significar?

—Hay otro regalito —extraigo el CD de la bolsa—. Quizá juntos sean más elocuentes.

Agarra el CD y se dirige al equipo estereofónico que hay en un extremo de su nutrida biblioteca. A pesar del calor asfixiante, noto que me domina el nerviosismo. ¿Qué espero oír? Quizás un mensaje hablado de Logarás, explicando por qué hace todo esto, por qué indujo a los tres desgraciados al suicidio. O, como mínimo, algún desafío en forma de ironía o de acertijo. En cambio, lo que suena es una canción latinoamericana con acompañamiento de guitarras, como todas las canciones latinoamericanas. La escucho con agrado pero no resuelve el misterio, sino que, por el contrario, lo hace más incomprensible. Una camiseta del Che Guevara y una canción latinoamericana. ¿Qué representan? ¿Qué relación guardaban con América Latina Favieros, Stefanakos y Vakirtzis? Hasta el momento, no he hallado un solo dato que apunte, ni aun remotamente, en esa dirección. No es esto lo que quiere decirme Logarás; pretende llamarme la atención sobre otra cosa. Pero ¿sobre qué?

Seguiría reflexionando si no me interrumpiera la voz de Zisis, que está cantando. El viejo, calvo y de barba rala, al que le falta la mitad de sus dientes, sostiene entre los dedos amarillentos un pitillo a medio fumar y corea la canción con voz estentórea, mientras las lágrimas le resbalan por las mejillas. Tengo la impresión de que no pronuncia bien pero no me atrevería a jurarlo, porque no distingo una palabra. No entiendo la letra de la canción, ni por qué Zisis está llorando, ni nada de nada. Lo único que pillo es una especie de estribillo que repite: «comandante Che Guevara». Esta frase es el único nexo que he encontrado entre la canción con la camiseta.

Aguardo a que termine la música, con la esperanza de recibir una explicación, pero sólo hay silencio. El CD no contiene nada más. Zisis también se queda callado. Sus ojos siguen bañados en lágrimas. Ya he reconocido en otras ocasiones que no se me da bien expresar mis sentimientos. Por eso opto por la huida hacia delante y voy al grano.

—¿Has sacado alguna conclusión? —pregunto.

Se pone de pie en silencio y sale de la habitación. Sospecho que se le ha ocurrido alguna idea, pero debo tener paciencia y respetar su ritmo. Al poco regresa con una pequeña tarjeta cubierta de garabatos. Ya he visto estas tarjetas y sé que provienen de sus archivos secretos. Espero a que él hable.

—Favieros, Stefanakos y Vakirtzís proclamaban su pertenencia al espacio ideológico de la izquierda, sin militar en ninguna formación política en concreto. —Juguetea con la tarjeta entre los dedos—. Pero esta es sólo media verdad. No pertenecían a ningún partido político pero sí militaban.

—¿Dónde?

—En un grupo llamado Organización Che Guevara de Resistencia Independiente. No pensé en ella cuando me enseñaste la camiseta. Ha sido la canción la que me ha abierto los ojos. —Exhala un suspiro y añade, como en un monólogo—: Las canciones siempre te abren los ojos. Ahora, tanto como entonces.

Comprendo lo que quiere decir pero prefiero no hacer comentarios. Sigo respetando su ritmo, aunque estoy en ascuas.

—No creas que se trataba de una gran organización. Como mucho, contaba con unos diez miembros. Pero creían en la resistencia armada. No es que desdeñaran las otras formas de lucha, las protestas, las concentraciones, las sentadas. Pero consideraban que, para resultar más eficaces, necesitaban del apoyo de una formación armada. No sé si llegaron a poner bombas o se quedaron en la fase de planificación, como sucedió con muchos grupos en aquella época. En un momento determinado, la policía militar anunció la desarticulación del comando Che. Esto, claro está, no significa que hubieran puesto bombas. En ese entonces te detenían por una simple sospecha y te torturaban hasta que confesaras lo que ellos querían. —Hace una pausa antes de añadir—: Tú sabes a qué me refiero.

Cuando lanza indirectas contra mi condición de policía, consigue que me ponga a la defensiva, a mi pesar.

—Yo no pasé por la policía militar —replico con frialdad.

—¡No me vengas con eso! ¡Yo tampoco pasé por la policía militar, sólo por vuestras manos! ¿Queréis ver cómo me dejasteis el cuerpo? ¡Es una obra vuestra, en exclusiva!

Callo y aguardo a que pase la ventisca. Sé que, si lo irrito, se desviará del tema y me quedará sin saber lo más importante. En efecto, su ánimo no tarda en calmarse y adopta un tono más sereno.

—Estoy hablando de tus antecesores. Tú no entras en esa categoría.

Lo dice porque, cuando estuvo detenido en los calabozos de la calle Bubulinas y yo iniciaba mi carrera de guardia, lo sacaba por la noche a escondidas de su celda, para que desentumeciese un poco los músculos, se fumase algún pitillo y

se acercase al radiador para secarse la ropa, que llevaba empapada porque lo metían durante horas en una bañera con agua helada.

—¿Sabes quiénes eran los otros miembros del comando? —inquiero para devolver la conversación al cauce que me interesa.

—Conozco a tres, aunque quizás hubiese más. —Consulta su tarjeta—. Stelios Dimu, Anestis Telópulos y Vasos Zikas. Aunque no sé decirte qué ha sido de ellos, si viven o están muertos.

Saco mi pequeño bloc de notas y anoto los tres nombres.

—El que sí ha muerto es el cerebro de la organización —prosigue Zisis—. Quien seguramente concibió su formación y se ocupó de reclutar a los demás. Parece que la policía militar opinaba lo mismo, porque lo torturaron más que al resto. Los jóvenes lo apodaron «el tío», porque en el sesenta y siete debía de tener unos cuarenta y cinco años, es decir, era veinticinco años mayor que ellos. Desapareció después de la caída de la dictadura y nunca más se supo de él. Me enteré de su muerte hace un año, por casualidad.

—Dime cómo se llamaba, para apuntar también su nombre.

—Zanos Yannelis.

Aprieto la libreta para que no se me escape de la mano. ¿Qué vínculo había entre Zanos Yannelis y Koralía Yanneli? ¿O se trataba de una casualidad? Si Yannelis viviera todavía, contaría más de setenta y cinco años. Es imposible que Koralía fuera su hermana. ¿Su hija, entonces?

—¿Sabes si Yannelis tenía una hija?

—¡Eres insaciable! —grita Zisis, indignado—. Por si no te bastara la información que te proporciono, me pides su árbol genealógico. No tengo idea de si tenía hijos o perros.

De repente, me acuerdo de las cincuentonas que trabajan en las empresas de Favieros y de un comentario que le hice a Kula: que Favieros las había contratado porque las conocía de la época de la dictadura. Si en el caso de Koralía Yanneli no me equivocaba, sin duda tenía algo que ver con Zanos Yannelis.

Cuando me pongo de pie para irme, me tira la camiseta.

—Llévatela, no la quiero —gruñe—. Aunque me gustaría quedarme con la canción.

—Quédate con ella.

No traemos entre manos un caso de asesinato, así que no necesitamos guardar las pruebas.

—Gracias, Lambros —le digo mientras guardo la camiseta en la bolsa de plástico—. Sé que la pasma no te cae bien, pero a mí me ayudas siempre y te lo agradezco.

Se refugia en el gesto de encender un pitillo para evitar responder. En el momento en que salgo al balcón, oigo su voz a mis espaldas:

—¡Cómo es la vida, poli! Antes despreciábamos a los vuestros porque se vendían por un mendrugo. Ahora los nuestros venden los símbolos de la revolución. Todos han salido ganando.

Mi primera intención es ir directamente a las oficinas de Balkan Prospect y hablar con Yanneli. Esta idea, reforzada por mi impaciencia, me infunde ímpetu suficiente para llegar al cruce con la avenida de Alexandra. A partir del Campo de Marte, sin embargo, empiezan a acosarme las dudas, que aumentan en proporción directa al ángulo ascendente de la calle. ¿Qué gano enfrentándome a Yanneli sin estar preparado? Para empezar, ni siquiera estoy seguro de su parentesco con Zanos; quizá se trate de una mera casualidad. En segundo lugar, aunque exista tal parentesco, ignoro de qué grado es. A lo mejor eran primos terceros que no se veían desde hacía veinticinco años.

¿Y qué hay de los otros tres, aparte de Zanos Yannelis? ¿Y de los posibles miembros de la organización que eran desconocidos para Zisis? Más vale que investigue un poco, reúna datos sobre Zanos Yannelis y los demás, y luego aborde a Koralía. Si los tres hombres, cuyos nombres me facilitó Zisis, están vivos y aún residen en Grecia, es muy posible que Logarás represente un peligro para ellos. Si este ha contactado con alguno de ellos, quizá consigamos evitar el mal y averiguar algunas cosas acerca de su verdadera identidad.

Me encuentro a la altura de los juzgados cuando me asalta otra idea. Según Zisis, Yannelis murió, aunque no sabía exactamente cuando. ¿Y si la primera víctima de Logarás no fue Favieros sino Zanos Yannelis? Si este también se había suicidado, para su desgracia y la nuestra, deberemos buscar su propia biografía. En cualquier caso, todo apunta a que debo olvidarme de Koralía Yanneli hasta que haya recabado información acerca de Zanos, los tres miembros del comando y los demás, suponiendo que haya habido otros.

Inmerso en estas cavilaciones, llego a la tercera planta de jefatura y me encamino al despacho de mis ayudantes. Los tres trabajan febrilmente. No sé si en realidad Vlasópulos y Dermitzakis están tan atareados o si sólo lo aparentan delante de Kula, por temor a que los critique ante Guikas, en su calidad de secretaria.

—Venid a mi despacho —les indico y me adelanto.

Me sorprende descubrir que el café y el cruasán me esperan encima de mi escritorio. Es mi desayuno habitual cuando voy al trabajo. Un cruasán envuelto en celofán y un café griego *ma non troppo*, porque lo preparan con una cafetera

expres. Normalmente, los pido yo mismo en el bar. Interpreto su gesto de comprármelos como una bienvenida después de mi larga baja médica y me siento conmovido.

—¿Quién me ha traído el café y el cruasán? —pregunto cuando entran en el despacho.

—Yo —contesta Kula, encantada—. Los chicos me dijeron que es lo que suele desayunar.

Enseguida me percató de la jugada. Vlasópulos y Dermitzakis han decidido bajarla al puesto de archivadora y encargada de los cafés para neutralizarla.

—Yo no te he pedido que me sirvas el desayuno —la reprendo con severidad—. Te encargué otro trabajo y quiero que lo cumplas. El café y el cruasán puedo ir a buscarlos yo solito.

Es la primera vez que la trato como subordinada. La veo palidecer, a punto de romper a llorar. Me sabe mal, pero no quiero que los otros dos la manipulen de este modo.

—Todavía no hemos encontrado ningún secreto común en el pasado de las tres víctimas —me informa Vlasópulos en un intento de cambiar de tema.

—Olvidaos de su pasado, de momento. Tenemos cosas más urgentes que hacer. —Arrojo la camiseta roja con la cara del Che a Vlasópulos, que la pilló al vuelo—. Quiero que averigües quién fabrica estas camisetas.

Él la examina y sacude la cabeza.

—¡Lo que faltaba! Una prenda tan mal hecha puede haber salido de diez talleres de confección distintos.

—Localizalos. Es urgente. —Saco del bolsillo la libreta con los nombres que me proporcionó Zisis y me vuelvo hacia Dermitzakis—. Stelios Dimu, Anestis Telópulos y Vasos Zikas. Quiero que lo averigües todo en relación con estos tres. Si han muerto, cómo y cuándo. Si están vivos, dónde viven y en qué trabajan. Y lo quiero ya, hoy mismo, si es posible.

Me desentiendo de los hombres y me dirijo a Kula:

—¿El nombre de Yannelis te suena de algo?

Todavía no ha superado la bronca y sigue con los ojos empañados.

—Me suena a Koraliá Yanneli, de Balkan Prospect —titubea.

—Exacto. Quiero que investigues a un tal Azanasios o Zanos Yannelis. Seguramente está muerto pero, si viviera, hoy tendría unos setenta y cinco años. Quiero que reúnas sus datos y los compares con los de Koraliá Yanneli. Me interesa conocer su grado de parentesco, si es que lo hay. Ya has hablado con Yanneli, sabes qué debes buscar exactamente.

Recalco las últimas palabras, para que los otros dos se enteren de que Kula está más metida que ellos en la investigación y dejen de tratarla como a la chica de los recados. Parece que la propia Kula se da cuenta, porque veo que sonríe.

—Y algo más. Sube al quinto y comunícale al señor director que necesito

verlo, junto con Stellas, de la brigada antiterrorista, cuanto antes. Se trata de algo relacionado con los suicidios. Es muy urgente.

Se marchan con Kula a la cabeza, mientras yo rompo el celofán y le hincó el diente a mi cruasán. Aunque le haya echado la bronca, por razones preventivas, el cruasán y el café oficializan, más allá de toda duda, mi tan ansiada reincorporación a la rutina laboral. Tomo un sorbo del café, que ya está frío. Me levanto para bajar al bar y comprar otro, pero me siento de nuevo. No importa, me digo, Adriani me ha malacostumbrado. En el trabajo, casi siempre bebo el café frío.

Apenas he apurado la taza cuando suena el teléfono, y Kula me anuncia que Guikas está listo para recibirme. El ascensor me obliga a esperar casi diez minutos, para pararme los pies y frustrar toda esperanza de que haya mejoras en el futuro.

Entro en la antesala y veo a Kula sentada tras el escritorio, clasificando una pila de documentos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

—Me ha pedido que me quede un rato para ayudarlo con este papeleo, que lo desborda y no sabe qué hacer. —Suspira profundamente y añade—: Ya estoy desesperada.

—No te preocupes. Él no te apartará de mi lado antes que resolvamos este caso, se lo dejé bien claro.

—No me refería a esto. Estoy desesperada pensando en lo que pasará después. Tal como están las cosas, me llevará dos meses poner orden en este despacho.

—Tú ve a investigar el caso Yannelis y el resto déjame a mí. Ya hablaré con Guikas.

El Guikas de siempre. En cuanto atisba una oportunidad, la agarra por los cuernos. Pero ahora las cosas están al rojo vivo, no es momento de consentirle esos lujos.

Lo encuentro estudiando el folleto del Organismo de Viviendas Públicas dedicado a los pisos de la Villa Olímpica, que se sortearán entre los solicitantes después de los juegos. No sé si Guikas cumple los requisitos para solicitar una de esas viviendas pero, si se las arregla para participar en el sorteo, estoy convencido de que saldrá con un piso de primera.

—¿Qué ha pasado? —inquire mientras pliega el folleto y lo guarda en su cajón—. ¿Hay novedades? ¿Y por qué quieres hablar con Stellas?

Le presento un informe completo: no omito detalle sobre la canción y la camiseta, ni sobre la información que me dio Zisis, aunque evito mencionar, claro está, tanto su nombre como los que él me facilitó.

—En otras palabras, estamos progresando —concluye, satisfecho.

—Según cómo se mire. Tal vez sí y tal vez no.

Nos conocemos desde hace años, y sabe interpretar mis reacciones.

—¿Qué te preocupa?—pregunta.

—No estamos progresando, es Logarás quien nos lleva de la mano. Esto me preocupa. Porque no sé si me está ofreciendo pistas o si me está tendiendo trampas a cada paso.

—Cuando fuimos a hablar con el ministro, expresaste deseos de que jugara la partida contigo.

—Así es. Con la esperanza de que, mientras le siga el juego, descubra algo inesperado, algo que él pase por alto y que me ayude a resolver el caso. Esta es mi apuesta.

Nuestra conversación se ve interrumpida por la llegada de Stellas, el segundo al mando de la brigada antiterrorista. Se sienta frente a mí y nos mira por orden jerárquico: primero a Guikas y luego a mí.

—¿Qué hay?—pregunta.

Guikas me indica con un gesto que me cede la palabra.

—Oye, Nikos, ¿has oído hablar de un grupo antifascista de la época de la dictadura denominado Organización Che Guevara de Resistencia Independiente?

Él reflexiona brevemente.

—¿Yannelis?—aventura al cabo.

—Sí. ¿Lo conoces?

—No en persona. Sé lo que los viejos solían decir de él.

—¿Qué decían?

—Sólo les faltaba ponerse firmes cuando pronunciaban su nombre. Parece que Yannelis era uno de esos pocos a los que tienes que respetar, aunque luches contra ellos.

—¿Sabes quiénes eran los otros miembros de la organización?

—No, y tampoco sé gran cosas sobre ellos. A ellos los detuvo la policía militar, y los archivos de la policía militar fueron quemados en Keratsini. Yo sólo los hubiera conocido si hubiesen continuado en activo tras la caída de la dictadura.

—¿Y continuaron?

—No, al menos no con este nombre. Lo sabríamos.

—¿Y si han empleado un nombre distinto?

Stellas se encoge de hombros.

—No se sabe nada con seguridad. El asunto del terrorismo siempre ha sido una maraña indescifrable, ya lo sabes. Lo único que puedo decirte es que Yannelis desapareció de la escena tras la caída de la dictadura y cortó todo contacto con sus viejos camaradas. No sabemos por qué, pero parece que decidió jubilarse. Ignoro si otros miembros del grupo optaron por seguir en la brecha, porque no sabemos quiénes pertenecían a ese grupo en el período de la dictadura.

Mira por dónde, los archivos de Zisis están mejor documentados que los expedientes de la antiterrorista, pienso. Lástima que a nadie se le pasara por la cabeza integrar en los cuerpos de seguridad la maquinaria clandestina del partido comunista. Ahora seríamos infalibles.

No nos queda nada por decir. Me pongo de pie. Stellas se despide de nosotros y es el primero en salir del despacho. Yo me detengo en el umbral y me vuelvo hacia Guikas.

—He de pedirle un favor. Que el ordenamiento de su oficina espere hasta que terminemos con este caso. Después Kula será toda suya.

Clava en mí sus ojos de ciervo herido.

—Tu período de baja te ha cambiado —se lamenta—. Eres distinto, no tienes compasión.

No sé por qué, me gusta que me lo diga.

Me complace sobremanera ver a un periodista asestarse palmadas en la frente. Sotirópulos lo está haciendo para castigarse por su estupidez.

—¡Cómo no se me ocurrió! —aúlla—. ¡Cómo no se me ocurrió! ¡Con las gilipolleces que cuento cada noche por la tele, me he vuelto gilipollas y o también!

—¿Conocías ese grupo?

—¡Por favor! Nosotros conocíamos los grupos, los grupitos y los grupúsculos. Podíamos recitar sus nombres de carrerilla, como el himno nacional.

—¿Y sabías que Favieros, Stefanakos y Vakirtzís eran miembros del comando Che Guevara?

—Bueno, nadie sabía nada a ciencia cierta. Pero proliferaban los rumores. Ya sabes, fulano pertenece a tal grupo, mengana a tal otro, fulanito y menganito se desmarcaron de esta organización y pasaron a esa otra... Los propios implicados nunca abrían la boca, y nadie les hacía preguntas. Las cosas siempre se sabían por el entorno. Unas eran ciertas, y otras, cuentos chinos.

Le doy el resto de los nombres y él medita por un instante.

—El nombre de Dimu me suena —responde—. Los otros dos no me dicen nada. Claro que todo depende de las compañías de cada uno. Como había que guardar los secretos, no era raro que uno conociese a los miembros de un grupo más cercanos a su círculo y no hubiese oído hablar de otros, más lejanos.

—¿Sabes cuándo murió Yannelis?

—No sabría decirte la fecha exacta, pero hará unos diez años.

—¿Cómo murió?

Adopta una expresión grave antes de contestar:

—No te inquietes —me previene—. Se suicidó.

Se confirman los temores que me asaltaron cuando me enteré de que Yannelis había muerto. Ya sospechaba que el pasado encerraba un secreto común que lo explicaba todo. La pregunta es: ¿tiene algo que ver este secreto con el suicidio de Zanos Yannelis?

Sotirópulos, como si me hubiese leído el pensamiento, añade:

—En todo caso, Yannelis no se quitó la vida en público. Se ahorcó, colgándose del gancho de la araña de su casa. Estuvo tres días colgado, hasta que el hedor

obligó a los vecinos a avisar a la policía. Entonces forzaron la puerta y lo encontraron ahorcado.

De acuerdo, pero esto no invalida mi suposición inicial. Puede que todo empezara con el suicidio privado de Yannelis, y que después cambiaran las reglas del juego y los demás se viesan obligados a matarse en público. La explicación no carece de fundamento, si pensamos que los tres eran personalidades de la vida pública, mientras que a Yannelis apenas lo conocía un puñado de militantes antifascistas.

—¿Sabes si Yannelis tenía hijos?

—Ni idea. —Calla por momento antes de levantar la vista hacia mí—: ¿Qué me autorizas a airear por la tele de todo esto?

No le prohíbo tocar el tema; al contrario, me lo planteo en serio. ¿Qué ventajas supondría para mí que él hiciera públicas algunas de estas informaciones? ¿Obtendría con ello alguna pista que relacione los suicidios recientes con la muerte de Yannelis? Si Logarás comprende que considero que el suicidio de Yannelis es el punto de partida de las otras muertes, quizá se vea impulsado a reaccionar: tal vez me revele nuevos datos o empiece a rivalizar conmigo, hasta que cometa algún error.

—Puedes hablar del comando Che Guevara y especular sobre una posible relación entre el suicidio de Yannelis y las muertes más recientes.

Su rostro se ilumina.

—¡Por fin, un principio! ¡Me voy! —exclama y sale entusiasmado de mi despacho.

No comparto su entusiasmo aunque tampoco descarto que la artimaña surta efecto. Mando llamar a mis tres ayudantes para preguntarles cómo van sus investigaciones. Constató que la bronca indirecta de ayer ha surtido efecto, pues los dos hombres empiezan a mostrar un comportamiento caballeresco. Abren la puerta para dejar que Kula entre primero. Luego se sientan frente a mí y esperan mis órdenes.

—¿Alguna novedad?

—Nada sobre la camiseta con el Che —empieza a informar Vlasópulos—. Es del montón, pero no importa. Dentro de un par de días sabremos quién la fabricó.

Decido dejar a Kula para el final, porque soy masoquista y quiero prolongar mi agonía.

—¿Qué has averiguado acerca de los nombres que te di? —le pregunto a Dermitzakis.

—Sobre Stelios Dimu, nada todavía. Anestis Telópulos fue a estudiar al extranjero después de la dictadura y acabó afincándose en Canadá, donde actualmente trabaja como profesor en la universidad. Me lo contó su madre, que vive en Esparta. Vasos Zikas murió hace dos años.

—¿Cómo murió?

Se percatan de mi agonía y me miran extrañados. Kula es la única que no se sorprende, porque sabe a qué se debe mi inquietud.

—Tuvo un infarto mientras conducía —responde Dermitzakis.

—Bien. Intenta indagar qué ha sido de Dimu. —Ahora me vuelvo hacia Kula. Sostiene una agenda en las manos, y la abre.

—El padre de Koralía Yanneli se llamaba Azanasios. Su madre, Vasilikí.

¿Otra coincidencia? No me parece muy probable.

—¿Los demás datos?

—Nació en 1955 en Bogotá, Colombia. Azanasios Yannelis vivió en Colombia entre 1953 y 1965, año en que se trasladó a la ciudad de La Paz, en Bolivia. Regresó a Grecia en 1967.

Ya está, pienso. No cabe duda de que Koralía Yanneli es hija de Zanos Yannelis.

—También hay un hijo —prosigue Kula—. Kimonas Yannelis, nacido en 1958, también en Bogotá. Se marchó de Grecia en 1978 y ya nunca volvió. No se conoce su paradero actual.

—¿Y la madre?

—Vasilikí Yanneli, de apellido de soltera Papayannidi, nacida en Nigrita de Serres en 1935. Murió en 1970.

—Entérate de si existe alguna biografía de Yannelis o cualquier otro libro sobre su vida. —Me dirijo a Vlasópulos—: Quiero que localices sin falta al fabricante de la camiseta. Y quiero saber qué ha sido de Stelios Dimu —añado con la vista puesta en Dermitzakis.

En cuanto me quedo a solas, telefono a Guikas para informarle de que ya está confirmado, más allá de toda duda, que Koralía Yanneli es hija de Zanos Yannelis y que existe un hermano en paradero desconocido.

Él me formula la pregunta de rigor:

—¿Qué piensas hacer? —El tono de su voz delata su satisfacción.

—Primero hablaré con Koralía Yanneli. Después y a veremos.

Guikas se muestra de acuerdo. Menos de diez minutos después estoy en el garaje de jefatura. En vez de subir por la avenida de Alexandra, avanzo por la calle de Alfiós hasta Panormu y doblo por la avenida de Kifisiás al llegar a los semáforos de la Cruz Roja, para evitar el tramo de tráfico más denso. Por suerte, estamos casi en julio, han terminado los exámenes y la selectividad, y los vehículos circulan a un ritmo tolerable. Un cuarto de hora más tarde estoy aparcando frente al número 54 de la calle Eguialías.

Yanneli me hace esperar, pretextando una importante reunión de trabajo, y se queja de mi aparición sin aviso previo. Llevo más de media hora en la antesala, como paciente que necesita ver al médico o como votante que desea hablar con el diputado de su circunscripción. Me siento incómodo y me solidarizo con la secretaria de Yanneli, que también se siente incómoda delante de un poli que vigila todos sus movimientos. Podría marcharme y citar a Yanneli en jefatura, pero mi táctica poco agresiva ha rendido fruto hasta el momento, y no quisiera cambiarla ahora, cuando se abre un resquicio de esperanza.

Me recibe casi al cabo de una hora y no me invita a sentarme.

—Este asunto tiene que terminar, señor comisario —exige en tono frío y molesto—. Ha venido a verme repetidas veces y me ha hecho las preguntas más irrelevantes acerca de nuestras empresas, cuyas actividades escapan a su competencia. Yo respondí, ya sea porque no tenemos nada que ocultar o porque soy una ciudadana que respeta la ley, tómesele como quiera. Pero no pienso seguir con este juego. La próxima vez que desee interrogarme notifíqueme oficialmente y compareceré con mi abogado.

Concluye su protesta y espera a que me vaya, pero yo no me muevo del sitio.

—No he venido para hablar de sus empresas —repongo muy tranquilamente.

—¿Entonces?

—He venido para hablar de su padre, Zanos Yannelis.

Contaba desde el principio con el factor sorpresa y no me equivocaba.

—¿Qué nueva historia es esta? —pregunta ella, sorprendida.

—Es una vieja historia que se remonta a la época de la dictadura y las organizaciones clandestinas.

Se plantea si sería más prudente abandonar su postura hostil, decide que sí y me ofrece asiento con un gesto.

—Mientras duró la dictadura, su padre fue miembro de un comando antifascista denominado Organización Che Guevara de Resistencia Independiente.

Observo su reacción antes de continuar. Ella me mira con una sonrisa tranquila.

—Yo tenía doce años en 1967, señor comisario. ¿Cree que mi padre charlaba sobre las organizaciones antifascistas conmigo?

—No, aunque quizá más tarde sí, después de la caída de la dictadura.

—Mi padre nunca hablaba de sus actividades. Nos protegía con su silencio. Solía decir que nunca se sabe qué puede suceder, y que hay que pensar siempre en la familia. —Ha recuperado la sangre fría y me sonrío, imperturbable.

—Favieros, Stefanakos y Vakirtzís pertenecían a la misma organización que su padre.

—Es la primera noticia que tengo de eso. —Parece impresionada, aunque tal vez esté fingiendo. Con Yanneli, cuesta distinguir.

—Acepto que su padre no le contara detalles de la organización. ¿Tampoco la mencionó nunca Favieros?

—Sólo una vez, cuando decidió contratarme. Me dijo que conocía a mi padre desde la época de la dictadura.

—¿No le preguntó cómo y dónde se conocieron?

Ella se encoge de hombros.

—No. A mi padre lo conocía tanta gente, que no tenía sentido estar preguntando siempre. Quizás el hecho de que mi padre fuese un conocido suyo influyera en la decisión de Iásonas de contratarme. Iásonas se había rodeado de amigos y colaboradores que provenían de aquella época, de las luchas estudiantiles. No era sólo el caso de Xenofón Zamanis, sino también el de su secretaria, Zeoni, la secretaria del propio Zamanis y muchos más, principalmente abogados e ingenieros. —Hace una breve pausa antes de agregar —: Lo único que recuerdo de aquel período es el día en que vino la policía militar para arrestar a mi padre.

—Existe otro nexo común con el pasado: el suicidio de su padre. —Yanneli no responde, se limita a asentir con la cabeza, en un gesto fatalista—. ¿Cuándo se quitó la vida su padre?

—A principios del noventa.

—Y ahora se va suicidando el resto de los miembros de aquella organización. Me mira como si no diera crédito a sus oídos.

—¿Qué insinúa? —pregunta asombrada—. ¿Que los suicidios de Favieros, Stefanakos y Vakirtzís guardan relación con la muerte de mi padre?

—Todavía no puedo demostrarlo, aunque tampoco lo descarto.

—Entre el suicidio de mi padre y las otras tres muertes han transcurrido más de diez años.

—Sí, pero el comando se componía de unos diez miembros. Aparte de los tres suicidas, hemos localizado a otros dos. Uno de ellos falleció de muerte natural y el otro reside en el extranjero. Nada sabemos del resto. Es posible que haya habido más suicidios que hayamos pasado por alto.

Apoya el mentón en las manos y cierra los ojos, como intentando evocar

imágenes del pasado.

—Mi padre fue un hombre muy desgraciado, señor comisario. —Sentencia categóricamente aunque sin énfasis, constatando un hecho indiscutible. Luego abre los ojos y los posa en mí—. Se pasó la vida en movilizaciones y organizaciones políticas clandestinas. No sabía hacer otra cosa. Mantenía contactos muy estrechos con el régimen de Castro y juraba en nombre de Che Guevara. Nos trasladamos de Bogotá a La Paz poco antes de que el Che encabezase la guerrilla en Bolivia. Cuando las autoridades bolivianas expulsaron a mi padre del país, vinimos a Grecia. Después llegó la dictadura y él volvió a encontrarse en su elemento, hasta el día en que lo arrestaron. —Hace una nueva pausa para ordenar sus pensamientos—. La caída del régimen significó su ruina. De un día para otro, perdió su razón de ser. Nadie quería tener tratos con él, y nunca había aprendido un oficio que facilitara su adaptación a la nueva rutina. Realizó un viaje a Cuba, pero también allí habían cambiado las circunstancias. Cuando volvió a Grecia, se sumió en un marasmo. Cuando los regímenes socialistas se vinieron abajo, supo que era el final; la vida y a no tenía sentido para él.

Calla para recobrar el aliento, pues el esfuerzo de hablar la ha dejado sin resuello. Su testimonio me parece del todo razonable. No tiene nada de extraño ni de antinatural. Basta con comparar esta historia con la de Zisis. Él, a pesar de la amargura y la rabia a las que da rienda suelta de vez en cuando, logró salir adelante. Yannelis, no. Esta es la única diferencia.

—Mi padre se quitó la vida en su habitación, sin hacer el menor ruido, y lo encontramos al cabo de tres días. No se mató delante de las cámaras, ni en su mansión, ni en plena plaza de la Constitución.

Es la primera vez que expresa algo parecido a una censura del suicidio de Favieros y los demás. También es la primera vez que pierde la sonrisa y el aplomo. Lo ha ordenado todo en su interior, y sus palabras suenan convincentes, pero ¿es así, realmente? ¿Y si existe algo en el fondo que vincula los suicidios recientes a la muerte de Yannelis? ¿Cuántos exmiembros del comando cuyo nombre desconocemos corren peligro sin que lo sepamos? Entre ellos podrían figurar ministros, miembros del partido en el gobierno, secretarios y lo que uno quiera imaginar. ¿Qué debemos hacer? ¿Pregonar por la prensa y la televisión que quienes hayan pertenecido a la organización Che Guevara deben presentarse en comisaría?

—¿De qué vivía su padre?

—De su pensión de luchador antifascista. No tenía otros ingresos.

—¿Usted no lo ayudaba?

Guarda silencio por un momento antes de responder, sin ocultar su dolor:

—Mi padre era un hombre orgulloso. No aceptaba ayuda de nadie.

—Usted tiene un hermano, ¿no es cierto? Kimonas Yannelis.

—Así es.

—¿Vive en Grecia?

—No. Que yo sepa, tiene una empresa pesquera en Suráfrica. —Al advertir que su respuesta me ha extrañado, añade—: Las relaciones entre mi hermano y yo nunca fueron buenas, señor comisario. Hace años que no nos comunicamos. —Despliega de nuevo su sonrisa, aunque un tanto forzada—: Y, ya que estoy segura de que también me preguntará por mi madre, le informo de que murió en 1970, poco después de nuestro regreso a Grecia, de meningitis aguda.

En mi última visita me había facilitado los balances de las empresas. Ahora me habla de la muerte de su madre antes de que yo toque el tema. Es su manera de decir: hemos terminado, déjame en paz.

—Prefiero que me interrogue acerca de las empresas —murmura cuando ya estoy en la puerta—. Sus preguntas de hoy han sido mucho más difíciles.

Para mí también, porque no logro quitarme de la cabeza la idea de que el suicidio de los tres tiene que ver con la muerte de Yannelis.

No soy supersticioso, pero aquí pasa algo. Cada vez que invitamos a Fanis a casa formalmente, yo sufro un ataque de ansiedad. En la primera ocasión, acababan de suspenderme de empleo y sueldo, y la cena casi pareció un velatorio. Hoy que vienen a cenar sus padres, no soy capaz de apartar la mente de los suicidios. Me preocupa mostrarme distraído durante la visita y que los demás crean que me aburro y tengo ganas de que se vayan. Es lo que estuvo a punto de ocurrir con la primera visita de Fanis, y el malentendido habría durado toda la vida si yo no hubiese confesado el problema que me mantenía en tensión. Pero nadie duda que la suspensión de empleo y sueldo constituye un tema de importancia vital. ¿Cómo explicar que los suicidios de tres peces gordos que no conocía de nada también revistan para mí una importancia vital? Sólo cabría esperar cierta comprensión por parte de Fanis y de mi hija. Adriani sería la primera en crucificarme.

La arriba mencionada Adriani se ha pasado la mañana entre el supermercado, la carnicería, la verdulería y las papelerías. Lleva toda la tarde encerrada en la cocina. En este preciso momento está delante de una fila de diez tomates destripados como huchas desvalijadas y de cinco o seis pimientos decapitados, disponiéndose a rellenarlos. Es el primer plato, tomates rellenos en versión original. Es decir, nada de «huérfanos» sin cebolla, como los que cocinaba para mí cuando estaba de baja, para facilitarme la digestión. El segundo es un plato que no prepara a menudo y le causa un gran desasosiego: ternera a la jardinera. Un solomillo de ternera con verduras al horno, envuelto en papel parafinado. Pasó la tarde de ayer buscando el papel parafinado, que ahora ya nadie quiere, porque nos recuerda la época de la miseria nacional. Todos le aconsejaban que comprara papel de aluminio, que sirve para lo mismo. Finalmente, encontró lo que buscaba en una papelería mayorista.

Katerina no está de acuerdo con todo esto. Ella opina que no había por qué invitarlos a cenar, que bastaría con ofrecerles café y pastas por la tarde. La discusión quedó zanjada en menos de cinco minutos con el veto de Adriani.

—A mí me enseñaron las cosas de otra manera, hija mía —le explicó—. En mi familia, los padres de la novia tenían que invitar a comer a los padres del novio.

—¡Mamá, Fanis y yo no estamos prometidos! ¡Compréndelo de una vez!

—Pregúntale a tu padre —insistió Adriani, imperturbable—. Pregúntale si sus padres aceptarían que la novia no los invitara a comer.

Katerina no me lo preguntó. Quiso salir a dar un paseo para tener la fiesta en paz, pero Adriani no se lo permitió.

—¿Por qué no me echas una mano? Así no tendré que hacerlo todo sola.

Y ahora estos dos focos potenciales de incendio se apretujan en una cocina que sólo mide dos metros por tres. Adriani se afana en terminarlo todo a tiempo y descarga su inseguridad contra Katerina, que no es, hay que reconocerlo, un genio de la cocina. Katerina, a su vez, está a punto de mandarlo todo al cuerno para invitar a los padres de Fanis a un helado en Lentzos, pero aprieta los dientes y se aguanta para no mostrarse desagrada.

Yo opto por hacer honor al proverbio que dice que tres son multitud y salgo a dar el paseo que le ha sido negado a Katerina, para evitar encontrarme atrapado entre fuego cruzado y verme obligado a ejercer de mediador. Si, en cambio, la conflagración se produjera durante mi ausencia, ninguna de las dos me lo comentaría, para no disgustarme.

Mi primera intención es ir a la plaza de San Lázaro pero desecho la idea enseguida, porque, siendo una tarde de sábado, la cafetería estará atestada de gente, y la plaza llena de niños. Con esta prevención, cambio de rumbo y me dirijo al consabido parque y el banco de siempre. A esta hora, la gente está en la playa, o durmiendo la siesta, o tomando un helado o un café.

Se demuestra que no iba yo errado, porque el único ser animado con el que me topo es el gato. Ha bajado de su puesto habitual y descansa encima del banco, allí donde da el sol. Oye mis pasos, entreabre los ojos, comprueba que se trata del comisario Costas Jaritos y los cierra de nuevo, impávido.

El parque está tranquilo. No hay ni un alma excepto el gato y yo, y es el lugar ideal para sentarse a reflexionar, suponiendo que consiga pensar en algo. No lo consigo. He entrado en la fase de reciclaje, pero el producto reciclado aún no ha salido. Con la ayuda de Logarás —por no decir «orientación», término humillante para mí—, he llegado hasta el suicidio de Yannelis. Comprendo las protestas de su hija y admito la existencia de diferencias fundamentales entre su muerte y las otras, diferencias que no se limitan al carácter público de esta y el privado de aquellas sino que van más allá: Yannelis no poseía una fortuna ni empresas en Grecia y los Balcanes. Subsistía con la parca pensión de luchador antifascista. Es posible que sus hijos le ayudaran económicamente pero, a juzgar por la imagen de revolucionario orgulloso que me ha pintado Yanneli, dudo que fuera así.

Soy consciente de todos los argumentos en contra, pero mi intuición me dice que, a pesar de todo, hay un hilo conductor que parte del suicidio de Yannelis y llega hasta la muerte de Vakirtzís. No sé dónde está ese hilo conductor y sólo hay

dos maneras de encontrarlo: o Logarás me lleva de la mano, como ha hecho hasta el momento, o localizo a otro miembro del comando que me lo indique. No creo que el departamento esté dispuesto a sufragarme un viaje a Canadá para entrevistarme con Telópulos, y, entre nosotros, tampoco me apetece la idea.

El sol se oculta y el gato despierta. Se despereza, se sienta y abre mucho la boca en un bostezo. Después vuelve la mirada hacia mí y emite un breve maullido. Es la primera vez que me habla después de tantos meses de relación; me planteo cómo debo reaccionar pero mi cavilación se revela innecesaria. El gato descubre de nuevo el sol, que se ha deslizado al extremo del banco, se enrosca sobre la mancha luminosa y vuelve a cerrar los párpados.

Me levanto yo también para ir a casa, con la esperanza de que los preparativos de la cena hayan concluido y la tensión haya remitido. Y así es: la casa está tranquila y Katerina está poniendo la mesa.

—¿Está lista la cena?—pregunto.

—Ya lo ves. Ahora estamos preparando la mesa. —Termina de colocar los vasos y se lleva la bandeja vacía a la cocina, para cargarla con los cubiertos—. ¿Sabes en qué nos equivocamos Fanis y yo?—pregunta desde la puerta.

—¿En qué?

—Debimos llevaros a todos a una taberna.

—Ya es un poco tarde.

—Lo sé. La culpa la tiene Salónica, que me ha hecho olvidar las manías de mamá.

Los candidatos a consuegros y el candidato a yerno, como diría el diputado Andreadis, llegan a las ocho y media en punto. Un matrimonio, Pródromos y Sevastí Uzunidi, de más o menos la misma estatura —mediana— y más o menos la misma corpulencia —apreciable— esperan entre un médico nervioso y una aspirante a juez no menos nerviosa a oír nuestro «bienvenidos» para responder con su «bienhallados», antes de corear el tetrafónico «por fin nos conocemos».

Ya en la sala de estar, pasamos de las presentaciones onomásticas a las profesionales. Si bien Pródromos Uzunidis ya sabe que soy policía, yo vengo a enterarme ahora de que él es el típico griego apañado: con un poco de campesino y otro tanto de pequeño comerciante. Es propietario de una parcela en la que siembra tabaco y de un pequeño ultramarinos en Véria. Cuando él trabaja en la parcela, Sevastí Uzunidi atiende a los clientes en la tienda; cuando Pródromos lleva la tienda, Sevastí se encarga de las labores domésticas.

Casi toda esta información procede de Sevastí Uzunidi. Pródromos habla poco. Su piel reluce de sudor, y usa repetidamente el pañuelo para enjugárselo, porque su sentido de la decencia le ha dictado que se engalanase con su traje de los domingos, que es de invierno. Estoy a punto de encender el aire acondicionado para procurarle cierto alivio cuando su mujer se me adelanta:

—Pródromos, ¿por qué no te quitas la chaqueta? Mira, el señor comisario va

en mangas de camisa.

Ignoro si se trata de una simple constatación o si lleva implícita una especie de censura, porque no he tenido la deferencia de ponerme traje y me he presentado en manga corta. Sea como fuere, sus palabras suponen una tabla de salvación para Pródromos, que se quita la chaqueta y también la corbata con un suspiro. Yo, en cambio, leo en la mirada reprobatoria de Adriani que he quedado mal. El único que se divierte es Fanis. Se fija en la expresión de su padre, en la de Adriani y luego en la mía, y poco le falta para estallar en carcajadas.

Yo observo a Katerina. No sé cómo se siente cuando se presenta a los exámenes de la facultad, pero es la primera vez que la noto cohibida e incómoda. Se ha sentado en el borde de la silla y sonríe a todos alternativamente. Va vestida con sencillez pero parece que no cabe en su ropa; lleva unas sandalias que le aprietan. De pronto, se me ocurre que Kula se encontraría infinitamente más cómoda en su lugar. Participaría en la conversación, sabría qué decir a cada uno de nosotros y se ganaría la simpatía de todos en menos de un cuarto de hora. Mi hija es educada, sabe lo que quiere y seguro que la espera una carrera brillante, pero debo reconocer que, en las presentes circunstancias, Kula le daría mil vueltas.

Adriani se levanta para ocuparse de la cena. Katerina se pone en pie de un salto, obviamente porque había acordado con Adriani que esa sería la señal para que ella la acompañase a la cocina. La señora Sevastí, sin embargo, ha asumido hoy el papel de salvadora. Primero salvó a su marido de la chaqueta y ahora salva a Katerina de la cocina.

—Quédate con los hombres, hija —dice—. Yo ayudaré a la señora Jaritu.

Cuando Adriani se dispone a protestar, Sevastí la corta de inmediato.

—¡Pero cómo, señora Jaritu! ¿Si usted viniera a mi casa no querría ayudarme? ¡Las cosas como son!

Katerina se ha quedado inmóvil, no sabe si debe obedecer a su madre y dirigirse a la cocina o hacerle caso a su futura suegra y permanecer en el salón. Por suerte, Fanis la saca del apuro.

—No vayas —dice riéndose—. ¿No sabes que las amas de casa estrechan sus relaciones en la cocina?

Adriani y Sevastí abandonan la sala, Katerina se queda y el ambiente se relaja. Uzunidis padre empieza a hablar del tabaco y nos explica que ya sólo se planta la variedad Virginia, lo que ha aumentado la competencia y reducido los beneficios al mínimo. Lo escucho con amabilidad y suma paciencia. Mi padre era guardia civil, pero sus dos hermanos cultivaban sendas parcelas con mucho esfuerzo, por lo que comprendo sus inquietudes.

Quizá no me habría mostrado tan comprensivo de haber sabido que, una vez finalizada su exposición, me instaría a iniciar la mía:

—¿Y su trabajo en qué consiste?

Lo más sencillo sería contestar que me ocupo de cadáveres de asesinados y, últimamente, de suicidas, pero temo que se lo tome a mal. Trato, por tanto, de ser poco preciso en mis explicaciones, pero el señor Uzunidis ya ha visto muchas veces las imágenes de los telediarios y está ansioso por descubrir qué es lo que no muestran. Pretende que le describa el proceso con pelos y señales, desde el momento en que recibimos la llamada de urgencia hasta que abrimos las bolsitas de plástico que contienen las pruebas.

Decido complacerlo y respondo a todas sus preguntas. Fanis ha estado a punto de intervenir para llamar a su padre al orden pero, al ver que satisfago sus dudas exhaustivamente y con una diligencia que el propio Guikas envidiaría, empieza a sospechar que me estoy divirtiendo y opta por callar.

No me estoy divirtiendo en absoluto y me alegro cuando aparece Adriani con una bandeja de tomates rellenos, seguida por Sevastí, con la ternera a la jardinera. Nos sentamos a la mesa y comienza la ronda de elogios de la cena. Adriani se pavonea y queda olvidado el tema de la policía. Pasamos el resto de la velada charlando de cosas intrascendentes. A las once los padres de Fanis se ponen de pie pero, antes de marcharse, insisten en arrancarnos la promesa de visitarlos en Véria.

—Créame, les gustará —nos anima Sevastí—. Es una ciudad tranquila, donde se respira aire limpio. Si van a Salónica para ver a Katerina, Véria les pilla de paso.

Adriani acepta enseguida. Yo pienso que los visitará la mitad de la familia, es decir, mi mujer, porque yo sólo he viajado dos veces a Salónica en todos los años que lleva allí mi hija.

En cuanto cerramos la puerta, Katerina se abraza a mi cuello y me besa en ambas mejillas.

—Gracias, papá, eres estupendo —dice entusiasmada.

—Es que tienes una idea equivocada de mí. También tu abuelo provenía de una familia campesina.

—No lo digo por eso sino por tu paciencia en contestar a todas esas preguntas sobre la policía. Sé cuánto lo detestas.

—Lo he hecho por Fanis —confieso espontáneamente.

—Lo sé. Y él también lo sabe. Por eso te quiere tanto.

Cuando Katerina empezó a salir con Fanis, temí que abandonara su doctorado para casarse. Ahora que estoy seguro de que terminará sus estudios, reconozco que me emociona la perspectiva de la boda.

El lunes por la mañana suena el teléfono mientras me estoy afeitando en el baño. Ayer fue un domingo apacible, y lo pasamos en la dulce ociosidad que sigue a las fiestas: Adriani estaba satisfecha porque su cena resultó todo un éxito y tenía razones de sobra para sentirse feliz; Katerina estaba contenta porque le habíamos quitado un peso, y yo, por último, porque había conseguido olvidar los suicidios y actuar como un anfitrión afable y sonriente, hasta el punto de que los padres de Fanis se preguntaran si habían juzgado mal a los polis, que quizá no son tan agrios y ceñudos como ellos creían.

Adriani me avisa desde el recibidor:

—¡Vlasópulos al teléfono!

Me seco la cara y acudo corriendo. Vuelvo a estar obsesionado, y se apodera de mí el pánico de que se produzca un nuevo suicidio. Por suerte, la voz de Vlasópulos rebosa entusiasmo y me tranquiliza.

—¡Lo he encontrado! —anuncia.

—¿A quién?

—Al que confecciona las camisetas. ¿Sabe cómo se llama? —Casi estoy convencido de que va a pronunciar el nombre de Minás Logarás—. ¡Jristos Calafatis!

El nombre no me suena en absoluto, pero intento hacer memoria. Vlasópulos interpreta correctamente mi silencio.

—¿No le dice nada? —pregunta extrañado.

—Pues no.

—Jristos Calafatis... Aquel guaperas, el policía militar que fue juzgado por torturador y condenado a diez años de cárcel. Favieros, Stefanakos y Vakirtzís comparecieron como testigos de cargo en el juicio. Lo comprobé, está confirmado.

—¿Ahora se dedica a confeccionar camisetas con la cara del Che?

—¡Exacto!

Un policía militar, extorturador de la dictadura, que fabrica camisetas del Che Guevara. ¿Será posible que los suicidios constituyesen un acto de venganza de Calafatis contra las tres personas que habían testificado en su contra y lo habían enviado a pudrirse en la cárcel durante diez años? En ese caso, seguro que los

chantajeaba amenazándolos con divulgar algún secreto de su pasado, algo que ocurrió durante el período de su detención por parte de la policía militar. ¿Cómo, si no, lo sabría Calafatis?

—¿Tienes su dirección?

—Sí, la del taller de confección. Liaku 8, cerca de la estación del Metro de San Nicolás, entre la avenida Jonia y Ajarnón.

—Si Guikas pregunta por mí, dile que estaré en jefatura dentro de un par de horas. Buen trabajo, Vlasópulos.

—¡No íbamos a permitir que nos gane la partida la señorita secretaria! — responde con ironía y cuelga el teléfono.

El recorrido más corto sería bajar hasta la avenida de Patisia, tomar la calle Agazupóleos y enfilar la avenida Jonia. Pensándolo mejor, creo que el próximo caso de suicidio será el mío. Opto por dejar el Mirafiori en el garaje de la jefatura y trasladarme en Metro. Haciendo dos transbordos, uno en Sintagma y el otro en Omonia, llego a la estación de San Nicolás veinte minutos más tarde. La calle Liaku está casi enfrente de la estación.

El número 8 corresponde a un viejo almacén de piedra y cemento, con ventanas estrechas y una puerta metálica de dos hojas, que están entreabiertas. Empujo y entro. El espacio interior no es muy grande. Apenas caben tres máquinas de confección de camisetas, una estampadora, una planchadora y una empaquetadora. Junto a las paredes se alinean pilas de camisetas. Manejan las máquinas seis mujeres, todas extranjeras. El suelo está cubierto de cajas, trozos de cartón y retales de tela, como si no lo hubieran barrido en meses. Al fondo del almacén, detrás de un escritorio, está sentado un hombre alto y musculoso, con barba y una calva incipiente, de unos cuarenta y cinco años de edad. Por su porte colijo que quizá fue policía militar en la juventud. Me acerco a él y levanta la cabeza para mirarme.

—¿Sí?

—Comisario Costas Jaritos.

Su rostro no se inmuta. Continúa observándome con la misma mirada inquisitiva.

—¿Puedo sentarme?

—¿Por qué? ¿Es necesario? —pregunta con ironía.

En lugar de responder, arrimo una silla y me siento.

—¿Perteneceste a la policía militar durante la época de la dictadura?

—¿Lo has descubierto tú solito? —Salta a la vista que empieza a molestarse aunque pugna por no perder los estribos—. Oye, esto es agua pasada. Me juzgaron, salí en todos los periódicos. Pasé diez años en chirona y todo el mundo se olvidó de mí. Me concedieron la condicional cuando cumplí tres cuartas partes de mi condena por buena conducta, y ya no quiero saber nada de todo aquello.

—No se trata de ti. Estoy investigando otra cosa. ¿Te has enterado de los

suicidios del empresario Iásonas Favieros, el diputado Lukás Stefanakos y el periodista Apóstolos Vakirtzís?

—Me he enterado, pero no me ha quitado el apetito.

—Los tres estuvieron encerrados en los calabozos de la policía militar cuando tú estabas allí.

—Puede que sí, no me acuerdo. Había tantos, que es imposible acordarme de todos.

—De estos deberías acordarte, porque declararon contra ti en tu juicio.

Se sorprende de que lo sepa y, para dominar su inquietud, se torna agresivo.

—¿Y qué? ¿Sabes cuántos testificaron para robarme diez años de mi vida? ¿Por qué crees que me he dejado la barba? Para que no me reconozcan en la calle. No soporto sus miradas.

—Ah, es por eso. Yo creía que te habías dejado barba para parecerme al Che Guevara —contesto con sarcasmo.

—¿A qué viene eso? —pregunta extrañado.

—¿Que a qué viene? Durante la dictadura, luchaste contra los rojos y sus compañeros. Por su culpa cumpliste diez años de condena. ¿Y ahora vendes camisetas con la jeta del Che Guevara?

Insisto con la intención de cabrearlo y tirarle de la lengua, pero él me mira como si hubiera caído de otro planeta.

—Despierta, la época de los rojos, ha pasado. Ahora estamos en la época de las camisetas —contesta—. Ya no se trata de luchar, sino de cobrar. ¿Recuerdas lo que decía Pattakós?

—¿Pattakós? ¿Qué tiene que ver Pattakós con esto?

—¿Recuerdas lo que decía? —insiste él.

—Decía muchas cosas, no puedo recordarlas todas.

—Pues déjame que te recuerde una frase profética: «Grecia es un inmenso campo de trabajo».

—¿Y por qué es profética? ¿Por las obras olímpicas?

—No. Porque el mundo de hoy es un mercado gigantesco. Ha pasado de ser un campo de trabajo a convertirse en un mercado. Por eso es profética. Se ha demostrado que Pattakós tenía razón y, de paso, nosotros también. Dentro de este gran mercado, el Che no es más que una cara que vende. Mañana podría ser la cara de Papadóoulos, pasado, la de otro rojo cualquiera, como Mao, por ejemplo, con la gorra calada. La cara no tiene importancia, ya todas son lo mismo. Y esto te lo dice Jristos Calafatis, la mano derecha del capitán Skuludis.

—¿Qué Skuludis? ¿El torturador?

Ahora sí que se cabrea, y sus ojos parecen a punto de saltar de sus órbitas.

—El interrogador de la policía militar —me corrige, indignado—. Pero claro, vosotros, la pasma, os creíais superiores a nosotros.

—¿Fue él quien interrogó a los tres suicidas?

—Sí, a los tres niños de papá —espeta con desprecio—. No lo digo porque testificaran en mi contra. Eran unos gilipollas blandengues, que maullaban como gatos en cuanto les ponías la mano encima. Sólo había un valiente entre ellos, a pesar de que les doblaba la edad, o más.

—¿Quién era? —pregunto aunque ya sé la respuesta.

—Yannelis. El único que tenía cojones. Le hicieras lo que le hicieras, al final tenías que quitarte el sombrero.

—Él también se suicidó, aunque mucho antes. A principios del noventa.

—Pues aguantó mucho.

¿Qué significa esto? Intuyo que en esta frase tan sencilla radica la clave del misterio, pero intento conservar la calma y disimular mi agitación, para no asustarle y hacer que cierre la boca.

—¿Por qué lo dices? —inquiero, fingiendo indiferencia.

—Porque él pagó un precio más elevado que todos los demás. Quizá la vida reserva los peores castigos para los más fuertes, depende cómo se mire. Recibió un gran golpe. Es un milagro que aguantara hasta 1990.

—¿Qué golpe recibió?

—Su hija se casó con el capitán Skuludis.

Lo noto orgulloso porque ha conseguido impresionarme. Si lo ha conseguido, aunque por razones que él desconoce. ¿Koralía Yanneli es la esposa del capitán Skuludis, el torturador de su padre? De modo que este era el secreto. El cabo suelto.

—¡Una preciosidad! —exclama Calafatis con una admiración impropia de su cinismo—. No tenía más de dieciocho años y visitaba al capitán para pedirle noticias de su padre y preguntarle cuándo pensaban liberarle. Skuludis podía resultar muy tierno. Te hablaba y pensabas que ese hombre era incapaz de torturar a nadie. Eso fue lo que sucedió con la pequeña. En menos de un mes, estaba coladita por él.

—¿Skuludis habló a Yannelis de su relación con su hija?

—¿Bromeas? Habría sido como matarlo. Te repito que el capitán respetaba a Yannelis.

—¿Y por qué no lo dejaba en libertad? —digo para provocarlo—. A fin de cuentas, era el padre de su novia.

—No podía soltarlo. Se habría metido en un lío. Yannelis y su organización estaban acusados de cometer atentados con bombas. Sin embargo, suspendió los interrogatorios, cerró el expediente y lo mandó a juicio. Yannelis todavía estaba en la cárcel cuando se casaron. Se enteró del matrimonio por boca de su hijo.

Ahora, a posteriori, entiendo por qué a Yanneli la ponía nerviosa hablar de su padre y de su hermano. No mintió cuando me confió que le costaba menos responder a preguntas relativas a las empresas de Favieros. Obviamente, rompió los lazos con su hermano a causa de su matrimonio con Skuludis. Pero, si se

distanció del hermano, también debió de cortar con el padre. Aun así, comprendería que este secreto condujera al asesinato, pero no al suicidio de tres hombres. Si Skuludis hubiera sido asesinado, su matrimonio con Koralía Yanneli nos serviría en bandeja el móvil del crimen. Pero ¿qué relación puede haber entre la boda y los suicidios de Favieros, Stefanakos y Vakirtzís? Las únicas personas capaces de aclarar esta duda son la propia Koralía Yanneli y Minás Logarás, sea quien sea.

—¿Sigues en contacto con Skuludis?

—No. No quería más líos cuando salí de la cárcel. Abrí este negocio, me casé con una chica de mi pueblo y me mantengo al margen de todo.

Me levanto para irme cuando se me ocurre una última pregunta, que formulo sin demasiadas esperanzas de recibir respuesta.

—¿Conoces a un tal Minás Logarás?

Reflexiona por un momento.

—No, es la primera vez que lo oigo nombrar.

—Vale, eso es todo. —Me dirijo a la puerta metálica, que continúa entreabierta.

—No vuelvas —suenan la voz a mis espaldas—. Yo ya he pagado con creces mi deuda con la pasma, el ejército, la cárcel y los calabozos. Estoy en mi derecho de no querer veros más el pelo durante el resto de mi vida.

Tiro de la puerta y salgo del almacén sin responder. Es el tercero que me pide que no vuelva. Primero fue Zamanis, luego, aunque de manera indirecta, Koralía Yanneli y ahora el ex policía militar Jristos Calafatis. Todo el mundo está contento, como dice Zisis; los que se vendieron por un mendrugo y los que venden la revolución estampada en camisetas. Nadie quiere recordar. Me viene a la memoria aquella canción que escuché en un taxi tras salir de la reunión con Guikas y Yanutsos: « Nos lo pasamos muy bien, y eso me aterra » .

La llamo en cuanto llego a mi despacho.

—¿Usted otra vez, señor comisario? Creía que ya estaba todo dicho.

—Yo también lo creía, pero me equivocaba, señora Skuludis.

Silencio en la línea. Cuando contesta por fin, su voz suena grave y serena:

—Finalmente ha descubierto quién soy.

—Sí, esta misma mañana.

—¿Puedo preguntar cómo?

—Por medio de Jristos Calafatis, el que fabrica las camisetas del Che.

Ella recobra el buen humor.

—Me alegro. Es el único que lo sabe, y usted lo ha localizado.

—Tenemos que hablar. ¿Cuándo le vendría bien pasar por mi despacho?

—No es necesario que le devuelva las visitas que me ha hecho —dice con una risita. Luego añade, en serio—: Ni en su despacho ni en el mío. Pase por casa. Esta tarde a las seis.

Le pido su dirección.

—Tombasi 7, en Pefki. Se cruza con la calle Crisóstomo de Esmirna a la altura del parque Katsimbali.

Me planteo si debo telefonar a Guikas de inmediato para informarle de lo que me ha dicho Calafatis, o esperar hasta después de mi conversación con Yanneli. La disyuntiva deriva, sobre todo, de mi impaciencia. Por muchos años que uno lleve en el servicio, por mucha experiencia que haya acumulado, en cuanto huele el éxito ansía ir corriendo a contárselo al director. Es una especie de pulsión irresistible. Decido armarme de paciencia, porque es más apropiado entrevistarme primero con Yanneli, tapar todos los agujeros y luego vanagloriarme ante Guikas.

¿Cómo aguantar cinco horas sentado sobre ascuas? Prolongo mi reunión con los reporteros. Los dejo estupefactos, porque es la primera vez que hablo con ellos hasta por los codos. Sotirópulos, que sospecha algo, decide quedarse un poco más, en beneficio de ambos, porque él toca su tema favorito, el de los suicidios, y yo contesto con vaguedades, para matar el tiempo. Al final, me invade el sentimiento de culpabilidad y le pido que mantenga la calma hasta mañana, cuando seguramente habrá novedades. Me presiona para que especifique de qué

tipo, yo me muestro firme como una roca y así transcurre un buen rato mientras nos pasamos mutuamente la pelota. Bajo tres veces al bar, pido tres cafés griegos *ma non troppo*, un cruasán en celofán y un paquete de tostadas para asentar el estómago.

Calculo que necesito tres cuartos de hora para llegar a Pefki. Lo más lógico sería remontar la avenida de Kifisiás y, pasada la fábrica de refrescos Ivi, torcer a la izquierda en la avenida San Constantino, cuya prolongación conduce hasta Crisóstomo de Esmirna. Es la tarde de un lunes de verano, los comercios están cerrados y no hay tráfico. Llego con quince minutos de antelación y doy dos vueltas alrededor de la manzana para no presentarme antes de tiempo. El timbre del número 7 lleva sólo el nombre de Koralía Yanneli. Me pregunto si Skuludis ha muerto o si simplemente lo han tachado de la lista de los vivos. El piso es un ático que ocupa la quinta planta.

Me abre Yanneli en persona. Luce la misma sonrisa que en su despacho de Balkan Prospect y luce uno de sus conjuntitos de trabajo.

—Pase —dice y me guía a una sala de estar espaciosa, que da a una terraza cubierta con un toldo y llena de plantas, en su mayor parte árboles pequeños en grandes macetas. En la pared de la derecha hay una puerta corredera, que está cerrada. Del otro lado llega el sonido apagado de un televisor.

—Siéntese. —Señala un sillón orientado hacia el parque de Pefki—. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias.

Ella se sienta en el sofá, frente a mí. Actúa como si me hubiese invitado a tomar un café y charlar, pero no le resulta fácil disimular su nerviosismo.

—¿Por dónde empezamos? ¿Por Minás Logarás?

Yanneli rompe a reír.

—Minás Logarás no existe, y usted lo sabe. —Se pone seria de repente—. No, empezemos por la detención de mi padre.

Dejo que ella vaya a su ritmo. Ahora que me encuentro sentado frente a ella, estoy tranquilo. No tengo prisa, puedo esperar.

—A mi padre le arrestaron en la primavera del setenta y dos. Nos despertaron a las dos de la madrugada, agarraron a mi padre y empezaron a propinarle una paliza al tiempo que lo arrastraban hacia la puerta. —Se interrumpe y añade en tono neutro, como haciendo una simple constatación—: Aquella fue la última vez que vi a mi padre, señor comisario. —Suspira y guarda un breve silencio—. Mi padre se pasó la vida tramando rebeliones y revoluciones. Mi madre también. Pero a sus hijos quisieron mantenerlos al margen de todo eso. No nos hablaban de ello, no nos daban explicaciones, no nos decían nada. Lo hacían para protegernos, aunque también para evitar que nos fuéramos de la lengua. Así que crecimos sin saber, en un ambiente de terror muy vago. Se lo cuento para que se imagine nuestro pánico cuando vinieron a

detener a papá. —Me sonríe con cierta ironía—. A fin de cuentas, usted es policía. Sabe de qué estoy hablando.

Lo sé. Aunque, desde mi posición, raras veces he percibido el pánico de los inocentes. Generalmente, lo que veo es el pánico de los culpables.

—Por ese entonces estaba en el último año de instituto y Kimonas cursaba el tercero de bachillerato. Nuestra madre había muerto hacía dos años. No teníamos a nadie, no conocíamos a nadie. Por la mañana empecé a preguntar discretamente dónde encerraban los soldados a los detenidos. Así supe de la existencia de la policía militar. Preparé una bolsa con ropa, porque papá no había podido llevarse nada, y fui al cuartel. Me dijeron que tenía que hablar con el capitán Skuludis. Me recibió muy amablemente. Me aseguró que él mismo entregaría la ropa a mi padre, que lo retenían para interrogarlo y que no sabía cuándo lo pondrían en libertad, pero me pidió que no me preocupara, porque se encontraba bien de salud y que, siempre que quisiera tener noticias tuyas o llevarle algo recurriera a él. —Calla de nuevo y me mira—. Quizá pueda entender también lo que voy a decirle ahora. Cuando has pasado la vida temiendo lo desconocido, cuando te has quedado sola con un hermano menor y no sabes a qué puerta llamar y, de pronto, conoces a alguien que se muestra amigable y dispuesto a ayudar, ese alguien, tarde o temprano, acaba por ganarse tu afecto. Y no se trata sólo de esto. Mis padres jamás me habían dado respuestas. Skuludis se sacaba siempre una respuesta de la manga, que resolvía todas mis dudas. Desde luego, me contaba cuentos, pero a los niños asustados hay que contarles cuentos para que duerman tranquilos. Así son las cosas. —Vuelve a suspirar—. ¿Seguro que no le apetece tomar algo? —repite.

—No, gracias.

—Entonces yo tomaré mi dosis.

Se levanta y sale del salón. He realizado miles de interrogatorios en mi vida y sé cómo se producen las confesiones: a regañadientes, con interrupciones, retrasos y silencios. Aguardo con paciencia, mientras el televisor sigue sonando en la habitación contigua. Yanneli reaparece con un vaso de whisky con hielo.

—Por eso me enamoré y por eso me casé con él, señor comisario. Por la sensación de seguridad que me infundía —dice al sentarse—. Yo todavía era menor de edad. No sé cómo consiguió Yangos la licencia de matrimonio. Casi nadie vino a la boda. A mí me acompañaron Kimonas y Yangos, un par de amigos. Después de la ceremonia, quise ver a papá. Yangos me advirtió que sería mejor evitarlo, que a mí me haría daño y a él también, porque nadie veía con buenos ojos que se casara con la hija de un terrorista. Entonces escribí a mi padre una carta muy larga. No recibí contestación. Volví a escribirle. Nada.

Hace una nueva pausa para tomar un sorbo de whisky. Parece que necesita un respiro antes de pasar a lo más difícil.

—La contestación llegó después de la caída de la dictadura.

Se pone de pie y se dirige a un secreter, colocado frente a la puerta corredera. Extrae un papel doblado de un cajón y me lo tiende. Yo no la consideraría una carta, sino más bien una nota escrita en una hoja de cuaderno.

Me has traicionado. Te has casado con mi torturador. A partir de ahora y durante el resto de mi vida tendré que ocultar esta vergüenza. No te atrevas a acercarte a mí, ni siquiera cuando esté muerto. Ya no eres mi hija. Kimonas se queda conmigo. A él tampoco lo volverás a ver.

La firma es una Z mayúscula. Devuelvo la nota a Yanneli.

—Hice innumerables intentos de establecer contacto con él, lo llamé muchas veces por teléfono, pero fue en vano. Mi padre y mi hermano rompieron toda relación conmigo. —Está alterada y aspira profundamente para recuperar la calma—. Cuando leí la noticia de su suicidio, logré averiguar dónde vivía y fui corriendo hasta allí. Mi hermano abrió la puerta. Me gritó que me largara y que no se me ocurriera asistir al entierro, porque me echaría de la iglesia a patadas.

—¿Mostró a su esposo la nota que le escribió su padre?

—Cuando recibí la nota, le había tocado el turno a mi esposo de estar en la cárcel. Lo habían detenido una semana después de jurar el cargo en el primer gobierno de Karamanlís.

—¿Y más tarde? ¿No le pidió explicaciones?

Suelta una risotada amarga.

—¿Le sorprende?

—Me extraña.

—Venga —me indica y se pone de pie.

Abre la puerta corredera y se aparta para dejarme pasar. Entro en una sala más pequeña, con un sofá, una mesilla y un asiento de respaldo alto arrimados a cada una de las paredes. Frente al sofá hay un televisor de pantalla gigante. A media distancia entre el sofá y el televisor, un hombre está sentado en una silla de ruedas. Salta a la vista que ha sido víctima de una embolia cerebral. Tiene el brazo izquierdo paralizado y la cabeza, con la boca torcida en un rictus grotesco, ladeada sobre el hombro izquierdo. Su cuerpo tiembla incesantemente. Sólo es capaz de mover la mano derecha, y con dificultad.

—Este es mi marido, señor comisario —dice la voz de Koralía Yanneli a mi lado—. El capitán Yangos Skuludis, oficial expulsado con deshonor del ejército de tierra de Grecia. El Coco, como lo llamaban en la policía militar. Lo condenaron a quince años de cárcel y, de pura desesperación sufrió tres embolias cerebrales que le causaron daños irreversibles. Lo pusieron en libertad en atención a su delicado estado de salud. No puede caminar, no puede hablar; el único modo de comunicarnos es a través de estas notas.

Señala una pequeña cesta llena de notas, que cuelga del brazo de la silla de

ruedas. Acoplado al mismo brazo hay una especie de tablero semejante al de los pupitres, sobre el que descansan un bloc de notas y un bolígrafo. Evidentemente, Skuludis escribe las notas y las tira en la cesta.

—Puede leerlas, si quiere —dice Yanneli.

Es evidente que a Skuludis le cuesta un gran esfuerzo escribir. Las letras redondas y muy separadas están trazadas con demasiada presión.

Ojos Rasgados sólo me hace té. Le pido café y se lo pasa por el forro.
Maldita amarilla.

La segunda nota es un grito de protesta:

¡PURÉ DE PATATAS! ¡PURÉ DE PATATAS! ¡ESTOY HARTO DEL
PURÉ DE PATATAS!

—No puede masticar —explica Yanneli, que lee las notas por encima de mi hombro—. Sólo come sopas, cremas y, como mucho, algún pescado.

La tercera es una orden militar:

Dile a esa zorra que me saque a pasear más tarde. Volvemos demasiado pronto, se me cae la casa encima.

La última es un comentario:

He visto *American Yakuza 2*. Los fuertes siempre ganan. Sólo nosotros perdimos. ¡Es una vergüenza!

Yanneli se inclina sobre él.

—He de hablar con el señor. No tardaré. ¿De acuerdo, Yangos? —Le dice con dulzura.

Debido al tembleque crónico de la cabeza resulta muy difícil discernir si asiente o pasa de todo. Yanneli me invita con señas a salir y cierra la puerta.

—Tres días después de su arresto, un amigo pasó por casa para dejarme una llave y una dirección que indicaba una calle de Liosia. Descubrí un apartamento de dos habitaciones lleno de carpetas. Yangos guardaba copias de todos los interrogatorios que había conducido, de los informes, las fotografías y los documentos. Entre ellos figuraban el expediente de mi padre y los de Iásonas Favieros, Lukás Stefanakos y Apóstolos Vakirtzís. Así fue como me enteré de la existencia del comando Che Guevara. Cuando quemaron los archivos de la

policía militar en Keratsini, sólo quedaban los de Yangos —añade con una sonrisa.

—¿Dónde están ahora?

—Déjeme terminar. Mientras estuvo detenido, comencé a desenmascarar la red que había tejido Yangos a lo largo de los años. De vez en cuando, llamaban a mi puerta personas desconocidas y me entregaban información de todo tipo, con la esperanza de poder ayudar al «señor capitán». Un día, durante una visita, le dije en clave que la gente me traía regalos para él. Me entendió enseguida y replicó: «No los toques». Hasta que apareció alguien con información que me interesaba personalmente. Me comunicó que Yannelis y su grupo habían vuelto a la acción. Habían disuelto la Organización Che Guevara de Resistencia Independiente y, en su lugar, habían fundado la Organización Revolucionaria 8 de Octubre.

El nombre me suena de algo.

—¿No fueron ellos quienes pusieron las bombas en las sucursales bancarias?

—Sí, y dos en la Bolsa, que no llegaron a estallar. El 8 de octubre de 1967 mataron al Che Guevara. El que me proporcionó la información había sido muy metódico. Había descubierto el zulo, lo había fotografiado, había captado imágenes de ellos cuatro entrando y saliendo. Incluso consiguió colarse en el zulo con una llave maestra y tomar fotografías del interior. A pesar de la advertencia de Yangos, yo me quedé con el material. Todos, excepto mi padre, ejercían paralelamente un oficio anodino. Iásonas acababa de montar un pequeño negocio de instalaciones técnicas, Lukás se había metido en política y Vakirtzís ya se labraba un nombre en el campo periodístico. Con el paso del tiempo, sus negocios prosperaron y ellos, deslumbrados por el éxito, se fueron olvidando de la revolución hasta que la tacharon por completo de su agenda. A mediados de la década de los ochenta, mi padre se había quedado totalmente solo, traicionado por su hija y por sus excamaradas.

Se va a la cocina y reaparece con otro vaso de whisky. Toma un trago, cierra los ojos y trata de ordenar sus pensamientos.

—La idea de la venganza nació con el suicidio de mi padre. Concluí que ellos lo habían empujado a la muerte, no yo. El razonamiento era muy sencillo: si se hubiera suicidado por mí, lo habría hecho hacía años. Pero se mató a principios del noventa, porque veía que sus excamaradas se habían convertido en grandes figuras de este mismo sistema que antes deseaban destruir. El desmoronamiento de los regímenes socialistas no supuso más que el tiro de gracia. —Sostiene la copa entre las manos y la observa—. Me dirá que pienso así porque me conviene. Quizá tenga razón, a mí también me atormenta esta duda. Sea como fuere, yo quería liberar la rabia que había acumulado en mi interior. Yangos fue expulsado del ejército, sus pequeños ahorros pasaron a engrosar las cuentas corrientes de los abogados y yo me vi obligada a ponerme a trabajar. Al mismo

tiempo, estudiaba por las tardes administración de empresas y programación informática. Cuando tomé la decisión de vengarme, presenté una solicitud de empleo a la empresa de Favieros, firmando como Koralia Yanneli de Azanasios. Mi padre, fiel a su palabra, había ocultado su vergüenza y no había confesado a nadie que su hija se había casado con el torturador Yangos Skuludis. Yangos, por su parte, me había prohibido que asistiera a su juicio. Por lo tanto, estaba segura de que Favieros no sabía la verdad. Y no me equivocaba: pocos días después me llamó, se cercióró de que era la hija de Zanos Yannelis y me contrató. Soy competente en mi trabajo y ascendí rápidamente. En mis horas libres, escribí las biografías de los tres. Disponía del inmenso banco de datos de Yangos y de la información que me traían sus bienintencionados amigos. Cuando terminé los libros, puse en marcha mi plan.

—¿Ya había enviado la primera biografía al editor?

—Sí. Elegí una editorial pequeña y desconocida para no correr riesgos. Luego empecé a mandar a Favieros por correo electrónico copias de los datos que tenía sobre él. Uno al día, sin comentarios. Los mensajes se borraban al día siguiente y eran sustituidos por otros.

Recuerdo la nota de Stefanakos que hablaba de alguien que poseía información y pedía cosas irracionales. Ese alguien no era Vakirtzis, como había pensado originalmente, sino Yanneli.

—¿Cómo reaccionaron?

Por primera vez, se le escapa una risa relajada.

—Favieros me mandó un mensaje escueto: «¿Cuánto quieres?». Stefanakos fue más diplomático: «No sé qué pretendes pero todo es negociable». Vakirtzis no se anduvo por las ramas: «¿Cuál es tu precio, gusano?». Les respondí a todos de la misma manera: «Quiero que os suicidéis públicamente, y yo garantizaré vuestra buena fama póstuma con una biografía elogiosa. Si no lo hacéis, lo sacaré todo a la luz y os destruiré, a vosotros y a vuestras familias». Luego les envié las biografías, para que las leyeran y comprobasen que no bromeaba.

—¿Por qué públicamente, señora Yanneli? Esta duda me ha estado reconcomiendo desde el primer día.

—Lo sé, me lo ha dicho repetidas veces —responde con una sonrisa—. Porque mi padre se ahorcó en su habitación y estuvo tres días colgado, hasta que su cadáver empezó a apestar. Ellos, pues, tenían que morir delante de los ojos de todo el mundo. Por otro lado, claro está, les ofrecía la posibilidad de una retirada digna, gracias a sus biografías. ¿Se imagina el revuelo que se habría levantado si descubría que esos empresarios, políticos y periodistas de renombre habían estado poniendo bombas en los bancos y la Bolsa a principios de los ochenta? No sólo significaría su fin sino también la ruina de sus esposas y hermanos, que eran la fachada de sus negocios. Los tres se habían acostumbrado a vivir bien, se habían ablandado, eran grandes personalidades incapaces de sobrellevar la caída

en desgracia, el oprobio, la cárcel. Prefirieron la solución que les proponía y o.

—¿Cómo sabía que Vakirtzis se suicidaría el día que me envió su biografía?

—Sabía que cada año celebraba una gran fiesta el día de su santo. Fue una de mis condiciones. O se suicidaba ese día o no había trato.

Ahora lo veo todo claro: la mancha en el pasado común, Logarás y sus biografías, mis suposiciones, acertadas hasta cierto punto, pero sin fundamento. Sólo me queda despejar una última duda:

—¿Por qué yo, señora Yanneli? ¿Por qué me eligió a mí?

Me mira sonriente.

—Porque usted era el único que realmente quería descubrir la verdad. Esto me impresionó desde el principio. A nadie más le interesaba saber el porqué. Sólo querían terminar cuanto antes con el trámite de los entierros, olvidar el suceso desagradable y seguir con sus vidas. Usted era el único. Y hay otra razón, que ya le he expuesto dos veces.

—¿Cuál?

—Creo que usted puede entender mis motivos. No sé por qué, pero eso me parece.

—Tal vez los entienda, pero esto no cambia las cosas. La inducción al suicidio es un delito y, como tal, está penado por la ley. Deberá acompañarme a jefatura para una declaración oficial.

Ella prorrumpe en carcajadas.

—Vamos, señor comisario. ¿Cómo piensa fundamentar su acusación? No tiene pruebas, excepto una copia de una biografía escrita por un tal Minás Logarás.

—Es posible, pero buscaré la forma de demostrarlo.

—No la encontrará, se lo aseguro. Hace años que destruí el contenido de los archivos que no me interesaban. Anteayer, cuando le envié la camiseta del Che Guevara, quemé el resto. No queda ni un folio, señor comisario. Sólo la nota de mi padre. Hay quienes conservan fotografías que les recuerdan a sus padres; yo tengo su nota de repudio. —Se recupera enseguida de un acceso pasajero de amargura—. ¿Cómo probará mi culpabilidad? ¿Y qué tribunal accederá a procesarme?

Tiene razón. Por eso jugaba conmigo como el gato con el ratón. Sabía que no podía tocarla.

—Esas personas engañaron a mi padre y a mi marido, señor comisario. Mi padre nunca se habría unido a ellos de haber sabido que se convertirían en empresarios. Él odiaba a los empresarios. Y, de haberlo sabido, mi marido jamás los habría torturado. Admiraba a los empresarios, juraba en nombre de Onassis y de Bodosakis. Mi padre se pudrió colgado de una soga, mi marido recibió quince años de condena y, de torturador, pasó a convertirse en torturado. No pretendo lavar la cara de nadie, ni siquiera la mía, pero también ellos tenían que pagar. La

niña asustada acabó por vencerlos a todos. —Es la primera vez que detecto cierto deje de orgullo en su voz.

Se pone de pie para indicar que nuestra conversación ha terminado. Me gustaría replicar algo pero me faltan palabras. Al parecer lo ve en mi mirada, porque me dice al llegar a la puerta:

—Mañana usted irá a jefatura y yo, a mi trabajo. Seguiré haciendo todo lo que esté en mi mano para que marchen bien las empresas que dirijo, seguiré colaborando con Zamanis, Stazatu y Favieru, y nadie sabrá nunca que empujé a la muerte al amigo del primero y a los esposos de las otras dos. Pero quería que lo supiera alguien más que yo. Me alegro de que sea usted, créame. Piense lo que piense de mí, yo me alegro.

Me abre la puerta. Me detengo en el umbral con la esperanza de que se me ocurra algo que decir, pero sin resultado. No puedo acusarla ni reprenderla, pero tampoco estrecharle la mano. Me doy la vuelta y me marcho de allí.

Subo al Mirafiori sin ánimos para arrancar el motor. Intento poner en orden mis ideas, pero me cuesta. Debo contarle todo a Guikas tal y como ha sucedido, sin ocultarle un solo detalle. Al ministro, también. Ninguno de los dos se rasgará las vestiduras por la imposibilidad de arrestar a Yanneli. Estarán felices de saber que no habrá más suicidios y que el asunto quedará relegado al olvido sin escándalos indeseados. Guikas sale ganando por partida doble: mañana mismo Kula volverá a trabajar para él.

¿Merecían morir Favieros, Stefanakos y Vakirtzis? No sé la respuesta. ¿Merece Yanneli sentarse en el banquillo de los acusados? Tampoco lo sé. ¿Qué más hay? Los tres vencedores: Andreadis, Calafatis y Yanneli. Digamos que también Guikas y el ministro. Si hacemos caso a Zisis y a Andreadis, yo debo contarme entre los vencedores. Quizás estén en lo cierto. Al fin y al cabo, he conseguido recuperar mi puesto y hacer un buen papel ante Guikas y el ministro...

No quiero ser un desagradecido, pero ¿cómo es que al final me siento siempre como un gilipollas?



PETROS MÁRKARIS, (Estambul, 1 de enero de 1937) es un traductor, dramaturgo, guionista y narrador griego, conocido ante todo por sus novelas policíacas protagonizadas por el comisario Kostas Jaritos. Nació en Turquía en una familia cristiana, de padre armenio y madre griega. Hizo la secundaria en el colegio austriaco San Jorge, en Estambul, y después estudió Economía en Grecia, Turquía, Alemania y Austria antes de especializarse en la cultura alemana y dedicarse a la traducción de autores como Bertolt Brecht, Thomas Bernhard o Arthur Schnitzler. Muy elogiada ha sido su traducción de Fausto de Goethe. Como miembro de la minoría armenia, durante muchos años no tuvo ninguna ciudadanía; obtuvo la griega después de la caída de la Dictadura de los Coroneles y el retorno de la democracia en 1974, junto con el resto de los armenios que vivían en Grecia. Residen en Atenas desde los años cincuenta. Comenzó su carrera literaria en 1965, como dramaturgo, con la pieza Historia de Ali Retzos. Desde entonces ha escrito otras obras de teatro, guiones cinematográficos y su famosa serie detectivesca del comisario Jaritos, cuyas novelas han sido traducidas a numerosos idiomas. Ha colaborado asiduamente con el director de cine Theo Angelopoulos, con el que ha coescrito los guiones de cinco películas. Ha obtenido el VII Premio Pepe Carvalho 2012.